José Antonio de la Iglesia

Y mañana saldrá el SOL



Y mañana
saldrá el sol

José Antonio de la Iglesia Hernández

Y mañana saldrá el sol

José Antonio de la Iglesia Hernández



Impreso en España. Printed in Spain
Título original: ***Y mañana saldrá el sol***

Calle Nardo 53, Soto de la Moraleja, Alcobendas. Madrid 28109

Primera edición ebook 2015
ISBN: 978-84-15074-36-6
Diseño de portada: planetoMONDO | www.planetomondo.com

A mi padre,
soldado español voluntario en Rusia.

Agradecimientos:

A mi esposa que ha aguantado con infinita paciencia durante todo el tiempo que no le he dedicado por estar imbuido en esta historia.

A Carlos Caballero Jurado que me ayudó en la redacción y me aclaró algunos datos del diario de mi padre, así como también intervino de forma decisiva en la elección de editor.

A Juan Carlos Rubio, Pedro Pablo Adrados, Bernardo Fidalgo, José Juan Medina y José Luis Menéndez por su apoyo en la corrección ortográfica y de estilo.

A Ángel Ruiz, Coronel Jefe del Archivo General Militar de Guadalajara, por su inestimable ayuda para la estructuración del libro con los fondos de ese y de otros archivos militares.

A Alberto Pertejo, el editor que apostó por esta historia en momentos muy dolorosos para él y su familia.

INTRODUCCIÓN.

"Y mañana saldrá el sol" es un canto a la vida a la vez que un llanto a la muerte, desde la visión de un soldado español, que contó todo aquello que veía y entendía como soldado, en un tiempo propio de soldados.

La obra está basada en su total integridad, en los recuerdos, memorias y diario de guerra del protagonista, el sargento de infantería José de la Iglesia Parras; en sus sentimientos, sus dudas y toma de decisiones ante los sucesos ocurridos en los días y lugares en que le tocó vivir, desde el inicio de la Guerra Civil Española hasta su vuelta de Rusia, ahondando en la etapa correspondiente a su paso por la División Española de Voluntarios, la admirada por muchos y denostada por otros tantos, División Azul o División 250.

En sus relatos se puede observar una visión cercana del día a día de la guerra, con algunos tintes de dramatismo épico unidos a un gran pragmatismo no exento de crítica y protesta, surgidas ambas, del pensamiento humano de un soldado encerrado en medio de una guerra cruel e inhumana que amenazaba con hacerlo desaparecer en cada momento del día. Un soldado a quien, en los últimos compases de la guerra, comienzan a dolerle casi por igual los muertos propios como los del enemigo, pero que siempre supo cumplir con su deber en mejor beneficio de su misión como combatiente, haciendo lo mejor posible aquello que se le exigía y para lo que él voluntariamente se alistó.

Todos los lugares y los hechos que en ellos se relatan son auténticos y verídicos o, al menos, todo lo auténticos y verídicos que el protagonista recordó o quiso recordar siempre de ellos; de cómo eran, de qué fue lo que allí sucedió, y en qué forma o manera se relacionaron los hechos entre sí y con sus consecuencias. Todos los puntos geográficos y los personajes, están nombrados y definidos tal como él los nombró o quiso definir, con la sola excepción del apellido Aldanza que no se corresponde con el verdadero de la familia de la historia; y si existiese algún otro nombre equivocado o erróneo es porque él así lo quiso, así lo conoció, o así le quedó grabado en la memoria con el paso del tiempo. Si algo en esta historia produjese disgusto o molestias a terceros, por mostrar una forma de pensar distinta a lo que algunos puedan considerar correcta, porque sientan que se narra de forma inexacta alguno de los hechos que se citan, o porque puedan pensar que se presenta de forma equivocada a alguna persona conocida; ruego perdón póstumo en nombre del protagonista, con la inmensa tranquilidad de saber que él nunca intentó molestar a nadie, y contó lo que vio tal como lo sintió en aquellos precisos momentos.

Así, la angustia y el pensamiento en su familia y amigos que la suavizaban, el miedo y el coraje que lo transformaba situándolo en la antesala del valor, el sufrimiento y el bálsamo que lo mitigaba como era la satisfacción del cumplimiento del deber, la alegría de verse libre de mal al terminar uno de aquellos terribles combates y la íntima y desgarradora pena por los amigos perdidos, la desesperación ante la tragedia continua representada por muertos propios y extraños y las fuertes creencias en un Cielo de los Soldados para todos los soldados.

En la historia es palpable su aprecio sin fin hacia todos los camaradas divisionarios a quienes siempre quiso y respetó, alabando sus aciertos,

disculpando los posibles errores cometidos, compartiendo sus motes aunque fuesen de mal gusto; nunca ahondó en las críticas cuando las hizo, siempre los consideró dignos de muestras de afecto y cariño por su parte, desde el primer general hasta el último de los soldados; cosa nada extraña, por otra parte, entre quienes compartieron aquel infierno de la llamada Campaña de Rusia por los españoles, Campaña del Este por los alemanes, y Gran Guerra Patria por los rusos.

Muchos de los datos sobre su unidad militar en Rusia e inclusive sobre su propia persona, necesarios para complementar los relatos del protagonista, en los puntos en que él no descendió al detalle, han sido obtenidos de la importante documentación obtenida por gentileza de los archivos militares de Guadalajara, Ávila y Segovia; otros han sido extraídos de obras especializadas de los autores, Fernando Vadillo, Carlos Caballero Jurado, G.R. Kleinfeld y L.A. Tambs, Tomás Salvador, y Pablo Sagarra; así como de los boletines BlauDivision editados por la Hermandad de la División Azul de Alicante, y del magnífico fondo de datos, referencias e informes contrastados que, sobre la División 250, constituye memoriablau.es, el Foro de la Memoria Histórica de la División Azul; teniendo siempre en cuenta, como método de objetividad con el deseado espíritu autobiográfico de ésta obra, una premisa fundamental como es que, en caso de divergencia entre los datos aportados por otras fuentes y los encontrados en el diario y la memoria dejada por el protagonista, prevalecerían siempre los de éste.

Ésta es, en fin, una historia de tiempos difíciles, relatada por uno de sus protagonistas, bajo su propia forma de entender y comprender los hechos, y expuesta por el autor sin entrar a valorar si esa forma de ver, entender, o comprender, es o no es de acuerdo a los cánones vigentes hoy como correctos. Cada tiempo histórico tiene sus normas y cánones, y sus gentes se rigieron y fueron regidos por y bajo ellos, como no podría ser de otra forma. Es del todo absurdo y rayante en la falta de ética histórica, el intentar justificar o descalificar las ideas, los comportamientos o los hechos humanos sucedidos en uno de esos tiempos pasados; bajo los cánones y normas que rijan, o puedan llegar a regir la moral, las ideas y el comportamiento de los hombres de tiempos posteriores.

El autor, entiende y considera que su labor en esta historia, no tiene más mérito que el de copiar, transcribir, complementar y aderezar, de forma medianamente aceptable para la consecución de un hilo lógico temporal, todo

lo que el propio protagonista relató de palabra o por escrito y que, ya en su forma original de “cuaderno y hojas sueltas”, impresiona por su intensidad, aunque presenta el estilo aséptico, claro y subjetivo, pero de acción y tiempo discontinuos, de un diario de campaña por partidas fechadas. En su desarrollo, ha intentado conseguir una secuencia atractiva de hechos, con estructura propia, bajo la forma de una evocación nostálgica y dolorosa de recuerdos por parte del protagonista; y partiendo para ello de aquella base documental ya existente a la que ha intentado ajustarse con la mayor fidelidad posible.

El autor.

I. DIVISIONARIO.

—Padre, me he alistado en la División de Voluntarios para ir a Rusia, ¿qué le parece? —dije de golpe cuando entré en el despacho de mi padre.

Así, de sopetón, sin ni siquiera un “buenos días, Padre”, o un simple “hola”, después de veinte días sin aparecer por la casa familiar del Losar de la Vera. Eso daba una idea de lo nervioso que podía encontrarme en aquel momento de comunicarle a mi padre que volvía a la guerra, a otra guerra, a la que muchos decían que no era cosa nuestra y que no nos incumbía, que España ya había pagado de sobra con su sangre a las dos ideas que la mantuvieron durante tres años en conflicto.

—Tú sabrás lo que has hecho, hijo, tienes veinticuatro años eres militar y has pasado una guerra. Ya eres lo suficientemente mayor como para poder equivocarte solo —contestó mi padre sin levantar la vista del microscopio.

Pedro de la Iglesia Martín, mi padre, era Inspector Veterinario del Ministerio de Salud Pública y Sanidad en la comarca de La Vera. Había servido como alférez de veterinaria en Cuba hasta unos meses antes de que comenzase la Guerra Hispanoamericana, en que fue repatriado a la Península con una herida y lleno de fiebres que le pagaron con una medalla; siendo retirado del Ejército con carácter forzoso, dos años después con el rango de teniente, como consecuencia de la reorganización del Departamento de Guerra tras las pérdidas de las provincias de ultramar.

—¿Tienes valor para decírselo a tu madre o prefieres que se lo diga yo? —me preguntó sin dejar de observar por el ocular.

Miré a mi padre desconcertado, ya que no esperaba esa contestación ni esa indiferencia.

—¿Es que no le importa a usted, Padre? —pregunté algo molesto por aquella reacción tan de café y dominó, como si le hubiese hablado del equipo de lanzamiento de barra del Losar del que yo era uno de los lanzadores más destacados.

—¿Te ha importado a ti, hijo, cuando te has alistado? ¿Acaso has pensado en tu madre y en mí antes de hacerlo? ¿Entiendes el sufrimiento que vas a producir en tu madre y tus hermanas? —preguntó mi padre, alzando la cabeza y mirándome a la cara con su pasmosa tranquilidad de siempre—. ¿Cuándo te vas?

—Dentro de trece días, Padre, el catorce por la mañana he de estar preparado en Cáceres, hasta entonces me han dado permiso en la Jefatura —dije dolido por la forma de expresarse de mi padre.

—No le digas nada a tu madre, déjame que se lo diga yo —dijo él—. Ahora, si me dejas, terminaré este análisis urgente.

Como si ya no hubiese nada que hablar, mi padre, a quien todos llamaban Don Pedro, se desentendió de mí y de mis noticias y volvió a dedicar toda su atención a lo que había puesto en el portaobjetos; ajustó la pletina con sumo cuidado profesional y volvió a poner su ojo sobre el ocular. Observé su ancha espalda y de pronto se deshizo parte de la euforia que yo llevaba cuando llegué al pueblo procedente de la Jefatura de Milicias de Cáceres, donde estaba destinado como sargento de infantería desde el final de la Guerra.

Salí del despacho cabizbajo por la respuesta encontrada en mi padre y me dirigí a mi cuarto, en el piso de arriba de la casa con planta baja y dos pisos altos, que mi abuela, la madre de mi madre, había heredado de sus mayores. Un caserón de piedra en la Calle del Cristo que tenía por entrada un gran arco de sillares de piedra, en cuya clave, un artista cantero había esculpido el bajo relieve de un niño que, con una pelota bajo el brazo derecho, saludaba con el izquierdo en alto a quien pasase frente a la puerta de la casa.

En el último piso, junto a las camaretas altas, se encontraba la habitación donde compartía cueva y estancia con mi hermano Manolo. Me senté en la cama y me desabroché el cinturón y los botones de la guerrera del uniforme, atraje hacia mí el arcón donde guardaba mis cosas y lo abrí buscando en su interior hasta encontrar mi boina roja con el galón de sargento que ya solamente utilizaba en los actos propios de la Falange, y no en todos. Mira por donde, resultaba que volvería a llevar la boina roja porque alguien había decidido que formase parte del uniforme de divisionario y porque, faltaría más, si había de llevar una, esa sería la mía, con la que recorrí media España, durante el último año de guerra, con la Primera Bandera de Falange de Cáceres.

Desde que estuve guardando la tribuna del Caudillo en el Desfile de la Victoria del 39, solamente la había utilizado para los actos propios de Falange ya que, en la Jefatura de Milicias, casi todos habíamos terminado por utilizar la ropa militar que nos habían impuesto. Es curioso lo de la boina, ya que había camaradas que se negaban a ponérsela hasta en los mismos actos falangistas, porque decían que no era una cosa nuestra. Por otra parte creo que los requetés también se negaron desde el principio a llevar la camisa azul anotada en el primer borrador de la unificación, aunque nunca he llegado a saber si en aquella unificación obligada por Franco solamente éramos nosotros los que llevaríamos la boina de ellos a cambio de que ellos perdiesen su libertad e independencia; o también ellos debían de llevar la camisa azul. La verdad es que nunca lo supe, y yo siempre los vi y los sigo viendo, con la camisa verdosa o caqui, el pantalón caqui y, como no podía ser de otra forma, la boina roja, la suya.

Saqué un cuaderno de tapas duras, era un álbum de fotos que repasé con emoción. La cara de mi madre, María del Socorro Parras, me miraba desde una de las cartulinas con aquella mirada bondadosa de siempre; la misma con la que nos había mirado a cada uno de sus diez hijos vivos desde el momento

en que nacimos. Estaba vestida con la camisa regional negra de brillo y llevaba puestas la medalla de la Virgen de Guadalupe y aquellos grandes pendientes de oro, heredados de su madre, que únicamente lucía en las fiestas y en los acontecimientos familiares. Entonces pensé en que su alma se rompería un tanto cuando se enterase de mi marcha a Rusia, y que sus ojos serían anegados por las lágrimas mientras que su corazón quedaría roto durante todo el tiempo de mi ausencia hasta que me viese volver sano y salvo.

Me vi en fotos con mis hermanos y mis primos, éramos una familia muy unida que mi padre procuraba mantener siempre así con todo su empeño. Repasé las caras de mis hermanas: Isabel, Socorro, Paz y Carmen. Me imaginaba el disgusto que se iban a llevar y dudé en si mi decisión había sido la acertada, pero pensé en lo que la gente de Stalin nos había hecho a los españoles, en mis camaradas muertos y en Ule, sobre todo en el simpático y cariñoso Ule, y quité aquellos nubarrones de mi mente. Repasé aquellas en las que me encontraba con mis hermanos: Pedro, el mayor, y que había llevado mi madre al matrimonio con mi padre de otro suyo anterior; Román, Antonio, Florencio y Manolo.

Una fotografía en la que me encontraba junto a Román, ambos con sombrero cordobés y situados a izquierda y derecha de un magnífico caballo, me hizo recordar aquellas fiestas de Plasencia de 1935, él ya tenía casi treinta años y yo había cumplido dieciocho. Fue el año en que se casó en Zamora mi hermano Antonio, el más intelectual y listo de todos, con su novia forastera, Manolita, que era de por Salamanca.

Había ido con mis hermanos Manolo, Florencio y Román, y nos acompañaban nuestros primos los Antón, Juan y Paco; y los Parras, Lucas y Santiago, Ernesto Alfredo y Paco; además de mi amigo Ule, hijo de un veterinario compañero de estudios de mi padre que había muerto de un patatús dejando mujer y tres hijos pequeños, y a los que mí padre había ayudado invitándolos a asentarse en el Losar.

La madre de Ule, Petra, había hecho de todo para sacar a sus tres hijos adelante con un gran tesón, hasta el punto en que su hijo estaba estudiando la carrera de Derecho en Madrid. Era dos años mayor que yo, un buen muchacho, amigo de sus amigos y medio noviete de una de mis hermanas.

Aunque el grupo parecía homogéneo por nuestro comportamiento hermanado, en el campo de las ideas no lo era en realidad. Mi hermano Román, mi primo Lucas, mi primo Paco Parras y yo, nos sentíamos de

izquierdas; yo mismo era en ese momento el jefe de las Juventudes Socialistas del Losar de La Vera. Mi hermano Florencio era totalmente limpio, políticamente hablando; Manolo y el resto de los Anton y los Parras, al igual que Antonio al que no le gustaban las ferias, tiraban más hacia las derechas de la CEDA. Ule, sin embargo, se acercaba si es que no militaba ya, en el sindicato estudiantil de Falange, el SEU, aunque no era de los miembros más activos y siempre respetaba a todo el mundo con su innata sencillez y su amabilidad de carácter.

A pesar de nuestras diferencias ideológicas teníamos las mismas aficiones, nos peleábamos por las mismas mozas y, salvo Ule, nos habíamos criado todos juntos y habíamos ido a la misma escuela. Como la familia de mi madre era oriunda de la comarca, a casi todos los de la cuadrilla, ya fuéramos de los Antón, los Parras o los De la Iglesia, en todos los pueblos nos conocían por Los Parras; y vaya si nos conocían desde Poyales hasta Plasencia en todos los pueblos del camino. Un grupo no menor de diez, aunque a veces éramos hasta quince mozos fuertes y de buena presencia, ¡qué voy a decir! Más de una vez llevamos a otro grupo de mozos, a empujones o a mamporros por las calles del Losar o de Valverde, hasta echarlos al pilón de la fuente. Pero todo cambiaría pocos años más tarde, nuestras ideas, nuestros afanes y nuestras ilusiones.

Mi padre nos trataba bien pero con cierta rigidez y rienda corta, sirva como ejemplo que a la hora marcada para comer, todo aquél que llegase cuando se hubiese servido el primer plato, que en la mayor parte de los días era el único, tenía prohibido sentarse a la mesa y debía de comer en la cocina con la criada, Julia, a quien llamábamos la “Poquino” por lo bajita y lo poquita cosa que era. Mi hermano Pedro le hacía bromas por su corta figura y solía decirle que si hubiese llegado a nacer con solo un pelo menos, en vez de llegar a criada hubiera llegado solamente a cría; pero a ella nunca le molestó nada de lo que hiciésemos o dijésemos; llegó a casa de mis padres con doce años y nos vio nacer a todos los hijos del matrimonio. Por otra parte, para mis padres, todo lo que ella hacía, decía o decidía en cuanto a los niños, mientras lo fuimos, estaba bien hecho y eso siempre le dio una cierta aureola de autoridad ante nosotros.

Jugábamos por todo el pueblo sin ningún tipo de ataduras, al tejo, a saltar canchos, a la tiracuerda, a guerra de piedras, las pedreas, con los de Valverde; al moro cazado, al pinche, al pelotazo, a las carreras de aros y de de barcos

por las regueras empedradas de las calles, y en especial por la de la Calle del Agua, paralela a la calle de mi casa, la Calle de la Cruz. En verano, Julia la "Poquino" nos llevaba a bañar a la charca El Pocito, en la garganta que bañaba el pueblo. Allí coincidía toda la chiquillería del Losar hasta que, según fuimos creciendo, comenzamos a explorar las otras pozas por las gargantas arriba.

Después crecimos y jugábamos a los bolos y a lanzar la barra, a pinchar a los toros de las fiestas con las picas que cada uno se fabricaba con una vara y un rejón lo más largo y fuerte posible, a tontear con las mozas y a demostrar a los otros mozos del pueblo o de los alrededores que éramos mejores que ellos, si es que nos lo permitían. Los baños de verano pasaron de las pequeñas y seguras pozas, a aquellos lugares donde más se iba a presumir ante las mozas de ser buen saltador desde los canchales al agua, que a disfrutar de un buen baño; como la charca La Herrera en la Garganta Vadillo o el impresionante Puente de la Garganta de Cuartos.

A pesar de que yo empecé a trabajar como casi todos los hermanos a los dieciséis años, toda mi paga al igual que las de ellos, terminaba en una caja metálica dentro de un cajón del despacho de nuestro padre. Todos los sábados, mi padre nos daba a cada hermano, trabajase o no, una o dos pesetas de las de plata para gastar, según la edad de cada uno, y un duro de cinco pesetas de plata "para enseñar y presumir". No quiero ni pensar qué es lo que le podía ocurrir a quien no entregase el duro a su vuelta a casa la tarde noche del domingo; tanto conocíamos a nuestro padre que no recuerdo que ninguno perdiese la moneda o la cambiase para gastar una parte de ella. El duro de plata de cinco pesetas era la seña de identidad y de poder de los hijos, que no de las hijas, de don Pedro el Veterinario, y no sería porque estuviésemos muy necesitados ya que, la comida no faltaba en casa, ya que la mayoría de los vecinos pagaban en especie a mi padre. Todos los hermanos tuvimos educación y abrigos de paño en invierno, aunque algunos íbamos heredando del anterior en la lista de nacimientos en una cadena que comenzaba en Pedro, quien no se libraba tampoco de heredar los capotes y abrigos, en su caso de mi padre. Otra señal de buena familia, o casi, era el calzado, puesto que siempre tuvimos zapatos de material para los domingos en tiempo de alpargatas, aunque aquí también funcionó a las mil maravillas la herencia en cascada.

Cuando los seis hermanos comenzamos a trabajar la casa prosperó aún más. Fue mi hermano Pedro quien comenzó a estudiar Comercio y puede que

por eso casi todos los demás con excepción de Antonio le seguimos compaginando nuestros trabajos con los estudios de Comercio, lo que resultaba bastante económico, como no podía ser menos, al heredar todo el material de hermano a hermano.

Años más tarde, una vez terminada la guerra, mi hermano Pedro, el mayor, que me sacaba doce años y que fue quien montó la fábrica La Cacereña, una de las pimentoneras que mejor pimentón hizo en la Vera hasta que fue vendida; me aclaró que nuestro padre guardaba siempre aquellos seis duros en una caja de terciopelo en lugar de en la caja de metal, y que él mismo llegó a hacer una muesca en el canto de uno de los duros para ver las veces que volvía a tocarle en los repartos semanales. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me confesó que en tres años le había tocado en suerte el recibir aquel duro marcado, diecisiete veces.

Antes de la comida del medio día, una vez sentados a la mesa, siempre se leía un párrafo de algún libro, por turnos. No se salvaba ningún hermano, solamente había libertad para elegir el libro y el párrafo a leer; si alguno no se presentaba o llegaba tarde y comía en la cocina, se le guardaba o retrasaba el turno y nunca se le saltaba. Puede que sea ese el motivo de que todos, hombre y mujeres, hayamos adquirido y conservado ese afán por la lectura que nos caracteriza a los hijos de Don Pedro.

Cerré el álbum y volví a fijarme en la boina, y en su color rojo, roto por el galón dorado. Mi mente se trasladó a uno de los primeros días de enero de 1936.

Uno de esos días estaba yo trabajando en las labores de mi profesión, a los veinte años ya era maestro herrador, y arreglaba tanto el calzado de las caballerías como las rejas de arado de los agricultores losareños, los cepos para zorros o conejos, o las rejas de las ventanas y las puertas, aunque también perdía el tiempo en conformar al fuego los rejones de las picas taurinas para las fiestas. Mi padre me había enseñado a tratar los cascos por lo que también trabajaba el campo de la limpieza y cura de uñas; precisamente me empeñaba en limpiar un moho de uno de los cascos traseros de un bayo enorme propiedad del boticario, cuando mi hermano Manolo se presentó en la herrería corriendo y con mala cara.

—Pepe, dicen que han matado a Ule —me soltó de repente.

—¿Qué dices, Manolo? ¿Estás chalado? ¡Déjate de bromas! —le

reprendí asustado.

—Que sí, que sí, que nos lo ha contado su hermana y menuda se ha armado —dijo Manolo nervioso y excitado—. Corre, deja eso y ven a la casa.

Solté la correa de amarre de la pata de la caballería y salí corriendo tras de mi hermano, hasta llegar a casa donde se mezclaban llantos y maldiciones en un coro demencial.

Nada más verme una de mis hermanas pequeñas se lanzó hacia mí con los puños en alto.

—Me lo han matado —gritó Socorro, llorando a lágrima viva mientras me golpeaba en la cara y en el pecho con sus puños—. Me lo han matado los tuyos. ¡Malditos! ¡Malditos seáis todos! ¡Pudríos en el Infierno!

Mi padre se adelantó y cogiendo a mi hermana por los brazos, la separó de mí y la condujo a una de las sillas desde donde ella me miró con la rabia y el odio clavados en sus ojos arrasados por el llanto. En aquel momento dejó de hablar y su silencio duró varios meses; creo que desde aquel día algo cambió en su alegre carácter y en nuestra relación filial.

Hable con mis hermanos Manolo y Florencio, y nos acercamos a la casa de la madre de Ule. Medio pueblo se encontraba en la acera frente a la puerta, y el otro medio en su interior. Pude darme cuenta de las miradas de reprobación que algunos vecinos me lanzaban sin disimulo alguno y una gran rebeldía comenzó a nacer en mi interior, yo nunca había hecho daño a nadie y nunca se lo haría a un amigo, ¿a qué me miraban así? Una vez dentro de la casa, la hermana de Ule, se echó en mis brazos llorando y me arrastró hasta la habitación donde se encontraba su madre, Petra, rodeada de un coro plañidero que intentaba consolarla y más parecía que la hundían aún más en su desesperación. La buena mujer, al verme, me extendió los brazos y me recibió entre ellos llorando, como si se le estuviese marchando el alma, que eso era su hijo mayor, su alma, su vida y su orgullo por lo listo y buen estudiante que era.

—¿Por qué? —me preguntó entre llantos—. ¿Por qué me lo han matado? ¡Ay mi niño!

Yo sin contestar, continué abrazado a ella mientras unas gruesas lágrimas me surcaban sin control las mejillas. Cuando pude soltarme y dejarla en manos de su hija, salí de la habitación y me encontré a Prudencio, el cabo de la Guardia Civil quien trató de evitarme.

—Espere, Cabo, cuénteme algo por favor —le rogué sujetándolo del vuelo de la capa de abrigo.

—¡Suéltame muchacho! —me dijo entre dientes, poniéndome una mano en el pecho—. Si no supiese de quién eres hijo y que eres una buena persona te ibas a comer un par de hostias.

—Perdone, Cabo —dije soltando el capote y mirándolo. Me sacaba más de una cabeza y era fuerte como una mula—. Es que aún no sé qué es lo que ha pasado.

El guardia civil me miró con ojos más tranquilos y me agarró de un brazo sacándome del grupo de vecinos.

—Acompáñame a la casa cuartel y te lo cuento por el camino —me dijo.

Asentí con la cabeza y me puse a su izquierda caminando por la cuesta abajo.

—Verás, al parecer Eulalio estaba en el Retiro en una mesa de captación de esas que ponen los falangistas, cuando un grupo de alborotadores de las juventudes socialistas se les echó encima volcando la mesa con todo lo que contenía. Se cruzaron palabras y de las palabras pasaron a los mamporros y todo hubiese quedado así, como un encontronazo más de los cientos que ocurren entre esos grupos, si no se hubiese detenido un coche del que salió un pistolero que soltó varios tiros. Uno de ellos dio a tu amigo cerca del corazón, casi se lo partió y cuando lo llevaron al Hospital General no aguantó la operación y allí mismo se quedó. Y eso es todo.

—¿Y por qué me mira tanto la gente? Algunos parecen culparme a mí de ello —chillé más asustado por lo que me había contado el guardia que por los recelos de los demás.

—¡No me chilles muchacho! —me dijo el cabo Prudencio con voz helada —. Pero si quieres un consejo yo no iría a preguntárselo. O es que crees que lo ha matado uno de la CEDA o quizás un falangista de la Primera Línea o uno del Requeté. No seas ingenuo, el tiro a partido de las izquierdas y desde que mataron a aquel estudiante de medicina en el 34, todas las semanas va alguno con los pies por delante, cuando no es falangista es socialista, cuando no dinástico o carlista, cuando no comunista o anarquista. Derechas, Frente Popular, POUM, o CNT, ¿qué más da? Esto ya tiene mal aspecto y me da en la nariz que va a aumentar para peor. Las consignas son cada vez más serias.

—En mi grupo no tenemos consignas de ir contra nadie —dije, no muy seguro.

—No digas tonterías, tu eres un socialista de pacotilla que hasta vas a misa y siempre estás pensando en el pueblo y en la clase obrera con

intenciones cristianas que en nada se parecen a las que dominan en este momento en tu partido, al igual que tu amigo era un buen muchacho que no se metía con nadie ni seguía las consignas de dureza de algunos tíos fieros de la Falange —dijo el cabo—. Que en todas partes hay pistoleros. En los tuyos hay tantos como en los otros. Y ya vale, me voy al cuartelillo que esto no me gusta nada y en cualquier momento puede saltar la chispa que convierta el Losar en una olla de brasas.

Me acerqué a mi casa y le pedí a mi hermano Pedro que me llevase a Jarandilla en el viejo Hispano Suiza de nuestro padre. Una vez allí, me fui directo a la Casa del Pueblo y pregunté por "El Mulo", apodo con el que conocíamos en voz baja al compañero secretario, a quien le pregunté si sabía algo de lo ocurrido a mi amigo.

—Que quieres que te diga, compañero, quien anda con fuego con él se quema —me contestó.

—Dicen que hemos sido nosotros —le dije entre dientes.

—¿Y qué si lo hemos sío? —me contestó con ira—. ¿Acaso ellos no mataron al primo del compañero Martín hace un mes por Valencia? Donde las dan las toman Parras, y si podemos que ellos tomen muchas más de las que nos dan, mejor que mejor.

—Eso no es lo que el partido quiere —dije con firmeza.

—¿Ah no? ¿Y qué sabes tú, miaja de señorito hijo de señorito, de lo que el partido quiere o deja de querer? —me preguntó elevando la voz y haciendo que todos se volviesen a mirarnos—. ¿Y quién te crees que eres pa hablarme así, con esas ínfulas?

—Soy jefe de las Juventudes —le contesté en el mismo tono—. Y tengo derecho a que se me oiga y atienda en el partido.

—Tú no eres na y no tienes derecho a na y te mantenemos porque nos interesa —dijo de forma despectiva el compañero secretario.

Aquello me sentó como si me hubiesen echado por la espalda un caldero de plomo hirviendo, y en ese momento supe el porqué del apodo de "El Mulo". Cuando salí de su oficina tampoco encontré ningún tipo de condescendencia en el resto de compañeros mayores que allí se encontraban. La idea general de que "ellos", los otros, los fascistas, habían abierto el melón los primeros y nosotros debíamos de comérnoslo antes de que ellos lo hicieran, era la idea más extendida.

Cuando me alejaba camino del coche de mi padre me pareció que alguien

me llamaba.

—¡Parras! —volví a oír y me giré para contemplar a Juan, un compañero ya mayor, pero alto y fuerte como un roble, que siempre me había caído bien.

—Dime —le dije cuando me acerqué.

—No has debío de decirle na al "Mulo" —me dijo—. Está diciendo que va a mover a las bases pa que te quiten el cargo.

—No puede hacer eso—. Mi cargo es de las Juventudes Socialistas y son los jóvenes en un congreso los que me pueden destituir.

—¡Eso te crees tú! —dijo el otro soltando una carcajada—. ¿De verdad te lo crees, chaval?

—Iré a Plasencia —dije obstinado.

—Dará igual —dijo el otro—. Y te dirán lo mismo o algo peor.

—Pienso que…

—No pienses —me dijo—. Hijo, ni tu ni yo estamos hechos pa esto. Pensamos en cambiar el mundo cambiando la mentalidad del pueblo, y también hay gente asina en el otro lado, como tu amigo el muerto a quien conocía; pero a estas alturas las cosas ya no van por ahí. Hay bandas y grupos de fuerza entre las izquierdas y entre los fascistas que solamente miran por eliminar al contrario. La lucha comenzó entre los comunistas y los falangistas, luego entre los anarquistas y los falangistas, pero la cosa ya se ha extendido y ahora no se salva nadie, ni nosotros, de eso de lo de las pistolas, ni de sufrirlas ni de usarlas. A ti te van a quitar la silla, lo quieras o no. No interesas, das mal ejemplo y ya hace tiempo que algunos comentan que tu afición a ir a la iglesia de los curas en los domingos no favorece en nada nuestro ideario laico y ateo.

—Es que tenemos que combatir toda esa intransigencia que se está apoderando de un lado y del otro —protesté, sin encontrar argumentos más fuertes.

—No me hables de combatir que en esta puñetera España solo falta que un vecino pise la linde de otro pa que se líen los dos en una ensalá de garrotazos —me dijo—. Mira Parras, hazme caso, yo ya soy mayor y a mí no me tienen en cuenta y podré irme cuando quiera a la mi casa, pero tú eres joven y no interesas a naide. Márchate antes de que te echen pa los lobos.

—Gracias, compañero, me lo pensaré —le dije.

—No pienses —me repitió, sacudiéndome la manga del abrigo—. Hazme caso, carajo, y hazlo asina, como te digo, lárgate ya que pa mañana es tarde.

Me despedí con un fuerte apretón de manos de aquel hombre, recio, trabajador y mayor, a quien no volví a ver, y regresé con mi hermano al pueblo.

Dos días después al entrar en la cuadra donde nos reuníamos los jóvenes socialistas del Losar algo raro en el ambiente me dijo que las cosas no pintaban iguales.

—Lo siento, Parras, ya no eres el jefe —me dijo Elías el “Tolo”, cuando pregunté si pasaba algo que yo no supiese—. Nos hemos reunío en asamblea extraordinaria y hemos decidío que no puedes seguir siendo nuestro jefe.

—¿Ah no?, ¿y por qué? —pregunté levantando la voz —. ¿Y en quién ha recaído la elección?

—No está decidío —dijo otro en tono retador—. Pero tú no lo serás. Y nos han dicho que si pones algún problema te echemos a palos.

—¿Y crees que vas a poder? —respondí al reto con bravuconería—. ¿Tú y cuántos como tú?

Uno de los muchachos, Paco el “Hinojero”, un muchacho grandote que estudiaba en Madrid, se acercó conciliador y se interpuso entre los dos.

—Vale ya, vale ya, tú —le dijo al otro—. No hagas este asunto como si fuese nuestro, porque no lo es. Dí que nos lo han ordenado desde Jarandilla y ya está.

—No tengo por qué…—dijo el peleón.

—¡Calla de una vez, coño! —le dijo a “Tolo”—. Hasta hoy mismo hemos sido más que compañeros, amigos; Pepe se ha portado siempre bien y ha llevado esto de maravilla, y aunque haya hecho alguna cosina que no nos guste, no hay por qué hundirlo. Pase que nos han ordenado desde Jarandilla quitarle el arado y el carro, pero no matarle la mula y quemarle el campo.

—¡Que se vaya a la su casa, no lo queremos! —dijo el otro, firme en sus trece.

—Me está pareciendo que el que se va a ir voy a ser yo —dijo Paco el “Hinojero”, esto empieza a parecerse a una checa de los comunistas.

—Pues pa luego ya va siendo tarde, “Hinojero” —dijo el otro—. Ya estás saliendo por la puerta, y llévate a ese que ya no pinta na en esta casa del pueblo. Aquí no necesitamos señoritos.

—¿Señoritos? —pregunté con la cara roja de indignación—. Yo soy herrero, ¿de qué coño hablas?

—De que no eres como nosotros —dijo volviéndose hacia los mirones

—. Mirad, compañeros, abrigo de paño bueno y zapatos como pa andar sin molestias entre las zarzas de la garganta. ¿Es o no es un señorito?

—Lo que estás haciendo es peer en botija —le dije—. Siempre he estado con los más necesitados.

—Pues ya no te queremos aquí, ¡vete! —dijo elevando la voz más de lo necesario.

Comprendí que hablaba como lo hace un cómico ambulante cuando quiere que le escuchen los últimos espectadores.

—Esta casa del pueblo, como la llamas, la conseguí yo del Ayuntamiento para ser el Centro de la Juventud y no casa del pueblo como tú la has rebautizado. Yo mismo con mis propias manos la adecenté y pinté sus paredes lo mejor que pude para que estuviésemos dentro lo más cómodos posible —dije—. Y eso mucho antes de que tú y tu familia vinieseis a vivir al Losar.

—Pues te joes —dijo el que llevaba la voz cantante.

Dios sabe que en ese momento, toda la pena por la muerte de Ule, la angustia por el comportamiento de mi hermana conmigo, el sufrimiento de la familia de mi amigo, la desfachatez de mis compañeros de partido al decir que había que dar tres por dos e ir por delante y tomar represalias antes de que sucediesen las acciones de los fascistas; todo eso y algo más que me salió de dentro, se concentró en mi puño derecho al estrellarse en la quijada de aquel bruto imbécil que no veía más allá de lo que “El Mulo” y otros más mulos que él le mandaban.

Salí de la cuadra sin mirar atrás seguido del “Hinojero”, con un sabor ácido en la boca y negros pensamientos en la cabeza.

—Voy a escribir a la Secretaría de Cáceres —dije—. Toda esta sinrazón no tiene porqué estar sucediendo.

—No te molestes, Pepe —me dijo Paco—. Tú has estado todo este tiempo muy ocupado con tus caballos y tus mulas, divirtiéndote con los Parras, y hablando en el Centro de cómo debe de ser la vida ideal para el obrero, de sus necesidades y de sus ilusiones. Ahora déjame que te diga que casi nadie te escucha ya. La gente de uno u otro signo ya no se guía por lo que debe de ser, sino por lo que le indican desde lo alto del partido. Todo lo bueno está dentro del partido, y todo lo de fuera es malo y hay que combatirlo; y si no tragas te quitan la silla y el plato de la mesa.

—Entonces ya no me interesa pertenecer a un partido al que no le importa nada —dije.

—Mala cosa, Pepe, ¿qué quieres que te diga? —dijo Paco—. En estos días a ningún partido le importa nada que no sea machacar a sus enemigos políticos, porque ya no hay contrarios ni adversarios sino enemigos y cada vez son más y más enemigos, solo gentes que se odian a muerte.

—Mal vamos entonces, Paco —le dije.

—Yo solo sé que el lunes vuelvo a Madrid a continuar mi último curso, que no ha empezado bien con decenas de algaradas y asambleas en cada rincón de la Universidad, veremos si lo acabamos con beneficio —dijo el "Hinojero"—; y si te sirve de algo, te diré que apreciaba a Ule, no teníamos las mismas ideas ni nos veíamos mucho en Madrid, pero algunas veces salimos a tomar algo o a ligar por las tabernas de las Cavas y lo pasamos muy bien. No entiendo el motivo por el que volvió a Madrid después de Navidad sin terminar las vacaciones, tampoco entiendo su muerte, esto es un asco, Pepe, que te lo digo yo.

—Si no te veo, que te vaya bien Paco —le dije—, y ten cuidado que la cosa está que arde.

—Eso es verdad, entre los falangistas del SEU, los nuestros de la FUE, y los sindicatos estudiantiles comunistas y anarquistas, la Universidad parece un campo de batalla que se está propagando a todo Madrid, donde el relevo lo toman el CONS, la UGT, los sindicatos comunistas y la CNT. Lo malo es que no puedes estar al margen, no te lo permiten ni unos ni otros, tienes que tomar partido y esperar tener la suerte de haber elegido bien. Cuando vine de vacaciones se decía que están en conversaciones para unificar las juventudes socialistas y las comunistas y así ejercer un frente de presión común. Parece que lo quieren llamar Juventudes Socialistas Unificadas, o Juventudes Marxistas, o algo así, hay un tal Carrillo que está en el ajo y empujando mucho. Si eso ocurre, los socialistas habremos perdido buena parte de nuestra identidad y ganaremos en fuerza radical; no me gusta perder mis ideas entre la reacción comunista.

—Ule siempre decía que entre los fascistas de la Falange y nosotros hay muchas metas que se tocan la mano, que solamente difieren por la forma de llegar a conseguirlas —le dije, pensando en lo que había dicho Paco.

—Entiendo, pero esas metas como las llamas, aunque la forma de llegar a conseguirlas unos ya levante ampollas en los otros, no son nada comparado con todo lo demás que procura los choques irreconciliables y los odios cada vez mayores. Espero terminar este año y me iré a hacer carreteras o puertos a

las Américas, Pepe, aquí ya no se saca nada bueno y lo que parece venir no me gusta nada. Tú ten mucho cuidado.

Me despedí de él y me dirigí a casa. El Hinojero era cuatro o cinco años mayor que yo, hijo único y huérfano de madre. Un buen estudiante de Ingeniería de Caminos, y una buena persona. No lo volví a ver. Dijeron que terminó la carrera en junio y que en los primeros días de agosto tomó un barco en la Coruña con rumbo a Venezuela. Su padre, socialista de los de corazón, convencido y de buena fe, desapareció del pueblo sin que nadie se diese cuenta y se llegó a comentar que se fue a América con su hijo.

Por el camino a casa, al llegar a la puerta de la Iglesia de Santiago vi una comitiva encabezada por la madre y las hermanas del pobre Ule. Me acerqué y la madre me tendió una mano.

—Ven hijo —me dijo—, vamos a rezar por el alma de mi pobre niño.

Les acompañé y todos los asistentes pudieron comprobar el despego de mi hermana Socorro hacia mí, y si alguno no lo sabía aún, estaba siendo informado de que mi hermana me culpaba de lo ocurrido a su medio novio. Me concentré en la misa aunque, conociendo al cura, me temía lo peor que se confirmó cuando subió al púlpito.

Tuvimos que aguantar una incendiaria soflama sobre las hordas marxistas y su intento de eliminación sistemática de todo lo que representaba al carácter y la forma de vida de los españoles de bien: la familia, la religión, la libertad, la independencia, la propiedad y el bien común. Pensé en que con discursos como aquellos no necesitábamos políticos que enzarzasen a medio pueblo contra el otro medio. Pude ver como algunos, los más, me miraban con disimulo, y otros, los menos pero con más fiereza, lo hacían descaradamente. Hasta creí ver en el párroco alguna que otra mirada en mi dirección. La madre de Ule se volvió de pronto y me cogió una mano como intentando demostrar que su confianza en mí no había disminuido después del asesinato de su hijo, se lo agradecí en el alma al ver que todos nos miraban y algunos asentían con seriedad.

Diez días después, el pueblo se me hacía una prensa que me oprimía el pecho, los de derechas, la gran mayoría, me señalaban por la calle, mientras que mis hasta entonces compañeros, me daban la espalda de forma descarada. Me sentía un sin patria y fue entonces cuando una tarde me topé con don Félix, el sacerdote que atendía la Ermita del Cristo de la Misericordia.

—¿Dónde vas, Pepe? —me llamó la atención.

Me paré y lo miré. Era un hombre muy mayor, con una sotana ajada que iba barriendo el suelo de la calle. Don Félix era paisano de mi padre, de la parte de Talavera, y sus familias se conocían desde siempre.

—La verdad es que no lo sé, don Félix —contesté.

—Mientras sepas a dónde quieres llegar…no vas mal con los tiempos que corren —dijo él con su característica sonrisa de pícaro que lo hacía parecer siempre tan jovial.

—Pues la verdad esa que tampoco estoy muy seguro de ello —le contesté.

El viejo cura se me quedó mirando y acercándose a mí me cogió de un brazo.

—Acompáñame al Cristo de la Misericordia, mozo; ven y cuéntame — dijo el sacerdote.

—Prefiero no hacerlo, padre —me negué intentando desasirme de la mano del cura pero el anciano tenía bien hecha su presa y tendría que lastimarlo para quedar libre.

—Vamos, ven y cuéntame —insistió agarrándome de un brazo, y yo lo seguí como un cordero, pasando por la puerta de mi casa hasta llegar a la ermita.

Entramos y allí dentro noté una cuchillada de frío a pesar de haber dejado en la calle la crudeza de aquel día de mediados de enero de 1936, con el viento norte que surgía de la Sierra de Gredos y barría la calle sin compasión.

Estuve hablando con aquel cura, paisano de mi padre, durante más de tres horas y cuando salí ya casi era la hora de la cena. De la ermita salí con dos ideas: la de “busca y encuentra lo mejor”, y la de que don Félix no se había cruzado conmigo por casualidad.

Esa noche, después de cenar me acerqué a mi padre que estaba leyendo en su sillón, y le puse la mano en el hombro con suavidad para llamar su atención.

—Padre necesito dinero, he de salir del pueblo por algunos días —le dije.

Mi padre levantó la cabeza del libro y me miró fijamente a los ojos durante unos segundos, luego asintió con la cabeza y se levantó.

—Acompáñame, Pepe —me dijo, echando a andar hacia su despacho.

Abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo la caja de metal. Sacó del

chaleco la llave que llevaba sujeta en la cadena del reloj, y la introdujo en la cerradura. Luego tomó de la caja un sobre abultado en el que ponía escuetamente "Pepe", era el lugar donde guardaba todas mis ganancias como herrero.

Lo abrió y antes de sacar nada de él me miró y yo lo entendí.

—Necesito salir del pueblo, Padre. Están pasando muchas cosas y creo que necesito ver y sentir qué es lo que sucede fuera del Losar —le dije—. Tengo que marcharme durante una temporada para olvidarme de todo lo de estos días.

—¿Cuántos días piensas estar fuera y cuánto crees que vas a necesitar? —me preguntó sin hacer más indagaciones ni forzarme a que le aclarase otras razones para irme fuera del pueblo.

—Cosa de un mes, Padre, ¿tengo ahí bastante para veinte o treinta duros? —le pregunté a sabiendas de que en cuatro años no había necesitado ni un real fuera de los gastos normales y de aquellos otros sufragados por la soldada semanal que me daba mi padre.

—Tienes —me dijo abriendo el sobre y contando el dinero tras lo que separó unos billetes.

—Esto lo llevas en el cinturón —dijo alargándome uno de veinticinco y varios de diez pesetas.

—Esto lo llevas en la cartera —y me largó tres billetes de cinco pesetas y uno de diez.

Luego hurgó en la caja y soltó sobre la mesa una moneda de plata de un duro y suelto de seis pesetas.

—Y esto, en la bolsa monedera —dijo, soltando sobre la mesa un puñado de monedas de plata y cobre y cerrando la caja que devolvió al cajón.

Un cálculo por encima me dio un total aproximado de cuarenta y cinco o cincuenta duros, eso era la paga de muchos meses de un obrero de fábrica.

—Es mucho, Padre —le dije.

—No. No pienso mandar al mundo a mi hijo como mi padre me mandó a Cuba, sin un real y más pobre que las latas —dijo con un esbozo de sonrisa.

—¿Querrá usted decir que las ratas, no Padre? —intenté corregirlo.

—No. Las ratas pueden buscarse la vida y hasta cazar —me contestó mi padre con tono socarrón—. Las latas, Pepe las latas, que solo sirven para que la gente las patee y las aplaste.

Pasé por alto aquella especie de broma que me gastaba mi padre y que

era lo más parecido a un chiste que yo le había oído contar nunca.

—¿Es verdad que allí conoció a Ramón y Cajal? —le pregunté, aunque ya conocía la historia.

—Cuando llegue en 1896 a Camagüey, hacía ya más de veinte años que él ya había vuelto a España, pero siempre suena bien y cae de maravilla en muchos círculos, sobre todo en los que no entienden de fechas, el decir que coincidí con él —dijo mi padre—. En Cuba, Ramón era un buen muchacho, buen médico, trabajador y, como yo, sin un real, además de cabezón como lo puede ser un navarro hijo de aragoneses y criado en Aragón. Yo estuve hasta el dos de enero del 98 en que volví a España por una herida de bala en la pierna. Aquí me enteré del hundimiento del Maine y del desastre posterior. Después, acabada la guerra con los americanos me acogió la reducción del Ejército y me licenciaron de teniente, preparé unos exámenes de oposición y con los puntos de Ultramar gané en 1902 la plaza de Inspector Veterinario en La Vera y vine aquí, aquí me casé con tu madre y con tu hermano Pedro en 1904. ¿Algo más que ya no te haya contado un centenar de veces?

Miré a mi padre que tenía las dos manos apoyadas en la mesa y le dí una palmada en la derecha, el me miró desconcertado pero sonrió separando las manos y llevándoselas a los bolsillos del chaleco.

—¿Cuando te vas? —me preguntó.

—Mañana en el autobús a Madrid que sale de Plasencia y pasa a medio día —le contesté.

—Bien —me dijo—. Te despedirás de tu madre y de todos tus hermanos...y de todas tus hermanas.

Bordeó la mesa y sin más salió del despacho dejándome allí pensativo y desconcertado.

Tres días después estaba en Madrid y en uno de mis paseos me encontré, sin comerlo ni mamarlo, en medio de una manifestación de sacerdotes, monjas y fieles que protestaba contra el anticlericalismo reinante, fui testigo de los fuertes insultos que desde grupos ajenos a la manifestación se lanzaban a los manifestantes, la presencia de la Guardia de Asalto impidió que nos atacasen y las cosas llegaran a mayores.

Otro día, salía de la papelería Burgaño para dirigirme a Sederías Carretas, en la misma calle, cuando de lejos me pareció ver una figura conocida unos diez metros por delante de mí, caminando por la otra acera hacia la Puerta del Sol; dejé pasar a un taxi de los de gasógeno, y crucé la

calle acelerando el paso. La gran cantidad de gente que se movía por la acera me impidió dar alcance y comprobar si era el Hinojero. Al llegar a la Puerta del Sol pude ver una marea azul que llegaba por la Calle del Carmen ocupando todo el ancho de la calle y, que al desembocar en la plaza la ocupó por completo. Era una manifestación falangista que, esperó atentamente mientras que uno de sus líderes, desde lo alto de un pequeño estrado portátil que seguramente llevarían con ellos, estuvo varios minutos hablándoles sobre la anarquía reinante en España, sobre el tren nacionalsindicalista que había comenzado a andar y que no pararía ya hasta que todas las tierras de España quedasen libres de la lacra marxista, y cosas así. Después se disolvieron en grupos cantando consignas por las calles que daban a la Puerta del Sol. Continué mi paseo por la Calle de Cedaceros con cautela ya que unos metros por delante se movía uno de aquellos grupos de falangistas que al llegar al Congreso de los Diputados, prorrumpió en consignas propias y en insultos hacia los diputados, hasta que fueron disueltos a palos por la policía; pero se reagruparon un poco más abajo y al llegar al cruce con la Calle del Prado varios de ellos la emprendieron a golpes con dos obreros del Ayuntamiento que llevaban brazaletes de la UGT y a los que dejaron malparados. Antes de que reaccionasen los guardias, que no les habían perdido de vista, se disolvieron y escaparon corriendo por las calles aledañas.

Una semana después, tomé un autobús de línea que me llevó hasta Valencia donde, en las mismas puertas del Ayuntamiento, fui testigo de un fuerte encuentro entre una manifestación de obreros portuarios de la Unión General de Trabajadores, UGT, y de la Confederación Nacional del Trabajo, CNT; con otra de obreros agrícolas de la Central Obrera Nacional Sindicalista, CONS. Los primeros comenzaron a llamar fascistas a los de la CONS y a estos les faltó poco para enarbolar sus pancartas y atacar con fiereza a los provocadores, que respondieron con presteza sacando, de no se sabe donde, gruesas estacas de madera que se unieron a los palos de sus propias pancartas para repeler y contraatacar a los de la CONS. Cuando llegó la Guardia de Asalto, que tomó partido por las fuerzas sindicales de izquierdas, los de la orientación falangista, lejos de amilanarse, la emprendieron también con la policía. Aquello terminó muy mal con varios policías y manifestantes de las dos partes heridos.

Continué mi viaje y veinte días después de salir de mi casa, fui testigo del maltrato a un anciano sacerdote en la plaza de la Campana, en Sevilla; por

parte de un grupo que, por su forma de expresarse, parecían comunistas. Me metí en medio intentando proteger de los golpes al sacerdote y recibí varias bofetadas como respuesta; una patada en la espalda me hizo caer y, una vez en el suelo, me sujetaron y registraron. Al encontrar mi carnet de las juventudes socialistas me dejaron en paz pero no sin darme tres o cuatro patadas en la espalda y en el culo como recuerdo para que aprendiese a no meterme donde no debía.

En Badajoz pude observar la forma en que un grupo de camisas azules arreaban estopa de lo lindo, con fiereza y sin mediar palabra, a los componentes de una mesa de propaganda de la Confederación de Obreros Agrícolas que abogaban por la desamortización de los latifundios y su entrega a los aparceros, bajo el lema de "La tierra para quien la trabaja"; y que estaban haciendo su campaña tranquilamente y sin molestar a ningún transeúnte.

Cuando volví al pueblo, en la primera semana de marzo, todo seguía igual, bueno… no todo, había una novedad importante que me impactó. El padre Félix estaba en el hospital de Plasencia. Tres días antes habían llegado al pueblo unos cuantos bestias de la FAI que preguntaron por los falangistas del pueblo, como no encontraron a ninguno se metieron con el boticario llamándole explotador, capitalista y fascista, mientras lo zarandeaban de uno a otro. Solo el padre Félix tuvo el coraje de llamarles la atención y afearles sus actos. Los diez energúmenos, viendo que ante ellos estaba uno de los corruptores de la sociedad civil, uno de los culpables de la explotación del obrero, uno de los responsables de que se diese cobertura social a la derecha fascista; se enfangaron cruelmente con él. Cómo de violento y qué rápido ocurriría todo que, cuando avisados por algún vecino llegaron los guardias, el anciano sacerdote estaba en el suelo bañado en su propia sangre con varias costillas, un brazo y el bazo rotos. Me indigné pensando en lo que debería de haber sufrido aquel sabio y amable anciano, y en la cobardía de los vecinos que lo consintieron.

Después de pasar por mi casa y saludar a mis padres y hermanos, me encerré con mi padre en su despacho y le comenté mis inquietudes.

—No voy a hacer que desistas si es verdad que estás decidido a hacer eso que dices de alistarte en la Falange —dijo mi padre, mirándome con fijeza —. Creo que tampoco lo haría si hubieses decidido cualquier otra cosa. Ya eres un hombre, tienes que tomar tu camino por decisión propia y nadie

escarmienta en cabeza ajena; pero sí te indicaré que si ese es el camino que has decidido tomar, acércate al cuartelillo de la guardia civil y habla con Prudencio, el cabo, es de mi partida de dominó y los dos sabemos de que pie cojea cada uno aquí y en la comarca.

Me dirigí al cuartelillo de la Guardia Civil y tuve una larga conversación con el cabo.

—La semana que viene tengo un examen en la Escuela de Comercio de Cáceres —le dije, cuando advertí que parecía rumiar todo lo que yo le había comunicado.

—Haz lo que yo te digo. Si ese es tu deseo y ya estás decidido, no des ni un solo paso aquí, ni en Jarandilla, ni en ningún otro pueblo de La Vera. Si de verdad vas a hacerlo, hazlo cuando vayas a la Capital, a Cáceres —me dijo el cabo—. Pero no lo intentes hasta que yo haga algunas gestiones. No estaría mal que aprovechases el momento de los exámenes; ya te avisaré chaval, ahora vete a casa, come de esa caldereta estupenda que ha hecho hoy Julita la Poquino, y descansa de tu excursión que falta te hace. Salí del cuartelillo sin dejar de pensar en que los hilos de la Guardia Civil llegaban hasta los fogones de mi casa.

Unos días después, tras recibir una llamada del cabo y guardar en mi mochila, junto a unos libros y una muda, las tres cartas que el guardia civil me había dado el día anterior, tomé el autobús hacia Cáceres. Una vez allí, y después de pensarlo mucho y volverlo a pensar y repensar, me planté ante el hombre de camisa azul que estaba en la puerta del lugar que me habían indicado.

—¿Que deseas, muchacho? —me preguntó, mirándome de arriba abajo —. Te veo dando vueltas por aquí desde hace más de dos horas. ¿Necesitas ayuda?

—¿Puedo pasar? —le pregunté.

—¿Qué llevas en la mochila? —me preguntó—. Perdona pero son malos tiempos.

Le abrí la mochila y miró dentro de ella mientras la tanteaba por fuera.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? —me preguntó.

—Hasta hoy he sido socialista y vengo a que me habléis de la Falange — le dije.

—Pues pasa camarada, que esta será tu casa si así lo deseas —me dijo

muy serio, haciéndose a un lado para franquearme el paso.

—¡Flecha nuevo! —gritó con fuerza hacia el interior mientras me palmeaba la espalda al pasar.

Apenas si había dado una docena de pasos, un hombre de unos cuarenta años me salió al paso con una amplia sonrisa y, después de saludarme efusivamente, me condujo a una pequeña y sobria oficina, ofreciéndome una de las dos sillas de enea que, junto a la vieja mesa y un montón de cajas apiladas, constituían todo el mobiliario de la habitación.

—Tú dirás —dijo señalando hacia mí con sus dos manos con las palmas abiertas hacia arriba.

Me dejó hablar y yo le conté mis años de juventudes socialistas, la muerte de Ule y mi reacción y la de los compañeros de partido, mi viaje por varias ciudades de la nación y lo que en ellas me ocurrió, la paliza recibida en Sevilla, y mi indignación por lo ocurrido a don Félix. Aunque me escuchó muy atento y sin interrumpirme ni una sola vez, su cara amable y cortés pero exenta de expresión no varió en ninguna de las etapas de mi narración. Al finalizar respiró hondo y puso los dos codos sobre la mesa mientras unía las manos como si rezase pero con los pulgares hacia arriba y tocando con las uñas sus incisivos superiores. Respeté su silencio y unos segundos después deshizo la postura y, componiendo su figura, me miró a los ojos con intensidad.

—Me has dicho que te han dado unas cartas para mí —dijo alargando una mano.

Rebusqué en mi mochila y le di las cartas. Miró los remites.

—El Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil del Losar, el Jefe de FE y de las JONS de Jarandilla y del Losar, el padre dominico don Félix Álvarez, comandante capellán retirado y custodio de la ermita del Cristo de… —se interrumpió y abrió un cajón guardando las cartas sin leerlas.

—¿No las va usted a leer? —le pregunté extrañado.

—Seguro que dicen maravillas de ti, si no fuese así no se hubiesen molestado en escribir —dijo el hombre de azul—. Soy José Luna Meléndez, capitán retirado y Jefe Provincial de la Falange en Cáceres, y tengo especial predilección por los descarriados; y tú eres uno de ellos, Pepe Iglesia, permíteme que te llame así. En realidad creo que puedes llegar a ser una buena adquisición y voy a proponerte un plan. A partir de mañana vendrás todos los días a las nueve de la mañana y permanecerás aquí estudiando nuestro ideario, aprendiendo de nuestros jóvenes y de nuestros mayores y haciéndote una

composición de lugar de dónde estás y qué es lo que representamos para ti y para España. Si pasados diez días sigues queriendo quedarte con nosotros, entonces volveremos a hablar de ello. ¿Alguna pregunta? ¡Ah! Si estuviéramos en el Ejército te exigiría el respeto en el trato, pero esto es la Falange Española y aquí todos somos camaradas e iguales, así que tutéame.

Doce días después, y sin haberme presentado al examen de Comercio, estaba de vuelta en el Losar con mi filiación de flecha y mi camisa azul en la mochila.

—No muestres a nadie tu cédula ni tu camisa porque, aunque el Jefe de Jarandilla y del Losar te hayan recomendado como buena persona, solamente el Jefe de la Guardia Civil de tu pueblo sabrá que ya eres falangista, por él te llegarán las comunicaciones; ven a la oficina provincial cada quince días —me dijo Luna el veintiocho de febrero, despidiéndome con un apretón de manos.

—¿Y los camaradas del Losar y de los pueblos vecinos? —pregunté extrañado.

—Solo ese cabo guardia civil, y ni siquiera los otros guardias de tu pueblo —me dijo—. Los pueblos son otra cosa y, aunque te he dicho varias veces que en la Falange todos somos iguales, en los pequeños municipios conseguirlo es más difícil y la igualdad es algo distinta; también han de ser todos iguales, pero la realidad es que unos son más iguales que otros y no sé qué tal les sentaría tu cambio de chaqueta y tu alistamiento en Cáceres en lugar de allí.

—¿Pero yo qué hago allí? —pregunté cada vez más inquieto.

—Estar —me dijo Luna—. Solamente estar, abrir los ojos, aprender de lo que veas, y venir cada quince días.

—No me gusta vigilar a mis paisanos —le dije algo molesto.

—Tampoco te lo estoy pidiendo. Solo mira y aprende de unos y de otros. Y ahora vete que pierdes el autobús a Plasencia —Me dijo Luna.

Pero las cosas se fueron complicando. En Madrid mataron al alférez De los Reyes el catorce de abril; dos días más tarde a un primo de José Antonio, Andrés Sáez de Heredia.

Los meses transcurrieron muy deprisa y rara era la semana que no llegaban noticias de algún follón en Madrid, en Barcelona, o en cualquier otra gran capital. Yo seguí yendo a Cáceres cada quince o veinte días para seguir el

contacto, y el resto del tiempo trabajaba en la herrería conde había cogido un aprendiz. El veintisiete de junio, Manolita, la mujer de mi hermano Antonio tuvo un hijo en Zamora al que llamaron como a su padre.

El once de julio, por la mañana, me avisaron de que el cabo de la guardia civil estaba en la puerta y me buscaba.

—Me llaman a Plasencia, y a ti a Cáceres, si quieres te puedo llevar hasta el autobús que sale de Plasencia —me dijo, tapando la puerta con su altura—. Te doy media hora.

Mi padre estaba esperándome y solamente me miró y me entregó una caja de más de dos cuartas de larga, envuelta en un lío de trapos.

—Sé siempre quien tú eres, mira a todos de frente y no te dejes pisar, reza todos los días y pórtate siempre como un hombre —me dijo—. Esto es por si te hace falta, no juegues nunca con lo que hay aquí envuelto.

—Padre, habla usted como si me fuese a la guerra —le dije sonriendo.

—Que te crees tú eso, hijo, dame un abrazo y ve a despedirte de tu madre —dijo extendiendo sus brazos hacia mí.

Abracé a mi padre emocionado, hacía muchos años que no lo hacía y me sentí feliz de poder hacerlo, aunque intranquilo por sus palabras.

Después de despedirme de mi madre y mis hermanas, no encontré a ninguno de mis hermanos, e iba ya hacia la puerta cuando mi hermana Socorro me cortó el paso con decisión. Hacía varios meses que casi no me hablaba, desde lo de la muerte de Ule, pero en aquella ocasión me puso las manos en los hombros y se izó para darme un beso. Luego, sin decir ni una sola palabra, me entregó un paquetito muy bien envuelto que quise abrir pero ella lo impidió poniendo una mano sobre las mías.

—Solo es por si hace falta —me dijo—. Cuando llegues a Cáceres lo abres.

Fuimos en el coche de los guardias hasta Plasencia. Durante el trayecto, el cabo me puso en antecedentes de que había fuertes indicios de intento de golpe de estado.

—Dicen que comienza a oírse ruido de sables —me dijo—. Mientras no se convierta en ruido de bayonetas…

—Soy consciente de que las cosas están mal pero no sabía que lo estuviesen tanto —le dije.

—Solo te digo que te prepares, chaval, no sé que alcance va a tener esto pero ya no hay quien lo pare. Ánimo y que Dios y la suerte te acompañen —me

dijo.

—Pero eso es horrible, y yo no me he despedido como debo de mis padres —se me ocurrió decir.

—Tu padre es militar, y sabe o barrunta perfectamente el porqué de la llamada, seguro que tu familia también lo sabe y no te han hecho algarada para que no te preocupes —dijo el cabo Prudencio, dejándome de piedra.

Me despedí del cabo y tomé el autobús hacia la capital. Llegué por la tarde y me dirigí directamente a la Jefatura Provincial a ver a Pepe Luna, pero no estaba. Di unas vueltas por la ciudad y tomé una habitación en una pensión barata donde deshice mi mochila. Fue entonces cuando aproveché para ver los regalos de mi padre y hermana. Mi sorpresa no tuvo límites al encontrarme con una enorme funda de pistola y dentro de ella el arma muy bien engrasada con dos cargadores. Era una de esas que llamaban "puro" que tiré sobre la cama como si fuese de plomo fundido. Después abrí el paquetito de mi hermana y saqué un escudo bordado en tela con un Corazón de Jesús y unas palabras a su alrededor: "Detente bala".

Fue en aquel mismo momento cuando pensé en que las palabras del cabo llevaban toda la razón que yo no quería darle; que mi padre, y al menos los mayores de la casa, sospechaban a dónde iba y para qué me llamaban.

Por la tarde, me dirigí a la oficina de paisano, sin la camisa azul, me extrañó no ver al flecha de la puerta, así que entré hasta el despacho de Luna que se se alegró de verme. Estaba con un hombre a quien me presentó como Antonio Reyes del diario Extremadura, Reyes estaba muy serio y pensé que algo se estaba cociendo en aquel despacho.

—Prefiero que en estos días no vengas por la Jefatura —me dijo el Camarada Luna—. Está oficialmente cerrada desde hace quince días; cerrada aunque no por nosotros que seguimos entrando aunque estamos como fuera de la ley. Te llevas a la pensión estas dos carteras que te voy a dar y no aparezcas por aquí hasta que no te mande llamar. ¿Guardas aún tu carnet socialista como te indiqué? Si tienes problemas utiliza el que mejor te convenga, pero cuidado a quién le muestras el nuestro. Ahora agarra las carteras y vete con Dios por la puerta de atrás, Camarada, y abre bien los ojos para enterarte de todo lo que pase.

Salí por la puerta trasera con las dos gruesas carteras y con el alma en un puño. Las deposité en mi habitación dentro del armario junto a la pistola Astra 400 de mi padre.

Aquel día y hasta la mañana del día siguiente una calma tensa se mascaba por las calles de la ciudad. Poca gente por las aceras y algún que otro corrillo de murmuradores. El día once por la tarde todo cambió porque una muchedumbre se había echado a la calle pidiendo las cabezas de los asesinos en Madrid de un teniente de la guardia de asalto llamado Castillo que era proclive a las izquierdas, y se decía que lo habían matado unos pistoleros falangistas. Las manifestaciones fueron haciéndose cada vez más ruidosas, violentas y desordenadas, pero la Guardia de Asalto no intervino en ninguna de las ocasiones.

Intenté indagar el ánimo de la gente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a un grupo de paisanos que recorrían la calle con una bandera roja y negra con las letras CNT.

—Los fascistas han matado a uno de los nuestros y algo feo se está moviendo por todas partes. Es cosa de los militares y los caciques —me dijo uno de ellos, un individuo renegrío y con cara picada de viruela—. Vamos a una concentración de trabajadores. ¿Y tú de quién eres?

Saqué el carnet socialista y el otro le dio un vistazo y me lo devolvió.

—Si quieres puedes venir con nosotros —me dijo—. Milagro será si no cae algún cura o algún que otro facha.

—¿Milagro? ¡“Turco”!... ¿Milagro? —preguntó otro con sonrisa de lobo al de la cara de viruela.

—Bueno, es un decir, ya sabes…, yo de misas y curas na de na —dijo el tal “Turco” con una sonrisa de circunstancias—. Qué compañero, ¿vienes o no?

—Tengo que hacer un recado urgente para el partido —me excusé.

—Tú te lo pierdes —dijo el “Turco”, echando calle arriba con sus compañeros.

Toda la tarde estuve viendo pasar varias manifestaciones en las que sobresalían las banderas rojas y negras de los anarquistas y las rojas de los comunistas.

El día trece por la mañana amaneció en una calma tensa que transcurrió sin más interrupciones que las producidas por tres o cuatro manifestaciones con banderas españolas junto a otras de partidos de las izquierdas, en apoyo del gobierno de la República, que recorrieron la mayor parte de la ciudad. Pero sin saber cómo, todo estalló. Una muchedumbre vociferante pasó por la puerta de la pensión y me levanté de la cama para salir en pos de ella, cosa que tuve que hacer a buen paso. Recorrimos toda la ciudad y varios locales se quedaron sin cristales en las ventanas, la cosa se estaba calentando.

Por la tarde llegó la noticia de que unos guardias de asalto habían asesinado a Calvo Sotelo, y todo empezó a reventar a la velocidad de la pólvora. Manifestaciones por Calvo Sotelo se encontraron a mamporros con otras por el teniente Castillo, hasta que después de media mañana corrió la noticia de que la Guardia de Asalto estaba deteniendo a la cúpula falangista. Me acerqué a un grupo de izquierda que pasó junto a mí y me uní a ellos. Una mujer me dijo que estaban deteniendo a los cabecillas de la conjura fascista en Cáceres y que iban a cazar a todo el que estuviese metido en la trama golpista. Con asombro vi que nos deteníamos ante la cárcel y que la primera línea de la manifestación se situaba ante la puerta gritando consignas y proclamas contra las derechas, los militares, los curas y los falangistas. Esperaban no sé a qué ni a quién y decidí esperar con ellos.

Poco después aumentó el griterío y las voces de “asesinos”, “fascistas”, “ladrones” y otros por el estilo. Intenté acercarme a la primera fila pero me fue totalmente imposible, mi estatura de ciento sesenta y seis centímetros y mi peso de sesenta y ocho kilos, aunque de puro músculo, con anchas espaldas y fuertes brazos y pecho hechos al lanzamiento de barra, poco pudieron hacer contra aquella pared humana que se apretujaba para no perderse nada de lo que sucedía ante las puertas de la cárcel. Estuve casi media hora sin ver nada y solamente oyendo los insultos que propinaban a los que de vez en cuando iban llegando a la prisión, iba a marcharme cuando por una bocacalle vi llegar a un grupo bajo la bandera de la CNT que llevaba a empellones a dos

asustados hombres que más que eso parecían sentirse corderos camino del degolladero.

—¡Turco! —llamé, pues el de la cara de viruela iba en la primera fila y llevaba entre sus manos el cabo de una de las cuerdas que maniataban a los apresados.

—¡Hola chaval! Ya te dije que habría caza —me dijo mostrándome la cuerda que tenía en las manos y dando un fuerte tirón que hizo trastabillar a uno de los prisioneros.

Vi que era una oportunidad para acercarme al centro del grupo de vociferantes que taponaban la puerta de la cárcel y me uní al grupo. Al llegar a la pared humana se hizo un pasillo expectante. El que llamara la atención al "Turco" por decir la palabra milagro, le quitó la cuerda de las manos y pegó otro tirón de ella haciendo avanzar a los dos hombres maniatados.

—¡Explotadores y fascistas! —gritó al gentío.

Los insultos volvieron a multiplicarse de boca en boca y yo, en el centro de la acción por una casualidad del destino, pude comprobar haciendo un cálculo aproximado, que aquel tapón humano que se había constituido como comité de recepción de apresados, debería de estar formado por unas doscientas personas; entre las que pude ver gentes de toda condición y edad, viejos y jóvenes, niños y, curiosamente, más mujeres que hombres. Un estrecho pasillo que llegaba hasta la puerta estaba guardado por guardias de asalto con sus uniformes en azul oscuro. Me separé del grupo y aproveché mi situación para colocarme en primera fila no sin dar algún empujón que otro y recibir la reacción consecuente en codazos, quejas y protestas.

Vi salir a los del grupo del "Turco" que no se fijaron en mí y les ví alejarse en busca de alguna otra presa. Cuando creía que la marea humana volvería a taponar la entrada de la cárcel pude comprobar que los uniformados se situaban cubriendo un círculo que dejaba libre dos o tres metros de espacio entre la fachada y el gentío. No tuve que esperar mucho hasta que comencé a oír otro coro de voces exaltadas que indicaban la llegada de un nuevo grupo. Ésta vez eran cuatro hombres y una mujer.

Los grupos de captores, unos formados por fuerzas de seguridad y otros por sindicalistas, fueron llegando de forma continua, y entre los cautivos pude ver a varios falangistas de los que había conocido durante los días que estuve en la Jefatura Provincial. Cuando ya pensaba en irme llegó un pelotón de la Guardia de Asalto llevando a empujones a media docena de personas, varias

de ellas con camisas azules, y entre ellos reconocí a Luna. Dí un paso para que él no tuviese más remedio que chocar conmigo y cuando lo hizo y me miró fue como si un relámpago se hubiese hecho dueño de sus ojos durante una fracción de segundo. Agachó la cabeza y me empujó violentamente, siguiendo el camino que le marcaban.

—¿Te ha hecho daño, Camarada, te ha hecho daño el fascista de mierda? —me dijo un hombre mayor que llevaba un brazalete rojo en el brazo—. Estos hijoputas falangistas se creen dueños del mundo hasta cuando están subiendo a la picota.

Aquello me dolió, más por lo de hijo de puta que por lo que había dicho de los falangistas y me contuve de decir lo que me venía a la boca: Hijo de puta lo serás tú, y no se creen los dueños del mundo, sino que quieren cambiarlo de una forma distinta a la que tú deseas.

Estábamos esperando a otro de los muchos grupos de desgraciados cuando un tropel de guardias de asalto interrumpió con estruendo de silbatos y empujones de todo tipo. Deshicieron la manifestación de forma contundente y pusieron una fuerte guardia en la fachada de la cárcel.

Los días catorce y quince fueron de tensa calma, pero algo se mascaba en el ambiente. Yo, al no tener otros medios de información, me tenía que conformar con el periódico Extremadura y las noticias que corrían de boca en boca, deformándose a cada paso. Pero el dieciséis me encontré por la calle con el flecha que me había recibido en la puerta el día que me presenté por primera vez. Me dijo, que alguien le había dicho, que un policía había comentado a no sé quien del periódico Extremadura, que las autoridades civiles se disponían a sacar de la cárcel a Luna y a los otros camaradas falangistas para deportarlos fuera de la Península, y que no saliese mucho a la calle que todo iba a estallar como una bomba.

Durante esa misma tarde y todo el día diecisiete, grupos de socialistas y comunistas armaron mucho ruido en la ciudad exigiendo la entrega de armas para la población civil, el Gobernador se negó diciendo que no se podía garantizar la seguridad de la población con grupos de civiles armados y descontrolados moviéndose por la calle. Cuando a media tarde se supo lo de la sublevación en Melilla las masas entraron en ebullición y la petición de armas y munición aumentó considerablemente. En nada contribuyó a la calma el ver salir de Cáceres a varios camiones llenos de guardias de asalto camino de Madrid. Los nombres de Yagüe, Sanjurjo y Varela, iban de boca en boca.

Un hombre alto y delgado, con un brazalete rojo en el que se veía la hoz y el martillo de los comunistas, se izó sobre un pretil y comenzó a hablar a la gente y a decir que todos los sublevados merecían la muerte al igual que los que apoyaban la sublevación, y que los ciudadanos debían de ir al Ayuntamiento a ponerse a disposición del alcalde. La manifestación se dirigió hacia el Ayuntamiento mientras que yo volvía a mi habitación donde pasé el resto del día sin ni siquiera salir para ir a cenar.

El dieciocho se rumoreaba de boca en boca que todos los generales de África se habían sublevado esa mañana y que los moros ya estaban en Tarifa, como si fuese tan fácil pasar un ejército por el Estrecho en unas pocas horas. Sin embargo ni una sola nota de prensa ni artículo radiofónico informó sobre ese asunto a la población. Un escueto comunicado por la noche decía que la sublevación había sido sofocada y los culpables se encontraban ya en prisión.

El día diecinueve por la mañana, las cosas parecían más tranquilas pues, aunque se decía que el gobierno no quería decir nada de que ya se combatía por media Andalucía, que en Badajoz habían abortado el levantamiento y que allí en Cáceres el Ejército estaba tranquilo; también se decía que el pueblo debía de mantener la calma pero permanecer alerta y vigilante.

Pero un poco antes de comer comencé a sentir que todo no estaba tan controlado como se decía por la calle. Voces de "¡los militares!", "¡los militares!", "¡a la calle!", "¡a la calle!", comenzaron a oírse a grupos que recorrían la ciudad llamando a la ciudadanía a manifestarse en protesta. Paré a uno de ellos y le pregunté.

—El Argel-27 se ha sublevado y ha declarado la ley marcial y el estado de guerra en el Ayuntamiento, la Guardia de Asalto se ha rendido a ellos sin ofrecer resistencia, los muy cabrones —me dijo un hombre joven con cara de indignación.

Pensé en los que estaban en la prisión y me dirigí al encuentro de los militares. Pronto encontré un grupo de ellos y me acerque dirigiéndome al que parecía mandar y que me imaginé que debía de ser un sargento porque el galón era dorado y no rojo como el del cabo del Losar. Me identifiqué y le dije que tenía que hablar con el jefe de la fuerza. Me llevaron hasta un oficial que se encogió de hombros por lo que me trasladaron hasta el interior del Ayuntamiento donde me recibió otro que me miró con atención.

—Así que usted es falangista —me dijo—. Soy el comandante Linos Lage, ¿qué es lo que quiere de mí?

—Mi comandante, la mayoría de mis camaradas incluyendo el Jefe Provincial de la Falange, y varios civiles acusados de fascistas y asesinos están presos en la cárcel —le dije.

—Claro, y eso no está bien, ¿no es eso? —me pareció que una ligera sorna flotaba bajo su aparente corrección.

—Hemos de liberarlos, mi comandante —insistí.

El oficial se acercó a la puerta y gritó un nombre. Un teniente de la Guardia Civil apareció y se cuadró ante él.

—Vaya a la cárcel y haga lo que antes le ordené, libere a todos los que no sean ladrones, violadores o asesinos. Pregunte por el capitán Luna y tráigalo a mi presencia —le dijo al guardia civil.

Se volvió hacia mí y me señaló la puerta.

—Si quieres, puedes ir con ellos —me dijo y no esperé a que se arrepintiese.

Cuando llegábamos a la cárcel nos chocamos con un grupo de treinta o cuarenta hombres armados que al vernos destacaron a tres de ellos para parlamentar mientra la Guardia Civil se desplegaba. Eran un grupo mixto de socialistas, comunistas y anarquistas que querían hacerse cargo de los presos “en nombre del Gobierno de la República”.

El teniente se negó a que se llevasen a los presos. En un momento, uno de los parlamentarios dio orden a su grupo de apuntar a los guardias civiles, el teniente respondió con aquello de ¡carguen!, y la acción conjunta de los treinta o cuarenta guardias resonó el la calle como el repique de una castañuela solo que más seco y siniestro. Antes de que se cruzase ni una sola palabra más, dos o tres disparos surgieron de las filas que se oponían al paso de la Guardia Civil y en menos que canta un gallo se desató un concierto de tiros que se saldó con tres o cuatro manifestantes heridos y la totalidad de ellos en plena desbandada.

Yo estaba aún asombrado de lo sucedido cuando entré en la prisión, y cuando los guardias civiles de dentro nos condujeron a la celda donde Luna y otros tres falangistas estaban ya preparados para salir. Luna me miró y sonrió.

—¿Qué tal Pepe Iglesia, has pasado miedo ahí afuera? —me dijo con una gran sonrisa, mientras me palmeaba la espalda.

Así, sin más, como si el riesgo hubiese estado en la calle en lugar de en la prisión con la incertidumbre de un futuro incierto pero negro. En ese momento sentí admiración por aquel hombre.

—Voy a ver al mando militar —dijo a otro falangista a quien yo no conocía—. Organiza las centurias y veremos con qué contamos. Este flecha te dará las listas y las filiaciones —dijo señalándome.

Me dirigí a la pensión escoltado por otros dos falangistas y allí me puse la camisa azul y después de pensarlo cogí el Corazón de Jesús con el “detente bala” que me había regalado mi hermana y lo prendí en la camisa justo encima del yugo y las flechas, luego me ceñí con su tirante de bandolera la Astra 400 de mi padre y me miré en el espejo, pero algo no me gustó, su enormidad o el peso, no lo sé, el caso es que me quité la “Puro” dejándola en el armario. Cogí las dos carteras y salí a la calle donde los otros falangistas se hicieron cargo de ellas. El día veinte me presenté voluntario en la Milicia de Cáceres, ese día sí que me colgué del hombro la funda con la pistola de mi padre, y así, con aquel peso oprimiendo mi costado izquierdo, entré en la guerra.

Comencé prestando servicios como escolta de trenes a vanguardia. El veintiséis de diciembre me trasladaron a la 4ª Centuria de la Tercera Bandera que operaba en el frente de Madrid, después pasamos a Talavera de la Reina, y el veinticinco de abril de 1937 fui ascendido a sargento y me dieron los galones de Ejército que ya habían ordenado que se utilizasen en lugar de los de Falange. En aquellos momentos como las banderas iban encuadradas en unidades militares y hasta algunos jefes militares eran destinados a las banderas de Falange, los nombres de las partes de la estructura militar de las banderas ya se mezclaban con los de los batallones; pero al ser un pelotón de mayor entidad que una escuadra y lo mismo pasaba con el resto de nombres, en mi hoja de destino pude leer un verdadero embrollo de nombres; iba destinado a la Primera Bandera al mando del Primer Pelotón de la Segunda Falange, Sección Primera, de la Tercera Centuria.

En la estructura de constitución de aquella bandera y dada su entidad, se habían incluido los pelotones de tres escuadras militares como unión de dos escuadras falangistas y las secciones como unión de dos falanges, como digo un embrollo que pronto nos aprendimos por la cuenta que nos tenía el saber donde estábamos. Durante muchos meses mantuve la flecha de plata debajo del galón de sargento. La bandera pasó a llamarse Primera Bandera de FET y de las JONS de Cáceres y volvimos al frente de Madrid donde estuvimos el resto del año y parte del siguiente en los puntos de Fuenlabrada, La Marañosa, Vacía Madrid, El Plantío, sector del frente de Aravaca donde tuvimos fuertes y

violentos encuentros de quita y pon, pasando a Majadahonda donde pasamos la Nochevieja de 1937.

A principio de 1938, estaba atrincherado en la posición llamada Vértice Cumbre del sector de Majadahonda, cuando una carta de mi hermano Manolo, con quien mantenía la mayor parte de mi correspondencia, me decía que en febrero se iba a casar mi hermana Paz con su novio Rafael, y que mi hermana Isabel se estaba escribiendo con un alférez provisional que a mediados del año anterior había pasado con su compañía por el Losar.

No conseguí permiso hasta el quince de junio de 1938 en que tuve cinco días de descanso antes de que saliésemos para Toledo donde estuvimos hasta el veinte de julio en que volvimos a nuestra tierra, Cáceres. Una vez allí, desde Miajadas nos trasladamos a primera línea del frente donde comprendí nada más comenzar las operaciones, que todo lo anterior con toda su crudeza y locura había sido una broma comparado con lo que nos esperaba allí en Extremadura. El día veintiuno atacamos las líneas rojas y ellos se defendieron como leones, dimos varios asaltos a sus posiciones y aguanté como el que más; sorprendiéndome a mi mismo porque, aunque tenía confianza en que resistiría y doblegaría aquella tenaza que como siempre, al empezar el primer asalto, me encogía las tripas y me impedía casi respirar; en cuanto oí el primer ¡Adelante Arriba España!, desapareció el miedo como si nunca hubiese existido y me puse a la cabeza de mis hombres corriendo hacia las trincheras rojas.

Nos hicieron muchas bajas pero nosotros volvíamos al asalto una vez y otra, apretando los dientes y con la bayoneta hacia adelante; y empujamos más que ellos hasta conseguir romper el frente y hacer que saliesen en desbandada.

Continuamos el avance tras el enemigo hasta la zona de Aldera, en Badajoz, y allí, al asaltar con mi pelotón una posición que se resistía con fiereza y valentía, me hirieron en el pie izquierdo. En el salto al interior de una trinchera sentí como el impacto de la bala de fusil me empujaba el pie desde abajo y me lo atravesaba pero, aun así, caí con la bayoneta encima del que me había disparado. Cojeando, continué de pie hasta que tomamos toda la trinchera. Tuve suerte y la bala me atravesó el pie sin más que el agujero y la rotura de un hueso. Una vez dado de alta, aunque aún iba vendado y cojeaba bastante, me incorporé a mi unidad en el Puente del Arzobispo donde volvimos a romper el frente enemigo, esta vez me había hecho cargo de un pelotón de ametralladoras por lo que mi pie aguantó. Desde ahí continuamos

combatiendo de forma continuada en las zonas de la Nava de Ricomalillo, Belvis de la Jara, Puerto de San Vicente, Puebla de Montalbán, y Santa Cruz de Retamar.

En Arroyo de San Serván, de Badajoz, descansamos y reorganizamos la unidad. Mis hombres no se separaban de mí y cuando nos llegaban reclutas o nuevos trasladados, mi cabo, un cuarentón menudo y fibroso como un hatillo de juncos, nacido en la baja Badajoz y criado en Aroche, los ponía al orden y les cantaba la gallina en cuanto les echaba la vista encima. Un día le sorprendí recibiendo a tres reclutas en Belbis de la Jara, unos días antes de que llegásemos a Arroyo de San Serván, y les decía algo así: "*El Zargento, é un chavea que no tié entavía ventitré año pero, cuando hay cagarrá er chopo con er pincho palante, é un Zargento y de los de usté; azí que dejá lo der tú tú que traei de vueztra Falage pa cuando zacabe el fregao y eztemo tirao en la yerba con una botella de aguardiente en cá mano".* A aquél cabo, los flechas lo llamaban "Cicerón", debía de ser por su fluidez y facilidad de palabra.

El cinco de enero del 39 salimos para contrarrestar una fuerte ofensiva de los rojos y entramos en operaciones desde Extremadura a Córdoba llegando hasta la Sierra Trapera donde ellos nos las hicieron pasar canutas y volvieron a herirme en un brazo de una cuchillada de bayoneta, pero conseguimos hacerles correr hasta que se rindieron. La herida era casi superficial y con una docena de puntos y una buena venda quedé como nuevo, y apenas si estuve seis días de baja. El cabo Cicerón fue ascendido a sargento y lamenté esa pérdida que rápidamente fue taponada con otro cabo, Eugenio, estudiante y de Fuencarral, que aunque como militar no le llegaba al talón al serrano de Aroche, no es menos cierto que enseguida formó una auténtica piña de afectos en el pelotón con su gracia y simpatía.

Algunas semanas más tarde me enteré de dos noticias, la cal y la arena tan común de aquellos tiempos agridulces, más frecuentes las agrias que las azucaradas, pero se había llegado al caso de que cualquier noticia te hacía evadirte durante unos momentos del serio asunto que teníamos entre manos. La primera era que en aquellas operaciones, en la zona de Córdoba, y como consecuencia de varias heridas producidas por una ráfaga de ametralladora, había muerto el alférez provisional medio novio de mi hermana. Según mi hermana Carmen, parecía que Isabel se había vuelto loca gritando y llorando por todos los rincones de la casa. No tardamos en darnos cuenta todos del

impacto que en su ánimo y en su cerebro había hecho la muerte de aquel joven oficial, que posiblemente hubiese sido su última oportunidad, ya que mi hermana tenía treinta y tres años y él hubiese cumplido los veintisiete. La segunda noticia, la dulce, es que mi hermana Paz había tenido una niña de a la que había llamado Pacita. Unos se iban y otros llegaban para ocupar el hueco, así era, es y seguirá siendo el mundo de Dios hasta el último de sus días.

En Santa Olalla me pilló el uno de abril el final de la guerra y en mi centuria todos cogimos una borrachera general. Pero aún tuvimos que entrar varias veces en brega ya que, desde el mismo día siguiente al del festejo, recorrimos los pueblos y comarcas próximas a la busca y caza de unidades resistentes y de grupos irregulares emboscados. Aún tuvimos que combatir y tomar a tiro limpio algunos pueblos del sur del Tajo como San Bartolo de las Abiertas, San Martín de Pusa, Navalmorales de Pusa, San Martín de Montalbán, y Pepino.

Fue en San Bartolo de las Abiertas donde, al separarme de mi pelotón por necesidades físicas y dar la vuelta a un canchal, me encontré a un muchacho rojo. Estaba herido en un brazo que se sujetaba al pecho con la otra mano. Le apunté con mi pistola y él se asustó pegando una patada a su fusil para alejarlo de él. Era muy joven, diría que diecisiete o dieciocho, y se parecía mucho a mi amigo Ule, el que mataron en Madrid antes de la guerra.

—No me hagas nada, sargento, solo quiero volver a mi casa con mi madre —me dijo.

—¿De dónde eres, muchacho? —le pregunté.

—De Albacete, mi sargento —me dijo, muy asustado

—Pues mal camino llevas, mozo —le dije—. Sigues en danza hacia dirección contraria y después de terminar la guerra.

—Solamente sigo porque me obligan a punta de pistola —me dijo, medio llorando.

Guardé la pistola y le dejé mi cantimplora.

—¿Necesitas alguna cura? —le pregunté señalando su brazo.

—Es solo un raspón —dijo sin dejar de sujetárselo—. Es más el golpe que el agujero.

—No te muevas de aquí y, cuando anochezca, vete a casa, pero óyeme bien, a tu casa —le dije, recogiendo su fusil y sacando el cerrojo que me guardé metiéndolo por debajo del cinto, luego le hice un saludo con dos dedos

en la sien por debajo del casco y, sin esperar respuesta, me fui a buscar otro sitio para hacer lo mío, utilizando el fusil como palo de apoyo.

Nunca supe si consiguió o no llegar a su casa con su madre, sólo sé que aquel día no lo apresaron.

Continuamos la limpieza de zonas hasta que el día dieciocho de mayo nos trasladaron a Fuencarral y el diecinueve nos "tocó en suerte" la custodia de la tribuna presidencial del Generalísimo durante el Desfile de la Victoria; estuvimos de pie y en alerta desde las diez de la noche del dieciocho, custodiando la tribuna y sus alrededores, hasta dos horas después de que el Caudillo se despidiese. Un gran honor que nos habían dado pero del que podían habernos relevado con algunas otras fuerzas que también hubiesen disfrutado de la honorable custodia de la tribuna.

El cuatro de julio nos mandaron otra vez a Madrid al Cuartel de Asalto de Pontejos donde nos encargaron misiones de seguridad cooperando con las fuerzas de seguridad y la Guardia de Asalto. El diecisiete de octubre recibimos la orden de disolución de la bandera y me agregaron a la Jefatura Provincial de Milicias de Cáceres. Entonces fue cuando yo entendí que había terminado aquella jodida guerra.

Durante dos años estuve dedicado a ordenar y organizar el Archivo General de Documentación y de nada me valieron mis condecoraciones para conseguir un puesto más señalado, habían quedado muy pocos puestos para la gente de las milicias falangistas y éramos muchos.

Miré con nostalgia el contenido del arcón y pensé en que dos días antes, el uno de julio de 1941, después de haberme pasado por Toledo para ver a mi hermana Paz y a sus dos niñas, pues en febrero había dado a luz a la segunda, Socorrito, me alisté en la División de Voluntarios para combatir el comunismo en su propia guarida y ayudar a que la sinrazón producida por su causa en España, no volviera a introducirse en ningún otro país. Bueno, eso y también la promesa de que a la vuelta tendríamos un adelanto de escala, y hasta puede que la efectividad en el grado de sargento, ¿por qué no?

Suspiré, y me sonreí con tristeza al pensar en que al echar la vista atrás me resultaba muy difícil encontrar puntos positivos, algo que me llenase el espíritu con aquellos recuerdos. Cerré el arcón y me quedé mirando la boina roja que, aunque nos la impusieron después de la unificación con los requetés en el 37, y yo no había comenzado a llevarla por falta de existencias hasta

mediados de 1938, hubo algunos, pocos, que nunca quisieron ponérsela. En ese momento era divisionario de permiso y a la espera de pasaporte y transporte a Rusia. De nuestra guerra de liberación, además de una inmensa indignación por la contienda en sí, había sacado el recuerdo de una gran desazón y angustia, momentos de fuerte miedo, y otros de sufrimiento por mí mismo y por mis camaradas. También había obtenido un puesto aunque provisional en el Ejército, dos heridas de guerra, y varias condecoraciones como dos Cruces de Guerra, dos Cruces Rojas, y la Medalla de la Campaña en Vanguardia.

Pasé los días que me quedaban hasta el momento de la partida intentando llenarme de los olores de mi casa, de las sonrisas de mis hermanas solteras y las bromas de los hermanos que aún compartían la casa, así como de mis primos que me exigían que me vistiese con el uniforme que me habían dado, me pusiese la boina roja, y pasease con ellos por el pueblo; todo les parecía poco a la hora de presumir de hermano que iba a pelear a Rusia. Si ellos supiesen que cada día que pasaba a la espera del de la marcha me iba sintiendo peor, no me obligarían a tanta feria y tanta exposición de muestra.

Unos días antes de mi salida hacia Cáceres fui a ver a la madre de Ule que se alegró mucho de verme. Había envejecido de forma lastimosa, su otro hijo había muerto en Guadarrama, y se quejaba angustiada de que su hija se había marchado de casa y vivía, de forma pecaminosa y sin casarse, en Tetuán de Marruecos con un empresario de importaciones y exportaciones. Petra me pidió la mano y cuando se la alargué puso en ella un trozo de paño blanco con un corazón bordado con hilo rojo sobre el que se distinguían en blanco las letras JHS y alrededor llevaba, bordadas con hilo negro, las palabras de prevención de rigor: Detente bala.

—Era de mi hijo pequeño, lo llevaba puesto cuando lo mataron los extranjeros de las internacionales en la Sierra de Guadarrama, y aunque pienso que a él no le ayudó mucho, espero que a ti te ayude y proteja de las balas rusas más de lo que lo guardó a él de las de los extranjeros —me dijo con rabia y con ojos fieros.

El catorce de julio de ese 1941 me despedí de mi familia. En la parada del autobús a Cáceres estaban todos sin faltar ninguno, desde Pedro mi hermano de madre hasta Carmen, la más pequeña. Lo que intentaba dirigir como una despedida alegre, al menos en apariencia, se transformó en un coro de llantos y requiebros por parte de mi madre y mis hermanas a las que se unía

la “Poquino” sin querer ser menos y sin quedarse atrás; que intentaban mover mi ánimo para que renunciase . Mi padre fue el último, mandó a todos los demás a casa y se quedó conmigo en el autobús hasta que salió. Al bajar me puso una mano en la cabeza y después de hacerme la señal de la cruz en la frente, me dijo escuetamente: Ve con Dios a Rusia y vuelve a casa, con o sin él.

Me dejó de piedra, mi padre, don Pedro el Veterinario, religioso y católico hasta la médula me acababa de decir que prefería volverme a ver vivo aunque volviese ateo y renegando de Dios.

En realidad no me extrañó, porque desde su vuelta de Cuba y después de que lo licenciasen de forma forzosa decidió que a él no lo echaban dos veces del mismo sitio y procuró olvidar todo lo que le recordase su vida militar aunque siempre estuvo con la mosca detrás de la oreja y el presentimiento de que “lo mismo que un día te dicen que ya no haces falta, al día siguiente puede que te digan que eres uno de los pilares indispensables para la marcha de los ejércitos de la Patria”. Sus presentimientos se cumplieron tras las derrotas sufridas en los montes del Rif y los llanos del Garet en el verano de 1921, con los desastres de Annual y Monte Arruit, entre otros no menos sangrantes para el orgullo español que recibía tan gran mazazo después de lo del Barranco del Lobo en 1909 y cuando aún no se había repuesto de las pérdidas de las provincias de ultramar. El teniente Don Pedro de la Iglesia fue llamado en septiembre de 1921 a cubrir bajas en el Ejército de África con el grado de capitán veterinario, a lo que se opuso con toda su alma consiguiendo que el Ministerio de la Salud hiciese valer su importancia como inspector de la comarca. Ganó la Salud Pública y mi padre siguió en La Vera.

II. CAMINO DE RUSIA.

Salimos en tren el quince de julio por la tarde, después de comer. Éramos un grupo de componentes del primer contingente del Banderín de Enganche de Cáceres que no habíamos cabido en la primera remesa o no había interesado que fuésemos con el principal del grupo cacereño. De la gente conocida de la Vera, yo era el único, que yo supiese, en aquella expedición. Una semana antes habían partido otros dos muchachos del Losar y casi una docena de los pueblos de alrededor, de Cuacos, de Aldeanueva y de Valverde; ojalá quiera Dios que todos nos veamos a la vuelta.

Nada más oír el pitido del tren y notar que se ponía en marcha, algo como un gran descanso me hizo quedar tan tranquilo como si me dispusiese a ir al Puente de Cuartos a bañarme con mis hermanos y los otros mozos. Desde que me alisté el día uno, en que me dijeron que las listas ya estaban prácticamente cerradas, había días en que ya no sabía qué calles recorrer ni que habitación volver a medir con mis pasos; la impaciencia me corroía el ánimo mientras algo muy profundo intentaba que diese marcha atrás y continuase tranquilo en el Archivo General de la Jefatura Provincial de Milicias de Cáceres, donde estaba destinado desde que terminó la guerra y a donde volvería cuando aquello terminase si es que Dios me permitía regresar.

Me había leído todo lo que había podido encontrar sobre Rusia, muy poco por cierto, y eso después de convencer al encargado de la biblioteca de que me era necesaria toda la información que allí hubiera porque iba a irme a combatir al comunismo. Así de difícil era conseguir en Cáceres que te

entregasen cualquier libro en el que apareciese la palabra Rusia. Me había pasado diez días informándome, me gustaba leer, nunca había estudiado más allá de lo corriente, pero como mi padre nos obligaba desde muy pequeños a leer un capítulo de un libro todos los días, de mayor devoraba todo lo escrito que caía en mis manos, desde libros de amor hasta libros de crímenes o de miedo.

Pero lo que era cierto es que ya estaba en el tren camino de Madrid donde se estaban constituyendo, y al aparecer ya habían comenzado a salir hacia Alemania, los Batallones Divisionarios.

Miré por la ventanilla mientras atravesaba mi tierra y me dije lo que dijo Julio César: La suerte está echada.

Llegamos a Madrid, Estación de Atocha, tras catorce horas de viaje en aquel tren al que solamente parecía faltar el que nosotros nos apeásemos y empujásemos para que la máquina no se viniese abajo y nos dejase tirados en el campo. Pero teníamos todo el tiempo del mundo y en esos viajes interminables se hacían muchos amigos.

Una vez en la Capital de España nos hicieron formar y a algunos los metieron en unos camiones para repartirlos por varios cuarteles y a una veintena, entre los que yo me encontraba, nos hicieron caminar formados y con paso de maniobra, hasta un cuartel cercano, el Regimiento de Infantería número 2, recién creado, del que me dijeron que era heredero del antiguo Regimiento León-38. A pesar de que allí nos encontramos con otro buen grupo y que éramos muchos los que en Madrid estábamos, la gente por las calles nos preguntaban qué hacíamos aún allí si los voluntarios ya se habían marchado los días trece y catorce; y casi nos miraban con pena porque aún estábamos en la ciudad. Muchos se sentían molestos de llegar más tarde, como si cuando llegasen a Rusia ya no hubiese nada, pero yo pensaba respirar aquel aire de Madrid el mayor tiempo posible.

Un día, en la Plaza Mayor, tuve un encuentro inesperado, al salir de uno de los bares que había en uno de los arcos que daban al Madrid antiguo, alguien me tiró del correaje por la espalda.

—Buenas tardes, mi sargento —oí que me decían.

Al volverme recibí una inmensa sorpresa y me inundó una gran alegría. Ante mí, sonriendo con su enorme bigote, estaba un sargento de la Guardia Civil muy alto y fuerte, que me miraba de arriba abajo.

—¡Cabo Prudencio! —alcancé a decir, asombrado—. Perdón, sargento.

—Veo que tienes aspiraciones —me dijo—. Si mi vista no me falla, esa ropa te pone en el camino a Rusia.

No le dí tiempo a más, abrí los brazos y abracé con ganas al que fuese el cabo de la Guardia Civil de mi pueblo, el que me ayudó en tiempos malos y al que no había vuelto a ver desde entonces.

El guardia carraspeó y se removió exagerando la broma.

—No estés mucho tiempo pegado a mí, que con lo bajito que eres parece que estas mamando de mi pecho, y además lo prohíbe el reglamento porque es de afeminados —dijo soltando una fuerte risotada al ver mi cara de asombro y duda.

—Anda ven vamos a tomar algo y me cuentas como te ha ido y cómo ganaste toda esa chatarra —dijo señalando el lado izquierdo de mi uniforme.

Me fijé en el suyo y ví que llevaba tres condecoraciones, una Cruz de Guerra, una Cruz Roja, y la medalla de la Campaña de Retaguardia, había estado casi siempre detrás de las líneas.

Me despedí de mis compañeros y entramos en uno de los bares de la Calle Mayor donde nos contamos mutuamente nuestros tiempos de guerra y posguerra. En un momento en que me fijé en las arrugas de los ojos del sargento Prudencio, caí en la cuenta de que ya era mayor.

—¿Le queda mucho ? —le pregunté.

Él se pasó las manos por el cabello que empezaba a colorear de gris y respiró fuerte.

—En enero del año 42, como quedamos pocos, creo que me toca ascender a brigada y ahí empezaré a contar los días hasta la edad de envío a la cuneta —me dijo con voz emocionada—. Entonces volveré a la Sierra de Aracena donde nací y tengo una casa que fue de mis padres. Allí intentaré ponerme en contacto con mis hijos y mi mujer, estén donde estén, para empezar una nueva vida.

Extrañado por sus palabras lo miré sin preguntar. Yo había aprendido tratando a hombres en momentos desesperados, que no se han de preguntar cosas íntimas y que parezcan dolorosas cuando quien está frente a ti solo recuerda pero no comparte. Estuvimos un buen rato en silencio, hasta que él mismo lo rompió.

—Cuando en los primeros días de la guerra me encontraba en Plasencia, nos enviaron a un grupo de guardias civiles para que acompañásemos al Batallón de Ametralladoras de Plasencia, como policía de guerra, en su

limpieza de focos resistentes en los pueblos de la frontera con Portugal. Todo fue bien hasta que capturaron a un grupo que había saboteado varias veces las vías de la línea férrea. Ordenaron su fusilamiento para cinco días después y, ¿a que no adivinas quién estaba en ese grupo? —hizo una pausa mirándome con ojos nublados—. El hermano de mi mujer. Ni más ni menos que el hermano de mi mujer que se había afiliado a la CNT y pertenecía a un grupo de sabotaje de la FAI. Intenté por todos los medios encontrar la forma de sacarlo de allí, hablé con mi teniente, con el comandante del batallón, y hubiese hablado con el mismo Generalísimo Franco si hubiese estado allí. Nadie me hizo caso hasta que un teniente de ametralladoras se ofreció a ayudarme y a montar una vía de escape para mi cuñado. Cuando todo estaba preparado y teníamos hasta un pastor de corderos que se ofreció a pasarlo por la frontera por un lugar sin riesgo, el cabrón de mi cuñado se me planta y me insulta llamándome fascista de mierda y exigiéndome la liberación de todos los capturados. Cuando le dije que iba a ser fusilado pareció pensárselo pero se rió de mí. ¿Te lo puedes imaginar? Se rió de mí en mi misma cara. De mí que nunca he aguantado de nadie una simple broma. Le rogué, le supliqué, pero él seguía riéndose y riéndose. ¡O todos o ninguno! Me dijo después de burlarse de mí, por octava o novena vez la noche anterior a la ejecución. Creerás que casi se me salieron las lágrimas de impotencia. Pero me volví con rabia y le dije según salía, que entonces ninguno.

—Lo siento Prudencio, debiste pasarlo mal —le dije, tuteándolo por primera vez.

—¿Mal? Espera que no acaba ahí la cosa —me dijo con ojos brillantes —. La mañana de la ejecución al salir en el tablón la lista del pelotón el mundo se me cayó encima. El oficial al mando era mi mismo teniente, pero, ¿a que no adivinas quién formaba parte del pelotón?

Para entonces yo ya me lo había imaginado según se desarrollaba el hilo de la narración, así que dí una palmada en la mano del guardia intentando que se callase.

—Déjalo Prudencio, déjalo ya —le dije.

—Mira chaval, llevo cinco años callándome todo ese vinagre y para una vez que decido soltarlo necesito a alguien que me escuche. ¿Estás dispuesto? —me preguntó.

—Si eso te hace bien, como decían en el Losar, tira la hiel y deja la miel —le dije volviendo a palmear su mano.

—Pues sí —continuó—. El cabo Prudencio estaba en la lista formando parte del pelotón de ejecución de su propio cuñado. El hijo de puta del teniente había elegido entre cuatro cabos al que tenía un familiar en el grupo de condenados. Entonces le dije todo lo que se me ocurrió y más y él me amenazó con mandarme a formar parte de los ajusticiados si no quería formar parte del pelotón que debía de ajusticiarlos. Así que formé en la línea, miré a mi cuñado de frente y al ver que se reía y se burlaba de mí delante de todos, miré al teniente que me hizo un gesto afirmativo con la cabeza y lo comprendí todo, respiré hondo y apunté al corazón de mi cuñado, claramente, que todos lo viesen; al oír la orden de fuego, disparé rogando a Dios que la bala que me había tocado no fuese una de las de verdad. Cuando el teniente pasó dando el tiro de gracia, se saltó a mi cuñado porque estaba muerto con un tiro en la cabeza. Yo nunca fallo a esa distancia, me habían dado la bala que era de fogueo.

—Mala suerte, Prudencio, lo siento mucho —le dije, pero él levantó una mano reclamando un poco más de mi atención.

—Pero cuando hube de decirle a mi mujer que su hermano había muerto, ella ya sabía que lo habían fusilado unos guardias civiles. Algo en mi cara debió de cantar como una señal de afirmación cuando me interrogó con sus ojos llorosos. El caso es que me abandonó y se llevó a mis dos hijos —dijo, y suspiró con fuerza—. La guerra nos separó aún más, hasta el punto que perdí su derrotero y no fue hasta meses después de acabada, que pude encontrarlos moviendo todos los hilos de los servicios de información. Y eso es todo, mis cambios de destino desde que acabó la maldita guerra me han impedido formar un hogar fijo, pero cuando salga de la actividad, me iré a mi pueblo y desde allí intentaré recuperarlos.

Cuando Prudencio se calmó del todo y pudimos pasar a la parte que me tocaba, esta vez fui yo el que llegué a emocionarme relatando mis peripecias, la dureza y la crueldad de los combates, el desgaje de tu alma cuando mantienes entre tus brazos la cabeza de un camarada mientras intentas no mirar la herida por la que el alma se le escapa a chorros sin ninguna solución ni remedio, la forma en que se desvirtúa la alegría por una victoria cuando ves los cuerpos de tus camaradas muertos, y aún cuando ves los cuerpos sin vida de los vencidos. Las veces que, ante una visión estremecedora te cagabas en la puta madre de quien inventó la guerra entre hermanos y vecinos; y las veces que al ver como se las gastaban los rojos, la crueldad con los hacendados y

gentes de los pueblos por los que pasaban, los curas y monjas, sin contar con el desafortunado falangista que cogieran vivo, lo hacías en la puta madre de quien con eso y mucho más había hecho que media España se viese obligada a levantarse en armas contra la otra media.

Prudencio me oía en silencio y solamente los movimientos afirmativos de su cabeza denotaban que atendía a mis palabras.

—Ninguna guerra es buena —me dijo el sargento de la guardia civil—. Y ahora parece que para desquitarte, te vas a meter en una que no te corresponde y que llevan otros, a muchos miles de kilómetros de distancia de tus seres queridos.

—Al menos, en Rusia, si tengo que pensar en el que venga contra mí, no será con la duda de si lo puedo conocer o no, y tampoco será español. —dije con una sonrisa forzada, mientras caía en que, lo que acababa de decir sobre la posibilidad de quitar la vida a una persona, era una solemne imbecilidad; y pensé en lo que mi padre, don Pedro, diría de haberla oído. Diría lo mismo que me dijo un día en me encontraba de permiso en casa a finales de 1938 cuando el frente de Extremadura se creía dominado: "En la guerra hay momentos en que matas o mueres pero, siempre que sepas, creas o sospeches que has matado a alguien, con razón o sin ella, piensa en que el daño se lo has hecho a la Obra de Dios. Reza y pide perdón a Nuestro Señor y al muerto, y luego continua cumpliendo con tu deber, poniendo todo lo que puedas de tu parte, para terminar tu misión".

En aquel momento oímos un ruido de sillas y un forcejeo. Era un hombre con un traje de lino blanco que se deshizo de los brazos de la mujer que intentaba detenerlo y poniendo las manos en nuestra mesa se encaró conmigo.

—Oiga Soldado, no le consiento que hable así de nuestro glorioso Alzamiento Nacional. Enfrente no había españoles sino los destructores de la civilización occidental —dijo en voz alta, rojo de cólera, consiguiendo que se produjese un silencio sepulcral en el bar. Su cara roja y su balbuceo indicaban una buena cantidad de alcohol.

Antes de que yo contestase, otros dos que estaban en su misma mesa se levantaron y lo sujetaron por los brazos intentando llevarlo de vuelta a su silla.

—Perdone divisionario —dijo uno de ellos denotando que había reconocido el uniforme y la boina que llevaba en el hombro sujeta por la hombrera—. Perdone usted también señor guardia —le dijo a Prudencio—.

Está algo bebido, no se lo tengan en cuenta.

Para indicar que ni estaba de acuerdo, el del traje que yo no podría comprarme con la paga de varios meses sin dejar de comer la mitad de sus días, se deshizo con violencia de los brazos de sus acompañantes y volvió decidido a la carga; pero cuando llegaba a la mesa y yo ya me levantaba para enseñarle modales a mi manera; Prudencio, situado entre los dos y sin levantarse de la silla, mientras que con una de sus manos en mi hombro me dejaba clavado a la mía impidiéndome levantar, con la otra mano puesta en el pecho del elegante lo había parado en seco y hasta parecería cómico viéndolo gesticular si la cosa no tuviese su pizca de seriedad.

—Déjeme, estúpido, ¿sabe usted quién soy yo? —le gritó a Prudencio, mirándolo con los ojos rojos de sangre.

—Sé perfectamente quién es usted —le dijo Prudencio—. Un verdadero imbécil y un borracho, si no, no le estaría hablando así a un agente de la autoridad.

—No le consiento a usted que…—comenzó a decir el del traje de lino pero enmudeció al ver ponerse en pie a Prudencio.

Y de verdad que el guardia civil imponía respeto y atención, de pie, con su gran altura y su cara de piedra, donde las guías de su enorme bigote parecían las cortinas recogidas de su boca en la que una risita de mala leche parecía decir, ¡anda pasa a por uvas si tienes huevos!

Se colocó el cinto, el tirante con la pistolera de su Star de nueve largo adelantó uno de sus brazos sacudiéndose una invisible miga de la manga para que el otro viese que era un sargento de la Guardia Civil, como si quisiese indicar que no era un guardia civil cualquiera ni tampoco un sargento cualquiera y, para colmo, rescató su tricornio de la silla de al lado y se lo colocó muy despacio mientras el elegante y sus amigotes lo miraban con prevención.

—Decía usted que no pensaba consentirme, ¿el qué? ¿Qué es eso que no me va a consentir? ¡Quítese de mi vista ahora mismo! —le dijo levantando la voz y volviéndose hacia los otros dos —les hago a ustedes dos responsables de que este imbécil llegue a su casa a dormir la mona, y ahora váyanse.

El bar volvió a llenarse con los ruidos de comentarios y conversaciones muy animadas, no faltando varios que pronunciaron exclamaciones como: ¡Adiós valiente! ¡A casa, niño bien, que hoy ya te han dado la papilla! ¿Pero quiénes se creerán que son si ni siquiera tuvieron el valor de coger un fusil?

Otros comentarios se deshacían a favor de la actuación de Prudencio: ¡Muy bien mi sargento, que aprendan! ¡Meterse con un soldado que tiene el pecho lleno de medallas! ¿Qué sabrá él lo que fue el Alzamiento si es de la quinta roja del chupete y gracias a su padre ni siquiera llegó a salir al campo? Lo que me hizo comprender que muchos de los que se encontraban en el bar debían de conocer al flamenco y enfadado joven del traje blanco.

Cuando me despedí de Prudencio mucho me temí que ya no lo volvería a ver. Esta vez fue él quien inicio el abrazo, un fuerte abrazo del que él mismo se soltó y quedó frente a mí, sujetándome los dos hombros y mirándome con amistad.

—Ten cuidado, ¿me oyes? No busques medallas, sólo haz tu trabajo —me dijo— Te conozco y no voy a decirte lo de que es mejor ser un cobarde vivo que un héroe muerto, pero sí que la profesionalidad te traerá a casa; cuídate y cuida a los que dependan de ti y siempre serás un héroe para ellos cuando hablen con sus nietos. Y ahora vete, leches que me vas a emocionar —y me dio un empujón hacia el río de gente que se movía por la calle Mayor, cuando recuperé el equilibrio pude ver su tricornio alejándose hacia la Puerta del Sol.

Estuvimos nueve días en Madrid, más de lo necesario para terminar la equipación de algunos que llegaban de sus provincias de paisano pero con cara de comerse el mundo, hubo uno de un pueblo de Cuenca que se presentó tal como si fuese a dar una vuelta a su sembrado, con pantalón de pana negro, faja y unas grandes alforjas en lugar de mochila o maleta; al menos ese sí que estaba acostumbrado a llevar la boina y no como otros más elegantes que parecían llevar una seta en la cabeza. No me reí de él, sabía por propia experiencia que en esto de la guerra, la saya no hace al fraile sino lo que lleva dentro y que ni él mismo fraile conoce hasta que no sale afuera.

Un día antes de la partida, en pleno Parque del Buen Retiro, junto al estanque donde, por ser jueves, se desarrollaba el desfile cortés de niñeras, criadas, modistillas y soldados, rodeados de niños pequeños que miraban los esfuerzos de algunos jóvenes por mantenerse dignamente en las barcas; en medio de aquél momento de normalidad y encanto social, se desarrolló de pronto, sin que nadie supiese cómo, uno de los espectáculos más vergonzosos que yo había presenciado nunca y que me hicieron dudar de si el camino que habíamos emprendido al terminar la guerra era el correcto.

Desde el banco en que estaba sentado leyendo un pequeño libro de

ganaderos e indios americanos, ya he dicho que siempre leo lo que cae en mis manos, vi acercarse con dificultad a un pobre hombre al que le faltaba una pierna desde casi la ingle y que se apoyaba en una basta muleta. Llevaba un plato pequeño de metal en la mano e iba pidiendo limosna a todo el que se cruzaba con él. Se acercó a mí y me puso el plato delante de mi cara.

—¿Cómo te pasó eso? —le pregunté.

—Una de vuestras granadas de mortero en Belchite —me dijo sin servilismo ninguno y con voz orgullosa y desafiante.

—Lo siento —dije, y el hombre me miró fijamente.

—Por la boina veo que debes de ser falangista, y por tus medallas excombatiente, ¿dónde estuviste? —me pregunto con voz más amable.

—La boina es de divisionario, pero sí que soy falangista y no estuve en Belchite —le contesté evadiendo su pregunta.

—Comprendo —dijo él—. Por la cara que has puesto me parece que tampoco estuviste de paseo. Jodidos días ¿verdad?

—Sí, jodidos días —dije, buscando en mis bolsillos unas monedas que dejé en su platillo.

—Gracias amigo, y que la Virgen y todos los santos te protejan en Rusia —me dijo y sin más se dio la vuelta siguiendo con su trabajo.

Lo miré marcharse con pena, miles de españolitos como ese fueron a la guerra sin saber que defendían unos buenos principios tras los que se agazapaban, estrangulándolos y dominándolos arteramente, otros muy nefastos que intentaban arrastrar a España al caos y minar sus instituciones hasta convertirla en un estado marxista estalinista. Por otra parte, muchos de los que en los dos bandos combatieron terminaron diciendo aquello de que fueron nacionales o rojos "porque me tocó por vivir allí".

Recordé las palabras del anciano don Félix: "Señor, quítanos de cualquier guerra, pero si es tu voluntad que padezcamos alguna, te rogamos nos des tres guerras al azar antes que una sola entre hermanos y vecinos".

Noté un pequeño alboroto y vi que la gente señalaba hacia un punto del parque desde donde se acercaba una formación con camisas azules marcando el paso detrás de una bandera de falange. Enseguida mi extrañeza se trocó en una sonrisa de comprensión. Era una formación de balillas, bueno, ya no se llamaban balillas, ya eran las Falanges Juveniles de Franco que dirigía Elola-Olaso, a quien conocí al terminar la guerra.

Venían dos centurias al mando de un jefe de centuria ya mayor, y otros

dos jefes de centuria rondando la veintena.

La formación se detuvo en el paseo ante el estanque, a unos treinta o cuarenta metros de donde yo estaba sentado; uno de los dos jefes más jóvenes se acercó al más mayor, que entendí que debía de ser un jefe de distrito, y habló con él unos segundos; luego el mayor se marcho caminando paseo adelante mientras que su subordinado ordenó romper filas y los jóvenes se dispersaron por los alrededores. Aquello, que en sí solamente era una visión de muchachos intentando pasar un rato de diversión, pasó muy pronto a formar la pintura de un cuadro que a muchos de los que allí nos encontrábamos nos costaría olvidar.

No ví el momento en que los muchachos, seguramente llenos de curiosidad, rodeasen al mendigo intentando saber en qué gloriosa batalla había perdido la pierna pasando a un ser honroso mutilado por la Patria. El caso es que uno de ellos se separó del grupo de curiosos y se acercó corriendo a uno de sus jefes de centuria. El jefe se aproximó al círculo de muchachos que rodeaban al mendigo y se colocó entre ellos.

Aquella acción me intranquilizó pues ya conocía cómo se las gastaban las nuevas generaciones para las que todo el monte era orégano, quizás por falta de mandos responsables, o de educadores sensatos que viesen más allá de la parafernalia al uso, terminada la guerra, en que todo un ejército de patriotas salidos de no se sabe dónde, que nunca habían estado en el frente, comenzó a aparecer y a apoderarse de las pequeñas cosas del día a día imponiendo marchamos y consignas a troche y moche.

Primero fue el jefe quien le dio un manotazo en el platillo de las limosnas y después lo empujó haciéndolo trastabillar. Luego siguieron los muchachos con los empujones hasta que el mutilado, después de intentar defenderse de ellos haciendo voltear a su muleta mientras se mantenía en pie con solo una pierna, perdió el equilibrio y cayó al suelo donde comenzaron a propinarle patadas.

Aquello no me gustó, ningún soldado que ha sido mutilado en combate merece ese trato. Miré alrededor buscando al jefe de centuria de mayor edad pero no lo encontré. Me levanté y me dirigí a aquel lugar. Vi como un soldado que estaba pelando la pava con una doncella de casa bien, quizás empujado por la muchacha, se acercó y hablaba con el jefe de centuria que estaba con los muchachos que maltrataban al mendigo, pero el otro lo apartó de mala manera y no le hizo caso, dándole la espalda y continuando con su diversión.

Para entonces yo ya había llegado y el soldado al verme llegar y fijarse en mi cara se cuadró saludándome.

—A sus órdenes mi sargento, lo he intentado y no me hacen caso —me dijo.

Correspondí al saludo y le hice una seña para que volviese con su muchacha pero continuó allí. Yo me introduje entre los jóvenes que se asustaron un poco al verme atravesar su círculo echándose hacia atrás. Senté al mendigo en el suelo y le dí mi pañuelo para que se limpiase un labio partido, y después cogí el plato de metal y comencé a recoger las monedas desperdigadas por el suelo.

El mando de los jóvenes, puede que por propia iniciativa o por el empuje de las miradas de sus *balillas*, se acercó y se puso frente a mí que estaba agachado recogiendo una moneda de cinc de diez céntimos.

—Deja eso ahí en el suelo, Camarada —me dijo.

Yo simulé no haberle oído y tras depositar la moneda en el plato dí un paso agachado y alargué la mano para recoger una de las cuatro monedas de veinticinco céntimos que había dado al mendigo.

—¿No has oído que dejes las monedas en el suelo? —me dijo, alzando la voz—. No hay que dar dinero a los que han matado a los nuestros.

Levanté la cabeza y pude ver como el corro había aumentado ya que varias personas se habían acercado curiosas, y me dí cuenta de que el soldado y una joven levantaban al mendigo. Luego miré a aquel orgulloso mando del grupo juvenil, siempre que he recordado aquello me he negado a considerarlos a él y al otro que miraba desde lejos sin intervenir para impedir el maltrato, como camaradas falangistas; y al mirarlo pude comprobar que era más grande que yo, cosa nada extraña dada mi corta estatura, pero ya me daba lo mismo ocho que ochenta y me dispuse a decirle a aquel gilipollas cuatro palabras bien dichas,

—¿No? Pues mira, hombre, da la casualidad de que muchas de estas monedas son mías —le dije—. Se las he dado yo, porque eso es lo menos que puede hacer un cristiano y además excombatiente, por un soldado mutilado.

—¡Pero si es un jodido rojo! —dijo con el mayor desprecio, y aquello me dolió, no por el rojo en sí, sino por todos los soldados que yo había visto en el frente muertos o heridos con sus miembros rotos o amputados, de un bando u otro, pero igualados por los destrozos de sus cuerpos.

—¡Imbécil! —exclamé con una voz potente que me salió del alma.

El otro envalentonado porque seguía en cuclillas y no me levantaba me dio un manotazo y me tiró la boina al suelo. Mi boina, la que me dieron en la guerra y con la que entré varias veces en combate, sola o debajo del casco.

Maldita suerte la mía, mira por dónde iba a llegar a Rusia arrestado por liarme a tortas con aquel imbécil que estaba destrozando todo el ideario de la falange con aquel comportamiento suyo con el mutilado y conmigo. Recogí la boina roja y me levanté muy despacio mientras echaba el brazo hacia atrás. Antes de enderezarme, uní el ballestazo de mi brazo al impulso de mis piernas en la propia izada y golpeé con mi puño en el único lugar donde un hombre se olvida de todo menos de tocarse la parte lastimada. Con uno de los contrincantes fuera de combate, en el suelo llorando y masajeándose desesperadamente sus partes, me volví buscando a su otro compañero.

—Tranquilo voluntario, que éste no va a intervenir —oí a mi derecha y me volví.

Dos sargentos de artillería, tenían sujeto por los brazos al jefe de centuria compañero del que se acariciaba sus joyas.

—Más vale que te vayas, chaval, o te van a llevar encadenado al tren hasta que llegues a Moscú, y no te salvarán de ello ninguna de las medallas que llevas —me dijo el otro sargento.

Les hice caso y, después de darles las gracias, me escabullí, no sin antes recibir todo tipo de palmadas en la espalda y frases de reconocimiento del tipo de: "muy bien", "así se hace", "ya era hora que alguien les parase los pies", "sinvergüenzas eso es lo que son, meterse con un inválido" "Aprended de un falangista de verdad" "no lo he visto, ¿de verdad le ha tirado la boina?" Bueno, decían esas cosas o algo parecido, si mal no recuerdo.

Cuando ya me alejaba vi venir de frente al jefe de distrito quien al verme me hizo una seña de saludo que yo aproveché para acercarme.

—Hola Camarada, vas a Rusia por lo que veo —me dijo, sonriendo con simpatía.

—Mañana parto en tren —le dije, y ya había visto el aspa roja en la manga de su camisa y el pasador de condecoraciones. Aquel hombre era un excombatiente, con una herida de guerra, y aproveché la ocasión, yo también tengo mala leche cuando el momento la pide.

—Oye, Camarada, ¿no serás tú el jefe de unos chavales de las juventudes que están dando una paliza a un mutilado de guerra del bando rojo? —le pregunté con mala baba.

—Imposible los jefes de centuria que llevan los míos son de lo mejorcito —me dijo alarmado—. Nunca faltarían el respeto y la consideración a un mutilado de guerra nuestro o de los rojos.

—Pues si son uno alto y muy rubio y otro moreno y con gafas, no cabe duda de que son ellos y están montando una buena —le dije mordaz.

—¿Y tú no has…? ¡Me cago en sus…! ¡Los capo! ¡Te juro que les corto los huevos! —dijo mientras corría hacia el estanque.

Llegué al cuartel con tiempo de sobra para preparar el equipo para la marcha y con la satisfacción de quien ha matado al zorro que se comía a sus gallinas, pero con pena por la situación en que me había visto obligado a intervenir. Si como dijo el Caudillo, en la guerra habían caído los mejores; y si según Serrano Súñer y el mismo Franco, a la División Española de Voluntarios se estaba apuntando lo mejor de España y la Falange, ¿en manos de quién dejaríamos España cuando nos fuésemos? Después de ver al que se las daba de superpatriota, el del traje de lino blanco al que acojonó Prudencio; y a imbéciles como los de esa tarde, me iba a marchar con más miedo a lo que dejaba y a lo que me pudiera encontrar cuando volviese, que a lo que me pudiera esperar en Rusia.

El veinticinco de julio de 1941 fue para mí una fecha importante, el día de mi partida hacia Rusia. Con una ficha en mi bolsillo con mi designación como sargento de la Octava Compañía, Segundo Batallón, Primer Regimiento, y tras cuatro horas de espera en formación a discreción, ocupando todo el andén de la Estación del Norte, dieron las órdenes para montar en el tren, que salió a las once y media de la mañana. No era un tren grande, apenas un vagón de segunda, tres de tercera y otros tres corridos y sin asientos. No llegamos a Santander hasta las siete de la tarde del día veintisiete; así, a esa marcha, pensábamos que cuando llegásemos a París nos enviarían al Molino Rojo porque la guerra ya se habría acabado; pero el tren estaba parando y se nos había dicho que allí nos permitirían bajar, y eso era una gloria porque apestábamos como el ganado. Cuando paró el tren nos hicieron bajar y formar en el andén para que nos viesen todos los santanderinos que quisiesen, ni que decir tiene que nosotros hinchábamos el pecho pavoneándonos mientras intentábamos poner en aquel acto lo mejor de la marcialidad que cada uno tenía dentro.

Aguantamos tres discursos diciéndonos lo estupendos y buenos hijos de

España que éramos, que en Alemania nos recibirían nuestros camaradas que ya habían llegado allí, que seríamos festejados como héroes en todas las estaciones del recorrido y cosas por el estilo. Muchos de aquellos muchachos no llevaban más mili que los diez días de instrucción en los cuarteles de Madrid, y ello se notaba en el resollar de más de una garganta y en los bamboleos que se producían en las líneas al cambiar el peso del cuerpo de un píe a otro. Nos dieron libertad en la misma estación durante cinco horas antes de volver a embarcar. Luego se dio contraorden y nos dejaron en Santander hasta el veintiocho por la tarde.

En todas las estaciones por las que pasamos había un grupo de personas que nos saludaban desde el andén. Pasamos la frontera por Hendaya el uno de agosto, y en el lado francés nos saludó una pequeña unidad de soldados alemanes que formaban tiesos como palos junto a otra con uniforme azul que debían de ser policías franceses. Recuerdo que un periodista llegó corriendo y se acercó a los que nos asomábamos a los ventanucos de mi vagón.

—¿Cuándo habéis salido? ¿Pero no habían asegurado que el último tren de españoles para Rusia era el que pasó el día veinte? ¿Sólo son estos pocos vagones? —preguntó en un perfecto español con acento de vascongadas.

—Debemos ser los últimos, creo —dije al periodista.

Descansamos y pudimos bajar a estirar las piernas durante dos horas que sirvieron para que nos entregasen algo de dinero alemán para prevenir gastos hasta el campamento de instrucción, cuarenta marcos a cada uno de los dos sargentos y veinte para cabos y soldados, luego me enteré de que a los oficiales les habían dado sesenta. Después nos hicieron formar y pasar por filas a un barracón donde nos dijeron que nos desnudásemos y cerrásemos muy fuerte los ojos, cuando estuvimos preparados nos lanzaron un chorro de polvo blanquecino fino como la harina que olía muy parecido al zotal y que se nos metió por todas partes hasta el punto en que todos tosimos y estornudamos como si la vida nos fuese en ello y yo casi me ahogo; tras unos minutos con el polvo encima nos hicieron pasar por unas duchas corridas donde nos quitamos de encima aquel polvo desinfectante que picaba como las mismas chinches que seguramente quisiese eliminar; Luego nos volvimos a vestir y nos indicaron que volviésemos a los vagones. Una hora después de volver al tren, se puso en marcha rumbo a Alemania y allá nos fuimos con una buena picazón por todo el cuerpo y con los ojos rojos como tomates.

De entre los cuarenta que estábamos en el vagón, había un buen grupo de

muchachos jóvenes, estudiantes del SEU y trabajadores, que no se separaban de mí. Puede ser que me vieran como un refugio ante tanta incertidumbre. En mi vagón no había oficiales; bueno, mejor diré que fuera del único vagón de segunda no había oficiales, pero lo cierto es que allí, en el mío, yo era el único de los dos sargentos que en él íbamos, que tenía varias condecoraciones en el uniforme además del yugo y las flechas en el bolsillo izquierdo, ya que el otro era un muchacho estudiante y de milicias que no había hecho la guerra; si ellos supieran que nunca se tiene suficiente experiencia ante un ataque artillero o de la Aviación, y que nunca se sabe cómo te van a responder la vejiga o el vientre momentos antes de una carga a la bayoneta…

Pero el camino que recorrimos, apenas si parecía a aquel derroche continuo de saludos y felicitaciones en todas las estaciones, que había profetizado uno de los oradores en Santander. En la mayoría de los pueblos franceses por los que pasamos no había en el andén más que algunos aldeanos esperando a viajar o a la llegada de algún viajero. Sí que encontramos varios grupos que nos insultaban, nos hacían cortes de manga o apedreaban los vagones llamándonos fascistas. Desde Burdeos a Troyes, solamente en Orleans vimos un grupo de soldados y una banda de música en la estación tocando al paso del tren. En Nancy apenas si paramos una hora en que no nos permitieron bajar del tren, y en Luneville nos hicieron una especie de despedida con mucha gente en el andén con las autoridades civiles y militares en primera línea. Se tocaron los himnos de España, Alemania y Francia, y se terminó con el Cara al Sol que fue cantado por todos los españoles. Una hora y al tren.

Estaba yo adormilado en mi rincón del asiento de madera, cuando uno de los chicos me sacudió el hombro.

—¡Camarada! ¡Mi sargento! —oí que me llamaban, y me incorporé. Mira ese río tan ancho, debe de ser el Rhin.

Me puse en pie de un salto y corrí a la ventanilla apartando sin reparos a los chavales que se asomaban por ella. Saqué la guía de viaje que me habían dado como jefe del vagón y comprobé que el próximo punto importante era Karlsruhe, y que allí estaba prevista una parada con descenso del tren y tiempo para aseo y estirar las piernas. Se lo comuniqué a los chicos y todos gritaron como pieles rojas al asalto de uno de los ranchos americanos. Antes de llegar, un teniente entró por una de las puertas de comunicación y nos llamó

la atención. Teníamos que demostrar que éramos soldados y caballeros españoles, nada de gritos, nada de broncas, nada de perseguir a las mujeres, nada de borracheras, y sobre todo, nada de dar a entender que en Alemania se vive mejor que en España. Todo eso estaba muy bien, pero nada nos había preparado para lo que nos esperaba.

Desde lejos ya se oían, por encima de los pitidos de salutación de la máquina y el propio ruido del tren, los acordes de una canción española de rompe y rasga, se trataba de España Cañí, en arreglo para marcha militar que uno de los músicos dijo que no habían podido acabar para los primeros trenes y que estrenaban con el nuestro; y la verdad es que era curioso oír aquel pasodoble con compases de marcha militar alemana, magnífico de oír pero imposible de acompañar cantando; era todo un bonito detalle a agradecer. Cuando entramos en la estación apenas si se veía un hueco entre la cantidad de personas que atestaban los andenes, magníficos aquellos karlsruheneses que habían acudido en masa a festejar a todos y cada uno de los trenes que utilizó la División para trasladar a sus hombres.

Durante más de una hora estuvimos parados en la estación sin posibilidad de descender de los vagones porque el gentío abarrotaba los andenes sin dejar ni un solo resquicio. Cuando pudimos hacerlo, descendimos y los sargentos formamos las Compañías de Tránsito que se habían estructurado antes de salir de Madrid. Cuando todo estuvo dispuesto, el brigada más antiguo de los tres que viajaban en el tren, se acercó al grupo de oficiales que se encontraban separados una veintena de metros y dio novedades al comandante que mandaba la fuerza. Los oficiales que estaban designados para ello se pusieron al frente de las dos compañías; en realidad, por el número de soldados, normalmente seríamos solamente una compañía de cerca de doscientos cincuenta hombres. La formación se puso en marcha hacia la ciudad, desfilando con toda la marcialidad posible, hasta llegar a un campo de deportes cubierto donde nos albergamos durante el resto del día y pudimos asearnos por turnos en las duchas y lavabos de sus vestuarios. La verdad es que yo nunca había visto una nave deportiva como aquella, con pistas de juego y gimnasia, vestuarios y duchas con agua fría y caliente. Por la tarde, salimos por la ciudad y todo el mundo nos saludaba y se empeñaba en invitarnos a tomar cerveza, muy buena por cierto aunque algo caliente para mi gusto. Las chicas jóvenes coqueteaban con nosotros y nos pedían las boinas, mientras que las menos jóvenes nos miraban de reojo. Si aquello era Alemania, aún estando

en guerra, me preguntaba qué es lo que podría ser en periodos de paz y prosperidad.

Al día siguiente muy temprano, tras una noche en que los ciudadanos de algunos barrios de la ciudad tuvieron problemas para descansar y en la que la patrulla de recuperación que se había preparado hubo de hacer horas extras para recoger a los rezagados, sacándolos de bares cerrados, parques, pensiones, y hasta de casas particulares; nuestro tren, despedido por el himno de España, enfiló la última larga etapa hasta llegar al Campamento de Instrucción, donde llegamos el lunes día cuatro de agosto por la tarde, tras once días de viaje y seis días de tren.

El Campamento de Grafenwöhr, se encontraba muy cerca de Nuremberg, y era el centro de instrucción asignado por los alemanes para la División Española de Voluntarios. Sus dimensiones eran enormes y estaba plagado de bosques. En su zona principal tenía muchos edificios situados en calles paralelas o formando plazoletas como si fuese un gran barrio; pero lo que yo creía que era el campamento solamente era una pequeña parte de él, aunque la más noble y reservada casi exclusivamente a las zonas de Comandancia, Mando, guarnición del campamento y a las unidades de Artillería por ser la Artillería el cuerpo para el que fue creado a principios de siglo. El campamento de Grafenwöhr estaba dividido en tres campamentos unidos bajo el mismo mando pero con segundos jefes responsables y personal auxiliar diferentes: el Campamento del Este que era el primero, el principal y el que yo había tomado como la totalidad de Grafenwöhr, el del Oeste, y el del Sur.

Tenía casi doscientos cincuenta kilómetros cuadrados y para su construcción hubo de absorber varios pueblos y aldeas, así como mover a miles de personas hacia otros lugares. Había varios campos de instrucción, de tiro de armas largas y ametralladoras, de morteros y hasta de fuego de artillería; así como una gran cantidad de explanadas para instrucción y deportes. En el Principal que era el que estaba junto a la ciudad de Grafenwöhr, había una tienda de recuerdos, otra de ropa y de ultramarinos, un casino de oficiales, tres o cuatro cantinas de tropa, y un teatro cine; cuarteles de las unidades de servicios y guardias, hospital, y un señorial Cuartel de Artillería. Había dos calles principales: la Calle Ancha, que rápidamente los españoles bautizamos como Calle Mayor, donde se encontraban la mayoría de los establecimientos; y la Calle Leopoldo donde se encontraban la mayoría de

las zonas de viviendas. Los otros campamentos no disponían de tantos servicios pero en todos ellos había una tienda que hacía también de cantina y un pequeño casino de oficiales.

Sobre todos los edificios del Campamento Este sobresalían sus tres torres principales, la más sencilla era la torre de observación en el campo de tiro, había una que parecía una pequeña casita estirada como una columna a la que llamaban de varias maneras aunque la más normal era Wasserturm, la tercera torre era el Aguijón o Torre de la Aguja, Bleidornturm, llamada sí en honor de un general alemán cuyo apellido era Bleidorn, y que tenía arriba un magnífico balcón para ver los alrededores; estaba lejos del pueblo, al Oeste, y su misión era de vigilancia forestal aunque también se usaba como observatorio artillero; era alta, cuadrada y estrecha, y estaba coronada por una estructura cónica que parecía un aguijón. Además de la casa del Comandante en Jefe del campamento y del Oficial Superintendente Forestal, había casitas individuales para los oficiales con familia, y una residencia de oficiales para solteros, donde además de los oficiales del campamento se alojaban los oficiales transeúntes y los de las unidades en periodo de instrucción. También había un barrio entero de casitas para las familias de los oficiales casados, y un pabellón para suboficiales que podían optar por ese lugar o los asentamientos de la tropa que se alojaba en los llamados bloques que formaban pequeños pueblos, con calles y con plazas o patios en el interior de cada uno de los edificios cuadrados en los que se alojaba el equivalente a un batallón con una compañía en cada una de las cuatro alas. La forma más extendida en los alojamientos de los cuarteles era en cámaras de diez a quince hombres, y en habitaciones de a dos para los oficiales y de a cuatro para los suboficiales.

Los que ya se encontraban allí nos miraban extrañados pues ya llevaban varios días de instrucción y creían que el último contingente era el que había llegado el veinticinco; debía de tratarse del tren que según el periodista de Hendaya había pasado por allí el día veinte y, si era sí, o ellos habían corrido mucho o nuestro tren llevaba bollos en las ruedas.

El control de entrada estaba detrás de una gran valla de rejas artísticas que sólo por la garita que había a un lado parecía indicar ser la puerta de un cuartel, y no de lo que aparentaba, la entrada enrejada de una finca de lujo. Una vez dentro de aquel pueblo, pues eso parecía el campamento, fuimos

pasando por una oficina donde me identifiqué con la ficha de destino que me habían dado en Madrid y que me acreditaba como sargento de la Octava Compañía, Segundo Batallón, Primer Regimiento. El brigada que estaba tras la mesa se rió y me dijo que aquello ya no valía y me dio otra ficha en la que decía que mi destino sería la 1ª Cía / I Bon / Reg 269, una forma curiosa de nombrar a la 269/ I/ 1ª, o la Primera Compañía del Primer Batallón del Regimiento 269.

Unos camiones nos fueron repartiendo, y a unos cuantos nos dejaron en la zona asignada al Regimiento 269, por debajo de un pueblo llamado Langenbruck, entre la ciudad de Vilseck y los pueblos de Weissemberg, y Sigl; ocupando parte del término de Altneuhaus y dentro del Campamento del Sur. Curiosamente, a la zona donde se encontraba el regimiento, se accedía por una puerta abierta en una baja valla de troncos porque se encontraba fuera del perímetro de seguridad de Grafenwörh, que cortaba en dos el Campamento del Sur. Por ese motivo, aunque los tres Regimientos de Infantería y el Grupo Antitanque estaban acantonados muy próximos entre sí, en el Campamento Sur, al que los alemanes llamaban Südlager; lo cierto es que una valla de seguridad de media altura hecha con rollizos de madera, con un camino de vigilancia paralelo a ella, dividía en dos los lugares de asentamiento dejando al norte de ella al 262 y al 263 y, al sur, al 269 y a Grupo de Antitanques. Al llegar a los primeros cuarteles un soldado me dijo donde se encontraba la 1ª Compañía y, una vez en el sitio, otro me informó que los mandos se estaban haciendo fotografías frente a unos edificios al lado de una pequeña arboleda. Me acerqué y un sargento se separó del grupo y me tendió la mano.

—Soy Francisco Arroyo, me llaman Paco —me dijo—. ¿Vienes con nosotros?

Le enseñé el volante que me habían dado y después de palmearme la espalda me cogió de un brazo y me llevó hasta el capitán a quien me presenté. El capitán de la 1ª Compañía dijo llamarse Muñoz y haberse llevado una sorpresa con mi destino a su compañía ya que tenía la plantilla cubierta, pero me presentó al resto de oficiales y suboficiales y dijo que habría que hacer otra fotografía con la nueva adquisición; lo que hicimos, y no una sino un buen número de ellas. Lo curioso es que por la mañana recibí una llamada de mi capitán que me dijo que me habían reasignado a otra compañía donde podría ser más útil según la ficha de mi Hoja de Servicios. Aquello, la verdad, me sonó a algo así como: “Aquí sobras, Pepe, mira a ver si tienes sitio allí”.

¡Cuántas veces me pregunté, pasado el tiempo, si el capitán Muñoz de la 1ª Compañía, a quien llamaban Dinamita, hubiese dicho aquello de haber sabido lo que sucedería con su grupo apenas cuatro meses después!

Me despedí de Paco Arroyo y me dispuse a buscar mi nuevo destino, que no era otro que la 4ª Compañía, la que llamaban de Armas Pesadas, que pertenecía al mismo Primer Batallón del Regimiento 269, y que se encontraba a la orilla de un gran estanque. Estaba formada por tres secciones de ametralladoras y una de morteros del 81. La mandaba el capitán Calero que me destinó a la 2ª Sección de Ametralladoras.

Después, un cabo me llevó hasta mi habitación en la que ya se encontraba alojado otro sargento, que dijo que era de origen santanderino aunque se alistó en Madrid por vivir y trabajar allí desde hacía años.

—Me llaman Santillana y no me disgusta —me dijo, y en los días siguientes pude comprobar que hasta los oficiales lo llamaban así, se lo pusieron en el cuartel de concentración de Madrid, y no porque fuese de ese pueblo, Santillana, sino porque le gustaba leer libros de poesía medieval, y era un enamorado de las Serranillas del Marqués de Santillana. Era maestro de escuela y unos años más joven que yo, me sacaba la cabeza; y también era un año más moderno como sargento. Me pareció un hombre listo, educado y despierto, y pensé que no podía ser de otra forma si aparentaba veintidós o veintitrés años y ya llevaba varios, según él, ejerciendo de maestro.

Esa misma mañana, pasé por una oficina donde entregué mi uniforme español, menos mi boina, a pesar de las protestas del que estaba detrás del mostrador, y recibí todo el vestuario y equipo de marcha y aseo del Ejército Alemán. Era un gran paquete que costaba llevarlo a pesar de que una gran parte de las prendas cabían en la mochila, pero aún quedaban fuera las botas y correajes, la cantimplora, el tubo de la máscara antigás, la caja de efectos de aseo, y el casco. Junto al equipo me dieron unas hojas donde se me advertía del comportamiento que se esperaba de mí en Alemania. Llegué como pude al pabellón y durante todo el día seis me dediqué a aprender a ponerme y quitarme los diversos tipos de prendas, y equipo; una cosa que siempre me ha causado mala impresión ha sido el ver a alguien con la ropa mal puesta o desordenada, y en el caso de los soldados se puede llegar al ridículo si las prendas del uniforme no se utilizan con corrección en su justo lugar, forma, y cometido.

La mayor parte de lo que me habían entregado me estaba grande a pesar

de que en la oficina de vestuario, un suboficial alemán muy alto me midió la altura y el contorno de pecho; pero lo que rizaba el rizo eran los calcetines y los calzoncillos que eran tamaño Goliat, menos mal que las botas me estaban bien aunque me hubiese gustado que me dieran en vez de aquellas tobilleras, las otras altas de cuero reluciente que se veían en los periódicos y noticiarios del cine cuando se representaba a los soldados alemanes desfilando triunfantes por las calles de Europa. El uniforme era el gris que ya conocía por verlo por las ciudades, y en la hombrera, que era del tipo normal militar con un botón, llevaba un galón plateado rodeándola en todo su perímetro con una estrella plateada en el interior. En la ficha de vestuario que me habían dado ponía algo parecido a "*Hof Dienststelle Bekleidungs und ausrüstungsstücke. Grafenwörhr Kontrollpunkt. Feldwebel/Infanterie. Span. Div. 250*", algo así como Depósito de vestuario de Hof. Oficina de Grafenwöhr. Sargento/ Infantería. División Española 250. En el cuello no se llevaban distintivos con insignias como en los nuestros, sino unos rectángulos que diferían según fuesen para el traje de paseo o para el de campaña; para el primero llevaban fondo blanco, y para el de campo fondo verde grisáceo; y sobre ese fondo había dos barras plateadas anchas para el de paseo que, en el caso del de campaña con fondo verde, llevaban una línea central de color blanco. Tardé dos o tres días hasta que me enteré de que el blanco era el color de la Infantería, como el rojo de la Artillería y el negro de Ingenieros, y que por esa diferencia de color en el cuello se distinguían unos Cuerpos de otros. Entonces fue cuando caí en que en la gorra y en el gorro que nos habían dado también había un filo en forma de cordoncillo que llevaba el color blanco de la Infantería. También me enteré, cuando me lo dijeron otros sargentos, que el medio metro de galón plateado que nos habían dado no era para repuesto del de las hombreras sino para coserlo en el filo del cuello.

Nadie en el grupo de españoles sabía decir el por qué de que unos sargentos llevasen la estrella cuadrada y otros no, algunos ni siquiera tenían a todo alrededor de la hombrera el galón dorado y solo lo llevaban en parte; y más cuando todos éramos sargentos. Después de preguntar y preguntar, uno de los traductores alemanes nos dijo que en España solo había un sargento pero que al cambio había tres grados en Alemania. Fue cuando nos enteramos que el tener todo el borde de la hombrera lleno de galón plateado o no, llevar la estrella cuadrada que ellos llamaban *pip* o no llevarla; era cuestión de dos baremos: uno de años de antigüedad de sargento en España, el otro de años de

mando en tiempo de guerra en primera línea de combate. A mí, con cuatro años de antigüedad en el empleo y dos de ellos de guerra en primera línea, me correspondía el grado más alto de los sargentos, el de Feldwebel, galón a todo alrededor de la hombrera y tachuela *pip* plateada, pepita de plata para nosotros.

La hoja de comportamiento nos decía que se esperaba que con nuestro exquisito trato con la población civil alemana honraríamos a España, que no se podía circular sin permiso fuera de las horas marcadas que, en el caso de los sargentos, era las doce de la noche; que había que tener cuidado y respetar a las chicas alemanas y que estaba prohibido pasear con menores de dieciocho años después de las nueve de la noche; que el uniforme era algo que había que respetar y que no se podía llevar desabrochado, sin correaje, ni llevar las manos en los bolsillos; cualquier destrozo producido voluntariamente en alguna de las piezas del uniforme, el equipo o el armamento, se consideraba sabotaje castigado con severísimas penas. También nos decía cómo había que saludar a la manera alemana y cuándo, tanto con el saludo militar como con el brazo alzado que nosotros hacíamos a lo falangista; que se recibía mayor cupo de alimentación que la de los propios civiles alemanes por lo que no se podían adquirir alimentos sin presentar los cupones correspondientes ni revender la comida sobrante. Otra recomendación avisaba que sin el certificado de prueba de la careta antigás en las habitaciones de humo, y sin el certificado de vacunación, ningún soldado español sería autorizado a dejar el campamento para dirigirse al frente.

El siete por la mañana formamos todos los que habíamos llegado en el último tren junto a los que, por encontrarse enfermos o en otras circunstancias especiales, no pudieron realizar la ceremonia con el resto de la División. Se trataba del juramento de fidelidad al Jefe del Ejército Alemán en un pequeño acto complementario del que se había realizado el treinta y uno de julio para la unidad al completo.

Fue en uno de los patios del Campamento Principal al que nos trasladaron a primera hora a todos los recién llegados. Formamos algo menos de trescientos desde comandante a soldado, con cientos de mirones y curiosos recostados en las paredes de los edificios de alrededor, la mayoría artilleros españoles del Regimiento 250 que se encontraba acantonado allí. Dos oficiales se pusieron ante la formación y, aunque aún no conocía bien las

divisas alemanas, enseguida supe que eran coroneles porque los dos llevaban las mismas hombreras y un soldado se acercó a uno de ellos y tras decir en español: ¡A sus órdenes mi coronel!, le entregó una nota. Así, no solamente supe que eran coroneles, sino también cuál de ellos era el nuestro.

Después de la jura ante una bandera alemana y otra española el coronel español lanzó tres vivas por Hitler, por el Ejército Alemán, y por Alemania, que todos contestamos con fuerza. Tras el último viva, alguien por el centro de la formación gritó un ¡Arriba España! y todos los presentes, tanto los formados como los mirones, contestamos con más fuerza que en los tres anteriores. El coronel alemán se volvió hacia el nuestro y le dijo algo, al parecer enfadado, pero el nuestro se encogió de hombros sin decir nada; más tarde oí decir a un brigada que el alemán le había dicho al español que el último grito no estaba en el protocolo del juramento, y que aunque así fuese, no era lo acostumbrado que saliese de entre las filas en lugar de lanzarlo el jefe que está al mando; que la formación debía de ser sorda, muda, y ciega como una roca hasta que no se le diese una orden. Yo me sonreí y le dije al brigada que yo creía que sí que se podía estar mudo hasta que te dijesen que hablases, y se podían cerrar los ojos hasta que te mandasen abrirlos, pero si también había que ser sordos no podríamos oír ninguna orden para hablar, ver, ni oír. El brigada no me comprendió, ni entendió mis palabras como chascarrillo de broma, pero ese es uno de mis defectos, que en muchas ocasiones no sé dar a una broma el tono necesario para que se entienda como lo que es.

Después de la jura, el comandante González entregó el mando del I Batallón a nuestro nuevo Jefe, el capitán Vidal, africanista de Regulares número 3, que tenía la Medalla Militar Individual, tres heridas de guerra, y un ascenso próximo, según decían. También nos llegó procedente de la 3ª Compañía el teniente Martín Blanco. Nuestro batallón quedaba formado por su Comandante el capitán Vidal, el capitán Muñoz Muñoz en la 1ª Compañía, el capitán Navarro Fraile en la 2ª Compañía, el capitán Fernández Vallespín en la 3ª Compañía, y el capitán Calero Cañizares en mí compañía, la 4ª de Máquinas, donde también estaban los tenientes Martín Blanco, Francisco Escudero, y Reyes Morales.

El régimen de campamento era muy rígido en sus horarios, y era el mismo para todos los acantonamientos donde estábamos asentados los españoles menos para el Regimiento de Artillería en sus ejercicios de campo por la dificultad añadida cuando tenían prácticas de tiro. Cada actividad había

de comenzar y terminar a su hora. Con el toque de diana a las seis de la mañana comenzaba el día, a las siete el desayuno, de siete y media a diez nos desplazábamos a los campos para instrucción de orden de combate en abierto, a las diez nos daban un bocadillo y formábamos para volver a los cuarteles, de diez y media a las doce instrucción de orden cerrado, de doce a una tiempo para descanso y aseo. A la una comenzaba la comida y teníamos libre hasta las tres y media en que comenzaba la instrucción de armamento que duraba hasta las cinco y media; la cena era a las seis de la tarde tras de la que quedábamos libres en horario de paseo hasta las nueve y media en que sonaba la Retreta, y la las diez el Silencio.

Un grupo de instructores alemanes con poco o ningún conocimiento de español se encargaban de poner las peras al cuarto a quien no lo cumpliese, enviando notas de informe a los mandos españoles correspondientes, a quienes no se le caían los anillos por arrestar por cosas que en España hubiesen pasado con una amonestación simple. Por su parte, todos nuestros oficiales, salvo los de servicio, se reunían para recibir clases especiales en otros lugares del campamento.

Los instructores se creían los amos, pero quienes en realidad parecían mandar en Grafenwöhr no eran los instructores y ni siquiera las fuerzas de guarnición, sino que eran los "pimientos" la policía forestal que iba vestida de verde y con hojitas plateadas de roble en sus distintivos de cuello negros o grises; en el lugar en que nosotros estábamos eran unos diez, mandados por lo que ellos llamaban un *Förster*, algo así como un teniente inspector al cambio, que se cuidaban de todos los movimientos por el interior de los bosques, de posibles incendios y hasta de la vigilancia de las zonas de prácticas de tiro, pobre del guripa al que viesen partir una sola rama de los árboles en las zonas marcadas como "*Schutzwälder*", unos carteles que indicaban que la zona estaba protegida; si una compañía iba por un camino y aparecía uno de los "pimientos" impidiéndoles el paso, más le valía a su capitán el mandar media vuelta a sus hombres. Aquellos policías verdes funcionaban como una unidad militar, por pequeños destacamentos repartidos por todo Grafenwöhr y con su jefatura en el campamento principal, junto a la ciudad de Grafenwöhr, al lado de la Torre del Agua, y mandada por un oficial de rango superior, una especie de superintendente equivalente a coronel a quien nombraban como *Landsforstmeister, algo así como* magistral o experto de tierras forestales. Si la *Feldgendarmerie*, la policía militar, vigilaba el comportamiento de las

fuerzas; y la guarnición alemana vigilaba los límites de los campamentos y realizaba las obras de mantenimiento y la custodia general; los hombres de la *Reichforstamt*, los “pimientos”, parecían ser los verdaderos dueños del territorio interior.

Un día en la revista de diana, el capitán Calero nos dijo que una compañía que se preciase debía de tener una canción que al sonar anunciase su llegada o su paso. Eligió la marcha pasodoble de “Soldadito Español”, y todas las tardes, al terminar la jornada militar, la compañía se reunía por secciones para cantarla sin descanso, día tras día. Como nota curiosa, Fructuoso, un cabo extremeño de Plasencia, comenzó a cambiar parte de la letra y mientras los demás cantaban: ”Aquí llegan esos mozos del formado pelotón. La esperanza de la Patria, de un valiente corazón”; él cantaba: ”Aquí llegan esos mozos de la nueva División. Desde España hasta Rusia van armados de valor”. Día tras día él introducía su nota discordante cuando llegaba la estrofa en cuestión, hasta que uno tras de otro los soldados fueron sumándose al cambio y, como el sargento a cargo de los ensayos, que era yo mismo, no puso pega alguna, una semana después la estrofa había sido modificada sin permiso del compositor pero con pleno consenso de la sección. Cuando el teniente se dio cuenta del cambio, sin decir nada, salió de la habitación y poco después volvió con el capitán Calero que pidió oír la canción y que aguantó sin inmutarse hasta que la sección terminó. Entonces se volvió a mí y me dijo muy serio que el ritmo era un poco lento para un paso de 120 por minuto, luego, cuando salía por la puerta me indicó que me acercara a él.

—Ahora mismo me vas a explicar por qué cojones no has pasado esa modificación a las otras secciones —me dijo—. Ya te estás encargando de que se incluya definitivamente en la canción.

Debí de poner cara de tonto porque se rió de buena gana.

—Vamos a dar la nota, Iglesia, te lo asegura tu capitán —me dijo antes de cerrar la puerta tras de él.

La Misa y el rosario diarios que, en cada regimiento o casi en cada batallón, ocupaban distintas horas, siempre dentro de las de asueto, eran las únicas actividades que rompían aquella rigidez de la enseñanza alemana. Ellos no solían asistir, al menos la inmensa mayoría, aunque algunos instructores y soldados de guarnición sí que se acercaban a la misa de campaña de los

domingos. Al parecer, aunque en el campamento también había capellanes alemanes, tanto protestantes como católicos, no estaba muy bien visto en su ejército todo lo que oliese a curas y misas.

Nos enseñaron algo de alemán, lo suficiente para que los mandos del "*Jía*", el Ejército que ellos escriben Heer, nos entendiesen en lo primordial. Nos entregaron varios folletos sobre su idioma y frases más comunes, la estructura del "*Jía*", la gran nación alemana y algunos más de canciones religiosas y de marcha. Nos teníamos que acostumbrar a los uniformes alemanes hasta el punto en que había algunos instructores que nos exigían andar de una manera determinada, y hasta escribían en una pizarra "*guten Aussehen und eine bessere Einstellung*" que según nos tradujo el suboficial de enlace traductor, significaba algo así como "buena presencia y mejor actitud". El "*guten Einstellung*" o buena actitud, y el "*schlechten Einstellung*" o mala actitud, llegaron a ser las coletillas de mofa cuando había que decirle a uno si algo estaba o no estaba bien. También estudiamos hasta aprendernos de memoria, la organización y los nombres de los tipos de unidades alemanas, al menos hasta entidad de División. Si en España ya nos complicamos con Batallón, Bandera, Grupo y Tabor; ellos aún lo complicaban más pues hasta los grados militares varían en nombre y hasta en cantidad según el tipo de unidad donde se estuviese destinado.

A diario íbamos al campo de tiro para conocer todo tipo de armas que tendríamos que utilizar en el frente y enseguida me convirtieron en sargento instructor por tener conocimiento y haber utilizado antes la ametralladora MG-34, que era el arma asignada a mi sección como principal. Además teníamos el fusil máuser 98K y los suboficiales la pistola ametralladora MP-40 que era un buen subfusil aunque había que tener cuidado con él cuando estaba montado. La ametralladora MG-34 era un buen arma que ya había utilizado en el frente de Aravaca, unos meses antes del final de nuestra guerra. Era fiable y segura, y tenía la ventaja de que el cañón se podía cambiar sin casi manipulación y así se evitaba que se calentase hasta fundirse; era bastante fácil si te protegías las manos con manoplas de amianto, fuertes guantes, o trapos mojados para no abrasártelas; con ella no hacían falta ametralladoras más pesadas, era una verdadera máquina si no había que utilizarla contra tanques o aviones en vuelo muy alto. Los alemanes llamaban a la MG-34 "*maschinen gevea*" o algo que sonaba parecido, por lo que muchos españoles empezaron a llamarla "la máquina"; no fue hasta meses después que supe que el verdadero nombre en

alemán era “*Maschinengewehr*”.

El día doce de agosto comenzaron a oírse rumores de marcha, se decía que saldríamos para Rusia en varios convoyes de trenes a final del mes, por lo que la gente volvía a estar contenta, se oían guitarras y cantos de todas las regiones. Para arreglar la fiesta, dieron permiso a toda la División en dos tandas los días dieciséis y diecisiete, sábado y domingo. El sábado dieciséis me monté en uno de los camiones y, al salir del campamento, vi con sorpresa que no todos los transportes se dirigían al mismo sitio; el mío me trasladó a Nüremberg, donde llegamos a las once de la mañana y aunque algunos faltaron a la hora fijada para el regreso, nos recogieron a casi todos a las siete de la tarde. El domingo, los excursionistas ya estaban al tanto y pasaron antes por los camiones preguntando al conductor cuál era su destino.

El sábado recorrí casi toda la ciudad de Nuremberg andando, comencé solo pero al cabo de dos o tres horas me encontré con uno de los muchachos que vino desde España en mi mismo vagón, que me rogó que lo acompañase porque lo habían invitado a comer en una casa donde había tres hermanas y eso era demasiado para él sin saber alemán nada más que del uno al diez, buenos días, y poco más. Intenté oponerme pero la cara del muchacho era todo un poema.

—Vamos, camarada —me dijo, pareciéndome con aquella forma de hablar a un superior que en su unidad deberían de ser la mayoría de los mandos de procedencia falangista—. Le he dicho a la Frau que no dejara que se enfriasen sus hijas que enseguida volvía con otro celtíbero.

Me hizo tanta gracia el muchacho que accedí a acompañarlo.

Era una casita de dos plantas con las fachadas en color rosa pálido, la carpintería de madera de puertas y ventanas exteriores en color marrón oscuro, y el tejado de lascas negras. Parecía una de esas casas de los dibujos de los cuentos para niños.

Nos abrió la puerta una mujer alta y guapa y que no debía de haber cumplido los cincuenta.

—*Guten Morgen, Frau* —le dije, demostrando que no había perdido en tiempo en el campamento, aunque apenas si sabía tres o cuatro frases más.

La mujer me sonrió y me alargó una mano que sentí caliente en la palma de la mía.

—Tú pasas dentro, *Feldwebel, bitte* —me dijo dejándome de una pieza.

—No te extrañes, camarada, los padres del marido eran de Valencia y antes de la guerra iban todos con frecuencia a España —me dijo el muchacho, dándome una palmada en la espalda que me sentó fatal.

Aquella muestra de confianza desmedida, unida a lo de llamarme camarada en lugar de “mi sargento”, me indicó que a aquel soldado de artillería pues llevaba el color rojo en su insignia de cuello y en el filo de sus hombreras; que derrochaba tanto desparpajo como falta de educación militar, lo iban a poner a tono mucho antes de lo que canta un gallo. Pero aquel no era el momento, ante aquella familia, ni yo me consideraba el idóneo; en la División había muchos como él que creían que continuábamos en la universidad, el SEU, o en las oficinas provinciales de la Falange o del Frente de Juventudes. También había un magnífico plantel de cuadros de mando del Ejército y de excombatientes de las Banderas de Falange y de los Tercios de Requetés, que éramos los responsables de sacar de aquel grupo de jóvenes una verdadera máquina de guerra. Pero tiempo al tiempo y todo en su lugar.

Habíamos llegado a mesa puesta, y sin levantarse ni presentarse siquiera, el padre, que se sentaba en un extremo, me hizo una seña para que tomase asiento en un lugar libre entre dos de sus hijas a un lado de la mesa; el artillero se sentó en el otro lado entre la madre y la tercera hija.

—¿Ya estamos todos? —le pregunto el hombre a la *Frau* con cierto tonillo de guasa mezclada con buenas dosis de fastidio e impaciencia.

Acto seguido juntó sus manos y soltó una buena cantidad de frases en alemán que me parecieron una oración y después me señaló a mí.

—¿Desearía usted decir oración de gracias? —me dijo sobresaltándome, ya que me esperaba cualquier cosa menos aquel ofrecimiento.

Pensé en declinar el ofrecimiento, pero todas las miradas estaban clavadas en mí y pensé en que la oración que en mi casa se decía para bendecir la mesa tampoco haría ningún mal allí. Así que agaché la cabeza y junté mis manos.

—Señor, que estos alimentos que tenemos ante nosotros, frutos de nuestro trabajo, engrandezcan nuestro cuerpo y den reposo a nuestros sentidos, para que nuestra alma inmortal pueda ponerse por entero a tu santo servicio. Amén —dije, y levanté la cabeza viendo una sonrisa de satisfacción en los rostros de los alemanes y otra de sorpresa en la de mi compañero español.

—*Gut, serh gut!* —exclamó la madre, lanzando una mirada hacia su marido, que le respondió con una inclinación de cabeza.

—Mi marido *Her* Franz Aldanza, y yo *Frau* Lotta Maier-Aldanza —dijo señalando hacia su marido y hacia ella misma—. Mis hijas, la más años Frederika, menos años Ula, y después más pequeña, Esperanza, nombre de mamá de *Her* Aldanza, Franz.

Comprendí que debía de presentarme.

—Señor Aldanza y Señora, Frederika, Ula y Esperanza, encantado de conocerles y como imagino que mí compañero ya se habrá presentado, y sólo quedo yo, me presentaré con un gran placer. Soy José de la Iglesia, soldado español —dije y, en el mismo momento en que terminé, me sentí un presuntuoso, tonto y pedante, ante la naturalidad de aquella gente.

Pero comprobé que ellos no parecían tomarlo de esa manera al ver sus caras sonrientes; y aquella fue la primera vez que tuve la confirmación del significado de unas palabras dichas por uno de los enlaces traductores en el campamento cuando intentaba darnos unas cuantas pinceladas sobre el carácter alemán: “En Deutschland, mucho tradición y mucho de formas en trato personas y educación”. Al parecer yo había sido lo bastante formal en la forma de presentarme.

La comida no estuvo mal, porque yo ya estaba harto de aquella col cocida y fermentada que tanto les gustaba a los alemanes y que nos ponían en Grafenwöhr mezclada con casi todo, un día sí y al otro también. Me encantaron unos tacos empanados que parecían empanadillas gruesas de carne picada, pasadas por el horno; también unos pastelillos de calabaza dulce que la *Frau* se empeñó en que repitiésemos una y otra vez hasta que terminamos hartos.

Cuando terminamos de comer, el padre, Her Aldanza, nos invitó a sentarnos junto a él en un pequeño porche que había en la parte trasera de la casa. Mientras que las muchachas nos atendían a los tres como si fuésemos los reyes de la creación. Él encendió una pipa y nosotros encendimos un cigarrillo; yo un Eckstein y el artillero un RS.

La mayor, Frederika, tenía veinticinco años, unos meses mayor que yo, y había terminado los estudios de biología en Berlín este mismo año. Nos dijo que tenía novio, Gerolf, un teniente de Ingenieros que estaba en Francia construyendo baluartes defensivos con la O.T., una organización que se dedicaba a realizar fortalezas, carreteras, puentes, puertos, y todo tipo de grandes trabajos de ingeniería, utilizando como mano de obra a soldados y civiles, una gran parte de ellos desertores, castigados, judíos, gitanos, y todo

tipo de alemanes y extranjeros caídos en desgracia o no gratos a la ideología del “alemán superior” que era propia del Partido Nazi; no me gustó la forma en que la madre de aquella familia asumía que aquello estaba bien y que, por ser la raza superior tenían poder, si no derecho, aunque no lo dijo de ese modo, sobre las vidas de las “demás razas inferiores”; aunque algunas de ellas, como la nuestra, estuviese allí para echarles una mano en lo de Rusia y solo en lo que se refería a combatir al comunismo estalinista; pero no en aquello, por Dios, no en aquello de sojuzgar a las razas que ellos definían como inferiores. La hija mediana, Ula, de veinte años no había querido continuar estudios superiores y trabajaba como empleada en una fábrica de vestuario militar. La pequeña, Esperanza, de dieciocho años, seguía los pasos de su hermana mayor y ya había terminado el primer curso de lo que en España se conocía como Magisterio. Ni Ula ni Esperanza tenían novio y puede que esa fuese la causa por la que se turnaban en conseguir que el artillero y yo estuviésemos a gusto en su casa. La visible falta de muchachos jóvenes en las calles de las ciudades alemanas por causa de la guerra, hacía que las chicas buscasen acompañantes con quienes hablar y pasear, aunque fuese mediante señas. Pronto, las dos más jóvenes se llevaron al interior de la casas a mi compañero que se dejó arrastrar por ellas encantado de la vida.

La mayor de las hermanas se dio cuenta enseguida de que mi atención hacia sus hermanas no expresaba ningún tipo de interés hacia sus encantos y, tomando una silla, se sentó a mi lado.

—¿Cómo tú ganas las *Kriegmedaillen*? —me preguntó y ante mi cara de incomprensión alargó un dedo y movió mis condecoraciones.

—¿Las condecoraciones? Son de la Guerra de España —le dije.

—Hermano de mí…*mein groom Gerolf*… ¿Mi noivio? ¿Ja? —preguntó con un rictus gracioso en sus labios.

—Novio —corregí al entender qué es lo que ella quería decir.

—*Dank*, sí, novio. Mi novio a un hermano que viajó en *Legión Cóndor* a España y allí *caput*, explota suelo —dijo ella.

—Dice Gerolf tiene hermano que muerto en España, con Legión Cóndor —aclaró el padre, aunque yo ya había entendido a su hija—. Una mina pisada y todo deshecho.

—En España murieron muchos hombres —dije.

—Esa guerra no fue guerra buena —dijo *Her* Aldanza, exhalando un fuerte chorro de humo amarillento.

—Ninguna guerra es buena, tampoco ésta —le contesté.

Él asintió con secas cabezadas mientras chupaba fuerte de la pipa.

Yo, mientras, miraba a su hija mayor que se había vuelto a levantar de la silla y quitaba algunas hojas secas de una gran planta que se enroscaba en una de las columnas del porche. Era alta, bastante más alta que yo aunque para eso no había que serlo mucho; y con el pelo extrañamente moreno en un país de rubios y castaños. Alguna de las hojas debió de caer al suelo llamando su atención, porque se inclinó hacia delante para recogerla, y la visión de las redondeces perfectas de su trasero enfundado en un blanco y fino pantalón corto, de perneras muy anchas y hasta medio muslo, que lo hacían parecer una falda corta; me recordó dolorosamente que hacía mucho tiempo que no trataba con una mujer que me llenase físicamente, y ella me llenaba.

—Guapa, es como mi madre, mucho española y guapa; y como *meine Frau*, alemana alta y lista, mucho lista como ella.

—Su novio, Gerolf, es un hombre de suerte —le dije, quitando avergonzado mi vista de la espalda de la muchacha, que seguía recogiendo hojas secas del suelo; para mirarlo a él. Lástima que trabaje en ese sitio donde explotan a los presos y a los judíos.

—Yo no gusto de eso, pero es normal porque dicen que yo no ario puro, son cosas de esos alemanes muy alemanes arios, no de todos —dijo tratando de excusar alguna de las intervenciones de su mujer defendiendo los excesos del régimen.

—Le ruego que no malinterprete mis palabras como una crítica hacia usted o su familia —le dije, preocupado por la contestación del hombre ante mi desliz—. Pero también es bueno que sepa que no estoy de acuerdo con el trabajo a que se obliga a los prisioneros, sean de la raza que sean.

—Tampoco yo de acuerdo, se dice mucho hablan de campos donde prisioneros solo son judíos y allí tratan mal, muy mal, eso cosa muy mala, si de verdad son eso —dijo Hans dando una buena chupada a su pipa.

—Sí, mala cosa, si es que es cierto —le dije—. Pero yo lo que en realidad quería decirle a usted es que deseo que el novio de su hija vuelva sano.

—Suerte si vuelve —dijo él soltando otra nube de humo—. Muchas *Mädels*…muchachas hay, más no hay novios. Cada vez no vuelven más que muchos van…Menos son que vuelven cada día, que otros que van son más, ¿mejor así?

—Sí, está muy bien, cada día vuelven menos que los que se van —dije, mirando a su hija que ya de pié, se estiraba de puntillas para llegar a las hojas más altas, con lo que mostraba casi en toda su extensión unas preciosas y bien construidas piernas—. Muchas muchachas se quedan sin novio. ¿Eso es?

—*Ja* —afirmó—. No vuelven novios, y no para cambio otro novio aquí hay.

Afirmé con la cabeza, lo que contaba también había pasado en España, y recordé a mis dos hermanas. Muchos novios no volverían y las mujeres no tendrían nada fácil encontrar otro.

Her Aldanza, me señaló a su hija que, incomprensiblemente, ni se volvía ni daba muestras de oír lo que hablábamos su padre y yo, a pesar de encontrase lo suficientemente próxima a nosotros como para no perderse una palabra.

—Grande desgracia que ella muy guapa y lista pierda hombre —dijo muy despacio, haciendo una pausa que aprovechó para mirarme a través del humo del tabaco—. Pero peor es que no recambio haya.

—*Shut up, Vati!* —dijo Frederika, volviéndose con cara de disgusto y con los ojos brillantes—. ¡Calla, ya! ¡Deja eso, Papá!

De pronto entendí todo, el interés de la madre en que fuésemos a comer, la obsequiosidad de las chicas con nosotros, todo me llegó de forma clara y transparente. Había que salir de allí lo antes posible.

—Es tarde y debemos de volver a Grafewöhr —dije, a pesar de que aún faltaban casi tres horas.

El padre de las chicas asintió con la cabeza sin decir nada más.

Me levanté y miré a su hija quien me miraba a su vez con sus grandes ojos. Morena, de ojos azules, alta, lista y muy guapa; y el padre llevaba un rato intentando colocarme a mí como repuesto en caso de que su novio no volviese de Francia. Aquella situación era una verdadera joya para un sinvergüenza, pero yo no lo era.

—*Guten Tag, Her Aldanza* —le dije, soltándole un taconazo tal como había visto en las películas de alemanes.

—*Auf Wiedersehen* —me contestó, sin levantarse ni mirarme siquiera.

Aprovechando que Frederika se dirigió al interior para comunicar nuestra partida, me acerqué a su padre, le puse una mano en un hombro y acerqué mis labios a su oído. Él se envaró un poco pero continuó sentado y quieto.

—Las cosas no están tan claras como para comprometerse con una buena muchacha como la suya —le dije en voz baja—. Si sigo vivo cuando termine la guerra, vendré aquí, y si a ella le interesa, entonces podríamos estudiarlo. Se lo prometo.

Él me miró y palmeó la mano que yo mantenía en su hombro y asintió. Me pareció ver en sus ojos una chispa que antes no existía.

—Ahora ya vete, hijo, llegas tarde —me dijo.

Me despedí de la *Frau* y de las tres chicas y le dije al artillero que nos íbamos, pero él dijo que aún se quedaría unos minutos por allí.

Me acerqué a la puerta e iba a recoger la gorra del perchero de la entrada cuando Frederika, aprovechando su mayor altura, alzó su mano por encima de mi cabeza y la cogió antes de que yo llegase a ella.

—Tu *Militärmütze* —me dijo alargándome la gorra.

—¿Militiarqué? —le pregunté para volver a oír de sus labios la palabra que indudablemente debía de referirse a la prenda de cabeza.

—*Militärmütze* —repitió ella, con una preciosa sonrisa—. Sombrero de soldado.

—Gorra militar —le dije.

—*Ja*, sí, eso sí, *Militärmütze* eso es —dijo de forma graciosa poniendo los ojos en blanco como si para ella fuese un logro conocer el nombre en español de la gorra.

—Bueno, adiós Frederika, lo he pasado muy bien con vosotros, muchas gracias —le dije alargándole la mano.

Ella ignoró mi mano y agachándose hasta que su cabeza quedó a la altura de la mía me la sujetó y me besó en los labios. Fue un beso corto, sin complicaciones ni promesas de futuras implicaciones.

—Mi padre muy bueno, pero yo amo Gerolf mucho bien. Tu también bueno, pero yo no recambio tú. ¿Tú comprendes a mí? —me preguntó mientras abría la puerta, con una cara seria que la hacía aún más guapa y deseable.

—Tú si que eres una buena chica, muy guapa y muy lista —le dije, y le hubiese devuelto el beso si supiese que elevándome de puntillas podría haber llegado a la altura apropiada; pero no estaba seguro de conseguirlo sin obligarla a reducir su altura y no deseaba hacer el ridículo.

Frederika pareció adivinar mis pensamientos y sonrió con dulzura.

—¿Tú vienes aquí otra vez? —me preguntó —. Gusta a mí hablar español con tú. ¿Tú vienes si sabes yo no gusto cosas que hacen a *juden*? ¿Ja?

—Si tengo ocasión, vendré —le dije, y sonrió abiertamente mientras cerraba la puerta sin dejar de mirarme a los ojos.

Dí varias vueltas por la ciudad hasta que se aproximó la hora de la vuelta y en ningún momento se separó de mí la visión de aquellos ojos azules desapareciendo poco a poco a través del hueco cada vez menor que iba dejando la puerta al cerrarse. Una vez en el camión, pude comprobar que entre los que habíamos subido a él no se encontraba el joven camarada artillero. Le deseé suerte y me acurruqué contra la baranda de la caja intentando descansar un poco antes de llegar al campamento.

—¿Y no te la has llevado a un hotel? —me preguntó Santillana, extrañado de que no hubiese intentado sacar algo más de aquella ocasión—. La próxima vez, déjame a mí el tratar con las tres hermanas a la vez, que no van a necesitar a nadie más —dijo soltando una fuerte risotada.

Me callé y evité decirle que cualquiera de aquellas tres hermanas era mucho mejor que muchas de las muchachas que él pudiese haber llevado a un hotel, incluyendo la joven ardorosa del Puente de Vallecas que, según él decía, iba todos las tardes a esperarlo a la salida del colegio donde era maestro.

En aquella situación de próxima salida hacia el frente, a todos nos hacía mucha falta el poder disponer de un buen grupo de amigos, buenos o regulares, pero amigos al fin en quienes apoyarte cuando las cosas viniesen mal dadas, que seguro que vendrían y más pronto que tarde, o aquello no sería una guerra.

—Oye, tú has oído algo sobre campos de prisioneros sólo para judíos donde los torturan y los explotan trabajando —le pregunté.

—No, bueno, no sé nada seguro, aunque algo me comentó el intérprete alemán y parecía muy enfadado y avergonzado. De esos nazis me espero cualquier cosa, menos mal que el Heer no está dominado aún por ellos y que casi todos sus jefes siguen siendo por ahora solo militares —me dijo, pensativo—. Pero nosotros hemos venido a otra cosa y lo que tenemos que hacer es centrarnos en ello, Pepe; si en eso no somos como los caballos, con anteojeras, puede que no terminemos nuestro trabajo porque las tripas no nos dejen.

—Pero si es cierto, sería horrible —protesté, son nuestros aliados.

—Por eso te digo que mires solo por lo que has venido a hacer aquí, y si no ya te estás volviendo, si es que te dejan —me dijo, dándome una palmada en el hombro.

Pero la propia forma de funcionar del campamento y el apresuramiento con que nos movíamos dentro de él para completar clases y entrenamientos, hicieron de tapadera de aquellas preocupaciones que algunos decían ajenas a nuestra misión pero que dolían en el alma cristiana.

Los alemanes intentaban por todos los medios que no hiciésemos tanto ruido, nada de conversaciones en voz alta, nada de gritos ni exclamaciones fuera de tono, nada de cantos no militares, en fin, nada de lo que caracterizaba a la forma de comportarse de los soldados españoles; pero no podían con nosotros. Al poco de llegar al campamento, casi todos se fueron dejando crecer el bigote y yo no fui menos, pero como me daba la sensación de ver a un chino en el espejo, me lo afeité tras de la primera semana de crecida.

En unas prácticas de tiro con mortero coincidí varias veces con un sargento de infantería al que ya saludé el primer día cuando me hice la fotografía con los de la 1ª Compañía. No era falangista, y desde el primer momento pensé en que me caía muy bien, y eso era muy importante; en aquellos negocios tener amigos era primordial. Le llamaban Tomatito porque tenía la cara un poco colorada, y decía que era de la parte de Albacete, aunque su acento era andaluz; tampoco me importó conocer su ficha personal, ya estaba acostumbrado a ver divisionarios que no utilizaban su nombre ni deseaban que se conociese.

En mi compañía había varios andaluces, y entre ellos un grupo de sevillanos como Rebollo, Paredes, Mata, y otros dos, que estaban bajo la protección del sargento Paco Sánchez, también sevillano; y que organizaban una fiesta con guitarras en cuanto les surgía un momento, otro eran los sargentos Pepe González Morente, antequerano, tan serio que parecía castellano duro y Carlos Losada Osuna, un cordobés que era el polo opuesto al malagueño.

También había asturianos como los Cabos Paco Martínez y Antonio Muñoz, salmantinos como el Sargento Emiliano Calama, Santanderinos como el Sargento Francisco Sánchez Guillot y aragoneses como Francisco Javier Serrano, de la Almunia de Doña Godina. Paisanos míos había unos cuantos como Gómez, Pepe García y Vicente Pastor, pero con quien me llevaba mejor de todos los extremeños era con el cabo Pepe Fructuoso Martínez, Fructuoso. Y no faltaban los murcianos como Salvador López “El Murciano”, y un buen número de madrileños entre los que destacaba por edad y señorío el soldado

Lorenzo Fernández Calderón, a quien todos llamaban Don Lorenzo y que era el guripa de mayor edad del batallón y posiblemente de los mayores, si no el que más, de toda la División; un madrileño de Valdemoro, de casi cincuenta años, que tenía varios hijos y había representado a la provincia de Cuenca como diputado; y que cuando se alistó ya formaba parte de la Secretaría General del Movimiento; también he de mencionar entre los madrileños a Gonzalo Ontiveros y de Larra, descendiente del poeta Mariano José de Larra.

En cuanto a la extracción falangista diré que había un buen grupo de camaradas, como Tomás Sánchez Isasi, Fernando Esquiroz, Don Lorenzo y los sargentos Javier García Noblejas, Paco Parrizas Sancho, Eusebio Aguado y Aurelio Basalo Sánchez, entre otros muchos.

Dieter Freeh, el *Oberfeldwebel*, era un brigada o sargento mayor alemán, que desde el primer momento se encargó de que todos supiésemos decir y escribir bien su nombre. Se trataba de uno de los alemanes que teníamos de enlaces e instructores en nuestro batallón, que hablaba algo de español, y al que llamábamos "El Cocinero" porque su nombre nos sonaba como "dieta fría".

Siempre nos decía que sus camaradas alemanes se quejaban constantemente de nuestras formas y nuestra presencia en el vestir y en el aseo, de que no teníamos disciplina, de la manera que teníamos de contaminar la apariencia del glorioso uniforme alemán cambiando algunas piezas como insignias, cinturones y camisas por los que traíamos desde España, de que éramos poco militares, que no teníamos arreglo ni intentábamos tenerlo, que nos sobraba *schlechten Einstellung*, que significa mala actitud.

Entre los soldados del II/262, Segundo Batallón del Regimiento 262 había un buen cantante de flamenco, que se juntaba con mi guripa sevillano, Rebollo, a quien llamaban "Rata" y no porque fuese feo o pequeño o tacaño, sino porque era de un poblado que se llama La Rata.

Juntos cantaban al Cocinero, cuando no estaba delante, una especie de fandango que decía algo así:

Que no chillemos, pues voces.
Que esto es muy serio, riamos.
Que no liguemos, ¿dónde estamos?
Que nos aguantemos, ¡Anda vamos!
Que nos jodamos, hazlo tú jodío doiche

Menos mal que casi ningún alemán sabía ni papa de español, o que ya estaban curados de espanto.

El día dieciocho, montamos en camiones y nos trasladamos al norte. Así, con toda la compañía sentada bajo los árboles en uno de los campos, a varios kilómetros de los pabellones y del campamento, cerca del lugar en que se encontraba el Cuartel General de la División, por encima del campamento del Regimiento 263, se ensayó durante media mañana el Soldadito Español con un grupo de tambores de la banda de la División. El primer intento pareció una carrera a ver qué sección terminaba antes, pero tras dos horas de canto conjunto, cuando ya estábamos hartos del soldadito y de su novia morena, el capitán decidió que ya era hora de hacer una prueba y mandó a formar la compañía y marchar en paso de maniobra hasta llegar a la zona urbanizada donde ordenó tocar a los tambores y cambiar al paso ordinario. Cuando el paso se hubo regularizado con los tambores, ordenó cantar la canción, y pasamos desfilando y cantando por delante del edificio donde se encontraba el Cuartel General de la División, la expectación que levantamos fue increíble y todos nosotros, desde el capitán al último guripa, nos sentimos orgullosos de formar parte de aquel grupo.

Por fin todo llega, y no fue a final de agosto ni todo en tren como desde hacía dos semanas nos habían ido filtrando por radio macuto. El miércoles, día veinte de agosto de 1941, los regimientos formaron en el campamento con toda su impedimenta personal; se leyó de forma general la orden del día y se comunicó el orden de marcha. Comenzaba nuestra salida hacia Rusia.

Cada capitán de compañía había reunido la noche anterior a todos los oficiales y suboficiales a su mando. El capitán Calero nos expuso una guía de lo que se suponía que iba a ser el viaje, nosotros saldríamos el día veintitrés por ferrocarril hasta un sitio que sonaba como Esvalquii, ya en Polonia, para hacer el resto del camino andando. Recuerdo las caras de los suboficiales que estábamos en el despacho del capitán, ¿cuándo se había visto algo así? Andando más de un mes para llegar a una guerra que podía ser que ya se hubiese acabado cuando llegáramos allí. El capitán nos miró imperturbable levantó una mano para acallar protestas.

—Me gusta menos que a vosotros, pero esto es lo que nos ha comunicado el general y esto es lo que tenemos —dijo.

Cuando nos dirigíamos a la compañía, el teniente de mi sección se acercó a nosotros, los suboficiales, y nos dijo que el capitán había ordenado que no se dijese nada antes de tiempo a los soldados, para que no se desanimasen pensando en la paliza que nos esperaba. Pero lo único cierto es que tantas veces nos habían dicho que conquistaríamos Moscú que estábamos deseosos de salir cuanto antes.

Por fin llegó la mañana del sábado veintitrés y mi batallón formó para marcha. Llegamos a Grafenwöhr Este en camiones y después de un descanso, salimos por orden de numeral de compañías, luego éramos los quintos tras de la Plana del Batallón y las otras tres compañías. Cuando ordenaron formar, y a marcha en paso ordinario, las caras y la actitud que presentábamos me recordaron la de aquellos chicos de las Juventudes que se presentaron en el Retiro con paso de desfile desenfadado, y con caras de comerse el mundo. El batallón comenzó a salir de Grafenwöhr desfilando a los sones de una marcha militar alemana que tocaba la banda de música del campamento, y cuando mi compañía enfilaba la calle de salida, aprovechando una parada de la banda, nuestro capitán, al darse cuenta de que a nuestro paso no habría música puso remedio de inmediato.

—¡Compañía! Enseñemos a los alemanes que nos han acogido aquí cómo nos despedimos de ellos —dijo el capitán Calero—. ¡A la canción!

Todos a la vez, tal como lo habíamos ensayado días y días de forma machacona, comenzamos a cantar Soldadito Español, y desde la puerta nos llegaron las voces apresuradas de los oficiales alemanes ordenando a sus hombres el rendimiento de honores en la despedida. Pasamos cantando ante la banda de música y las dos secciones de infantería alemanas que se mantenían armas al hombro con sus jefes saludando rígidos como palos; cuando la Sección de Morteros que cerraba la formación llegó a ellos, íbamos cantando la última parte de la canción, esa que dice: “La victoria fue tuya, porque así lo esperaba, cuando muerta de pena, a la Virgen rezaba, tu novia morena”. El último grito al cantar la última frase de la última estrofa de la canción, fuerte y vibrante como un trueno, coincidió con la salida de la cola de la compañía por la puerta del campamento. El capitán Calero se volvió hacia nosotros y en su cara resplandecía una amplia sonrisa de orgullo, aquello había salido perfecto y sincronizado como si hubiésemos entrenado muchas veces el paso con la canción y con la distancia a recorrer desde el primer compás hasta el último.

Desde la puerta del campamento hasta la estación, desfilamos alegres

entonando nuestras canciones, las españolas, mientras todos aquellos que se cruzaban con nosotros nos saludaban con los brazos en alto o pañuelos al aire. Aunque los sacos de vestuario ya habían salido por delante en camiones, íbamos cargados con el fusil o el subfusil ametrallador, el casco, la careta antigás, la manta y la mochila grande que pesaba cerca de veintidós kilos y en la que podía encontrarse el lote individual que nos habían dado, como varias mudas y calcetines, el hornillo, el cubierto de campaña, la marmita, el servicio de limpieza del arma, la cantimplora, un palo macho y hembra y una estaca de madera para montar la tienda de campaña, el triángulo de lona individual de la tienda de campaña que servía también de prenda de lluvia del tipo poncho al introducir la cabeza por la apertura de la ventanilla, una maquinilla de afeitar, jabón, peine, una cajita con aguja e hilo para coser, un paquetito con tres condones Vulkan, un pequeño botiquín con apósitos, y desinfectantes; además de varios cuadernos y libritos como el diccionario de frases alemanas, el devocionario del soldado, y el de canciones religiosas.

La marcha por ferrocarril que, aunque según nos habían dicho nuestros jefes, estaba prevista por la ruta de Bayreuth, Hof, Zeit, Leipzig, Berlín, Cottbus, Frankfurt del Order, Kustrin, Dirschau, Allestein, Oleko, y Esvalki; en realidad, al cruzar la frontera este de Alemania, los trenes recorrieron rutas y líneas de ferrocarril de segunda o tercera importancia, pasamos por sitios llamados Konta, Tuche, Neidenburg y Lynch; paraban las horas centrales del día y se circulaba casi sin más paradas que para cargar agua o carbón, desde el atardecer hasta cinco o seis horas después de la salida del Sol. Tardamos dos días y medio en llegar a Esvalki, que resultó que se escribía Swalki, donde la División se desplegó para hacer preparativos y aguardar la orden de marcha.

A mi batallón le tocó una zona llamada Krasnopol, y dentro de lo que cabe, a pesar de darle vueltas a lo que nos esperaba, y a que no teníamos ningún lugar decente a donde ir, nos divertimos todo lo que pudimos. El ingenio de nuestros hombres no tenía límites; hasta improvisaron una obra de teatro sobre Guzmán el Bueno y la entrega de su daga para el sacrificio de su hijo.

Aún así, el Capitán Vidal continuó dando órdenes para que se continuase en todo momento la instrucción de la tropa. Cada vez que oía a un soldado llamar de tú a un cabo o un sargento, aunque detrás dijese la palabra camarada, se le notaba el disgusto y torcía el gesto, solamente le faltaba

aquello del "mala actitud" de los alemanes. Aquello del tuteo se mantuvo hasta el final de tapadillo porque los oficiales y suboficiales procedentes de Ejército nunca lo permitieron aunque en los primeros momentos de Grafenwöhr pasaron de ello un poco como diciendo: "aprovéchate ahora que en cuanto lleguemos al frente se acabó". El caso es que la instrucción continuó con clases diarias de teóricas de educación y cortesía militar, armamento, localización de distancias, señalamiento de blancos, y otras temáticas por el estilo, el caso era no dejar haraganear a la tropa ni dejarles pensar demasiado en lo que se les venía encima.

III. ¡VARIACIÓN IZQUIERDA! ADIOS A MOSCÚ.

—¡Más de seiscientos kilómetros, *ché*! —exclamaba uno mientras clavaba las estacas de la tienda de campaña.

—De eso nada, *bolo*, que dicen que son ochocientos —lo corregía otro.

—*¿Qué dise tú, pisha? Que de eso na so carajote, que ma disho er zargento que pué que sean mil* —intervino un tercero

Ese tipo de conversación, con las distancias, sitios por donde habríamos de pasar y lo dificultoso que sería el camino, eran el pan y la sal del día a día, durante los tres que estuvimos en Swalki. El día veintiocho por la mañana, se dio la orden de marcha y partió todo mi regimiento menos el Tercer Batallón que lo haría al día siguiente. Comenzaba la primera parte de la caminata hasta un lugar que los oficiales llaman "la zona de Grodno". Toda la tarde anterior habíamos estado cargando nuestro equipo en varios camiones y carros que se adelantarían con unos pocos soldados para ir preparando los lugares de asentamiento de los finales de etapa.

A mi compañía, la 4ª, le había correspondido salir en tercer lugar, detrás de la de Plana y de la 2ª. Habíamos sido testigos de la salida del comandante,

el capitán Vidal, con su plana mayor seguido de la 2ª Compañía, y todos mirábamos el lugar por donde debía aparecer nuestro capitán, nerviosos por el momento en sí, pero no menos nerviosos por el ruido que llegaba hasta nuestra formación producido por las pisadas de las suelas de tachuelas de los camaradas que ya nos precedían en el camino hasta la zona de Grodno. Un guripa gritó pidiendo silencio y diciendo que escuchásemos el aire. Si uno prestaba atención, se podía escuchar un ras ras rítmico arrastrado por el viento de la mañana, que indicaba la puesta en marcha de la máquina de sangre española; cientos y cientos de hombres marchando a pie por distintos caminos aunque próximos entre sí, para llegar lo antes posible a Moscú. En aquel momento a todos nos hubiese gustado pertenecer a la 11ª Compañía Ciclista del Tercer Batallón.

—¡El capitán! —dijo uno, y vimos llegar al jefe de la compañía montado en una motocicleta.

El capitán Calero llamó a un aparte a los jefes de las secciones y tras hablar con ellos se dirigió a la compañía.

—¡Atenta la Compañía! ¡Fir…més! —dijo, y tras pasar una última revista antes de empezar la marcha, se puso delante de la fuerza y nos habló.

—Nos espera un largo paseo de más de ochocientos kilómetros. Pero somos españoles, y más que eso tuvieron que andar nuestros soldados de los Tercios de Italia y Países Bajos, y mucho más los Conquistadores por las tierras, las montañas y las selvas de las Américas sin saber a donde iban ni qué era lo que se iban a encontrar. Nosotros tenemos la suerte de que sabemos muy bien a donde vamos y qué es lo que nos espera y de quién nos puede llegar; ya los conocemos porque los vencimos en España, y volveremos a hacerlo otra vez.

—¡Solo es un paseo, mi capitán! —soltó uno desde el interior de las filas y la gente se rió de buena gana.

—¡Guarda las fuerzas para lo que te espera! —le contestó otro, y las risas aumentaron, se había roto la tensión.

El capitán sonrió sin hacer caso a aquella falta de educación militar, que había interrumpido la rigidez de la posición de firmes, y se colocó la funda de la pistola y el cinturón de la guerrera, ese fue el momento que dio paso a las órdenes que llevábamos un mes esperando.

—¡Recojan los macutos! —dijo el capitán Calero.

Cogimos nuestros macutos de marcha ya que la mitad del equipo, el de

más peso, había sido embarcado en camiones y carros. Menos mal, porque el macuto grande del combatiente de infantería alemán pesaba cerca de veintidós kilos, y en el macuto de marcha cada uno llevaba lo indispensable; en mi caso, yo llevaba las mudas y todos los calcetines que pude encontrar, los útiles de aseo, grasa de caballo, el cubierto, la cantimplora marmita y el casco. El armamento también había sido depositado. En cada compañía llevábamos las armas indispensables para formar dos pelotones de guardia, quedando el resto del armamento, así como los cascos de quienes quisieron dejarlos, en los camiones.

—¡4ª Compañía, de frente hacia Moscú, paso de maniobra, marchen! –dijo el capitán.

Y así comenzó nuestra primera operación militar, la gran *pinrelada* como terminamos llamándola, la larga ruta o la larga marcha como la bautizaron algunos. La verdadera realidad es que nadie se le ocurrió llamarla como lo que era en realidad, la gran putada.

—¡Compañía a la canción! —gritó el capitán, como si hubiese estado esperando ese momento durante mucho tiempo, y la compañía comenzó a cantar el Soldadito Español", y después el Prietas las Filas y otras más. Por la tarde nos comunicaron que habíamos tomado contacto con el resto del regimiento, y en un momento de la marcha, desde las primeras compañías nos trajo el viento la canción La Cirila, un minuto después se cantaba en los batallones más próximos:

Pa conquistarla más fácilmente
me puse el traje de mi teniente,
pos de corneta cuando la hablaba,
la tía puta se cachondeaba

Los enlaces alemanes ponían cara de desagrado diciendo que la canción no era marcial, y que teníamos schlechten Einstellung, pero a esa le siguieron otras como:

Por ahí viene mi barca, mírala Manuel,
la conozco por la vela ¡Ay Manuela, Ay Manuela!

Y en el palo mayor trae, míralas Manuel,
las bragas de mi morena, ¡Ay Manuela, ay Manuela!

También cantábamos la de:

Carrascal, Carrascal, que jodida caminata. Carrascal, Carrascal
vamos a estirar la pata

Y uno de la 3ª Compañía empezó a cantar la canción de nuestros rojos “Si me quieres escribir” pero con nueva letra y al final del día todo el regimiento la conocía y cantaba:

“Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero,
en el Kremlin de Moscú con la cruz de caballero.
Si me quieres escribir ya sabes mi paradero,
En el Kremlin de Moscú donde ya brillan luceros.

Ésa era una de las que más se repetían, debía de ser porque nos decía que llegaríamos victoriosos a Moscú. Al final los alemanes optaron por dejarnos en paz. El capitán Vidal envió enlaces a todas las compañías de nuestro regimiento, a ver si éramos capaces de acallar todo el contorno con nuestras canciones. Los gritos debían de atronar la comarca, y hasta “El Cocinero” parecía cantar por lo bajini nuestras canciones.

Durante la caminata comenzó a establecerse una figura importante en muestro batallón, tan importante era que sus opiniones en asuntos de cambio y bolsa llegaron a ser tan imprescindibles como las órdenes del mismísimo jefe de la tropa; se trataba del cosario, llamado así por ser el procurador de cosas. Solía tratarse de un guripa con buenas artes y don de gentes que se dedicaba a conseguir todo aquello que necesitasen a nivel personal y particular los componentes de una compañía o un batallón, y que se pudiese adquirir a un precio razonable que establecía su poseedor o mediante un trueque acordado. Si necesitabas vino o coñac, tabaco o azúcar, habías perdido la gorra o el cinturón y no querías robárselos a otros, no te quedaba más remedio que hablar con el cosario; si no tenías papel o lápices, querías cambiar billetes por monedas de plata cada vez más escasas, pues hablabas con el cosario que te lo conseguía todo con un pequeño costo añadido por su corretaje. Cualquier

cosa que se pudiese adquirir y estuviese disponible, él solía hacerse con ello. Algo importante he de decir de decir de nuestro cosario, y es que era un muchacho honrado que nunca intentó conseguir nada que no estuviese disponible desde un principio o después de una tarea de toma y daca que en ocasiones podía llegar a ser trabajosa; no puedo decir lo mismo de algunos de los cosarios de otros batallones o compañías de la división que cuando llegaban a otra unidad hacían que todo el mundo cerrase todos sus botones, macutos, y tiendas de campaña.

Una tarde, un enlace nos trajo la noticia de que un hornillo disimulado en el suelo había explotado al paso de una sección de ametralladoras de la 4ª del 263. Habían resultado muertos el sargento, dos cabos y un soldado, y había cuatro o cinco heridos de extremada gravedad y una veintena de distinta consideración. Qué lástima morir así, a traición, sin estar en faena y sin defensa ninguna. Nuestro Jefe de Batallón envió por delante a dos pelotones de la Sección de Morteros para que fuesen inspeccionando el terreno que íbamos a recorrer, y todos rezamos para que no se les pasase nada por alto.

Cada vez que a alguno le salían ampollas o se le abrían los pies, pasaba a ocupar un lugar en los camiones o los carros que se movían por delante y por detrás de la columna. Pero no solamente sufrían los pies de los hombres, también los cascos de las caballerías, que no habían llegado muy cuidadas a la lista de presente de ganado de la División. Al segundo día de marcha cerca de Silko, me acerqué a un prado donde los de la yeguada intentaban domar un buen grupo de caballerías que habían llegado a la División en estado de semi salvajismo por falta de atención y cuidados. Me acerqué a las fraguas de campo y observé el trabajo de los herradores.

—Esa uña no aguantará clavos tan largos aunque los rices y remaches en corto —le dije al cabo que estaba limpiando el casco de la mano delantera de un caballo para adaptarle una herradura que, junto a los clavos dispuestos a su lado, estaba ya preparada—. Es corta de nacimiento por el interior aunque parezca larga por el exterior. Es un casco medio hueco en el apoyo, la pared de la muralla no está llena por dentro y el apoyo en macizo de la herradura no debe de ser mayor de medio centímetro, si lo limpias mucho lo debilitarás.

El maestro herrador se acercó y le echó un vistazo a la uña del caballo, tanteando con el punzón el interior de la ranilla y golpeando la muralla.

—Tienes razón —me dijo—. Por eso viene tan mal de herraduras y con la muralla tan agujereada, se nota que lo han calzado varias veces en poco

tiempo. ¿Dónde lo aprendiste?

Le conté lo que hacía antes de la guerra y lo que me había enseñado mi padre sobre curar algunas enfermedades.

—¿Podrías echarnos una mano? —me dijo un brigada de caballería—. Tenemos demasiados problemas y pocos veterinarios y, aunque el maestro y yo intentamos doblarnos, no llegamos.

—Lo haré cuando tenga tiempo y me dejen, mi brigada —le dije—. En los días de descanso.

—Gracias, y ven al menos durante los días que tardemos en poner estos jamelgos en orden —me dijo el maestro herrador.

Recuerdo que el sábado 30 de agosto llegamos a un lugar llamado Kuztovieze, Kotowicy o Koctovice, o algo parecido, donde se asentó el regimiento durante tres días. Los pies me dolían ya como diablos pero no podía quejarme delante de los muchachos de mi pelotón, casi todos más jóvenes que yo y con un ímpetu y unas ganas de lucha similares a las que yo tenía en Guadarrama. Muchas veces durante la marcha pensé en que tendría mucho trabajo en guardarlos y protegerlos de aquel ímpetu juvenil mientras cumplíamos lo que nos mandasen, que para eso íbamos. Éramos muchos de los que allí estábamos los que habíamos pasado una guerra fratricida y sabíamos que esa feria había que vivirla con el cerebro, ayudado por la ilusión y el ardor de la juventud, y también con ese ideal que cubría toda la División como es la lucha contra el comunismo, pero siempre y sobre todo con el cerebro. Fructuoso me dijo que había llegado un capitán capellán preguntando por el capitán Jiménez.

—¿Jiménez? No lo conozco —le dije mientras masajeaba mis pies con cuidado, poniendo entre los dedos lo único que tenía, un poco de grasa de botas.

—Es un cura, mi sargento —me dijo Fructuoso.

—Entonces seguro que se trata de uno de sus colegas, el Páter Ildefonso Jiménez del Segundo Batallón —le dije, intentando poner en condiciones mis pies, ya que me esperaban los de la yeguada-. Trátale bien o pásaselo a nuestro Páter, don José María Castrillo.

Instantes después volvió Fructuoso con un oficial que no llevaba hombreras y sí los colores morados de los castrenses. Llevaba sus tres estrellas españolas de capitán en un parche prendido en el lado izquierdo de la guerrera. No lo saludé, no llevaba la gorra puesta y estaba descalzo y con los

pies llenos de grasa, pero los dos éramos españoles y sabíamos dónde estábamos.

—Buenos días, Soy el Páter Paulino Marijuan, de Artillería. Qué, ¿de cura de ruedas? —me preguntó.

—A sus órdenes Páter —le contesté—. Ya lo ve, como esto dure mucho más vamos a tener que llegar a Moscú arrastrándonos como los gusanos. Porque llegar, llegaremos, no le quepa duda. Y lo de las ruedas irá por usted que ¿a que seguro que va en coche?

—Te equivocas, que me llevan en la caja de una de esas motos con ataúd pegado, y no me cabe ninguna duda de que llegaremos, sargento —me dijo, sonriendo de buena gana—. Me dice el cabo, que el Páter Jiménez el del segundo del dos seis nueve está por aquí cerca. Es un buen amigo, y a los dos nos hubiese gustado ir destinados a la Artillería juntos, aunque ahora dice que no cambia a sus muchachos por nada.

—He oído que en el batallón le tienen mucho aprecio, Páter; debe de ser algo mutuo —le dije al cura capitán—. Pero mire, ese muchacho que viene en bicicleta es uno de los enlaces de la Plana del Segundo.

—Gracias hijo, le preguntaré a él —me dijo—. Y haces bien en cuidar tus ruedas, que aún queda camino.

Nunca más volví a ver a aquel simpático cura.

Aquella tarde se presentó el capitán veterinario con un teniente que llevaba el distintivo de cuello de color amarillo como el brigada, por lo que deduje que era de caballería. El veterinario estuvo mirando y sin intervenir, la cura que entre el maestro herrador y yo practicábamos a un caballo rojo y con calcetines blancos, que tenía un casco abierto y sangrante por la ranilla, de la que habíamos extraído una gruesa esquirla de metal.

—Buen trabajo, señores —dijo cuando terminamos con el animal.

—Sigo creyendo que con el tiempo, aunque no se le infecte, habrá que sacrificarlo —dijo el maestro herrador.

—Pero aunque así sea, mi padre siempre me dijo que hay que rezar y curar hasta a los muertos, como si estuviesen aún vivos —dije—. Porque ¿quién sabe si con suerte terminan por levantarse?

—Esa es la máxima de la física de la salud —dijo el Veterinario—. Cura y limpia todas las heridas ya que todos pueden matar y solo Dios puede devolver la vida, pero mejor lo hará y trabajará menos, si lo hace con tu ayuda.

—Pero lo tendremos que sacrificar —insistió el maestro herrador.

—Hoy le hemos dado un buen empujón, mi capitán ––dijo el brigada acercándose—. Con la ayuda del sargento Iglesia hemos preparado una buena tanda de zapatos.

—Ya he visto las herraduras al llegar —dijo el capitán—. Ya queda menos.

—Soy el teniente Galiana —me dijo el teniente de caballería extendiéndome una mano—. Si necesitas algo, estoy en la Compañía de Plana Mayor del Regimiento.

Lo saludé y le dije ni nombre y en qué compañía estaba destinado. El sonrió.

—No pareces nuevo en esto, aunque eres joven —me dijo.

—¿En los caballos o en lo de la milicia? —le pregunté.

—En las dos cosas —me dijo, sonriendo.

—Con caballerías ando desde el año 32 y en lo otro desde el año 36 —le dije.

—Ya me parecía a mí —dijo el teniente Galiana—. Lo dicho Iglesia, ya sabes donde estoy.

—Lo mismo digo mi teniente, a sus órdenes —le dije saludándolo cuando ya él se daba la vuelta.

—Pues yo creo que en dos o tres sesiones más, tendremos una buena reata con todos ellos —dijo el maestro herrador, volviendo terco a la conversación que el teniente Galiana había interrumpido.

—Eso esperamos todos, Maestro —dijo el capitán veterinario, saludándonos y marchando tras el teniente de caballería.

Cuando llegué a mi compañía estaba verdaderamente cansado y me alegré de que los trabajos con las caballerías estuviesen a punto de terminar.

Las marchas fueron agotadoras y no siempre caminamos por caminos en condiciones, nos tragamos el polvo de muchos senderos forestales y en ocasiones anduvimos a campo a través. El caballo de los calcetines, fue sacrificado tres días después de la cura, ante la dificultad de movimientos que presentaba y que hacía que le tuviesen que ser prestadas unas atenciones que el propio régimen de marcha no permitía. Claro, que no fue el primero, ni sería el último de los centenares de caballerías que perderían la vida antes de que acabase el año, por una u otra causa, con gran pesar de sus cuidadores y

sus usuarios.

Pero cuando los muertos que se cuentan por centenares son los de los propios hombres, los animales parece que no importan a pesar de que muchos de aquellos hombres dependiesen en buena medida de las caballerías muertas.

El dos de septiembre nos confirmaron que nos dirigíamos a Esmolensko, donde nos uniríamos, según mi capitán, al Grupo de Ejércitos del Centro del general Von Bock, dentro del IX Ejercito del general Von Strauss, y nos dirigiríamos camino de Moscú. Alguien dijo que si seguimos así podríamos llegar dentro de veinte o veinticinco días. La verdad es que hacía escasos seis días que habíamos salido de la zona de Krasnopol de Swalki, y la mitad de la compañía había tenido problemas con los pies, pero como no había sitio sobre ruedas para todos, las ampollas tenían que curarse sobre las huellas de otras ampollas anteriores secas o a medio secar. Para los pies abiertos, vendas fuertes y a tirar para adelante; para los flatos, seguir andando; y para la acumulación del cansancio la promesa de mañana más.

Al principio íbamos leyendo los letreros que nos encontrábamos y que indicaban direcciones hacia una u otra parte, hasta se hacían apuestas a ver qué pelotón leía primero alguno de ellos. A lo largo del interminable camino, nunca recto, íbamos encontrándonos indicaciones de la existencia de alguna población o simplemente del camino a tomar para llegar a ella: Sejny, Druskininka, Loblok, Grodno donde descansamos un día entero, Lita, Skidel, Bietica, Moryn, Minsk, Borisowo, donde se suponíamos que tomaríamos la carretera de Minsk a Esmolensko, hasta llegar a Orscha donde debíamos de llegar ya en unión de los otros dos batallones de nuestro regimiento para entroncar con el camino que seguían los demás de la división.

El Cocinero, Dietafríe, pasó por nuestra compañía y nos dijo que los oficiales alemanes no dejan de decir que tenemos schlechten Einstellung, que éramos el ejército más indisciplinado que habían conocido, que no respetábamos órdenes ni indicaciones, que nuestro aspecto más parecía el de piratas y filibusteros que de soldados del III Reich. Le dije que lo que no esperábamos es tener que hacer casi mil kilómetros con etapas de diez o doce horas caminando con el fusil a cuestas, y menos mal que los macutos, el casco, y las ametralladoras nos los llevan en los camiones y los carros. Pero Dietafríe nos dijo para nuestra sorpresa, que no se podía trasladar a tanta gente con su equipo por ferrocarril hasta Rusia, y que así era como se estaban moviendo los alemanes y no protestan ni maltrataban o tiraban por el camino

el equipo que Alemania les había dado. Se lo dije al teniente Reyes y me dijo de dar una vuelta para enterarnos. Dietafríe nos ofreció el sidecar de su motocicleta, se dirigió hacia la cola de la compañía y nos subió a la loma que acabábamos de coronar hacía unas horas. La verdad es que solamente había que mirar hacia atrás para ver el evidente paso de nuestro regimiento. Ante nosotros se podía observar una amplia llanura en la que era claramente visible la línea que marcaba el camino seguido por cada batallón. Separados uno del otro por casi tres kilómetros, podíamos observar dos rastros hechos con prendas de vestir y equipo que jalonaban el recorrido que habíamos realizado; una zona de bosques impedía ver si ocurría lo mismo en la ruta del III Batallón. La mitad de los guripas se deshacían de todo lo que les resultaba incómodo durante la marcha. Así, con excepción del uniforme y el fusil, en el camino se podría elegir entre montones de capotes, bolsas auxiliares, caretas antigás etc. Avisado el coronel Esparza, después de armar un follón como hasta entonces no se había visto ni oído en el regimiento, hasta tal punto que en ese mismo momento comenzó a oírse el apodo de "Ogro", ordenó que unos carros se retrasen para ir recogiendo las prendas reglamentarias que encontrasen en el camino, y que todo el mundo se colocase la manta en bandolera como en los tiempos de nuestra guerra, como una pieza más del uniforme, enrollada y atada en sus extremos, no fuese que también terminase en la cuneta y alguno muriese de frío por la noche.

El día doce cesó el Capitán Vidal como jefe del Batallón, tomando el mando el Comandante Luque Molinelo quien se hizo cargo el domingo catorce de septiembre. Estábamos a punto de abandonar el asentamiento en Krynica cuando el comandante Luque se hizo cargo del batallón pasando el capitán Vidal a la Plana del Regimiento, la ceremonia apenas si duró diez minutos entre leer la orden y cumplir la entrega de mando, no se podía parar, había prisa. El nuevo comandante, se puso al frente y dijo aquello de: "Primer Batallón, en marcha hasta Moscú. ¡De frente, Ar!" Y los demás le seguimos, cantando como solíamos hacer para olvidar el cansancio y disimular el paso del tiempo, pero sin festejar para nada al jefe que se marchaba, ni conceder la menor importancia por el momento, al que llegaba; así que seguimos la marcha cantando, cada vez con la mente más cabreada y con los pies más jodidos, pero cantando, como no podía ser menos.

Así, después de pasar por Minsk, Borisowo, Zaboloj y Kursewo

llegamos a las proximidades de Orscha y acampamos, como ya era casi costumbre, al aire libre. Lo hicimos al sur de la carretera para esperar a que todo el regimiento se reuniese para continuar la marcha.

En la mañana del día siguiente al de la llegada a Orscha, el Oficial de Marcha de esa jornada ordenó, como lo hacían todos los oficiales de marcha a los últimos imaginarias, que tocasen diana por el expeditivo método de la patada en los pies que sobresalían por debajo de las tiendas; al principio se utilizaba la corneta pero cuando sucedió lo del 263 y se decidió que la zona no era totalmente segura.


N
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
DINAMARCA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA
RUSIA
BIELORRUSIA
POLONIA
ALEMANIA
UCRANIA
LAGO LADOGA
LENINGRADO
RÍO VOLJOV
NÓVGOROD
LAGO ILMEN
SHIMSK
VOLOT
DNO
PORKOW
OSTROV
RIGA
VITEBSK
DIMANOWA
ORSCHA
DUBROWNA
ESMOLENSKO
BORISOWO
MINSK
VILNA
MOLODESCHNO
SUWALKI
OLEKO
AUGUSTOW
GIZYKO
OSTRODA
GRANDENZ
FLATOW
SWIECIE
ILAWA
HRODNA
LIDA
PILA
GORZOW
BERLÍN
FRANKFURT
VARSOVIA
COTTBUS
DRESDEN
CHEMNITZ
HOF
GRAFENWÖHR
PRAGA
KIEV
500 Km
TRAYECTO AL FRENTE
FERROCARRIL
CAMINANDO
J. A. De la Iglesia

La alerta aparecía sola al contemplar aquellos bosques tan densos donde podría esconderse un regimiento entero sin que se notase, se decidió por la marea de patadas porque no era cosa de anunciar a todos los vientos dónde se encontraba un grupo de gente durmiendo y sin casi armamento. Yo te pego la patada a ti y tú se la pegas al siguiente. Aún así, muchas veces nos parecía oír los toques de alguna corneta en la lejanía. Alguien sin miedo o sin precaución.

Santillana, que estaba de guardia de vigilancia, se acercó a la orilla de un arroyo donde después de la diana, los hombres de la compañía se dedicaban al cuidado y aseo corporal. Unos se lavaban, otros descansaban los pies en el agua helada, los de un tercer grupo extendían los suyos para que Cardevilla, un guripa con buenas manos, les curase las ampollas y se los vendase bien fuerte; y un último grupo en el que me encontraba yo mismo, nos afeitábamos una barba de tres o cuatro días, con más o menos desgana.

—Pepe —me llamó Santillana, porque aunque se me conocía por Iglesia, Iglesias, Verato por ser oriundo de La Vera, y algún que otro apodo menos gracioso; Santillana y Tomatito el de la 1ª me solían llamar Pepe y, en otras ocasiones, Verato—. Algo pasa esta mañana, hay movimiento de jefes; han madrugado más que nosotros por alguna causa y están muy nerviosos. Un capitán, creo que ha sido Muñoz Dinamita, el de la 1ª, ha dicho en voz alta que eso no era lo convenido, y parecía muy enfadado. Oye, esto no me huele bien.

—Vuelve, e intenta enterarte de algo —le dije—. Enseguida termino y me acerco allí.

Pero cuando llegué ya estaba Santillana hablando con nuestro capitán y los jefes de sección de la compañía.

A primera hora de la mañana había llegado un enlace en moto con orden para los coroneles y comandante de presentarse en el Puesto de Mando para ver al coronel Segundo Jefe de la División. Al parecer teníamos que cambiar el destino final de la Marcha.

No fue hasta las tres de la tarde, después de comer, con lo que alguien nos había regalado medio día más de descanso, cuando llegó el comandante Luque y reunió a sus jefes de compañía.

Fue así como nos enteramos, el viernes 26 de septiembre, que la División de Voluntarios, la División 250 o la "Blaue División" como habían empezado a llamarnos los alemanes por las camisas azules que tanto les

molestaba que llevásemos en lugar de la propia del uniforme alemán; debía de cambiar su itinerario y su destino.

Nuestro general, Muñoz Grandes, había recibido la orden del general del OKH (algo así como el Cuartel General del Ejército Alemán) por la que debíamos de ocupar el puesto de una división de infantería alemana que tenía que apoyar las operaciones del Frente Norte en una región cuya ciudad principal era Nóvgorod, en la zona del río Voljov, pero que por causas ajenas a ella, venía muy por detrás de nosotros y sin posibilidad de llegar con tiempo suficiente para participar en las operaciones. El caso es que ya no nos dirigiríamos a Moscú sino al Frente Noroeste bajo la tutela del Grupo de Ejércitos del Norte mandados por el Mariscal Von Leeb; y aquello era un jarro de agua helada para nuestra moral que ya había subido muchos puntos al vernos dentro de la carretera que iba directa al corazón de Rusia.

El boca a boca de radio macuto extendió un rumor que indicaba un motivo muy diferente como razón del cambio de frente en el que tendríamos que entrar en combate. Según las malas lenguas, no era cuestión de divisiones alemanas retrasadas, ni de zarandajas de tipo parecido; sino de que se nos había ordenado cambiar el destino porque el estirado alto mando alemán no quería tener cerca de sus unidades elegidas a una división tan desastrosa e impresentable como la nuestra. Mi teniente nos dijo que levantásemos el campamento rápidamente porque teníamos que volver atrás y tomar los caminos hacia el norte desde Orscha; que el Regimiento 262 se había puesto ya en marcha desde cerca de Esmolensko y volvía por la carretera hacia el lugar en que nosotros nos encontrábamos, camino también de Orscha.

Marchamos otra jornada por la carretera y paramos en Dubrowna, cerca de Orscha para esperar y dejar paso al 262 que, por haber ido siempre por delante, debía de seguir en cabeza. Desde allí tomamos una carretera hacia el norte hasta llegar a Babina donde acampamos en el interior de un espeso bosque; desde allí torcimos hacia el noroeste hasta que encontramos la carretera que subía desde Orscha hacia Vitebsk y que seguimos durante un día y medio.

El veintinueve de septiembre llegamos a Dymanowa, cerca ya de Vitebsk donde estuvimos una semana realizando instrucción de combate y armamento, y pudimos descansar mientras recibíamos la orden de acercarnos a Vitebsk, lo que hicimos durante el día siete de octubre. Los últimos veinte kilómetros, a

pesar de la lluvia, hubiesen sido un auténtico record de marcha si alguien se hubiese molestado en medir el movimiento de mi batallón. La gran noticia de que Vitebsk era un nudo ferroviario y que allí embarcaban en tren las unidades que se dirigían al norte, y entre ellas lo haría la nuestra, puso cientos de alas en los maltratados pies de los guripas que casi nos llevaban en volandas a los sargentos y a los oficiales, hasta el punto en que todas las compañías entraron tan juntas que parecían una sola.

Montamos el campamento bajo una fuerte lluvia dentro de un bosque y recogimos gran parte de nuestro equipo, las mochilas grandes, los cascos, y la mayor parte del equipo individual más pesado; en tren no pesa nada y debíamos de descargar a vehículos y carros para llegar a la zona del frente perfectamente equipados.

Aquella tarde los aviones rusos nos dieron la bienvenida antes de que llegásemos a montar en el tren que nos llevaría la zona de combate. Aunque ya habíamos recibido algún que otro susto por parte de un avión, o de artefactos enterrados, o escaramuzas con algunos grupos de guerrilleros rusos adelantados; salvo en el accidente del Regimiento 263 no habíamos tenido serios problemas, pero allí, en Vitebsk muchos guripas que nunca habían sufrido el agarrotamiento que produce el ver venir los aviones y sentir los efectos de un bombardeo, lo conocieron y vivieron con la gran suerte de que no hubo mucho empeño ni acierto por parte de los rusos que no debieron de ver el campamento bajo los árboles por lo que no nos hicieron ningún herido de consideración.

Al fin, el día nueve tomamos varios trenes que nos trasladaron hacia el norte acercándonos a aquel lugar llamado Nóvgorod, la capital de la zona en la que estaba situado el frente.

Fue un viaje más largo en el tiempo que en el propio trayecto. El tren paraba durante el día y continuaba la marcha al caer el sol. Durante el día se detenía en cualquier apeadero pero en caso de necesidad lo hacía en cualquier bosque o arboleda que atravesase la vía, o en campo abierto si no había otro remedio. Y esa fue la tónica ya que desde el día de partida hasta el sábado once de octubre en que el tren llegó a Dno, solamente paró en un apeadero; fue durante diez minutos y en un sitio llamado Gorki.

Al bajar de los vagones en Dno y formar con el equipo, ya sabíamos que aún nos quedaban unos días de marcha, andando, naturalmente, faltaría más, no

fuese a ocurrir que perdiésemos la práctica. El material pesado, la mayor parte del rodante y los animales, continuarían en tren mientras que nosotros iríamos a pie derechos a ocupar nuestras posiciones en el frente del río Voljov. Las noticias de la inminencia de la lucha filtradas desde las reuniones de mandos, invadían las filas y los guripas estaban nerviosos, bueno, los guripas, los cabos y los sargentos, y todos los demás de ahí hacia arriba.

Había quien decía que cualquier combate era mejor que la marcha del español errante, como ya la llaman algunos desde el día en que nos enteramos que ya no íbamos a Moscú; yo opinaba por experiencia, que cualquier cosa es mejor que dos hombres frente a frente dispuestos a sacarse el hígado, pero eso sería una de las futuras consecuencias de nuestra llegada hasta allí, y la mayoría de ellos lo tendrían que experimentar y aprender muy pronto.

Apenas si llevábamos dos días andando, en esta ocasión con el equipo de combate al completo, todo un lujo sobre nuestras espaldas y riñones; y ya estábamos empezando a sufrir los efectos de nuestra proximidad al lugar donde se repartían las bofetadas. Estábamos en Volot y uno de mis muchachos extremeños, Vicente Pastor, nos comunicó que radio macuto decía que los americanos habían entrado en guerra contra Alemania. Aquello no me gustaba nada, y menos que se hubiese conocido la noticia en vísperas del Día de la Raza o de la Hispanidad, era como si algo quisiera indicarnos que volviésemos a casa, pero los guripas siempre mantuvieron la idea firme de librar a los rusos de los comunistas, Dios bendiga aquella fe ciega que teníamos todos en la victoria.

El día trece estábamos en Shimsk cuando el mismo radio macuto nos trajo la nueva de que al parecer no era cierto que los americanos hubiesen entrado en guerra y la noticia había salido de un noticiario alemán que había insinuado que había crecientes intereses en comerciantes americanos para que su país declarase la guerra a Alemania. A media mañana comenzó a nevar y aquello, que debía de empezar a preocuparnos, fue acogido por la gran mayoría como signo de buen agüero. Antonio Cardevilla, salió de la tienda y se puso a bailar debajo de los copos de nieve con los brazos extendidos, y varios aplaudieron sus pasos como niños en un recreo. El cielo comenzaba a verse cada vez más rojizo y las horas de luz iban disminuyendo casi día a día, y no me gustaba el anuncio hecho por algunos de que llegaríamos a estar mucho tiempo del día casi a oscuras. Esa tarde dejamos la grandiosidad del

lago Ilmen a nuestra derecha y nos dirigimos a Nóvgorod.

El martes, día catorce de octubre de 1941, quedó marcado en mi batallón como el de nuestra llegada al Frente del río Voljov. Ya estábamos dónde había que estar, si no podíamos ir a Moscú, y allí emplearíamos todas nuestras armas e ilusiones para hacer lo que habíamos venido a hacer. Ya había nieve suficiente para hacerse fotos y muchos aprovecharon un descanso para utilizar las pocas cámaras que había.

Uno de los guripas, un muchacho de Barcelona, vio la forma de ganarse algunos pfennigs haciendo fotografías a todo el que se lo solicitaba. Llegó a hacerse casi indispensable entre los aldeanos de las isbas, casas rurales de la zona, al encontrar en él y en su máquina una oportunidad de verse reflejado en una foto de familia o solo y de medio cuerpo para poder utilizarlas en los salvoconductos de zona alemanes o para no se sabía qué tipo de documento propio de los rusos.

Nos integramos en el frente, al oeste del lago Ilmen y del río Voljov, al norte de la ciudad de Nóvgorod, que era efectivamente la capital de la zona de Nóvgorod, una antigua república independiente que pasó a dominio ruso en el siglo XIV; y tomamos posiciones en unos pueblos que se llamaban Sapoldje, Lejalvino, Teremez y Germanowa. Al día siguiente de llegar a nuestra zona de asentamiento comenzamos la guerra con una batalla muy particular.

Ya nos habíamos dado cuenta de que los alemanes que se encontraban en la zona llevan un tipo de botas cortas más preparadas para el frío y con mejor suela que las nuestras. Intentamos indagar algo más sobre aquél aspecto que nos parecía discriminatorio, y un cabo alemán le dijo a nuestro enlace que hacía unos días había llegado un nuevo cargamento de uniformes de frío. Santillana se lo dijo a Dietafríe y le comentó que necesitaba unas botas de las nuevas, y El Cocinero le respondió que no era su problema que él ya se tenía que integrar en una unidad alemana, y que mientras en el Dienststelle, el Depósito, vieran que nuestras botas aún podían aguantar no nos darían otras. Esa misma tarde, cuando Dietafríe se despidió de nosotros para incorporarse a su nuevo destino, lo hizo llevando puestas unas botas de las nuevas. Cuando Santillana le preguntó cómo las había podido conseguir si sus botas estaban mejor que las nuestra porque apenas si había caminado con ellas, nos respondió que tenían las suelas despegadas. Aquello nos molestó y se lo dijimos a nuestro teniente Reyes Morales. Él se echó a reír y nos miró con

cara de chiste.

—Pues ya sabéis lo que tenéis que hacer —nos dijo encogiéndose de hombros y volviendo a soltar una risa de burla.

Poco sabía él que aquella gracia suya, lejos de ser sentida como una broma, sería tomada como lo que en realidad creímos que era, el camino para conseguir aquellas botas nuevas. Esa misma tarde las bayonetas funcionaron a la perfección. El primero que probó fue el sargento salmantino Eladio Veloso de la primera compañía y, a su vuelta, al ver su éxito en el depósito de vestuario, fuimos los demás. Antes de que sonara el cornetín de fajina y rancho para la cena, la mitad de la compañía tenía botas nuevas.

Al día siguiente por la mañana, un ordenanza alemán se presentó con un escrito dirigido al Comandante Jefe del Primer Batallón, firmado por el Hauptmann Jefe del Depósito de Vestuario, le hacía mención del número de divisionarios a su mando que habían pasado por el depósito de material a cambiar las botas destrozadas por la marcha desde Grafenwöhr, aunque sin el modelo de petición reglamentario; aquello que indicaba el esfuerzo realizado durante el largo camino hasta el frente no eludía la obligación de realizar la petición de la forma reglamentada. También le indicaba, de forma amable pero sin dar lugar a evasivas, que enviase inmediatamente la solicitud de material reglamentaria para el intercambio de piezas de la uniformidad, y que en lo sucesivo lo realizase antes de que se tuviese que producir el servicio. El comandante Luque llamó al capitán Calero y éste preguntó al teniente Reyes que dijo no tener ni idea, por lo que se reunió a la compañía y nos soltaron una paliza sobre sabotajes y destrozos voluntarios del equipo, normas de conducta, escritos reglamentarios, modelos de petición y cosas por el estilo; y así fue como la 4ª Compañía del Primer Batallón del Regimiento 269, el Regimiento Esparza, fue la primera en conseguir las botas de frío, bueno, también Veloso.



Julio de 1941, partida hacia Rusia

Marzo de 1943, llegada a Madrid recibido por hermanos y primos.

IV. CORAZONES NUMANTINOS.

Las consecuencias de encontrarnos todo lo cerca del enemigo que él nos permitía por entonces, se dejaron sentir desde el primer momento de nuestra llegada, y cada vez más fuerte, como si los bolcheviques ya supiesen que los españoles de la División de Voluntarios, la Blaue División, ya se encontraban frente a sus líneas. Los bombardeos y los hostigamientos por parte de los rusos iban en aumento y, día a día, el número de heridos se iba haciendo mayor según contaba radio macuto, aunque la realidad no fuese tan apurada.

El jueves dieciséis por la mañana recibimos el saludo mañanero de los soviéticos en forma de una fuerte chubasca artillera que cayó sobre los refugios de mi compañía, con el fatídico resultado de la muerte de otros cuatro camaradas entre los que se encontraban los sargentos Francisco Sánchez Guillot y Javier García Noblejas Brunet, uno de los pocos que poseían la Palma de Plata, la condecoración falangista más preciada. Un proyectil ruso impactó de lleno en el refugio de la Plana de Mando, hundiéndolo cuando varios compañeros se encontraban dentro echando un rato de amistosa charla. Solamente consiguieron salvarse el cabo Pepe Fructuoso Martínez, Jaime Ulibarri, Salvador López y otros dos guripas. Ese día, dieciséis de octubre, el teniente Pedro Martín Blanco, de la 1ª sección fue destinado a la 3ª Compañía del capitán Fernández Vallespín.

No acabábamos de asumir la muerte de aquellos compañeros cuando el diecisiete de octubre sufrimos un fuerte bombardeo que nos produjo varias bajas muy sentidas como lo fueron el camarada Sánchez Isasi, el sargento sevillano Sánchez Guillot, y el jovencísimo Pepe Manolín Castaños, “El Niño”, un guripa falangista que parecía un escolar y que dijo que falsificó la edad para poder alistarse, lástima, pero las cosas eran así, aunque aún no habíamos intervenido, aquello era una guerra.

Mucho me temía que llegaría un momento en que ni siquiera podríamos nombrar por sus nombres propios a los caídos. En el mismo bombardeo otros resultaron muy malheridos como el guripa Don Lorenzo y el cabo Delgado, alcanzados por la metralla de un proyectil. También fue herido de metralla don José maría Castrillo, nuestro capitán castrense, al que evacuaron al hospital de Königsberg donde se quedaría destinado, siendo sustituido en el batallón por el alférez castrense don Ángel Larruy Fernández.

Uno de los proyectiles cayó justo encima del refugio de mando de la 2ª Compañía matando a su jefe, el capitán Navarro, a uno de sus sargentos y a

varios guripas. Y con el cornetín de fajina nos llegó la noticia de los fallecimientos de Don Lorenzo y del cabo Delgado a pesar de los cuidados y los desvelos del capitán Franco, el médico.

En los otros batallones del dos seis nueve, y de los otros regimientos, también se estaban sufriendo los ataques de la artillería o la aviación de los ruskis. El estar allí, escondidos a la espera del pepino que te mandase al otro barrio, no era algo por lo que pasaran de buena gana tantos jóvenes llenos de ilusión y ganas de entrar en combate; así, las voces descontentas de "¿A qué estamos esperando?" o "No hemos venido para escondernos bajo tierra", comenzaban a recorrer las líneas españolas.

Aquella desgracia del impacto en el refugio parecía ser la gota que iba a colmar el vaso de la paciencia de los soldados, especialmente de los falangistas, y máxime cuando parecía que los dejaban atrás porque la Sección de Asalto del teniente Galiana, el oficial de caballería que conocí cuando curaba a los caballos, había hecho alguna incursión al otro lado del río y el Segundo Batallón se preparaba ya para cruzarlo. El comandante Luque lo solucionó con un permiso casi general con la sola excepción del personal de guardias y servicios.

El diecinueve me tocaba la Sección de Respuesta Rápida. Cada día, tres secciones de entre todas las del batallón, entraban de guardia y una de las tres permanecía las veinticuatro horas al pie del cañón con todo su equipo y con la munición al completo como medida de reacción rápida ante cualquier incursión del enemigo que atravesase el río, la que llamábamos Sección de Respuesta Rápida. No hace falta decir que me perdí la excursión por los pueblos y las aldeas de la zona.

El frío comenzaba a aumentar por momentos, y por eso vino bien una orden del diecisiete de octubre, de prevenciones básicas contra el hielo y el frío que iba firmada por el teniente coronel Luis Zanón, Jefe de Estado Mayor del general Muñoz Grandes; y en la que se nos indicaban medios para proteger las partes más sensibles del cuerpo de las bajas temperaturas que se esperaban.

El hueco interior del casco entre la huevera, el sistema de sujeción y soporte interno, y la superficie metálica, habría de rellenarse con tela, bolas de papel, o saquitos con paja.

Se consideraba una de las medidas más importantes para combatir el frío

en los pies, la de cambiar con frecuencia los calcetines, los pies son la parte más cercana al hielo y son propensos a la congelación. Debíamos de poner plantillas de fieltro o algodón, de tela, de paja, o hasta de papel, ya que evitaban un tanto el paso del frío. Si no se dispusiera de botas protectoras de fieltro, de las llamadas valenki o valenok, deberían de fabricarse con tela de paja en cuya confección era experta la población civil. Estas botas, las Valenki, que no iban en la dotación y solamente podrían obtenerse por requisa o recuperación, eran de fieltro de lana de oveja y podían utilizarse de forma independiente o también como sobrebotas encima de cualquier otro calzado; eran excelentes para mantener los pies calientes en la nieve pero quedaban inutilizadas en contacto con el agua.

Los conductores y los pasajeros de las motocicletas, sufrirían un fuerte golpe de aire en el pecho, rodillas y muslos, por lo que debían de proteger su pecho y rodillas con una buena capa intermedia de papel, tejido de paja, o paja envuelta en tela.

Para que el acero de los estribos de las caballerías no quemase al animal, habría que rodearlos con una capa de tela, o con un entramado de tejido de paja. Siempre que se pudiese habría que evitar la colocación directa de bocados metálicos que ulcerasen por congelación el interior de las bocas de las caballerías. La parte anterior de las botas debían de cubrirse con tejido de paja sujeta a los estribos o con botas de fieltro o paja.

Se debía de dar preferencia a las manoplas en lugar de a los guantes de cinco dedos. En las guardias, y sobre todo en los puestos estáticos, forrar el cuerpo con todo tipo de prendas complementarias, abrigos, mantas, chalecos, jerséis y, además de las sobrebotas para las guardias, se aconsejaba utilizar capas de tela o de paja para forrar por dentro los pies.

Uno de los peores enemigos del cuerpo de un combatiente que se mueve en la nieve es el paso de ésta por los huecos que dejan las cañas de las botas, los puños de las guerreras, y el cuello de las prendas superiores. Para evitar el paso de la nieve por el cuello se aconsejaba cerrar bien los botones y presillas y colocar un pañuelo a modo de bufanda; en el caso de los puños de las mangas, se aconsejaba llevarlas siempre cerradas, selladas con cuerdas o bandas de tela, colocar por encima los guantes y sellarlos también. Como medidas para la protección de las cañas de las botas, debíamos de cerrar el paso con papel o paja, Dentro de las botas de caña colocar pelotas de papel, alfalfa o paja, llevar el pantalón por fuera y sellar su unión a la bota con

bandas de tela. En las botas borceguíes de cordones, llevar el pantalón por dentro cubierto por un calcetín y utilizar un segundo calcetín enrollado hacia abajo hasta cubrir el cuello de la bota al estilo montañero; por encima de todo ello debían de colocarse las polainas y las sobrebotas.

En cuanto a las botas para los esquiadores, ante la falta manifiesta de ese material, se debían de utilizar las botas de cordones de dotación reglamentaria ya que la bota de caña no era apta para esquiar. Para adaptarlas al sistema de sujeción de los esquíes se debían de colocar, en los bordes laterales de la suela, unas pletinas de cobre o latón para que las botas quedasen bien encajadas sobre los esquíes y así evitar lesiones. Indicaba la circular que una buena solución, a falta de materiales más específicos, era la utilización a tal efecto de hojas finas de latón obtenidas de las latas de conservas y que se debían de doblar en ángulo recto fijándose una de las alas del doblez a la suela de la bota mediante clavos, y doblando en pestaña la parte de arriba que estaba en contacto con el cuero, para evitar de lo pudiese cortar; además, en la parte trasera del tacón se debían de colocar varias tachuelas para fijar el agarre a la cantonera del esquí y evitar que la bota resbalase.

Curiosamente, en la circular no se decía nada de la necesidad de llevar bien impermeabilizadas las botas con aquella grasa de caballo que nos daban.

Con seguridad que aquellas medidas de prevención salvaron a muchos de nosotros de alguna que otra congelación, aunque con el tiempo aprendimos otros sistemas alternativos como era la cinta de cintoplás para arreglar pinchazos de bicicletas y las bandas de tela impregnadas en grasa de rueda de carro que se liaban alrededor del cuello de la bota.

Mientras tanto, el Segundo Batallón había comenzado en la noche del día 18 a cruzar el río en los botes de la Sección de Asalto. La llegada de las barcas de una compañía de pontoneros alemanes el día diecinueve consiguió que en la noche del día veinte, el Segundo Batallón se encontrase al completo en la otra orilla y se dirigiese hacia Russa y Sitno que se encontraban fuertemente protegidas y fortificadas por los rusos. Los de Román, apoyados por las baterías de la División y por otras alemanas que les daban cobertura y apoyo artillero desde nuestra orilla, fueron detenidos por unos nidos de ametralladoras fortificados que les impedían el paso haciéndoles muchas bajas.

En la orilla oeste, después del día de fiesta para el Primer Batallón, las cosas parecieron calmarse, aunque el continuo machaqueo de la artillería de

los soviéticos y la falta de noticias de lo que sucedía al otro lado del Voljov, así como de otras que indicasen un cambio en la estrategia del mando del XVI Ejército Alemán donde nos habían encuadrado, ayudaban muy poco a conseguirlo del todo.

Pero aquel día de asueto tuvo también puntos oscuros que pudieron llegar a enturbiar las relaciones entre españoles y alemanes, hasta la fecha corteses, pero distantes, con grandes dosis de desconfianza por parte de nuestros vecinos. A lo que no ayudaba la forma de comportarse de nuestros guripas, con su descuido continuo en el vestir, sus voces y su indolencia secular ante los servicios de plaza y guarnición, que no en los de guardia o de campaña.

Como resultas de aquella salida de asueto se presentaron varias quejas, pero la más sonada se produjo en la mañana del día veintidós.

Esa mañana, en las primeras horas del día, la 1ª Compañía había recibido la orden de pasar el río por la tarde noche con la 11ª Compañía Ciclista que ya no era ciclista pues había dejado las bicicletas. El motivo era apoyar al Segundo Batallón en la toma de Russa y Sitno, para lo que se destinaría a la 1ª Compañía y dos secciones de la 11ª, mientras que la tercera sección se dirigía a Shewelewo a tomar contacto con los alemanes que también habían comenzado a atacar a lo largo del camino Shewelewo, Otenski y Possad. Los preparativos para el paso al otro lado del resto del batallón nos llevaban a todos de cabeza, lo que unido al nerviosismo de la próxima entrada en brega, hacía que los nervios saltasen a la primera de cambio.

En plena faena de listados de materiales, armas y munición, avituallamiento, raciones de vida y campaña, y todo lo que se considerase necesario para una semana de combate; un *Hauptmann* de la *Feldgendarmerie*, capitán alemán de la policía de campaña, llegó con un coche lleno de barro hasta nuestro batallón y preguntó por el *Oberst*, nuestro coronel, ya que le habían indicado en el Cuartel General del Regimiento en Chechulino que se encontraba allí. Santillana pidió una moto con uno de esos sidecars al aire en el que monté, y ambos lo condujimos hasta la Plana del Batallón y se lo entregamos a Tomatito que estaba allí temporalmente hasta que diesen de alta a un sargento de la oficina que se había roto una pierna. Tomatito tras de saludar al capitán alemán a la española, se lo pasó al teniente Pepe Vinuesa, de Granada, un excelente oficial que pertenecía a la Plana Mayor del II Bon, que estaba durante unos días apoyando al nuestro y se

encontraba despachando documentación. Cuando salimos de la plana, en el coche del Hauptmann alguien había escrito en el barro de la carrocería ¡Guarro! Con letras bien grandes.

—Esto no me lo pierdo —dijo Santillana de buen humor—. No nos vamos hasta que no salga el *doiche*.

La bronca que el capitán alemán le echó a su conductor fue espantosa. Solamente le faltaba liarse a fustazos con él o pegarle un tiro. El cabo conductor aguantó a pie firme sin hacer ni un movimiento y solo cuando su superior se hubo despachado a gusto le indicó con el brazo en dirección a las letrinas, puede que para indicarle dónde había estado. El oficial alemán me miró interrogante con cara de mal genio y yo me encogí de hombros, pero Santillana, con mucha parsimonia, sacó su libreto de palabras alemanas para intentar traducir lo que ponía en el coche. Pasó varias hojas y sonrió descaradamente señalando algo con su dedo en una de ellas.

—“*Tapffa*” —dijo, y el *Hauptmann* sonrió asintiendo con la cabeza mientras indicaba a su conductor que volviese al interior del vehículo.

Extrañado le pregunté a Santillana qué le había dicho y él, sonriendo, me mostró el libro con su dedo marcando la entrada donde ponía: “Valiente: *Tapfer* (sonido *Tapffa*)”. Me asombré de la imaginación y la rapidez de reacción de Santillana, cosa que no me extrañó en un maestro desbravador de niños. De todas formas, aproveché cuando el alemán se introdujo en el coche, para borrar con un movimiento rápido de mi mano enguantada el “elogio” escrito en la chapa, no fuera que se encontrase con algún compatriota suyo que supiera más español que nosotros alemán.

Tomatito nos dijo después que se había armado una buena. Al parecer, un cabo de nuestro batallón y tres guripas del Tercero se liaron a mamporros el día del permiso general con tres alemanes que estaban arreando de lo lindo a una muchacha de uno de los pueblos. El cabo, le dijo al jefe del batallón, el comandante Luque, que al ver a la muchacha llorando y con la nariz llena de sangre no se pudo contener y le arreó una patada en los huevos al alemán que estaba más cerca, por lo que los otros dos soltaron a la rusa y se echaron encima de él. Los tres guripas del III Batallón, que por allí pasaban y lo vieron en apuros, sólo intervinieron para ayudar a su camarada español, separándole lo mejor que pudieron de los alemanes. La marimorena parece que fue cojonuda y los tres alemanes no lo pasaron bien, de hecho estaban en el hospital como consecuencia de la ayuda que los guripas prestaron al cabo para

separarle de los otros dos. El Hauptmann de la policía se había acercado para llevar una denuncia a Esparza, y el Ogro, después de hacer temblar las paredes con sus tacos y sus gritos, y llamar de todo a los que se encontraban allí, se lo envió a Luque quien apenas si lo atendió. Según dijo Tomatito, el alemán salió como alma que lleva el diablo cuando Esparza lo despidió de malas maneras.

Mientras tanto, los del Segundo apoyados por la Sección de Asalto del regimiento, seguían detenidos por el fuego de las ametralladoras rusas. El día veintidós por la tarde, después del enlace de la 1ª y la 11ª Compañías con el Segundo Batallón, comenzó un nuevo intento de destruir los nidos de ametralladoras, encabezado por la Sección de Asalto que consiguió conquistar las posiciones rusas dejando el paso libre a los del Segundo, aunque a costa de la muerte de su jefe el teniente Galiana y una buena parte de sus hombres. Cuando me enteré del funesto suceso, recordé a aquel sonriente teniente de caballería que se puso a mi disposición en una de las jornadas de paro durante la caminata hasta el frente. También murió, en el ataque que siguió a esa acción, el sargento Paco Arroyo junto a otros dos guripas de la 1ª Compañía.

El mismo veintidós por la noche, las órdenes comenzaron a correr y la máquina de nuestro batallón se puso en marcha. Se había dado la orden de que cruzásemos el río junto a otras fuerzas entre las que estaban una compañía del III Batallón del 263, y el Batallón de Reconocimiento y Exploración 250. El jueves veintitrés, sin pensar en las gruesas placas de hielo que amenazan con cortar como papel a las barcas de goma que nos habían traído los ingenieros alemanes, pasamos al otro lado de los más de doscientos metros de ancho del río desde una zona arbolada cercana a Udarnik, con la canción de los cañones rusos delante de nosotros y la de los nuestros detrás.

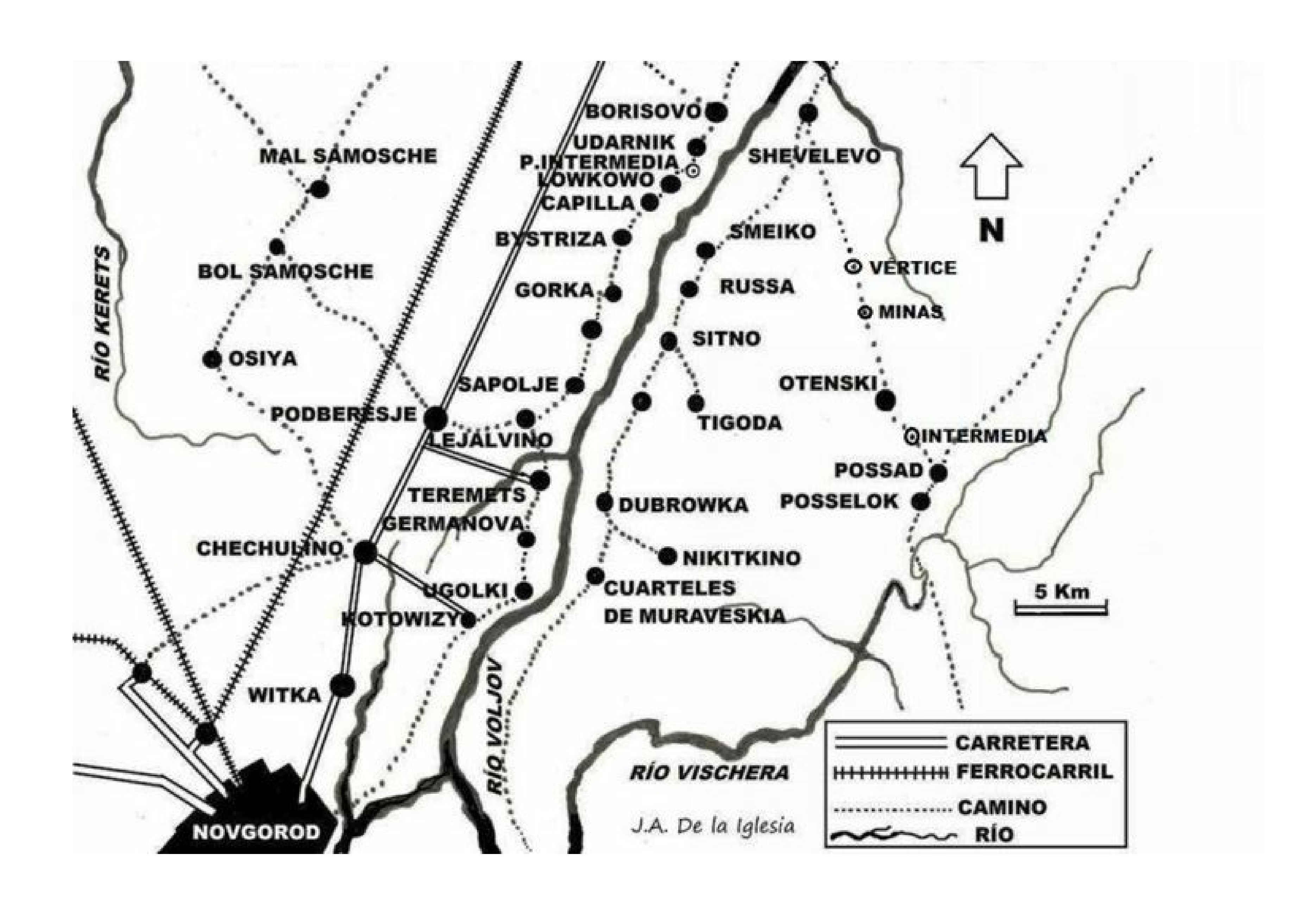
Los rusos emplearon contra nosotros su artillería, como si ya supiesen que íbamos a pasar y por dónde, pero apenas si alguna embarcación volcó por el remolino de agua producido por un impacto próximo. Llegamos a la otra orilla y se aseguró la cabeza de puente. Una vez que todo el batallón hubo cruzado el Voljov, respiré muy hondo, la operación no había estado mal y nuestros guripas se habían portado bien para ser el bautismo de fuego de una gran parte ellos.

El Segundo Batallón, junto a la 1ª Compañía, y con la 11ª Compañía Ciclista como reserva, se batía en las tomas de Russa y Sitno. A nuestro batallón le correspondió tomar el pueblo de Tigoda, a los agregados del

III/263 el pueblo de Nikitkino, que comenzamos a llamar Nilitkino o Nitkilino, mientras que al Batallón de Reconocimiento 250, le correspondió la toma de Dubrowka.

Ayudamos al Segundo a asegurar la toma se Rusa y Sitno y una vez recuperada nuestra 1ª Compañía, continuamos hacia el Sur, camino de Tigoda. Como sustitución de la marcha del teniente Martín Blanco, recibimos un nuevo oficial llegado desde la 1ª Compañía del Tercer Batallón, el teniente Antonio González-Caballos Santaella.

El Segundo Batallón sufrió un fuerte ataque con el que los rusos intentaron recuperar el pueblo. Sus hombres, aunque con fuertes bajas, consiguieron mantenerse en Sitno causando graves pérdidas en bajas y material a los rusos. El resultado de la defensa de aquellas posiciones hizo que el Batallón Román, como llamábamos al Segundo del dos seis nueve, corriese de boca en boca por todo el regimiento, su heroísmo y su gloria nos pertenecían un poco a cada uno de nosotros, o así lo sentíamos. Pero aún, como a los demás, les llegarían días mejores y peores.


N
BORISOVO
UDARNIK
P.INTERMEDIA
LOWKOWO
CAPILLA
BYSTRIZA
GORKA
SAPOLJE
LEJALVINO
PODBERESJE
MAL SAMOSCHE
BOL SAMOSCHE
OSIYA
RÍO KERETS
SHEVELEVO
SMEIKO
RUSSA
SITNO
TIGODA
VÉRTICE
MINAS
OTENSKI
INTERMEDIA
POSSAD
POSSELOK
DUBROWKA
NIKITKINO
CUARTELES
DE MURAVESKIA
TEREMETS
GERMANOVA
CHECHULINO
UGOLKI
KOTOWIZY
WITKA
NOVGOROD
RÍO VOLJOV
RÍO VISCHERA
5 Km
CARRETERA
FERROCARRIL
CAMINO
RÍO
J.A. De la Iglesia

La noche del veinticuatro, en las afueras de Tigoda, me acordé de que era mi veinticinco cumpleaños, no se lo dije a nadie, ¿para qué? No estábamos para celebraciones ni tampoco teníamos con qué.

Registrando una barraca de esas de madera que llaman isbas, encontramos tres cajas de cabezas de granadas alemanas que no llevaban el mango de palo. No entendíamos para qué servían sin el mango y cordón de ignición hasta que nuestro armero nos presentó un conjunto de seis de ellas unidas con un alambre alrededor de la cabeza de otra que estaba completa con su palo de madera. Las cabezas de las granadas servían para construir cargas explosivas de mayor potencia que se lanzaban como cualquier granada aprovechando el palo de la granada central.

Un guripa encontró escondida en una alacena una caja de cigarrillos alemanes de la marca Laferne, algún ruso debía de haber encontrado aquel tesoro y luego no había sabido protegerlo, o quizás fuese que no había tenido tiempo para hacerlo. Las cajetillas de cigarrillos se repartieron sobre la marcha antes de que algún guripa de otra sección se acercase por allí y lo viera, pidiendo su parte.

El asunto del tabaco, nunca estuvo muy bien regulado a gusto de fumadores del tipo de nuestros soldados, que no entendían las restricciones impuestas a la Wehrmacht por la desmesurada campaña antitabaco iniciada por Hitler, y merece unas líneas al hilo de lo dicho y antes de continuar. Dada la fuerte campaña antitabaco en la que estaba empeñado personalmente el Pequeño Cabo del Bigote, como decían algunos alemanes refiriéndose a Hitler, las raciones ya escasas de seis cigarrillos al día, habían dejado de recibirse con regularidad, y aunque podíamos comprar tabaco en el depósito de víveres a razón de tres cigarrillos cada dos días, o cincuenta al mes, los precios habían subido tanto que era preferible comprarlos en el estraperlo que recorría las trincheras o encargárselos al cosario. Al principio, y previa presentación de la cartilla de fumador, obligatoria si querías tu ración de cigarrillos, la recibías sin rechistar en paquetes de seis o diez cigarrillos de las marcas Sulima o Juno, o de diez o veinticinco cigarrillos de las marcas Sorte, Privat, Menfis, Lande, o los Sondermischung de caja corredera. En el depósito solían tener a la venta unos cigarrillos que se llamaban Eckstein 5 muy finos que venían en cajas de doce, por lo que te los vendían para una semana; o los que venían en unas cajas de papel con cien unidades de la marca

Move, a los que llamábamos rompe pechos, que eran malísimos y se expendían a granel. En las pocas ocasiones en que llegaron cigarrillos Haus Neueburg tanto en la variedad de caja de metal como en la cajetilla naranja oscura de los Overstolz de doce cigarrillos, las colas se preparaban desde la primera noticia de su existencia para la venta. Al final, a principios de 1943 cuando estábamos a las puertas de Leningrado, ya solamente podíamos disfrutar de los Sondermischung, y eso cuando había para repartir, que no era todos los días ni todas las semanas. Durante toda la campaña, en los escasos paquetes postales que llegaban de España después de pasar el filtro de contenido y la censura, y si no se perdían en las mesas de control de los servicios de correos, los feldpost; en todos ellos venían cajetillas de cigarrillos nacionales.

Fumases o no fumases, los cigarrillos siempre funcionaban bien como una moneda de gran valor para adquirir otras cosas. Hay que tener en cuenta que si un cigarrillo tenía un precio en mercado normal de cuatro a seis reichpfennigs, en el baratillo de trinchera a finales del 1942 podrían llegar a costar, dependiendo del momento y de la escasez en el avituallamiento, hasta cincuenta reichpfennigs, medio marco; pensemos que al cambio, un billete de marco valía un poco menos que una moneda de plata de cincuenta centavos americanos, unas siete pesetas de 1942, lo que situaba el precio de un cigarrillo entre tres y cuatro pesetas, un precio en verdad considerable. No es de extrañar que lo primero que se buscaba en los bolsillos de caídos y prisioneros, por parte de los dos bandos, era si llevaban o no cigarrillos. Los rusos solían llevar unos cigarrillos que llamaban papirosa que, en vez de filtro llevaban un largo canuto hueco de cartón y muy poco de un tabaco malísimo liado en papel de arroz; y que eran de la marca Belomorkanal, que llevaba el mapa de Rusia en la cajetilla y se fabricaban en Leningrado. La campaña antitabaco era tan fuerte que hasta la misma Celia Jiménez de Radio Berlín nos aconsejaba dejar de fumar porque mataba nuestros pulmones y delataba nuestra posición al enemigo, como si ya a esas alturas no supiésemos fumar sin que se nos viese la lumbre. Bueno, la verdad es que, a pesar de estar muy castigado el que te sorprendieran tus superiores fumando en una posición frente al enemigo, algunos casos había de españoles, alemanes y rusos, cazados y muertos o heridos por fumar cuando creían que no se les podría ver, o por simple descuido que también los había. Y como ejemplo baste el caso de un ojeador enemigo cazado por el cabo Paco Martínez, un magnífico tirador

con cordón de tirador acreditado ganado en Grafenwöhr y que nunca se lo vi puesto; cuando el ruso, desde lo alto de un árbol que se encontraba a una buena distancia de nuestras posiciones en Posselok, vigilaba lo que los españoles hacíamos allí en las primeras horas del día trece de noviembre de 1941. Aquel soldado cambió su vida por el hábito y la necesidad de fumar, pero eso es otra parte de la historia.

La toma de Tigoda se retrasaba, los rusos tenían muy bien tomada la posición y una barrera de fuego y granadas de mortero impedía muestro avance. El día veintisiete de octubre agregaron a nuestro batallón una compañía de reserva móvil del Batallón de Reserva 250, para formar una agrupación que debía de acelerar la toma de la población. Ese mismo día murió el alférez Portero de la 3ª Compañía que había recibido el día anterior la Cruz de Hierro, poco la disfrutó el muchacho.

El martes veintiocho, a las cinco de la mañana, el grueso de la agrupación atacó Tigoda mientras una parte del batallón, constituida por la 3ª Compañía del capitán Fernández Vallespín, una sección de ametralladoras y un pelotón de morteros de mi compañía, atacó Dubrowka en apoyo de las otras dos compañías del Batallón de Reserva 250 y de una compañía de zapadores. Nunca entendí el porqué de la razón táctica que hacía que una de nuestras compañías se separara para apoyar al Batallón de Reserva en Dubrowka, mientras que una de las compañías del Batallón de Reserva formara con nosotros para atacar Tigoda, como tampoco el que el Batallón de Reserva actuase bajo las órdenes de Esparza, aunque posiblemente fuese porque entre africanistas, legionarios y regulares, debían de quedar aquellos primeros compases de las hostilidades.

En Tigoda entramos en fuertes combates, y sufrimos lo nuestro pero conseguimos tomar el pueblo, aunque diré que aquellos rusos pelearon como los buenos y no nos lo pusieron demasiado fácil. Por la tarde nos llegó la noticia de que Dubrowka también había sido tomada, y de que en Sitno, el II/269, el Segundo Batallón, había sufrido otro violento ataque que también había rechazado aunque con varias bajas.

Pero los rusos no nos dejaron descansar e inmediatamente después de su retirada de Tigoda, sus piezas de artillería se emplearon a fondo contra nosotros y nos mantuvieron cosidos al suelo durante todo un día entero ya que solamente cesaron de disparar a altas horas de la noche, cerca de la madrugada. Cuando creíamos que nos iban a dejar dormir un rato, a primeras

horas de la mañana del veintinueve, volvió la artillería rusa con más intensidad que el día anterior por lo que nos preparamos para el ataque que no tardaría en producirse después de que enmudeciesen sus cañones.

Y así fue, la ofensiva artillera había sido la antesala de un fortísimo ataque ruso. Venían como las olas del mar, líneas de infantería una detrás de otra, y nunca se acababan. Hubo un momento en que empujaron tanto y tan fuerte que nos hicieron retroceder, y volvieron a apoderarse de la mayor parte de Tigoda, pero nuestro batallón se rehizo en las últimas casas del pueblo y, tras recomponer su estructura de combate, volvió a atacar luchando granero a granero, cuadra a cuadra y casa a casa, hasta recuperar la totalidad de Tigoda a costa de seis muertos y un centenar de heridos; una vez más se había demostrado la norma de la infantería española: La mejor defensa contra la infantería enemiga es la infantería propia. Los muertos rusos, como ya empezaba a ser norma diaria, ascendían aquel día a más de un centenar con incontables heridos, que pudieron retirar tras llegar a un acuerdo con nuestro comandante.

En Dubrowka nuestra 3ª Compañía, que había combatido junto al Batallón de Reserva, había perdido en dos días a dos alféreces, un sargento y una quincena de soldados.

Solamente en los períodos de la necesaria recuperación física de la infantería rusa, se dejaba de sufrir durante poco tiempo el machaqueo interminable del fuego de su artillería, aunque es cierto que algunos de sus cañones nunca dejaban de hostigarnos ni nos dejaban en paz ni un momento, a lo que se respondía desde la otra orilla por nuestras baterías, ya que nuestros dos antitanques no servían de nada contra aquello. Cuando su infantería se recuperaba comenzaba otra sesión de ablandamiento seguida de otro asalto aunque de menor cuantía y fiereza que el anterior y que volvíamos a rechazar. Así nos mantuvimos hasta que ellos echaron el resto.

Mientras esto sucedía en Tigoda, El comandante Osés del Batallón de Reserva, siguiendo las instrucciones del coronel Esparza, dejó atrás a la 3ª Compañía del 269 en Dubrowka e intentó asaltar un robusto edificio conocido como los Cuarteles de Muraveskia, aprovechando que los vigías habían asegurado que se encontraba desprotegido. Pero no era así, las informaciones estaban equivocadas y los rusos nos lo hicieron pagar muy caro ya que, ante el incumplimiento de la promesa de intervención de la aviación y la artillería alemanas que nunca llegaron, Osés intentó cumplir a todo trance la orden de

Esparza y con sus dos compañías formadas por legionarios y regulares, intentó el asalto de aquel fortín a pecho descubierto. El batallón ruso que ocupaba aquel edificio, rodeado de un fuerte y efectivo campo de minas, estaba muy bien armado, con gran cantidad de ametralladoras que nos hicieron mucho daño. De resultas de aquellas cargas de infantería a través de las minas y el fuego cruzado de las ametralladoras, el Batallón de Reserva perdió para siempre, muertos, a siete oficiales, dos suboficiales y veintidós soldados y cabos; mientras que fueron heridos los dos capitanes, seis suboficiales y ochenta y dos soldados. Ante tamaño desastre, muchos cerramos los puños con rabia mientras que el juego de acusaciones entre Esparza y Osés tiñeron de disgusto todas las horas de los días siguientes del general Muñoz Grandes y no terminaron tras de su vuelta a España.

En Tigoda, a primera hora del domingo día dos de noviembre, cuando creíamos que se habían olvidado de nosotros porque solamente Sitno y Nitkilino, Nikitkino, estaban siendo atacadas esa madrugada desde hacía ya varias horas, se volvieron a abrir las puertas del infierno y pareció como si el Diablo quisiera llevarse entera a Tigoda con todos los que estábamos dentro. Ataque tras ataque, nuestro batallón aguantó las embestidas de los rusos que no cesaban de empujar y empujar. Los guripas se portaron como verdaderos leones a pesar de que los rojos no se acababan nunca. Las oleadas, continuas e interminables, mal armadas, pero muy disciplinadas y llenas de valor, dejaron los campos que rodeaban Tigoda llenos de muertos rusos. Nosotros también tuvimos dos decenas de camaradas muertos y casi un centenar de bajas no mortales como Pepe Gómez, nuestro primer cosario, que fue evacuado malherido. Lástima de madres españolas y, por qué no, de madres rusas que ya no verían a sus hijos.

Una bandera blanca apareció al final de la tarde y dos rusos se aproximaron. Un teniente de la 1ª Compañía se aproximó a parlamentar con ellos. Poco después, fueron apareciendo más de un centenar de rusos desarmados y se pasaron todo lo que quedaba de luz recogiendo a sus caídos. Eso de ”lo que quedaba de luz” es un eufemismo, la verdad era que en esos momento ya se notaba la proximidad de los días en que las noches serían muy largas y las horas de plena luz casi inexistentes. Luego los rusos desaparecieron y nuestros vigías dijeron que se habían marchado hacia el Sur adentrándose al este del Voljov, camino del río Vischera.

A la mañana siguiente con la confirmación de que no había unidades

rusas en muchos kilómetros de distancia, nos llegó la orden de que nuestro batallón abandonase Tigoda y se dirigiese a Possad para relevar allí al 30 Regimiento "Ermandorf" de la 18 División alemana que había realizado la incursión por Shewelewo y Otenski. El día fue muy ajetreado, y pasamos gran parte de la mañana y de la tarde preparando el material que nos habríamos de llevar, y todo ello bajo un fuerte ataque con antitanques rusos y dos pasadas de su aviación que no causaron nada más que destrozos materiales. Vi como Veloso mandaba cargar las cajas de granadas sin palo, y aunque no podíamos llevar gran cantidad de peso, lo vi tan decidido que me guardé de decirle que volviese a descargarlas. Hasta ese momento, a pesar de tener montados varios de aquellos artilugios de siete granadas, no habíamos podido hacerlos coincidir con los carros rusos; cuando aparecía algún tanque, aunque nunca se habían acercado a nosotros lo suficiente, no teníamos a mano los conjuntos de cargas explosivas, y cuando teníamos a mano las cargas no teníamos tanques para probarlas.

El Servicio de Meteorología alemán auguraba un tiempo de mucha nieve en los seis o siete días siguientes y los trajes blancos no habían llegado, por lo que la furrielería se quedó sin sábanas y, quien más y quien menos aprendió a malcoser o a atar con alambre las piezas de tela blanca, y así disfrazarse de borrón blanco con más o menos arte. Los había que presentaban un traje de dos piezas con pantalón y camisa, otros iban de senador romano, y otros muchos de simples fantasmas ensabanados. Cuando nuestra compañía formó para última revista de armamento antes de la partida, el capitán Calero y los tenientes Reyes y Escudero se retorcían de risa ante el aspecto de tendedero de secado de ropa que presentábamos con el efecto del viento del oeste que hacía revolotear nuestros disfraces de nieve.

El coronel Esparza envió a la 11ª Compañía Ciclista del Tercer Batallón para reconocer el terreno, y las noticias que envió desde Otenski su capitán, el capitán Garzón, parecían decir que el terreno, tanto por los caminos de bosque como a campo a través, no era muy apto para la marcha de los carros tirados por las caballerías ni de las piezas de artillería, y que estaba cubierto por grandes masas de bosque que podían traer dificultades por emboscadas; que el único camino de penetración rápida era el eje de Shewelewo a Possad. Aquella compañía, la 11ª Ciclista, dejó de ser ciclista al llegar al Voljov ya que sus bicicletas no podían moverse por los caminos llenos de barro y las dejaron antes del cruce del río, pasando a ser en realidad una "compañía de

infantería ciclista a pie".

Mi comandante, el comandante Luque, dijo que aquellas posiciones estaban vendidas y batidas desde todos los costados por la foresta que las rodeaba y la gran distancia que existía desde ellas hasta las posiciones en los pueblos asegurados, y que más valía enviar un destacamento para frenar a los rusos en Otenski mientras se desforetaba a cañonazos o bombardeos aéreos una buena franja entre Otenski y Shewelewo, aprovechando un gran claro que existía casi a medio camino y entre dos posiciones intermedias que tenían los alemanes, y que después se llamaron la posición Vértice y la posición Minas, y que se formaran allí tres líneas de resistencia alternativa que podrían ser apoyadas por nuestra artillería desde la ciudad de Shewelewo y por la alemana desde la otra orilla del Voljov. Pero nadie en el Cuartel General del Regimiento Esparza le hizo caso porque la orden del general Muñoz Grandes venía directamente del comandante del XXXVIII Cuerpo de Ejército y aquello no se discutía; quince kilómetros más hacia el corazón de Rusia, eran quince kilómetros más cerca de sus zonas de aprovisionamiento. Así, el día diez, mi batallón se dirigió a su destino por aquellos caminos con firme de rollizos de madera, que partían en dos un magnífico bosque y para, tras pasar por aquellos dos puntos, Vértice y Minas, llegar a la zona indicada para ocupar el monasterio de Otenski y el pueblo de Possad.

Ese mismo martes día diez se relevó a los alemanes y ocupamos nuestras posiciones en la zona; estableciéndonos en Otenski y Possad con una posición intermedia entre las dos con capacidad para dos pelotones, y otra adelantada en el poblado de Posselok.

Nos desplegamos de la siguiente forma: una compañía de fusileros en cada lugar, con una sección de ametralladoras de la 4ª Compañía, y un pelotón de morteros como apoyo. La Plana Mayor del Batallón con el comandante Luque, se estableció en Possad que era un pequeño pueblo de casas de madera construido casi por completo a ambos lados de la carretera, a la que inmediatamente bautizamos como la Gran Vía por ser la única calle importante si exceptuamos unos cuantos callejones y caminos entre las cercas de las casas. Allí se quedó mi capitán, Calero, con el teniente González-Caballos Santaella, al mando de la 1ª Sección de Ametralladoras y dos Pelotones de la 4ª Sección de Morteros. Debía de dar apoyo a la 1ª Compañía de Fusileros del capitán Muñoz y disponían de dos antitanques. A mi sección le tocó Posselok para apoyo de parte de la 2ª Compañía y de la 3ª Compañía al mando del

capitán Fernández Vallespín y teníamos también dos morteros y un antitanque. En Otenski se quedó el resto de las 2ª y 3ª Compañías de Fusileros al mando del capitán Álvarez Rodríguez, con la Compañía de Cañones y como apoyo de fuego quedó con ellos nuestra 3ª Sección de Ametralladoras mandada por el teniente Escudero.

Llegamos a Posselok en la mañana del día once, y esa misma tarde comenzamos a oír movimientos del enemigo cerca de nuestra posición, cubriendo el terreno alrededor de aquella docena de casas de madera que los rusos llamaban isbas y que constituían la aldea de Posselok. Al igual que sucedía en Possad, los habitantes habían abandonado el lugar antes de que nosotros llegásemos, aunque aún vimos a alguno de aquellos campesinos, antes de que se hiciese de noche oscura, aparecer con las manos en alto para recoger algo olvidado en sus viviendas; o quizás llegase solamente para espiar nuestras posiciones, el caso es que como solían ser niños o ancianos, les dejamos pasar. Desplegamos la 2ª Sección donde dispusieron el capitán Fernández Vallespín y mi teniente, Reyes Morales. A mi pelotón le tocó triangular una posición ante la sección del teniente Martín Blanco a quien conocía porque antes estaba en mi compañía. Esa tarde moría de consecuencias de un ataque artillero ruso de tanteo el sargento Antonio Bellerín, de la 2º Cía.

Desde que se dio la voz de alerta máxima nadie pudo dormir, dos de los centinelas sufrieron esa noche congelaciones en orejas y narices; y para terminar de arreglar la incertidumbre, dos vigías adelantados más allá del Vischera, enviaron señales que indicaban que delante de nosotros se estaban concentrando varias unidades rusas que nos cuadruplicaban en número, con fuerte componente artillero.

Nadie pudo dormir. A pesar del cansancio acumulado y aunque nos dejaran y quisiésemos hacerlo, no hubiésemos podido al sentir tan cerca de nosotros a los rusos, cuyas conversaciones y canciones de campamento llegaban hasta nosotros transportadas por aquel aire helado que nos cortaba la cara, congelaba mucosidades y saliva, y hasta impedía que nuestra orina llegase al suelo en forma líquida, a pesar de la temperatura con la que surgía del cuerpo. Por otra parte, las botas que creíamos tan excelentes no lo eran tanto, aunque tenían mejor suela y material no cerraban bien arriba y, aunque taponáramos con bandas de tela el cuello de la bota como nos habían indicado, o nos pusiéramos polainas de tela embadurnada en grasa de rueda de carro; la

nieve sólida o derretida por las explosiones, se colaba hacia el interior de la pantorrilla y los tobillos, volviéndose a congelar dentro. A mí se me hizo una fuerte quemadura de nieve cuatro dedos por encima del tobillo en la cara interna de mi pierna derecha, y no fui el único que aquel día sufrió ese tipo de quemaduras por hielo dentro de las botas. Se decía que los rusos llevan unas botas de fieltro y borra, los valenki, que eliminaban todos esos problemas, aunque solo servían para la nieve ya que el agua las convertía en inservibles. Pasó un tiempo hasta que en Possad, donde muchos de los cadáveres rusos las llevaban puestas, se las quité a uno; al fin y al cabo, yo tenía que cuidar una parte de la pierna congelada y a él ya no le hacía falta, pero cuando los combates me lo permitieron y me las pude probar vi que no me venían bien y hube de regalárselas a otro.

Al día siguiente, miércoles 12 de noviembre de madrugada, comenzó el fuego de mortero que cayó sobre nosotros de golpe, sacándonos de aquella medio alerta medio duermevela que ni te dejaba descansar ni te mantenía despierto. Ante aquel diluvio que amenazaba con arrastrarnos al centro de la Tierra, nos encogimos y escondimos en las pocas trincheras que habían podido cavar los alemanes y nosotros agrandamos con gran esfuerzo por lo helado del terreno; también en todo tipo de agujeros, refugios, sótanos de isbas y todos aquellos lugares donde creímos estar seguros, y así nos dispusimos como buenos soldados a esperar nuestra oportunidad que, sin duda llegaría más pronto que tarde, al menos eso esperábamos.

Al fuego de mortero, se le unió un fuerte ataque artillero, parecía que el mundo se nos venía encima. Uno de nuestros adelantados, un guripa de la 3ª Compañía, se mantenía con unos prismáticos a fuerza de coraje y equilibrio en el tejado de una de las últimas isbas, mientras que los demás nos escondíamos en las trincheras y los pozos de tirador, cosidos al suelo como las mismas piedras. En medio del terrible estruendo que nos destrozaba los tímpanos, ese muchacho, que con los prismáticos no dejaba de mirar las orillas del río Vischera, lanzó el tan esperado y temido grito de "¡Ya vienen! Esperado, porque detendría la granizada infernal que nos estaba cayendo encima, y temido por lo que indicaba de tener que combatir como en Tigoda, palmo a palmo y cuchillo contra cuchillo, con un enemigo que aumentaba y crecía en número cuando ya creías que lo habías parado y te lo habías quitado de encima.

Aguantamos aquel asalto sin dejar que se acercaran lo suficiente como para preocuparnos más de lo necesario. Apenas si nos habían dejado otras bajas que las que había producido la cortina de proyectiles de artillería, y ya eran sensibles; pero el terreno nevado hasta el Vischera estaba todo salpicado de cuerpos. Al poco de su retirada supimos que aquello no había terminado por tres cosas: primera, no habían pedido recoger sus muertos; segunda, ya conocíamos su táctica de “machaca y ataca, machaca y ataca”, desde los días de Tigoda; y tercera, porque apenas si tardaron quince minutos en darnos la razón al empezar otra vez con sus cañones y sus morteros a intentar que no nos despegásemos ya nunca del suelo. Después, otro de los ataques de su infantería con siete u ocho oleadas de largas filas de hombres que surgían de entre la nieve como si naciesen de ella, avanzando y avanzando, cada vez más cerca. En la tercera y cuarta de las rondas de ataque, ya pasado el mediodía y tras más de seis horas de combate y tensión que comenzaba a desquiciar a más de uno, nos llegó la primera mala noticia: la munición empezaba a escasear a ojos vista, había que aprovechar al máximo los disparos porque a ese ritmo apenas si tendríamos para tres o cuatro horas.

Sin poder alimentarnos porque el enemigo no nos daba descanso, aguantamos hasta que la falta de munición y el empuje constante de los rusos aconsejaron al jefe de la posición, el capitán de la 3ª Compañía, Fernández Vallespín, el pedir apoyo en material y refuerzos. Desde Otenski y Possad nos dijeron que bastante tenían con defenderse ellos mismos de los ataque rusos que, sobre todo en Possad, intentaban cercar el pueblo y estrangularlo a base de artillería y miles de soldados en ataques continuos. Aquello nos sonaba a los que estábamos en Posselok a algo ya visto y sufrido en nuestras propias carnes, y no hacía falta que nos dijesen cómo se sentían.

Tomatito, aunque era de la 1ª Compañía, había sido agregado a la 3ª por falta de suboficiales, a petición propia y después de pedírselo mucho al capitán Muñoz; aunque creo que fue por estar con Santillana y conmigo como los tres mosqueteros. Se acercó a mi posición de ametralladora y me dijo que había oído al capitán Fernández Vallespín, decirle al Sargento Nieto que el III Batallón también estaba siendo atacado por fuerzas rusas que habían cruzado el río.

—Hay muchos rojos, Pepe, y están en todos los sitios —dijo moviendo la cabeza con pesadumbre—. Me temo que esto no va a ser tan fácil como nos lo pintaron en Madrid.

Le dí unos golpecitos de ánimo en el casco y me alejé por la trinchera para inspeccionar los pozos de tirador y los nidos de ametralladoras. No quería entrar en ese tipo de conversación porque ya tenía experiencia suficiente para saber que solamente servían para ablandar el espíritu de combate y ponerte a los pies de los caballos del enemigo. Pero era cierto que rusos los debía de haber a cientos por cada uno de nosotros. Pero, como decían los guripas con decisión y sacando pecho, nosotros éramos nosotros, y cuando dejásemos de pensarlo sería el fin.

Al llegar la tarde, varias de las casas estaban ardiendo, y el fuego comenzó a amenazar con volar nuestro depósito de municiones que, aunque casi estaba agotado, no era cosa de dejar que explotase, por lo que conseguimos controlarlo a pesar de los pepinazos que no dejaban de caer. Retrasamos nuestras posiciones y nos ubicamos todos en el último núcleo defensivo dejando a los rusos el tener que atacar cruzando las zonas iluminadas por las isbas y los árboles incendiados.

Sobre las diez de la noche, aunque lo de día y noche comenzaba a ser ya un chiste por la casi perenne penumbra que antecedía a la oscuridad, cuando ya solamente se veía gracias a los fuegos de los incendios, llegó un oficial del Cuartel General que había pasado a la PM del Batallón antes del paso del río, el capitán Arredondo, con un pequeño grupo de soldados y unas cuantas cajas de munición para echarnos una mano, todos los suministros nos lo llevaron desde Otenski en trineos tirados por ellos mismos que llegaron agotados y en el límite de su resistencia.

.

A las cuatro de la madrugada del jueves día 13, la situación era insostenible, reagrupamos las fuerzas para presentar un frente de fuego con consistencia, apenas si teníamos un momento de respiro entre ataque y ataque, y ya no quedaba munición para el antitanque ni granadas de mortero, y solamente un puñado de disparos de fusil y media docena de cintas para las máquinas. Se oyó el “Ya vienen” pero la realidad era más acuciante porque las avanzadillas rusas, ante la falta de fuego de reacción, habían sobrepasado una de nuestras líneas abandonadas y estaban ya dentro del pueblo. Mientras se recibían instrucciones de Possad tuvimos que combatir e intentar frenar al enemigo con las bayonetas caladas o a mano, acuchillando y gritando como debieron de hacer los defensores de Sagunto y Numancia; aunque puede que terminásemos como ellos, asados en los incendios que nos rodeaban. Y cuando

las cosas no podían pintar peor, sucedió algo que no nos esperábamos y que nos dio un tiempo de respiro aunque ya hasta el más tardo sabía que aquello ya no tenía solución y se aprestaba a vender muy cara su piel. Los rusos se retiraron, nunca supe el por qué estando la situación como estaba, pero la realidad fue que desaparecieron por detrás del Wíschera.

Puede que por la imposibilidad de que Possad nos pudiese enviar refuerzos, o quizás porque por la situación también angustiosa por la que allí debían de estar pasando se decidiese que eran ellos los que nos necesitaban a nosotros, o porque ya no era necesario sacrificar más españoles en el casi perdido Posselok, el caso fue que recibimos la orden del comandante Luque de abandonar la aldea y dirigirnos a Possad. La orden coincidió con la llegada de dos pelotones de refuerzo de la 2ª Compañía desde Otenski y que nos venía muy bien para ayudarnos en el traslado porque las bajas eran enormes. Sólo de mi sección de ametralladoras habían caído doce muchachos y teníamos varios heridos. Santillana y Esquiroz habían sido heridos por un morterazo mientras cambiaban el cañón a su ametralladora; la peor se la había llevado Nando Esquiroz con una herida muy fea, y Santillana se compuso él mismo un buen agujero de metralla en un brazo, sacándose un trozo de hierro con la punta de su bayoneta y taponándose la herida con un trapo rodeado fuertemente con cintoplás del de las bicicletas. Cuando estuvo satisfecho del vendaje se colocó otra vez el capote y el disfraz de sábanas que lo disimulaban en la nieve, y se metió en el nido de su puesto donde Tomatito le acompañó como sirviente de ametralladora.

Recogimos todos los compañeros muertos que pudimos y los amontonamos en una de las casas, no había tiempo para entierros; el capitán de la 3ª Compañía cortó las chapas de mi sección, se las dio a mi teniente, Reyes Morales, y dio la orden de comenzar la preparación de la retirada. A las siete treinta de la mañana estábamos ya preparados en el grupo de casas del final del pueblo para iniciar nuestro camino de retirada y unirnos al resto del batallón en Possad. Habíamos enviado dos escuchas hacia el Vischera para intentar saber qué hacían los rusos que no daban señales de vida. Con tan poca luz, lo mismo los nuestros podían estar cerca de ellos, mirándolos sin verlos, que los rusos estar cerca de los nuestros sufriendo lo mismo, sin que las patrullas silenciosas se viesen al cruzarse.

En la última gran embestida de los rusos, en que estuvieron punto de desbordarnos por completo y puede que lo hubiesen conseguido si no se

hubiesen retirado de forma incomprensible, ya que nos triplicaban en número; algunos de nosotros llegamos a echar mano al machete porque eran tantos y llegaron a estar tan pegados a nuestros cuerpos que podíamos herir a nuestros propios camaradas con la longitud del fusil-bayoneta. En momentos como ese no había opción, aunque quisiésemos, a gastar los escasos cartuchos que nos quedaban. Fue una verdadera carnicería, pero ellos se rajaron antes que nosotros a pesar de ser muchos más.

Íbamos a comenzar la retirada por el camino hasta Possad, cuando en ese momento comenzaron a batir una vez más la zona con andanadas de mortero y de artillería, lo que nos indicó que no estaban tan lejos y que se disponían a un nuevo ataque. El capitán Fernández Vallespín puso en marcha la columna pero llegó corriendo entre las trincheras uno de los ojeadores avanzados ante el Wischera y dijo que a menos de dos kilómetros se aproximaba un regimiento ruso apoyado por seis o siete tanques T-26, que llegarían en quince o veinte minutos y que un grupo ruski avanzado había cogido al otro de nuestros escuchas, Antonio Mata, el sevillano.

El capitán Fernández Vallespín nos miró a los oficiales y suboficiales que quedábamos en pie, y todos comprendimos. Los sirvientes del antitanque lo habían inutilizado y sólo nos quedaban dos máquinas MG y una vieja Hotchkiss que siempre que la miraba me recordaba nuestra guerra; pero había que quedarse para proteger la huida de la columna por el camino a Possad, apenas un kilómetro de recorrido pero que les parecería como si fuesen cientos por la gran cantidad de heridos y los pocos hombres sanos para transportarlos. Fuimos varios los que levantamos la mano, voluntarios a quedarse.

—Yo tengo una idea de cómo podemos sacar unos minutos —dije, e inmediatamente me pregunté en mi fuero interno qué era lo que hacía yo ofreciéndome voluntario para aquel viaje de ida y sin ninguna garantía de vuelta.

El capitán Fernández Vallespín y el capitán Arredondo se miraron entre sí y después miraron a los tenientes. El teniente Reyes Morales, mi teniente, afirmó con la cabeza de forma decidida, y el teniente Martín Blanco se encogió de hombros a la vez que señalaba hacia Reyes como indicando que él decidía.

—Sargento, elija un pelotón —dijo el capitán de la 3ª Compañía sin querer saber qué es lo que yo tenía en mente—. Y, por favor, dennos todo el

tiempo que puedan, buena suerte.

Mi teniente se acercó con un alférez y me puso una mano en el hombro señalando las cajas que había alrededor.

—Iglesia, coge un grupo y destruye todo eso que no podemos llevar —me dijo el teniente Reyes—. ¿Me puedes decir qué es lo que te propones?

Se lo expliqué lo mejor que pude pero una sombra de incertidumbre pasó por sus ojos.

—Sólo podréis lanzarlas, suponiendo que os dejen, a diez o quince o… como mucho, mucho, mucho, veinte metros —me dijo mirándome muy fijamente—. Además con lo que hay, solamente podréis montar doce o trece cargas y después os tendréis que situar tan cerca de los rusos que es prácticamente un suicidio.

Cruzó los brazos tras de su espalda y miró hacia el lugar por donde debería de llegar el enemigo.

—Verato, me da vergüenza dejarte aquí, pero la situación es desesperada alguien tiene que entretener a los rojos todo el tiempo posible —me dijo y, dándome un abrazo y deseándome toda la suerte del mundo, se desentendió de mí para ocuparse de los heridos.

El alférez de la 2ª Compañía se ofreció para quedarse conmigo pero me negué con la escusa de que allá donde iban haría más falta que en allí en Posselok. Quiso detalles de lo que íbamos a hacer y se los dí de forma rápida porque el tiempo apremiaba, movió la cabeza lo mismo que había hecho Reyes y se marcho hacia el grupo de retirada. Cuando me volvía para no ver a los que se marchaban, alguien me golpeó en el hombro, era Luis Nieto, un sargento de la 3ª Compañía quien, con una media sonrisa y sin palabras, no era necesario más, me deseó suerte.

Pedí voluntarios al pelotón de zapadores y se ofrecieron todos, el cabo y los seis guripas; escogí al cabo y a otros tres que con cuatro guripas de la 3ª Compañía tendrían que utilizar todas las minas que quedaban, unas veinticinco, y minar una zona entre nosotros y el lugar en que debían de aparecer los rusos. El cabo de zapadores dijo que, como lo que había que hacer era ruido, convenía poner las minas trampeadas con cables en líneas de cuatro o cinco minas cada una, y cruzarlas como una tela de araña. Cuando el capitán Vallespín pidió voluntarios para cubrir la retirada, todos los de las compañías 2ª y 3ª, y todos los de mi sección, la 2ª de la de la 4ª Compañía, al menos los que quedaban aún útiles, se ofrecieron a quedarse. Eran unos

muchachos cojonudos, y en ese momento lo demostraron con creces, pero yo solamente escogí a un cabo, con otros tres de mi sección y a un muchacho de la 2ª Compañía, y envié a Pastor, mi paisano, con el resto, para apoyar el traslado de los heridos, con la comanda de que procurase a toda costa que Esquiroz que casi no se movía ya, y Santillana, que comenzaba a estar peor, llegasen a Possad; aunque la verdad era que apenas si quedaban en pie una docena de hombres de la sección.

Recrecí ese grupo de cuatro aumentándolo con tres guripas de la 3ª Compañía, el cabo y los tres guripas del pelotón de zapadores, y con Tomatito. El capitán de la 3ª Compañía nos despidió como si no nos fuésemos a ver más, eso creía él, y eso creíamos algunos de nosotros. Tomatito y yo dimos un abrazo a Santillana y presenciamos como los supervivientes, que no llegaban a cuarenta hombres útiles y otros sesenta o setenta heridos; por su pie el que podía, o llevados en trineos, puertas o mantas, el resto; comenzaron a salir hacia Possad mientras nosotros nos poníamos manos a la obra.

Me dirigí con un cabo hacia el agujero que nos servía de polvorín y sacamos las granadas de a siete que teníamos montadas y las tres cajas de cabezas de granadas. Al alférez le había dicho que íbamos a utilizar los carga-siete, pero la idea era más fácil de imaginar que de ejecutar con posibilidades y hubo que cambiarla por otra mucho más amplia.

Apenas si disponíamos de quince o veinte minutos, si acaso veinticinco, según el paso que trajeran los rusos. Probamos a lanzar varias de las cargas sin activar y apenas si alguna de ellas llegó a veinte metros. Incluso yo, acostumbrado en mi juventud a lanzar la barra de hierro más alto y más lejos que ningún mozo de mi tierra, no conseguí ni por asomo llegar a veinticinco metros; y eso, a pesar de poder disponer de la mejor posición y comodidad para el lanzamiento, cosa que no tendríamos cuando los tanques estuviesen cerca y tuviésemos que tirar las cargas protegidos detrás de los parapetos. Ya pensaba yo en que aquella aventura no tendría solución sin el sacrificio de gran parte del grupo, si no de su totalidad, cuando uno de los guripas de la 3ª Compañía trajo una puerta y la colocó sobre una caja de munición, sin hacer caso de las preguntas que algunos le iban haciendo sobre lo que intentaba hacer, puso en uno de los extremos una carga sin quitar el tapón del seguro, se subió a otra de las cajas y saltó sobre el otro extremo de la puerta. La carga voló hacia él y le golpeó en la cabeza pero, gracias al casco que sonó como una campana rota, no le hizo un buen chichón. Le dije que aquello de la puerta

no era una buena idea, que lo que intentábamos era dar a los rusos no matarnos nosotros mismos, pero el muchacho, sin contestar, volvió a montar el columpio, esta vez sobre dos cajas de munición, recogió y situó otra vez la carga en uno de los extremos y subiéndose a la caja de munición, volvió a saltar cayendo totalmente agachado y recogido como en cuclillas, con las manos unidas por debajo de las rodillas, en el otro extremo de la catapulta. Se dio un buen costalazo al fallarle el apoyo pero la carga a siete pasó a más de un metro por encima de su cabeza y llegó más allá de los treinta metros. Todos nos miramos con esperanza e incredulidad, habíamos dado con el sistema.

Se trataba de fabricar un frente de fuego anticarro, utilizando como lanzagranadas las puertas y los tablones más largos de las cubiertas y paredes de las isbas, los que nos hubiesen dejado los que llevaban a los heridos, y siempre que no estuviesen medio quemados. Como no había nada que perder bajo el fuego artillero que, aunque de forma intermitente, nos acompañaba sin cesar y con la amenaza de lo que se nos venía encima, salvo el tiempo que nos quedaba hasta que la línea de tanques se acercase lo suficiente; puse una escuadra a recuperar las puertas y los tablones y otra a introducir iniciadores y fabricar las cargas explosivas uniendo las granadas como nos había indicado el armero. El resultado fue penoso de ver. En la parte del pueblo más alejada al lugar por donde aparecerían los rusos y protegiendo la carretera a Possad, sobre el terreno y tras de una trinchera exterior, había once catapultas a modo de columpios infantiles apoyadas en cajas de munición, piedras, ladrillos, y todo lo que sirviese; y apuntando hacia el lugar por donde debían de aparecer los tanques.

Cuando vi la batería que habíamos formado, algo me dijo que aquello no iba salir bien para más de uno de nosotros. Miré con aprensión las catapultas, y su carga de seis cabezas de granadas unidas a otra central entera y con mango. La unión de las siete se había realizado con alambre o esparadrapo cintoplás, del de arreglar los pinchazos de las bicicletas y, que al final, terminó por servir lo mismo para arreglar una rueda, que un roto en un uniforme, que para tapar una herida.

Si Dios nos ayudaba podríamos realizar hasta dos lanzamientos. Si solo teníamos nada más que suerte, los ruskis nos darían opción a una única descarga, si es que lográbamos que saliese alguna, y hasta dudaba de que algunas granadas no nos explotasen encima o pudiesen caer en nuestra dirección, pero era la única manera que teníamos de conseguir tiempo para la

retirada de la compañía.

Ya se oía el ruido de los motores de los tanques cuando Tomatito, que había dado una descubierta por la dirección en que debían de llegar, volvió diciendo que a la luz del rescoldo de los fuegos, las catapultas quedaban a la vista de los rusos que las verían en cuanto se acercasen, que muy ciegos tenían que estar para no verlas aún con tan poca luz. El cabo de zapadores dijo que pensaba que los rusos no tenían por qué ser de Posselok y no conocerían el pueblo, por lo que no perdíamos nada poniendo una valla como falso parapeto delante de los columpios, una especie de farallón de trinchera falso. Todos los brazos se dedicaron a ello de forma apresurada y pronto, con cercas de isbas, con todo tipo de tablas y con ramajes de árboles, una alta, desigual y malformada cerca, que más parecía una aglomeración sin orden de materiales depositados por las explosiones a un lado de la carretera, nos ocultaba de la visión desde el terreno por donde creíamos que llegarían.

—Cojonudo, mi sargento, de noche, todos los gatos son pardos —dijo el cabo de zapadores y recé por ello.

El guripa de la 2ª, que dijo llamarse José Ponte, señaló algo en la lejanía hacia el río, y dijo haber visto una luz. No tuvimos que esperar mucho hasta confirmarlo, era un pequeño resplandor y por la situación debía de tratarse de algún ruso inconsciente que estaba fumando en el bosque y subido a un árbol.

—Yo me encargo —dijo Paco Martínez, sin esperar a más, tomando su fusil y corriendo agachado hacia el lugar desde donde se producía aquel pequeño destello.

Miré con los prismáticos y a pesar de la absoluta falta de luz, pude identificar el lugar desde donde venían aquellos golpes de luz. Estaba claro que se trataba de un observador ruso situado en lo alto de uno de los árboles de la ribera del Vischera que tenía como misión espiar nuestra posición; y si era así, con Paco Martínez enfrente, el hombre había escogido el peor momento y el peor espectador para echar un cigarrillo.

Un disparo lejano seguido de un aluvión de pequeñas chispas cayendo al suelo desde la copa del árbol me indicó que el asturiano había localizado a su presa. Cuando volvió, se dirigió al lugar donde estaban las cargas a siete y cogió una de ellas, luego me miró y sonrió con una mueca que me pareció de tristeza y de alegría por partes iguales.

—Ese ya no fuma ni puede decir qué hacemos —dijo, mientras se dirigía con la carga explosiva en sus manos hacia el grupo que lo esperaba.

Me dirigí a Tomatito que se encargaría de aquel grupo de seis hombres que se adelantarían con una carga cada uno, para realizar un hostigamiento lejano a la primera línea rusa.

—¡Un solo tiro! ¿Me entiendes sargento? —le dije, y él sonrió volviéndose hacia el cabo Paco Martínez.

—¡Un solo tiro, Paco! ¿Me entiendes, Cabo? —le dijo Tomatito al valiente cabo de mi sección que, con los otros cuatro hombres ya se adelantaban por la acequia seca que llegaba hasta el Vischera, hacia el punto alejado cincuenta metros donde debían esperar agazapados el paso de los primeros tanques que cruzasen el río y sin dejarse ver por la infantería. Luego me tendió su mano y los siguió.

Tenían la misión de realizar un solo lanzamiento con cargas de a siete, volviendo por el cauce de la acequia que corría paralela a la carretera, sin detenerse a ver el resultado y a toda prisa, hasta el lugar en que nos encontrábamos el resto del pelotón. En la zona de resistencia permanecían las granadas situadas en cada uno de los columpios tras el parapeto en que se protegerían sus sirvientes, uno sólo para cada una de las catapultas, que tendría que quitar el tapón trasero del mango de madera, tirar del cordón y colocar la carga en el columpio; después subirse a las cajas de munición para saltar y dar un fuerte pisotón sobre el otro extremo de la tabla. Si se hacía deprisa, las cargas aún podrían volar durante dos, o tres segundos. Hicimos solamente otra prueba, sin quitar el seguro, naturalmente, y yo mismo di un fuerte pisotón a uno de los columpios agachándome como hizo el soldado de la 3ª. El hatillo de granadas salió volando por encina de la trinchera y de la valla falsa y aterrizó enterrándose en la nieve casi treinta metros por delante de ella. Confirmado. Eso era más de lo que esperábamos, aunque el tiempo quedaba un poco escaso; ahora había que rezar para que todas las cargas saliesen y llegasen igual que aquella. No era menester producir averías en los carros, aunque no vendrían mal, solo tiempo y cuanto más mejor.

Cuando las minas estuvieron depositadas directamente sobre el terreno, sus fulminantes insertados, y cubiertas con paladas de nieve, ordené al cabo de zapadores que siguiese a la compañía pero se negó valientemente con la torpe excusa de que él no se perdía aquello, además, si eran otros los que tiraban de los cordones y colocaban las cargas, se dispondría de más tiempo de vuelo. Y comprendí que tenía razón.

Siete minutos después de haber terminado de colocar las minas,

podíamos ya divisar los T-26 que ya habían cruzado el río, y comenzaban a entrar en el pueblo. Antes de que nos diésemos cuenta, los signos de identificación de los tanques, las estrellas rojas, las letras rusas y los números, podían verse a simple vista aún en la penumbra, gracias a los rescoldos de las primeras casas incendiadas. La actuación de nuestra avanzadilla era inminente y dí la orden de atención, no había opción al apunten armas porque apenas si se podían mover del lugar donde las habíamos construido, y si algún tanque ruso disparaba en nuestra dirección y su proyectil caía sobre el parapeto, todo nuestro trabajo y nuestras esperanzas se irían al garete con muchas de nuestras vidas.

Los seis lanzamientos de los avanzados tuvieron la suerte de destrozar las cadenas de dos de los carros y consiguieron un instante de duda en la primera línea de T-26, que hizo aminorar su marcha. Intranquilo por los disparos de ametralladora y fusilería que se oyeron detrás del estallido de las cargas, esperé hasta que Tomatito con Martínez y sus hombres estuvieron a nuestro lado y se situasen ante su columpio. Apenas un minuto después, los carros volvían a avanzar y estaban ya tan próximos, que el ruido de sus cadenas nos soltaba el vientre. Un T-26 topó con una mina y entonces di la orden de fuego. Al zambombazo de las cuatro o cinco minas compañeras de línea de la que había pisado el carro, le siguieron los de los once pisotones que enviaron los paquetes de granadas por el aire dando giros a su propio albedrío. Los once en direcciones distintas, que en nada tenían que ver con las que habíamos dispuesto pero que, gracias a Dios, solamente una de ellas tomó el camino hacia la derecha de donde nos encontrábamos, explotando cerca de la valla falso faldón y levantando ramas y maderas por el aire en una buena parte de la valla; pero las otras diez se dirigieron más o menos hacia los carros rusos. Al único carro que quedó inmovilizado por nuestra andanada se unieron otros dos más que quedaron inutilizados por la línea de minas activada, pero el desconcierto que debió de suponer el estallido de las minas y de las once granadas a siete, de las que al menos una de ellas había impactado en otra de las minas, produciendo la explosión en cadena de otra serie de cinco a lo largo y ancho de sus dos primeras líneas, produjo la detención inmediata de todo el avance y la huida de la infantería, dándonos tiempo a lanzar otra andanada que apenas si causó efecto pero nos permitió escabullirnos por una de las acequias heladas antes de que los ruskis aclarasen sus ideas y nos enviasen su respuesta. ¡Como para no vernos con el circo que

habíamos levantado! Además del estropicio de la valla falsa, algunos de los guripas para dar más fuerza al impulso, se habían encaramado al parapeto con rapidez y habían saltado sobre el extremo de su tablón, declarando el lugar en que nos encontrábamos.

Pero ellos, o estaban asustados por lo que les llegaba encima o no estuvieron rápidos, gracias a Dios. Esta desesperada acción, junto a la de las minas que habíamos situado en los alrededores de las granjas, y que volvieron a enviar un tercer saludo a los rusos cuando reiniciaron el avance, nos proporcionaron el tiempo suficiente para poder retirarnos.

Había sucedido todo en menos de veinte minutos desde que la columna salió, y corrimos por el angosto camino nevado a Possad de forma desesperada, con riesgo de resbalar en la nieve helada y partirnos la cabeza o un pie al intentar enlazar con la columna antes de que llegasen a Possad y se volviese a cerrar el sistema defensivo, pero cuando enlazamos con los últimos de la cola de la columna, aún faltaban cerca de ciento cincuenta metros para llegar a Possad, habían recorrido solamente setecientos metros en todo aquel tiempo, tan lenta y agobiante era la marcha que llevaban por la gran cantidad de heridos y el mal estado en que se encontraban muchos de ellos. Un camino que podía recorrerse con tranquilidad, en el buen tiempo y con buena luz, en quince minutos, iba a tardar en ser recorrido más de media hora.

Nos unimos con las dos máquinas que nos quedaban al grupo que cerraba la marcha y nos apostamos para intentar parar el avance de los exploradores de la vanguardia rusa que, una vez repuestos, se contorneaban contra el fulgor de las brasas de Posselok en su avance por el camino flanqueado por aquellos altos abedules. Algunos corrieron hacia nosotros pero ellos no nos veían y nosotros a ellos sí, por lo que la canción de las dos ametralladoras les hizo pensárselo mejor y los que quedaron en pie volvieron a Posselok.

El resto del camino hasta Possad, apenas un corto paseo bajo los árboles, se convirtió en una angustiosa etapa. Al paso lentísimo de tanto herido, algunos de los que iban a pie habían sobrepasado su ya mermado aguante con el corto viaje, flanqueados por árboles que nos parecían monstruosos y gigantescos soldados rusos en aquella oscuridad que las copas guardaban y protegían de la débil luminosidad de aquel nuevo día, a veinticinco grados bajo cero, y con un viento helado que hacía gritar a los árboles como si viniesen a por nosotros, haciendo rechinar el coraje de más de uno.

Cuando estábamos cerca del parapeto que cerraba la “Gran Vía” de

Possad, el capitán Fernández Vallespín gritó: ¡Esparza y España! Cuando nos devolvieron el mismo grito desde el pueblo, supimos que ya venían en nuestra ayuda. Así fue cómo pudimos llegar y retirar a todos los heridos. Durante mucho tiempo di todos los días gracias a Dios por dejarnos salir vivos de aquel embrollo en que yo temía más a nuestro propio armamento que a las granadas de los tanques rusos, y todo ello sin más bajas que un guripa con un chirlo en la cara, posiblemente de un ramazo o una astilla de madera; y un zapador que se partió dos dedos al caerle encima uno de los tablones del falso faldón.

No fue hasta mucho tiempo después en que al pensar en la suicida acción a la que envié a Tomatito y a Paco Martínez con sus cuatro hombres, por una acequia casi sin protección contra toda una fuerza rusa con media docena de tanques, con la única misión de hacer el mayor ruido posible para conseguir una demora en su avance; comprendí que todas las medallas del mundo debieron de haber llovido en aquel momento sobre aquellos seis hombres que nunca dudaron de aquella fatídica orden mía de la que, por otra parte, yo mismo he dudado durante toda mi existencia.

Nunca se sabe cómo reaccionarás en un momento en que tu piel es lo segundo cuando admites que tus compañeros heridos son lo primero. Las ideas surgen porque sí y casi no las puedes controlar porque van delante de tu razón, así decides que debes de ser tú quien detenga a los rusos, así un soldado piensa en los columpios de cuando era niño y así el jefe decide enviar al sacrificio a una parte de sus hombres pensando en que detrás de ellos le tocará a él llamar a la puerta del Cielo de los Soldados.



José de la Iglesia Parras, Frente del Voljov, Germanova.
15 de abril de 1942.

V. ¡AQUÍ POSSAD! ¡AQUÍ POSSAD! ¿ME OYES OTENSKI?

Apenas llegamos a Possad me presenté al capitán de mi compañía, el capitán Calero, que estaba allí con la 1ª Sección y parte de la 4ª de morteros.

—De la Iglesia, ya me ha contado el teniente Reyes, y te voy a proponer para la Cruz de Hierro —me dijo más tarde, cuando nos vimos en medio de un fuerte ataque que se prolongó durante toda la mañana. Pensé en que si él supiera lo que habíamos hecho con las cargas a siete, me degradaría por arriesgar de aquella manera a mis hombres. También me dijo que el día once habían matado al sargento Aurelio Basalo y herido seriamente al teniente González-Caballos Santaella, los dos de nuestra compañía.

Aquel día trece, ni siquiera nos dejaron comer, ataque tras ataque la

situación nos hizo defender las posiciones a bayoneta calada. Los guripas se portaron muy bien aunque algunos lloraban de rabia ante tanta sangre que teñía la calle de Possad y los campos de alrededor hasta llegar a los árboles. A última hora de la tarde llegaron a Possad, desde Otenski gente de la 2ª Compañía de nuestro batallón y de la 5ª Compañía del Batallón Román, al mando del capitán Garzón de la 11ª Compañía Ciclista con dos de sus secciones que habían llegado a Otenski el día doce procedentes de Russa. Al parecer venían para abrir el camino de Otenski a Possad además de para traer municiones y evacuar heridos, pero se quedaron porque en Possad la situación era desesperada y ya casi no quedaban hombres que pudiesen aguantar varios asaltos seguidos. Esa misma tarde, antes de que la penumbra se convirtiese en oscuridad, como si quisiesen dar la bienvenida a los que ni siquiera se habían podido aposentar, los ruskis lanzaron otro fuerte ataque que consiguió llegar hasta nuestras mismas posiciones, venían gritando como locos y no se pararon a pesar de que iban cayendo a decenas; les hicimos muchos muertos pero avanzaban como valientes, como locos, o las dos cosas a la vez. Algunos de ellos lograron saltar nuestro último parapeto e hicieron bastante daño con sus bayonetas caladas en los fusiles, antes de que consiguiésemos terminar con ellos. Cuando se retiraron y comenzamos a inspeccionar los cuerpos me llevé un buen susto que estuvo a punto de enviarme con Dios; no el propio susto, sino quien me lo produjo. Al dar la vuelta a un grupo de tres o cuatro cuerpos de rusos que se amontonaban encima del parapeto de un puesto de tirador que cerraba la Gran Vía y en cuyo interior yacían muertos dos de los guripas de la 1ª Compañía, otro cadáver ruso, que parecía encogido y doblado sobre sí mismo, se levantó de un salto gritando y dirigió hacia mi vientre el fusil con su pincho; pero yo fui más rápido y a pesar de mi sobresalto me dejé caer de forma mecánica hacia la izquierda y, clavando la culata del fusil en el suelo, le apuntalé los riñones con mi bayoneta.

—¡*Buc achifs pomayi*! —entendí que gritaba algo parecido. Era más un grito de rabia más que de dolor, allí clavado ante mí. Tiré del fusil y se derrumbó, y ya en el suelo, me miró y levantó una mano hacia mí antes de cerrar los ojos.

Lo miré y entendí la causa por la que no había conseguido su propósito de ensartarme a pesar de su ventaja y la sorpresa. Era un hombre muy mayor, o muy avejentado, cercano a los sesenta años; demasiado para estar metido en aquel infierno. La lentitud que le daba su edad y mi propia experiencia en

muchas situaciones donde se empleaba aquello de que “quien pinche primero gana”, me habían salvado en aquella ocasión. Rogué a Dios para que continuase mi suerte y volví a mirar al pobre hombre rogando también por él. Pero las cosas eran así, después de un encuentro a machete limpio, mejor rogar por el de enfrente que esperar frío a que él quiera rogar por ti, si es que lo hace.

Días más tarde cuando pude hablar con el Páter don Ángel Larruy, el nuevo capellán, me dijo que aquellos pensamientos eran muy comunes entre los divisionarios, y que él ya había oído decir a muchos que se les planteaba un dilema terrible cuando estaban con un fusil disparando a los que llegaban de frente y les asaltaba el pensamiento de que esas figuras blancas que se acercaban y caían al suelo, esos muñecos que ellos estaban matando eran en realidad seres humanos con padres, mujeres e hijos, igual que ellos. Pero que esos mismos soldados que así se planteaban aquellas dudas morales, tenían a la vez el claro convencimiento y la firme decisión de que tenían que cumplir con su deber de pararlos, aunque solamente fuese porque si no lo hiciesen, serían esas mismas figuras blancas enemigas de las que se compadecían, las que les matarían a ellos. También me dijo que aquellas palabras del ruso significaban algo parecido a “Padre Dios, ayúdame”, y yo mismo me sorprendí al desear que de verdad Él lo ayudara ya que puse algo de mi parte al rezar por el viejo.

Así fue como supe en primera mano lo que más tarde llegué a confirmar al revisar las pertenencias de varios de los cadáveres soviéticos que no fueron rescatados por sus compañeros, entre las que aparecían con frecuencia cruces y estampas de santos, vírgenes y santas de todos los tipos. Todas esas muestras de esperanza religiosa me llevaron a la certeza de que una gran parte de aquellos soldados rusos que luchaban contra nosotros, podrían ser o no ser comunistas o bolcheviques, pero en ningún caso eran ateos convencidos.

La propaganda del aparato de Stalin conseguía que se uniesen a sus ejércitos todo tipo de campesinos, viejos, mujeres y jóvenes de hasta quince o dieciséis años que solían engrosar las partidas guerrilleras pero que, en algunas ocasiones, formaban también parte de las primeras líneas de ataque sin tener ninguna experiencia militar. Cuando el movimiento de esas primeras oleadas descubría nuestras posiciones, comenzaban a actuar sus verdaderos soldados con aquellos envites de fuerza seguidos e interminables. Pero no solamente engrosaban las filas del ejército ruso los captados por la

propaganda comunista, sino que también lo hacían los captados por las levas forzosas que, los comisarios políticos del propio ejército o las partidas de partisanos, realizaban en los asentamientos rurales entre la población civil útil. Esa era la causa principal de que no fuera frecuente encontrar personas válidas para la labranza y las tareas agrícolas en los pequeños pueblos y aldeas de los campos de Rusia.

En uno de los ataques hirieron en la cabeza al capitán Calero, y a otros dos de nuestros oficiales; también cayó herido el capitán Muñoz de la 1ª Compañía. El capitán Arredondo se hizo cargo de las dos compañías, pero también fue malherido al poco de tomar el mando, y murió poco después.

De mi compañía murieron el Sargento Paco Parrizas, los Cabos Paredes, Ros y Morán; y los soldados Esquiroz, Solloa y Muñoz Cebrián, entre otros. De la 1ª Compañía, los sargentos Roldán, Martín Martín el "Remartín", Veloso, y Domingo Gutiérrez el burgalés. De la 2ª Compañía, entre otros muchos, el soldado que se quedó conmigo en Posselok, José Ponte y su brigada, Rafael Casal.

De la 4ª Compañía, la mía, sólo quedábamos en pie dos oficiales contado el teniente Reyes, tres sargentos contándome a mí, y unos pocos hombres; en concreto, de mi sección de ametralladoras, como decía Cardevilla, apenas podíamos continuar combatiendo los justos para jugar una partida de mus; y del batallón entero no creo que llegáramos a más de doscientos útiles. Sólo en aquel funesto día trece, el I Batallón, mi batallón, había perdido más de 130 hombres.

Entre los heridos también se encontraba nuestro comandante, el comandante Luque. Horas después de aquel desastre, me dijeron que había muerto también de su herida en la cabeza el capitán Calero, mientras intentaban evacuarlo. Calero era un buen hombre y un magnífico oficial, que a buen seguro que se encuentra ya en el Cielo de los Héroes. Yo había salido bien parado pues una bala siberiana me había arrancado la hombrera del capote con parte de la guerrea y un trozo de carne del hombro, nada que no se pudiera arreglar con una buena venda, aunque dolía un montón.

El capitán de la Compañía Ciclista del Tercer Batallón, el capitán Garzón, que había llegado esa misma tarde desde Otenski, mandó un enlace a todas las posiciones con la noticia de que se hacía cargo del batallón. Ahí surgió una chispa porque a quien en realidad le correspondía por sucesión natural era al capitán de la 3ª Compañía, Fernández Vallespín, quien le

comunicó que él mismo, a quien por ordenanza le correspondía, ya se había hecho cargo como Jefe Accidental del Primer Batallón y que, en todo caso, Garzón podía si así lo deseaba, mandar las tropas que había conducido hasta Possad y, si fuese el caso de ser más antiguo, hacerse cargo de la posición. La situación no llegó a más ya que Garzón continuó en función de jefe de la posición, aunque en realidad ejercía de jefe de todos los recién llegados, y todos creíamos que en realidad debieron de llevar entre los dos la defensa del pueblo de forma conjunta.

Pero aquello que, aún siendo un comecome digno de un informe de correveidile de radio macuto, en la pura realidad era cosa que, a los pocos suboficiales y cabos que seguíamos en pie intentando cuidar de la vida de nuestros muchachos; nos importaba un verdadero comino quién y en que manera mandase, siempre que a las trincheras y a los pozos de tirador llegasen órdenes coherentes.

El teniente Reyes se hizo cargo de la 4ª Compañía, de una sección de la 1ª Compañía, y de la sección de la 5ª Compañía que se había quedado sin su Jefe, el alférez Escribano que nos había traído la munición. A mí me encargaron de una Sección Mixta de veinte hombres de varias procedencias y puse a García y a Pastor al frente de dos pelotones aumentados de diez hombres. Aquello no daba para muchos más mandos ni muchas más particiones.

La noche era el único momento del oscuro día en que podíamos acercarnos a los dos pozos del pueblo para coger agua porque, durante las pocas horas de luz y las muchas de penumbra, los francotiradores rusos los tenían enfilados en sus puntos de mira y nos lo ponían muy difícil, hasta el punto en que varios de nuestros muchachos entregaron su alma a Dios mientras intentaban obtener un poco de agua para ellos o para un compañero herido.

Ya con escasas fuerzas y en una larga espera, sin que los cañones o los morteros rusos nos molestasen más allá de lo normal, nos llegó la noticia de que habían arreglado la línea de teléfono y los dos capitanes dieron sus novedades. No ayudó a la concordia un informe enviado a Esparza por parte de Garzón en el que le comunicaba que cuando llegó a Possad existía un gran desorden y una total desmoralización pero que esperaba arreglarlo muy pronto; cosa que a Fernández Vallespín, cansado físicamente y tensionado hasta el límite de sus nervios, lo enrabietó hasta el punto de soltar varias palabras fuertes contra esa forma de actuar e informar al coronel. Le preguntó

que qué es lo que esperaba encontrar en un puesto de mando con capacidad para ocho o diez personas convertido en almacén de depósito para cincuenta o sesenta heridos porque en la enfermería ya no cabían. Creo que en aquellos momentos, en que el cansancio, el dolor y la angustia aparecían a la mínima en forma de airada protesta, cualquier hilo de tela de araña nos parecía una soga amenazante; si no fuese así, Fernández Vallespín no hubiese saltado como un león al que pisan la cola.

Una hora después llegó un mensaje de Esparza diciendo que el general Muñoz Grandes había designado al comandante García Rebull como nuevo Jefe del Batallón. El capitán Fernández Vallespín nos comentó que García Rebull había sido designado en un principio, cuando murió Arredondo, para apoyar a Luque y tomar el mando de la 4ª y la 1ª Compañías que ahora mandaba Reyes Morales. Mi teniente me dijo que la petición del mismo comandante Luque en el sentido de que le relevasen inmediatamente porque estaba malherido y yo creo que harto del abandono en que se había encontrado en Possad, había forzado al general a darle a García Rebull, recién ascendido a comandante por méritos de guerra, el mando del batallón. Por mi parte pensé en que había sido la situación aquella que teníamos en Possad, con un mando cuanto menos compartido y posiblemente no bien avenido, la que había acelerado el traslado urgente de García Rebull. También pensé en que a Luque, que siempre dijo que aquellas posiciones eran indefendibles por mucho tiempo, le picase la espina de que no hubiesen hecho caso a su informe de cómo había que defender aquella zona hasta que se reorganizasen los alemanes y pudiesen cruzar otra vez el Voljov. ¿Y quién sabe si en aquello tuvo algo de razón?

Meses más tarde, una vez que Esparza volviera a España, uno de los cabos de la Plana Mayor del Regimiento me dijo que al coronel no le sentó nada bien la toma de posición de Fernández Vallespín, aunque legalmente el capitán actuase de acuerdo a reglamentos; y que por eso lo dejó un poco al margen, dando a Garzón y a su sección de la 11ª Compañía Ciclista casi todo el mérito de la defensa de Possad, como si los demás, las tres compañías casi completas del Primer Batallón que habíamos estado combatiendo en Posselok y Possad desde dos días antes, y que dejamos en esa zona nuestra alegría de juventud, junto con la vida de la gran mayoría de nuestros jefes y camaradas, solamente hubiésemos estado de heroicos acompañantes. El mismo capitán Fernández Vallespín nos dijo a algunos de los supervivientes que no nos

preocupásemos, que no hiciésemos caso de lo cercano porque el tiempo pondría a cada uno en su lugar; que solo él sabía lo que habíamos hecho porque lo había visto con sus propios ojos, y que nunca dejaría de divulgarlo ni en Rusia ni en España. El tiempo pondría a las cosas, los hombres y sus acciones en el lugar que les corresponde.

Aquella fue una noche infernal, de frío, hambre, incertidumbre y espera continua que apenas si nos dejó descansar en condiciones, y que utilizamos como la noche anterior para recoger cuerpos helados, primero rusos, después los que encontrábamos a mano en la oscuridad, para recrecer con ellos la altura y la protección de nuestros parapetos y construir nuevos puestos de tirador y de ametralladora, que los rusos no conociesen ni tuviesen localizados cuando comenzasen su próximo ataque.

Serían cerca de las cuatro de la madrugada cuando el teniente Reyes se llegó al refugio donde algunos estábamos intentando descansar, que no dormir, nos juntábamos como borregos para darnos calor unos a otros, soldados junto a cabos y sargentos, que en eso de desprender calor todos dábamos lo mismo. Nadie lo saludó y él se sentó a mi lado y nos miró uno a uno.

—Parecéis un velatorio —dijo el teniente.

—No sea usted gafe, mi teniente —protestó Paco Martínez—. Que eso de lo del velatorio es mal fario.

—Estáis tan callados como los muertos —dijo Reyes.

—Calle, calle, que bastantes tenemos alrededor para mentar la cuerda en casa del ahorcado dijo Tomatito—. Con lo que tenemos alrededor, si le parece a usted, nos ponemos a cantar.

—Pues no estaría mal —dijo el teniente—. Podías empezar tú mismo Fructuoso.

Pepe Fructuoso Martínez, el de Plasencia, lo miró como si no entendiese el español.

—¡Venga, vamos! ¡Empieza ya Cabo! —intentó animar a Fructuoso, Reyes Morales—. ¡A nuestra canción!

Fructuoso no se hizo de rogar y empezó a entonar nuestra canción, la canción de la 4ª Compañía del dos seis nueve y, poco a poco, hombre a hombre, se le fueron sumando los que estaban en el refugio. Vi como el teniente Reyes cantaba en voz alta y el tono comenzó a subir cada vez más. Yo nunca he cantado bien, bueno, ni bien ni mal. Siempre me han dicho que soy el mejor augurio de lluvia cuando lo hago, por lo que no suelo hacerlo y en

aquella ocasión me quedé callado oyendo a aquellos hombres ennegrecidos, sucios y desaseados, con caras de hambre y ojos hundidos y enfebrecidos por el cansancio, que cada vez gritaban más y más fuerte, como si quisiesen que sus voces llegasen hasta Otenski para suplir la radio

—¡Canta! —me dijo el teniente Reyes, y yo lo miré y negué con la cabeza.

—¡Canta, mi sargento, coño! ¡Es una orden! —me dijo al oído para que yo lo oyese.

Lo volví a mirar y vi que me sonreía abiertamente, él estaba contento y me contagió su desenfado, entonces yo canté. Canté y grité igual que ellos y, cuando llegó la estrofa que Fructuoso había cambiado a la canción, ya estaba totalmente metido en aquella fiesta que trascendió del refugio porque, sin darnos cuenta, allí ya no se cabía de la cantidad de hombres que habían ido llegando y se habían ido sumado a nuestra canción. Hombres de todas las compañías de nuestro batallón, de la Ciclista y de la 5ª del Segundo, se arremolinaban dentro y fuera del refugio cantando la canción del Soldadito Español. Miré sorprendido al teniente y él me sonrió moviendo afirmativamente su cabeza.

—Menos mal que se anima la gente, porque tú eres malísimo cantando —me dijo, empujando mi hombro con el suyo en una muestra de confianza—. Queremos derrotar a los rusos, no que se mueran de risa.

No me sentó mal, pero dejé de cantar y salí del refugio teniendo que empujar a varios guripas que se apiñaban en la entrada. Una vez fuera, el frío volvió a acuchillarme sin piedad mientras recorría los puestos de vigilancia y pude comprobar que en algunos de ellos también se tarareaba. Coincidí en la ronda con el sargento Benito Alonso de la 1ª Compañía y nos cruzamos con el sargento Nieto que volvía de hacer lo mismo con su sección de la 3ª Compañía.

—Esto está jodido Iglesias –me dijo Nieto mientras se dirigía a calentarse—. Dentro de poco no podremos ni defender la Gran Vía. Pero ahora voy a ver qué coño se celebra

Sonreí a Luis Nieto, la fiesta había ido pasando de un refugio a otro, y la guarnición de Possad elevaba así su canto a las estrellas, por pura iniciativa de uno de sus oficiales, y sus voces acallaron durante más de media hora todos los rumores que normalmente venían de las posiciones rusas. Aquellas canciones parecieron servir de bálsamo de Fierabrás porque poco después

varios de los soldados dormían arrebujados al lado de sus camaradas.

Pero en las primeras horas del día catorce, la artillería rusa despertó a los pocos que habían conseguido dar una cabezada con aquel empeño suyo, constante y pertinaz, en machacarnos cuando las unidades de su infantería se preparaban para asaltarnos o cuando se cansaban de combatir y de dejar hombres tendidos en el campo. Pero algo había cambiado en los ojos de los guripas, sujetaban con la misma decisión su fusil o su ametralladora, pero sus ojos tenían otro brillo. Sí, tenían otro brillo.

No habíamos acabado de oír el último castañazo de la ofensiva artillera cuando, desde las arboledas que rodeaban el pueblo, se volvió a levantar aquel clamor de gritos que anunciaban el próximo asalto. Luego, después de producirnos unas cuantas bajas más y de aumentar el número de sus cadáveres en los campos de los alrededores, ya que allí, en Possad, no hubo un solo intento de recuperación de cuerpos en la primera semana; los rusos se retiraron. A continuación volvía otra vez su artillería mientras la infantería descansaba o recomponía sus líneas, para después volver a empujar otra vez. Así era nuestro trabajo en Possad, rodeados de un bosque cerrado lleno de enemigos que nos atacaban por los cuatro costados una hora sí y la siguiente también, en una situación que sentíamos interminable y que dentro de poco si no nos apoyaban, pasaría a ser, como en un principio indicó el comandante Luque, totalmente insostenible, si ya no lo era.

A lo largo de aquella mañana del catorce estuvimos en un trís de que rompiesen todas nuestras defensas y nos pasasen por encima en uno de sus ataques que solamente pudimos rechazar a duras penas, a punta de cuchillo y con las últimas granadas de mano que nos quedaban. Mientras tanto, los radiotelegrafistas dejaban solamente el fusil para colocarse los articulares y repetir una y otra vez la misma cantinela:

—¡Otenski, Otenski! ¡Aquí Possad! Necesitamos munición, más máquinas y más hombres, pero seguimos aguantando y resistiendo.

Las líneas de comunicación eran repuestas por los de la Compañía de Transmisiones desde Otenski ayudados por los zapadores, jugándose el tipo en todo momento; pero el mismo empeño que ellos ponían en restaurarlas, lo ponían los rusos en volver a cortarlas de nuevo.

A las cuatro de la tarde llegó otro violento ataque que pudimos rechazar causándoles muchas bajas, aunque ya estábamos muy diezmados. En el último asalto cayeron gravemente heridos los dos oficiales que habían llegado con el

capitán Garzón, el alférez Iravedra y el teniente Tejero, que apenas si pudieron llegar a asentarse allí; y murió también uno de los hombres mejores y más enteros que yo había conocido, el sargento de la 1ª Compañía, Manolo Jado, y en su sección ya no quedó ni un sargento aunque sí un solo cabo que fue quien se hizo cargo de todo; Jado era un excelente soldado, un valiente español, y un buen hombre.

También había caído para siempre mi cabo asturiano, Paco Martínez, el tirador, el que llevó Tomatito en el grupo de adelantados en el retardo de Posselok, uno de los hombres con mejor puntería, de lo más decidido, valiente y constante que he tenido el orgullo y el honor de mandar en toda mi vida militar.

—Mi sargento, ¿se sabe algo del Tercero? —oí preguntar a un guripa a uno de los sargentos de la 1ª Compañía que aún se mantenía en pie.

Hacía unos minutos que el radio, en uno de los momentos de enlace, había captado que el III/269 había podido rechazar al enemigo que había cruzado el Voljov. Pero causaba impresión el ver como nuestros hombres, aún encontrándose con que el agua ya les entraba por la garganta para ahogarlos, tenían tiempo suficiente para preguntar por la salud de sus camaradas del Tercer Batallón.

A media tarde nos comunicaron que el Batallón de Reserva también estaba interviniendo para limpiar de rusos las zonas que comunicaban Possad y Otenski, y que el Batallón Román, el Segundo del dos seis nueve, estaba atacando al sur de Otenski para romper la tenaza rusa. Todos les deseábamos suerte ya que el fino hilo que nos mantenía en la cordura y nos permitía seguir combatiendo sin cesar, podría romperse en cualquier momento. Teníamos muertos y heridos por todas partes, intentamos concentrarlos pero la tarea era agotadora y ya quedan pocas fuerzas. En cuanto a los del enemigo, cada uno de nuestros puestos estaba rodeado de montones de rusos muertos que formaban verdaderas barreras defensivas; algunos guripas se habían hecho parapetos propios e individuales con aquellos cuerpos helados, y sobre muchos chavales comenzaba a aparecer ese velo oscuro que te incita a defenderte de forma salvaje, contra todo y contra todos, sin atender a otros razonamientos. Mientras, el sargento Sureda y sus operadores de la Compañía de Transmisiones continuaban manteniendo desde su refugio y de forma incansable el enlace con el monasterio: “¡Otenski, Otenski! ¡Aquí Possad! Seguimos resistiendo, envíen ametralladoras, hombres y municiones”.

Por fin, a eso de las seis de la tarde llegó el comandante García Rebull desde Otenski, con él llegaba otra de las secciones de la 2ª Compañía con su capitán Álvarez Rodríguez, y más gente de mi compañía con el teniente Escudero que traían con ellos máquinas y municiones, pero sobre todo alimentos que ya no es que escasearan en Possad, sino que hacía ya muchas horas que no existían. El capitán Fernández Vallespín le entregó el mando del batallón en un refugio, ante el capitán Garzón y los responsables de todas las compañías y secciones. En la reunión pude ver que entre nosotros había dos cabos. Así estábamos de personal y mandos en aquel momento. Esa misma tarde cayó herido el capitán recién llegado de la 2ª Compañía, Álvarez Rodríguez.

Por la noche, los rusos echaron el resto y nos mantuvieron cosidos al terreno con su lluvia interminable de proyectiles. Hasta un asalto nocturno hubimos de soportar, y los hombres ya casi no se tenían en pie, pero seguían tumbados sujetando con fuerza sus fusiles a los que hacía mucho tiempo que no se les había librado de la bayoneta.

El día quince, a media mañana, ya estábamos en las ultimas y la situación no era solamente peor sino que ya dudábamos si podríamos aguantar más, aunque la actitud de los hombres era de resistir hasta el último aliento, habíamos producido tantas bajas a los rusos que no teníamos duda alguna sobre el destino que nos esperaba de caer prisioneros así, en caliente, ante los compañeros de tantos soldados rusos muertos. Que la defensa estaba llegando a su fin si algo no lo remediaba, era algo que intentábamos apartar de la cabeza; ya no éramos suficientes para ocupar todos los puestos y habíamos reducido el cordón de defensa al mínimo a pesar de tener que mantener muchos de los puestos con un sólo hombre. Otros dos de mis más conocidos fueron heridos de forma grave y fea, se trataban de Jesús Lasanta y también del bueno de Vicente Pastor, mi paisano, que sabiéndose gravemente herido siguió agarrado como una fiera a su máquina; pero Santillana se percató de su estado y lo obligó a entrar en el refugio de la enfermería donde casi no cabía ni un alfiler. A primeras horas de la tarde, un impacto le destrozó una rodilla al capitán Garzón, el valiente oficial de la Ciclista que fue el primero en romper el cerco que nos mantenía asfixiados.

Así estaban las cosas al caer la tarde, cuando el sargento de radio salió como una bala del refugio de la radio y gritó a pleno pulmón: ¡Vienen!

Aquella exclamación, que a muchos les hizo apretar con fuerza sus armas

creyendo que era el aviso de otro asalto ruso, a mí me hizo explotar el corazón de alegría ya que la voz venía desde dentro del núcleo defensivo y yo ya me conocía muy bien la voz del sargento Sureda, el jefe de la estación de radio.

—¡Vienen! ¡Están llegando! ¡Los nuestros, son los nuestros! —siguió gritando Sureda.

El comandante García Rebull corrió hasta él y después se introdujo en el refugio. Cuando salió, nos hizo preparar un bidón con trozos de leña y astillas de madera y ponerlo en la dirección a Otenski y fuera de las líneas, para prenderle fuego y que lo viesen los nuestros cuando estuviesen cerca y así avisarles del lugar del pueblo en el que nos encontrábamos. Los ingenieros, ayudados por hombres del Batallón Román habían hecho una fuerte presión en el camino a Otenski consiguiendo abrir el dogal que nos estaba asfixiando y asegurando así la salida de heridos y la llegada de refuerzos. Sobre las once de la noche pudimos evacuar a cerca de doscientos heridos entre los que se encontraban Santillana, Pastor, el teniente Tejero, el alférez Iravedra y el capitán Garzón.

Poco después de la salida de los heridos, a eso de la una, y hasta las tres de la mañana, sufrimos otro fuerte ataque que rechazamos con bastantes problemas, menos mal que ya se habían llevado a los heridos y que se encontraban lejos en el camino a Otenski.

En la mañana del dieciséis, por el camino que continuaba libre y accesible, llegaron el resto de tropas de la 2ª Compañía y una compañía del Batallón Román. A media tarde, con los refuerzos y el avituallamiento, las cosas pintaban mejor, gracias a Dios. En el camino a Otenski, la posición intermedia estaba ya en manos de una sección de la 3ª Compañía de Zapadores que desde allí había comenzado a limpiar el camino de hostiles.

El general ordenó el relevo por lo que debíamos de dirigirnos a Possad. Uno de mis guripas supervivientes, Antonio Cardevilla, me dijo que algunos habían protestado por el relevo, ¡Manda huevos! Pero el comandante García Rebull comentó que el general había dicho que el peligro había que repartirlo y la gloria más.

—¡Joder, podía haberlo pensado antes! —se le escapó a uno de los guripas supervivientes de la 1ª Compañía.

Nadie, incluido el comandante, dijo nada ni tampoco reprendieron al protestante; así estábamos, y lo sucedido aquellos cinco días, cambió en no poco la forma de pensar de muchos de aquellos muchachos que llegaron a

Rusia con pensamientos triunfalistas e idealistas, pero a los que ya todo el mundo, empezando por el mismo enemigo, recordarían como ejemplo de sacrificio, abnegación, honor y valor sin límites.

Cuando a la hora de comer del día dieciséis de noviembre de 1941, un nuevo ataque ruso fue la contestación a la tarjeta de visita de los recién llegados a Possad, a nosotros ya no nos importó tanto porque ya teníamos compañía y los rusos se debieron de dar cuenta enseguida de que la cosa estaba más dura para ellos al ver la crecida respuesta de nuestra posición. Al retirar a uno de los rusos muertos me dí cuenta de que tenía unas botas de fieltro casi nuevas y se las quité; le dí las gracias y me quedé con ellas sin remordimientos, a él ya no le hacían falta. Luego pensé en que había tenido aquellos días mucho de donde elegir, y no había caído en ello.

En ese último ataque hirieron al Cabo José Fructuoso Martínez "Fructuoso", y estaba atendiéndole cuando el capitán Fernández Vallespín, único capitán que quedaba en pie de los que habían pasado aquellos días por Possad, se acercó a decirme que los teniente Reyes Morales y Martín Blanco habían sido heridos en el último encuentro, que él se hacía cargo también de la 1ª Compañía junto a la 3ª Compañía; que el teniente Escudero pasaba a hacerse cargo de la 4ª Compañía y que le apoyaría a él mandando también una sección de la 1ª Compañía, y que por lo que a mí correspondía, se me ordenaba hacerme cargo de otras dos secciones mixtas con personal de la 1ª y la 4ª Compañías, dicho así parecía mucho, pero aquellas tres secciones que tenía a mi mando apenas si llegaban a conjuntar algo más de dos pelotones completos. También me dijo que el general había cursado la orden de que al día siguiente llegasen al pueblo tropas de relevo pertenecientes a los Regimientos 262, y 263, y al Batallón de Zapadores que se estaban concentrando en Shewelewo para dirigirse hasta allí y hacerse cargo de Possad. Su objetivo era relevar a los del Batallón Román y a los zapadores de la posición intermedia que se quedarían en sus puestos hasta que llegase ese relevo, porque nosotros, el Primer Batallón o los que quedásemos de él, teníamos orden de salir ese mismo día, domingo 16 de noviembre, de forma inmediata hacia Otenski. Primero los nuevos heridos, detrás el resto.

Hicimos el camino a Otenski como sombras, agotados, heridos en el alma y en el cuerpo, y yo sin mis nuevas botas de nieve porque me estaban muy grandes y se las regalé a uno de los soldados recién llegados que me miraba con cara de envidia mientras me las probaba; más tarde caí en que podía

haberlas utilizado por fuera de mis otras botas, pero a lo hecho pecho. Caminamos a través de la calzada de rollizos de troncos, la mitad de ellos rotos o desaparecidos por los proyectiles de los morteros rusos, y en medio de la noche oscura de un día oscuro; tales eran el ánimo y las fuerzas con los que salimos de Possad, donde cada uno de nosotros había perdido a un buen número de amigos irremplazables.

Al llegar a Otenski, el comandante García Rebull pasó revista al batallón y volvió a Possad a hacerse cargo de la posición, quedando al mando de lo que quedaba del batallón en Otenski el capitán Fernández Vallespín. Quedábamos en pie ciento ochenta y nueve hombres, con el nuevo comandante incluido, por lo que no dábamos ni para formar una sola compañía al completo, cuando el batallón había ocupado aquella zona el día once con cuatro compañías y su plana mayor. Nuestra compañía formó al mando del teniente Escudero y tres sargentos para mandar apenas 11 hombres. Por lo que respecta a la 11ª Compañía Ciclista que había compartido con nosotros aquellos días de Possad, formó con un solo sargento y quince soldados; sin ninguno de sus cuatro oficiales, ya que el alférez Rodicio cayó muerto junto a gran parte de su sección, él día doce en Russa, donde había quedado para defender el pueblo. Pero una cosa teníamos todos en común, tanto enteros y sanos, como heridos y enfermos, todos deseábamos coger un jergón o un trozo de suelo de donde no nos levantasen ni para comer, en un buen número de horas.

Pude comprobar con tristeza que de los trece que nos quedamos en Posselok cuando la “operación columpio”, solamente seguíamos útiles Tomatito, uno de los zapadores y yo. Seis habían muerto, entre ellos el guripa que había inventado los columpios lanza cargas, y otros cuatro más habían resultado heridos, dos de ellos de gravedad.

El general Muñoz Grandes se acercó con el coronel Esparza a felicitarnos, y nos dijo que con nosotros iría al fin del mundo, ¿O lo dijo Esparza? ¡Qué más daba! Pero hasta los heridos que pudieron contemplar el acto se sintieron hinchados de orgullo. A alguien se le ocurrió llamar “General Orejas” a Muñoz Grandes, produciendo algunas risas que no venían mal después de lo que habíamos dejado atrás y, desde mi puesto en la formación como nuevo jefe de mi sección de cuatro hombres en pie, vi la mirada envenenada que soltó hacia atrás el capitán Fernández Vallespín. Aquella noche, aunque el mote ya se utilizaba desde hacía tiempo, todos se referían al

general con ese apodo de “El Orejas”, sin tapujos, con respeto y admiración desde luego, pero por el mote. Éramos así. Esa noche falleció el teniente Martín Blanco, lástima, en Posselok nos contó que hacía pocos días que le habían concedido la Cruz de Hierro.

En aquellos días era muy frecuente reír y festejar con un camarada por un galardón conseguido por su arrojo en el combate y, pocos días después, llorarlo y despedirlo en su entierro; eso cuando se podía recuperar su cuerpo para poder darle cristiana sepultura y no se quedaba atrás sin recuperar o enterrado entre la tierra removida por las bombas. Me imagino que los alemanes y los rusos pensarían lo mismo, que en esto de festejar y llorar a camaradas todos los hombres somos iguales porque eso surge de lo más profundo del alma, que allí lo puso Dios.

El día diecisiete, nos enviaron a Shewelewo para descansar y reorganizar el batallón. Mi amigo Fructuoso, había quedado en Otenski, y se encontraba tan mal que el médico decía que podía morir esa misma noche del diecisiete; lo que no se cumplió, pues murió aquella misma tarde y el médico tuvo la delicadeza de enviar un mensaje por radio a la compañía. Lo enterraron al día siguiente por la mañana. Esa muerte era una de las que te hacían protestar de los designios de Dios, por elegir siempre, y llevarse antes a los buenos que a los malos.

Nos parecía increíble el poder estar un día entero sin el temor en el cuerpo a un nuevo ataque, cuanto más una semana. Habían vuelto los ataques sobre Possad, pero nosotros ya no estábamos allí. Era cierto que de vez en cuando nos saludaba la artillería rusa, pero ya no era lo mismo, no, no era lo mismo.

No fue hasta casi un año después, una vez que habíamos abandonado el Voljov, cuando en una de mis sustituciones en la plana de la compañía, cayó en mis manos un informe del Estado Mayor de la División en el que se decía que todo lo que habíamos estado haciendo en el lado este del río se debía a una operación llamada “Operación Tikvin” que tenía como objeto el avance del Grupo de Ejércitos del Norte para enlazar con las fuerzas finlandesas pero que, una vez tomada la ciudad de Tikvin el nueve de noviembre, las fuerzas alemanas recibieron órdenes del Alto Mando de detener y retrasar la operación. Aquello no hubiese tenido mayor importancia si no hubiese dejado a la División Española sola y aislada en el Voljov, y sin posibilidad de recibir

rápidos refuerzos de algunas unidades de infantería alemanas que se encontraban a muchos kilómetros al norte. Años más tarde supe la verdadera razón de aquellas posiciones españolas y su gran importancia estratégica para el desempeño de las misiones del Grupo de Ejércitos del Norte.

—¿Qué crees que se dirá de lo de estos días? —Preguntó Santiago Teso en una reunión de suboficiales mientras dábamos cuenta de una ración de hierro, incumpliendo la normativa de no utilizarla hasta recibir la orden del mando.

—Unos dirán que nos hemos batido el cobre, otros que nos han dado hasta en el cielo de la boca, se dirá y se escribirá en rojo y en negro, pero solo nosotros sabremos lo que hemos pasado y qué es lo que hemos hecho allí —dijo Luis Nieto.

—Me gustaría leer el diario de operaciones —dije yo—. Si es que alguien lo ha rellenado.

—Mucho me temo que todo lo de estos días esté en la mente de alguien que aún lo tiene que redactar —dijo Benito Alonso mientras calentaba una botella de coñac helado—. Espero que sea alguien que haya vivido todo en primera persona.

—Al final todo quedará para la posteridad en tres o cuatro hojas escritas a mano Dios sabe por quién —dijo Santiago Teso.

—Pues dejemos eso en sus manos porque ahora me importa un pepino qué es lo que ponga mientras alguien lo corrija para que dentro de unos años alguien lo pueda leer y vea cuantos buenos españoles han dejado su vida tan lejos de su patria; ¡joder lo que hemos peleado y sufrido! —dijo Luis Nieto, zanjando el asunto con dos o tres giros de su machete en el aire que terminó al clavarlo en la tapa de una lata de carne en conserva.

VI. LA VIDA, COMO LA LUCHA, SIGUE… AUNQUE YA NO PARA TODOS.

A los nueve días de nuestra salida de Possad se reincorporó Santillana, y fue él quien me dijo que en el batallón ya se me conocía como “El Tanque”, o “Sargento Tanque”, o algo así; bueno, me molestaba un poco que no me conocieran fuera de mi sección o compañía por mi apellido, pero eso es algo

con lo que había que convivir en aquellos tiempos en que uno de los pasatiempos más inocentes era sacarle un mote a un camarada. Si a uno le gustaba leer las Serranillas, iban y le ponían Santillana, si otro tenía la cara redonda y roja, pues Tomatito; si otro grandes orejas, pues eso, Orejas; si uno la armó una vez en Nóvgorod, “Nogorito”; si uno muy joven, Niño; si otro con años, Abuelo; y así podría continuar hasta llenar varios folios. También sabía que me llamaban “Verato”, el “Pequeño Verato”, “Mediometro” aunque los había mucho más bajos que yo, y hasta “El Cólera”; pero solamente se atrevían a decirme algo de eso en la cara, mis amigos sargentos y algunos de mis oficiales cuando me llamaban Verato. Los otros motes no me los decían de frente, y no sé cómo me sentaría oírlos, aunque seguramente simularía no haberlo oído; bastante quemados estaban ya los muchachos con lo que llevaban encima, como para recriminarles por algo que seguramente no hubieran dicho con ánimo de molestar.

El viernes veintiocho, nos encontrábamos en plena reorganización en Gorelowo, al sur de Shewelewo, cuando llegaron nuevos destinados al batallón; a mi compañía, una veintena de soldados de las reservas y otros catorce de reajustes entre las otras unidades. La verdad era que no hacía falta que dijesen a nadie que eran novatos en el batallón, el color de su piel y el brillo de su pelo les delataban. Estaban tan quemados por la nieve y el aire como nosotros, los supervivientes de Possad, pero no tenían ningún resto de la “costrada”, la costra que se te producía por la continuada falta de aseo corporal durante días y días de combates interminables y tan seguidos; sin poder disponer de un momento con una buena jofaina de agua y jabón para ti solo. El sudor y la grasa corporal, el humo de las explosiones, la grasa de las armas, la cordita de la pólvora, el tizne de los incendios, la tierra y el barro, y por qué no la sangre propia y ajena, te procuraban una coraza externa que tardaba varios días en desaparecer a pesar de una buena limpieza, siempre y cuando no fuese recrecida con la suciedad obtenida en nuevos combates.

Con relación a la conversación en el refugio de suboficiales, cuando habían pasado una decena de días desde la salida de Possad, y cuando en la compañía se estuvo en condiciones de retomar la anotación del día a día en el libro diario de operaciones, comenzó el traslado de anotaciones que había sido interrumpido desde el día siete. Las entradas diarias y las anotaciones tuvieron que ser llevadas desde ese día por la plana mayor del batallón, como siempre que la compañía se desplegaba y dividía a lo largo de varias zonas

sensiblemente alejadas y llegando algunas secciones a descender al empleo en nivel operativo de pelotones. Un día el teniente Escudero me pidió opinión sobre algunos aspectos de los sucesos de aquellos días y al leer lo que de ellos habían escrito vi que faltaban cosas importantes y que había otras anotaciones correspondientes a acciones relacionadas con los apoyos dados por nuestra compañía a la 1ª, 2ª y 3ª, que estaban intercambiadas entre sí; así como en las situaciones de las unidades y hasta en los lugares de las posiciones, hechos de esas compañías como si fuesen nuestros y, al contrario, acciones de nuestras secciones como si fuesen de las compañías de fusileros. En aquella redacción constaban secciones y pelotones en lugares en los que no estuvieron mientras en que otros sitios no constaban los que sí lo hicieron; el teniente me miró extrañado y me dijo que él había notado varias incorrecciones pero que solo estaba seguro de lo sucedido en la zona de Otenski donde él estuvo por eso creía que solo de lo sucedido en esa posición había fallos; dijo que hablaría con los suboficiales y cabos ilesos así como con el capitán Fernández Vasllespín de la 3ª Compañía a quien situaban en el monasterio de Otenski durante las operaciones de Posselok y Possad y procuraría pasar todo aquello a nuestro libro intentando recomponer aquel galimatías. Los dos sentíamos muy hondo que quienes lo tendrían que haber redactado bien y los que lo tendrían que haber escrito, tanto de la compañía como del propio batallón, podrían encontrarse entre aquel setenta y cinco por ciento de bajas y no estaban allí, con nosotros, porque les había tocado lo peor de Possad, ¡Dios acoja a los muertos y cure a los heridos¡ El resto, bastante tuvimos para intentar sobrevivir y salvar a los que quedaban y dependían de nosotros; ¡qué importancia podía tener el libro en esos momentos! Aún me extraña que en aquel infierno de tiros, bombas y bayonetas, con tamaño cruce de informaciones y desinformaciones tan contradictorias como apresuradas, hubiese alguien para escribir, lo hiciese como lo hiciese.

Como si el nuevo comandante quisiese celebrar la llegada de las últimas adquisiciones de personal, el sábado veintinueve varios camiones nos soltaron en Nóvgorod a la mayoría de los que habíamos estado en la semana fatídica donde resultó baja el setenta y cinco por ciento del batallón; casi tres de cada cuatro de nosotros, quedaron muertos o malheridos. Porque esa fue después de todo, la conclusión que al final nos quedó a los supervivientes durante muchos días, que estábamos allí de milagro; no fue hasta bastante tiempo después, cuando llegaron a Rusia los ecos de lo que se decía de nosotros en España,

Alemania y en toda Europa, cuando comenzamos a sacar el pecho, a estirarnos para enderezar nuestras figuras y a presumir de haber estado en aquel infierno donde quedaron enterrados o inválidos, tantos camaradas. A pesar de ello, estábamos vivos y por eso íbamos a celebrarlo, porque la vida seguía, aunque… ya no para todos. Los camiones eran de los alemanes y nunca supimos en que forma pudo convencer el comandante García Rebull al servicio de transportes del regimiento alemán para que llevase a ciento cincuenta hombres hasta la capital por el camino del Sur de la orilla este del Voljov, para después cruzar por el puente de pontones hasta la ciudad.

He de decir que nunca hubo una presunción general sobre la facilidad de ligar con las rusas, porque aun siendo cierto que ligues los hubo y no pocos, no era menos cierto que casi todas las aventuras que se contaban eran inventadas en la mayor parte de las veces, y normalmente exageradas hasta el colmo en las restantes.

Pero Santillana y yo fuimos absorbidos por dos mozarronas alemanas, Erna y Gitti, que no nos dijeron, ni a nosotros nos importó el saberlo, quienes eran y qué hacían allí en pleno frente a dos mil kilómetros de su casa. Desde el primer momento, cuando por la mañana Santillana invitó a las dos a unas copas en un oscuro tugurio, se nos colgaron del brazo, y a partir de ahí compartimos con ellas, diversión, baile, mesa, baño, y hasta cama, o eso es lo siempre quise creer. Después de encerrarnos con ellas en una sola habitación, y de bebernos todo el agua del río convertida en vodka, despertamos al día siguiente como si nos encontráramos otra vez en el quinto día consecutivo bajo el fuego de los rusos en Possad; con la cabeza como si estuviese dentro de un jarrón y rodeada de gatos que quisiesen salir de él todos a la vez; con la habitación convertida en un verdadero campo de batalla, y con un desconocimiento absoluto de lo sucedido en las últimas diez horas.

Pero a pesar de aquel monumental desorden, salvo algunas muestras de cabello rubio en la bañera, las carteras y los bolsillos totalmente limpios de dinero, y otras pequeñeces que no merece la pena relatar, no había en la habitación ningún otro rastro de la fiesta con las dos mujeres. Bueno, rastro, rastro, lo que se dice rastro sí que lo había. Al menos en mi propio cuerpo sí que dejaron rastro aunque no me dí cuenta hasta un día más tarde cuando me bañaba en la tina que teníamos en Shewelewo para todos los suboficiales de la compañía. De aquella orgía que casi no recordaba entonces y que nunca recordé del todo, saqué unos feísimos tatuajes en los dos antebrazos. El perfil

de la cabeza de una mujer con el pelo corto y arreglado a lo alemán, en el derecho; y un corazón partido por una espada y con dos iniciales, en el izquierdo. La cabeza era un dibujo plano, a lo egipcio y sin gracia que no se parecía a nadie conocido; y la otra figura era un corazón porque así lo supuse y no por su perfección, mientras que la espada parecía simular a propósito una de esas de madera que se construyen con sus propias manos los niños; en cuanto a las iniciales ni eran mías ni de Erna, ni de Gitti, ni me imaginaba de quién podrían ser.

Cuando le pregunté por los tatuajes a Santillana, se encogió de hombros, se remangó la manga y me enseñó en su brazo izquierdo algo que parecía ser un lobo feo y horrorosamente mal dibujado, de cuyas fauces parecían caer algunas gotas que quizás quisieron ser de baba o sangre, pero que solamente llegaban a ser pequeñas manchas sin forma.

—Debieron ser aquellos dos gitanos que entraron en la habitación —dijo el montañés, dejándome más asustado de lo que ya estaba al pensar en la situación en la que debía de haberme encontrado para no recordar a los gitanos ni sentir el dolor de los tatuajes—. Ellos debieron de ser quienes nos dejaron limpios.

El mismo día del despertar en aquel hotel de Nóvogorod, al llegar a la compañía, notamos que algo había cambiado. Volvíamos a la brega, aunque de otra manera y con otros cometidos. Mientras que el batallón no estuviese medianamente reconstituido, nos dedicaríamos a misiones contraguerrillas y de limpieza de emboscados, así como de protección de los zapadores alemanes que estaban reconstruyendo los caminos de troncos.

El martes dos de diciembre, al regresar de mi tercera salida en los últimos dos días con misión de descubierta en búsqueda de emboscados y partisanos, con el mismo resultado que las anteriores, es decir, ninguno; tuve un encuentro poco afortunado. El teniente Escudero nos había enviado a realizar una descubierta y mi sección, que yo seguía mandando hasta que tuviésemos más oficiales, se había dividido para la operación de limpieza en dos células tácticas de dos pelotones cada una, mandadas por Santillana y por mí; y nos habíamos reunido en un pequeño bosquecillo a la entrada de una aldea de cuatro casas para realizar el resto del camino juntos hasta el cuartel de Shewelewo. Cuando entramos en la aldea, encontramos un buen grupo de prisioneros rusos vigilados por un *Leutnant* y un *Oberfeldwebel*, alférez y brigada al cambio, con una veintena de soldados. Los prisioneros estaban al

lado de un pozo, de rodillas, en filas de a cuatro, y con el cuerpo arqueado hacia atrás por tener los tobillos unidos a las muñecas por varias vueltas de alambre. Aquel alambre de amarre recorría todas las filas pasando de un prisionero a otro y de una fila a la siguiente sin romper la línea de sujeción. Por todos los primeros y cuartos de cada fila, pasaba otra línea de alambre que unía sus cuellos a los que se enrollaba con dos o tres vueltas. Se me ocurrió preguntar al oficial alemán, a través del intérprete, el motivo por el que los prisioneros se habían ganado aquel castigo.

El *Leutnant* me ignoró por completo, tal como hubiese hecho un toro ante una hormiga que se cruzase en su camino. Sin inmutarme ante el desprecio del teniente, volví a repetir la pregunta obteniendo la misma denigrante respuesta.

Uno de los guripas trasladado del 262 y nuevo en la compañía desde hacía dos días, no pudo aguantar aquella presión a la que los demás ya estábamos por desgracia acostumbrados y, saliendo del grupo se adelantó hasta ponerse delante del alférez alemán, mirándole fieramente a los ojos.

—¿Pero qué te has creído, *doiche* de los cojones? —le gritó—. ¡Estás hablando con uno de los héroes de Posselok y Possad! ¿Dónde estabas tú mientras nosotros moríamos en la nieve? ¡So mierda!

El último piropo estalló como una granada en una caja de huevos y, durante unos segundos, ninguno de los presentes fuimos capaces de reaccionar. Desde todo punto de vista la situación y la escena hubiesen sido desternillantes, si no fuese por lo que tenían de complicadas y de punibles a los ojos de cualquier militar y no solamente de los alemanes. El español apenas si le llegaba a la barbilla al alemán, pues era tan alto como yo, el español digo, pero la visera de su casco apenas si se separaba un centímetro de la nariz del otro que aguantó a pie firme sin moverse ni un centímetro. Dudo mucho de que ninguno de los alemanes entendiese algo de lo que el guripa estaba diciendo al oficial, pero su tono violento y su actitud desafiante eran suficientes para que pudiesen hacerse una idea de su estado de ánimo.

Antes de que yo reaccionase e interviniese, el brigada alemán se abalanzó hacia el muchacho y lo cogió del cuello soltándole un golpe con su subfusil ametrallador que le arrancó el casco e hizo que el soldado cayera al suelo. Si alguien hubiese tocado una campana con el toque de arrebato, no hubiese conseguido aunar a los españoles tan rápido como se movieron con los sonidos del casco del guripa al ser golpeado y rebotar en el suelo. En un momento, ante los ojos asombrados de los prisioneros, mientras Santillana

ponía su bayoneta en la barriga del *Oberfeldwebel*, y Antonio Cardevilla mostraba su fusil a los dos *Feldwebels* del grupo alemán que ya se adelantaban hacia nosotros con cara de malos amigos, sonaron los cerrojos de cuarenta fusiles que apuntaron a la veintena de alemanes. Los *doiches* no se hicieron de rogar y soltaron rápidamente sus armas levantando los brazos, como diciendo que aquello no iba con ellos.

—*Dies ist eine rebellion! Ist das eine rebellion, Feldwebel?* —primero afirmó y luego preguntó el *Leutnant* con gran fuerza y arrogancia que desaparecieron como por ensalmo cuando vio como varios de los ojos de los fusiles lo apuntaban directamente a él—. *Mein Gott! Sind Sie verrückt?*

—El *Leutnant* pregunta si esto es una rebelión y si están ustedes locos —dijo el intérprete que llevábamos en la misión, en un tono en que se traslucía el susto que llevaba encima.

—Dígale que no estamos acostumbrados a que nos desprecien como a un trapo sucio cuando somos sus camaradas de trinchera y estamos muriendo junto a ellos —dije mientras hacía movimientos con mi mano para que mis hombres bajasen los fusiles—. Por favor, que diga a sus hombres que a los españoles solamente les castigamos los españoles, y que ese soldado va a lamentar el haber faltado al respeto a un oficial. También puede decirles que en España, cualquier oficial que tratase sin respeto a otro comandante de fuerzas, independientemente del grado de cada uno, sería inmediatamente corregido por sus superiores. Y dígale también que ordene a sus hombres que recojan las armas que no están los tiempos para estar así, desarmados.

Cuando el intérprete hubo terminado de traducir, el oficial alemán me saludó militarmente y se desentendió de nosotros gritando varias órdenes a sus hombres que se apresuraron entre risas de mofa encubiertas, a desatar la línea de alambre que sujetaba las manos y los tobillos de los prisioneros y a colocarla alrededor de la formación dando varias vueltas de dogal. Una vez asegurado el hato de prisioneros rusos, como si fuesen un manojo de espárragos, el grupo se puso lentamente en marcha sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

La forma de reaccionar de mis guripas, su rápida decisión y la conjunción como un solo hombre en la defensa de un compañero, en un caso en que más de uno hubiese dudado en la mejor forma de actuar, fue el mejor indicativo de que aquellos soldados de las tierras de España, estudiantes, albañiles, pastores, y abogados, habían dejado de ser carne blanda de batalla

para ser parte de una verdadera fuerza de combate. Habían aprendido en el peor colegio del mundo, que a los amigos había que defenderlos como un solo hombre por encima de cualquier consideración, si se quería que ellos hiciesen lo mismo cuando las tornas se volviesen al revés.

A la mañana siguiente se recibió una citación del general Muñoz Grandes para que se presentara ante él el comandante García Rebull.

—Santillana —llamó el capitán Fernández Vallespín de la 3ª Compañía, que hacía de segundo jefe del batallón y que, desde lo de Posselok y Possad nos había cogido cariño a los de la 4ª—. No está el comandante en la Plana, dicen que ha ido con el teniente Escudero a la Plana Mayor del regimiento, voy yo a ver al general, esto me huele a los posos del café que tomasteis ayer con los alemanes que transportaban a los rusos. No me gusta nada, me huele a inspección; mete al chulito ese de ayer en el calabozo y que parezca que lo está pasando muy mal.

Nadie se movió en la compañía hasta que el capitán volvió del Cuartel General de la División. Pero no volvía solo; con él llegaron el teniente coronel del Cuartel General, un *Major*, comandante alemán, y el oficial que llevaba a los prisioneros. Antes de que el capitán pudiese hablar con nadie de la compañía, el teniente coronel Zanón le ordenó apartarse y se dirigió a mí que me acerqué a él para rendirle novedades.

—Buenos días, sargento —me dijo—. ¿Podría traer hasta aquí al soldado que ayer se rebeló contra un oficial alemán?

—¿A cuál de los cuarenta, mi teniente coronel? —contestó Santillana desde detrás de mí antes de que yo pudiese hacerlo.

Un intérprete traducía a los dos alemanes cuanto allí se decía.

—¡Menos coña, sargento, que no está el horno para bollos! —Estalló el teniente coronel—. ¿O es que lo que el capitán ha dicho al general no es cierto?

—Perdón, mi teniente coronel —intervine—. No sabemos lo que el capitán Fernández Vallespín le ha dicho al general.

—Que el soldado que insultó y amenazó ayer a un oficial alemán, estaba desde anoche bajo arresto —contestó el teniente coronel.

—Entonces, si solamente le ha dicho eso, el capitán no ha dicho la verdad —contestó Santillana, metiéndose por segunda vez donde no le correspondía.

—El sargento quiere decir que el capitán no le ha dicho entonces toda la

verdad —intervine ya cuando el teniente coronel se volvía hacia el capitán y los dos alemanes que hablaban enfadados y llamaban al conductor de su vehículo—. Lo que está sufriendo ese soldado es mucho peor que un simple arresto.

—Capitán, llévenos hasta él —ordenó el teniente coronel en tono que no admitía réplica, y se volvió hacia los dos oficiales alemanes que estaban indecisos ante su Volkswagen—. Acompáñenme señores, veamos cuál es el arresto de ese hombre.

El capitán Fernández Vallespín, serio como si se hubiese tragado un besugo entero y con todas sus escamas, se adelantó y le indicó a Santillana que fuese delante. La verdad es que no podía hacer otra cosa ya que desconocía el destino y tratamiento del guripa en cuestión.

Cuando llegamos a la tienda de suministros que habían vaciado en parte durante la ausencia del capitán, nos encontramos con un lamentable espectáculo. En el fondo del hondo agujero medio lleno de nieve prensada que los de cocina rellenaban con frecuencia para preservar algunos alimentos; el guripa que inició el altercado se encontraba de rodillas y con las manos atadas, con un círculo de alambre de espino alrededor y a menos de diez centímetros de su garganta, y que se sujetaba en las bayonetas de varios fusiles que tenían la culata apoyada en los bordes del fondo del agujero. La cara del soldado estaba llena de churretes como si hubiese estado llorando varias horas seguidas, y sus ojos miraban a la lona del techo como si estuviese ido; mientras que Cardevilla montaba guardia ante él con fusil y bayoneta calada y el sargento Emiliano Coloma lo miraba con indiferencia.

—¡Por Dios! —gritó el teniente coronel Zanón—. ¿Qué es lo que han hecho con este hombre?

El *Major* soltó unas palabras que el intérprete tradujo por algo así como: “¡Magnífico, muy bien! Muy bruto, pero muy bien”. Luego le preguntó al *Leutnan*t si estaba conforme y su subordinado contestó afirmativamente; tras de lo cual, el Mayor se acercó al teniente coronel y señaló al soldado del pozo diciendo unas palabras.

—El Mayor dice que si lleva ya muchas horas así, no lo mantengan más de hoy y, si aún sigue vivo, pónganlo a trabajar porque necesitamos a todos los combatientes —dijo el intérprete.

Los dos oficiales alemanes saludaron con la mano en alto y el ¡Heil Hitler! de rigor, pero al ver que nadie les respondía, salieron de la tienda sin

esperar otra respuesta.

El teniente coronel Zanón se volvió hacia el grupo que formábamos el soldado Cardevilla, el capitán y los cuatro sargentos que allí estábamos y su cara era todo un poema de indignación que fue desapareciendo a medida que nos veía reír de buena gana. Luego volvió a mirar al del hoyo que también sonreía y dio un bufido.

—Saquen a ese hombre del pozo de nieve antes de que se pinche de verdad y pónganlo a pelar patatas, si es que ustedes tienen la suerte de que les quede alguna; que cambie las bayonetas por los cuchillos de cocina —dijo—. Transmitiré al general el resultado afirmativo de la comprobación del arresto.

—Sargento, lo voy a recomendar para la función de teatro que quieren hacer para Navidad —le dijo con una sonrisa, a Santillana—. Una buena representación la suya. Y también la de ese ajusticiado, por un momento creí como los alemanes que estaba a punto de derrumbarse sobre las puntas de las bayonetas.

Nuestras misiones continuaron siendo de reconocimiento y búsqueda de guerrilleros partisanos y de saboteadores. Había muchas partidas que se infiltraban por cualquier resquicio de defensa y nuestra misión era descubrirlas y, de ser posible, neutralizarlas. Un día sufrimos un fuerte bombardeo de aquellos aviones que el teniente Reyes Morales decía en Possad que eran americanos del modelo Martin. Otra vez el material de los americanos jodiendo la marrana. Por cierto, Reyes estaba mejor y decía el capitán Fernández Vallespín que si seguía así y se reponía del todo volvería a la compañía dentro de poco. También fue por esos días cuando nos proporcionaron los trajes de nieve. Los había de dos tipos, uno llevaba pantalón y camisa con capucha blancos, y el otro era de tipo chaquetón con capucha, que tenía el exterior en el color gris verdoso de campo y el interior blanco por lo que servía de prenda superior de nieve al darle la vuelta. Tiempo llegaría más adelante en que necesitaríamos forrarnos con papeles, un jersey, la guerrera, el capote, cubrirlo todo con el chaquetón de nieve, y rogar para que la temperatura y el viento del norte no fuesen capaces de traspasar todo aquel forro, circunstancia que en la mayoría de los días del invierno del año siguiente quedaría como un ruego vano y se nos congelaría hasta el alma.

La temperatura media descendía día a día y ya rondaban los treinta y cinco grados bajo cero a las cinco de la tarde, cuando por fin conseguí unas botas de nieve rusas de mi número. No fue del cadáver de un soldado como siempre supuse que las obtendría, y no por falta de ocasiones pues en Possad dispuse de muchos más de los que normalmente hubiese deseado ver, solo que yo no estaba allí como para entretenerme eligiendo. En un grupo de isbas de madera que apenas llegaba a media docena, mientras tomábamos unas galletas de las que nos procuraban en las raciones de campaña, se acercaron dos niños y se me quedaron mirando, quietos, sin decir ni hacer nada. Solamente miraban

mis galletas bajo la atenta vigilancia de una anciana, una mujercilla arrugada y encogida como una uva pasa que se apoyaba cansinamente en un bastón.

—López —llamé al guripa que tenía más cerca—. Recoge de los demás unas cuantas galletas y acércamelas.

Cuando las tuve en mis manos, las envolví en un trozo de papel de periódico y se las tendí a los niños que se echaron hacia atrás como si temiesen mi contacto. Me levanté, dejé a sus pies el envoltorio de galletas junto a varias latas de carne y volví hacia la piedra en la que estaba sentado. Ellos miraron a la anciana que movió su cabeza con energía, se agacharon a recoger el paquete y las latas, y corrieron como flechas en dirección hacia ella.

Unos minutos después, mientras me quitaba una de mis botas para eliminar los restos de nieve que se habían introducido en ella, y me cambiaba los calcetines húmedos y congelados, uno de los niños se acercó y me señaló las botas.

—*Valenok* —dijo.

—No te entiendo, chico —le dije.

—*Valenki?* —me preguntó.

—Niet —le dije negando a la vez con la cabeza, y desentendiéndome del muchacho hasta que sentí una presencia y al mirar descubrí a los dos niños que me miraban sonrientes. El mayor de ellos dejó a mi lado el mejor par de botas de paño-fieltro que había visto nunca; parecían usadas pero su visión era tan maravillosa como un oasis para un viajero del desierto. Me probé una de ellas y sí, aquellas sí que me estaban bien; miré a la anciana e hice un movimiento de reconocimiento que ella repitió. Luego llamó a los dos niños y los introdujo en una de las cabañas de madera. Aquella familia me había dado algo para ellos muy preciado y difícil de conseguir; algo que en algunos casos podía ser la diferencia entre la vida y la muerte de un campesino en los días malos del invierno.

Cuando volví a Shewelewo con mis botas nuevas y los pies ardiendo en su interior, Antonio Cardevilla, después de silbar con envidia por mi adquisición, me entregó un escrito del general por el que se me concedía la Cruz de Guerra, junto a otro del teniente Escudero felicitándome por ello. Lo introduje en mi cartera de documentos que volví a guardar en mi mochila, y continué con el día a día de aquella reorganización del batallón mientras realizábamos operaciones de limpieza de hostiles en apoyo de las otras

unidades.

El cuatro de diciembre nos dijeron que el teniente Reyes no volvería a nuestra compañía, que sería destinado a otra. Aquel día nuestro descanso terminó de la forma brusca en que se terminan todos los descansos en una guerra. Desde las primeras horas de la mañana, cuando estábamos oyendo a Celia Jiménez por radio Berlín, comenzamos a oír la preparación de las fuerzas rusas que se acercaban a Shewelewo. Después vino la artillería, la aviación y después su infantería. Cuando se produjo el ataque, aguantamos a los rusos como pudimos y los rechazamos después de ocho horas de combates continuados, hasta que desaparecieron hacia el este dejando muchos muertos en la nieve. Dos horas más tarde, cuando casi no nos teníamos en pie, recibimos la orden de acudir a toda prisa, unos a Nikitkino, otros a Otenski y a Possad donde los combates eran muy fuertes. ¡Dios! Aún me acordaba de lo que tuvimos que aguantar en Possad hacía solamente veinte días. Casi corrimos por el camino de troncos, las posiciones Vértice y Minas se habían convertido gracias a los zapadores en verdaderos blocaos defensivos. Una vez que entramos en Otenski nos llegó una fuerte llamada de auxilio desde Possad y dos de las secciones de la 4ª Compañía quedaron en Otenski con el Segundo Batallón mientras que la mía, la segunda sección, se dirigía con dos pelotones de morteros a Possad mientras el resto del Primer Batallón volvía a Shewelwo y Gorelewo. Cuando llegamos a la Intermedia ya se veía desde allí que el pueblo se había convertido otra vez en un infierno y al entrar en él había tantos muertos y heridos por todas partes que no pude por menos que recordar con angustia los otros días pasados en aquella posición, salvo que esta vez eran de los Regimientos 262 y 263. Poco después, como si los rusos nos hubiesen reconocido y quisiesen rematar lo que no habían podido conseguir el mes anterior, nos conminaron con fuertes altavoces a volver a España. Después, comenzaron a salir por todos los lados, cerca, muy cerca, tanto que otra vez tuvimos que dejar de disparar y volver a la bayoneta, el machete o el zapapico. Otra vez la “Gran Vía” de Possad quedó cubierta de cadáveres y heridos, españoles y rusos, aunque muchísimos más de ellos que de los nuestros. Tropecé y me caí dislocándome una muñeca, y cuando me quise dar cuenta estaba encima de un oficial español, era el alférez Martínez Caro de la 2ª, un excelente muchacho que ya se había ido con el Señor.

Los combates y los golpes de mano se sucedían sin interrupción por

ambas partes.

Los bombardeos de la artillería rusa y de su aviación eran muy frecuentes, y cuando parecía haber llegado un espacio de bonanza, entre las líneas del frente se introducían los partisanos hostigándonos sin cesar y causando muchas bajas, por lo que comenzamos a enviar patrullas de contra saboteadores como avanzadillas de espera a la caza de los cazadores.

El día siete por la mañana estuve con un pelotón de avanzadilla de observación por una franja desprotegida entre Sitno y Possad, donde nos topamos con un grupo de partisanos a los que hostigamos hasta que desaparecieron en el interior de un bosque muy cerrado después de dejar tres o cuatro de ellos muertos. Ni siquiera me planteé la idea de seguirles metiendo a mis hombres en aquella boca de lobo. Al volver a Possad, apenas si habíamos empezado a comer cuando se nos vino encima una vez más el canto del verdadero infierno; la artillería, la aviación, y los morteros rusos, durante más de una hora, convirtieron Possad en un colador calado encima de otro colador. Una cosa menos como motivo de preocupación eran los pozos; uno estaba cegado y el otro no, pero como si lo estuviese ya que a aquellas temperaturas estaba casi congelado totalmente. Aún así, hubo un guripa que tiró una granada para intentar sacar agua y lo consiguió, pero no pudo llegar a levantar el cubo porque la bala de un francotirador se lo llevó por delante con cubo y todo.

A las cuatro de la tarde, con 34 grados bajo cero, comenzaron otra vez los altavoces a sugerirnos que dejásemos las armas y volviésemos a la soleada España, esta vez era la voz de una mujer que parecía del norte de España por el acento y las inflexiones de su voz. Ocupamos todos los puestos y las posiciones, nos metimos en los refugios o nos aplastamos al suelo en las trincheras y los pozos de tirador, sabiendo lo que vendría detrás de aquella invitación que, con voz de mujer, muy clara y en perfecto español, nos hablaba de los campos de Castilla y las playas de Andalucía, de los vinos de Jerez y Rioja, y de la fiesta de los toros en una cantinela que duró alrededor de diez minutos; luego llegó el asalto.

Primero los aviones, luego el canto de los cañones, después oleadas y oleadas de rusos, una detrás de otra que terminaron llegando hasta la misma base de los parapetos que cerraban la “Gran Vía”, la calle central y única del pueblo. Los cañones de tres de las ametralladoras se habían fundido, los antitanques no habían parado ni un momento, pero habíamos rechazado todas

las embestidas; la última de ellas utilizando otra carga a pecho descubierto con cuchillos, hachas y bayonetas porque ya los teníamos tan encima que no podíamos utilizar bombas de mano ni disparos de fusil. Se estaban repitiendo otra vez las mismas situaciones que ya creíamos haber dejado atrás para siempre unas pocas semanas antes, solo que esta vez sí que teníamos munición suficiente. En este último encuentro cuerpo a cuerpo perdimos a muchos camaradas, como el sargento Pepe González Morente, el de Antequera, a quien un mal tiro se lo llevó con el Señor. También hubo muchos heridos de metralla, tiros o cuchilladas, como el bueno y serio de Cardevilla.

A las siete de la tarde, los ojeadores que siguieron a los rusos nos indicaron que sus unidades se habían retirado a una distancia de cuatro o cinco kilómetros por el Vischera hacia el Sur. Fue entonces cuando recibimos la orden de prepararnos para abandonar Possad y retirarnos a Otenski, y como no podíamos llevar los antitanques el comandante García Rebull ordenó su inutilización. A las nueve de la noche el teniente Escudero nos dijo que comenzábamos la evacuación hacia Otenski, los que podían andar, por su cuenta, y los que no, según íbamos pudiendo sacarlos de aquel agujero. Enterramos a todos los que pudimos, pero no a todos, y por el camino a Otenski murieron algunos heridos y entre ellos Cardevilla; todos los buenos se iban yendo. Gota a gota, chorro a chorro, la División se desangraba en su mejor material, con una constante pérdida de gente buena e insustituible. Así fue como salimos de Possad para no volver, y cuando apenas habíamos andado cien metros hacia Otenski me crucé con un grupo mandado por el sargento Benito Alonso, de la 1º Compañía.

—Me quedo aquí a guardaros el culo, De la Iglesia, el comandante me ha ordenado apostarme al final del pueblo hasta que salga el último español y luego proteger la retirada—. me dijo con cara de circunstancias—. Pero podrías dejarme dos máquinas que me vendrían muy bien.

Dejé con él a López y a otro guripa con dos ametralladoras. Allí aguantó el palentino con su grupo hasta que salieron los últimos, los de la emisora de radio con su jefe, el sargento García-Izquierdo, que abandonaron el lugar tras destruir todo su material.

Ya en el camino, aún hubo un fuerte bombardeo sobre Possad que no sufrimos pues estábamos a más de un kilómetro de allí, pero sí un ataque aéreo que nos cogió antes de llegar a la Posición Intermedia y continuó en el camino entre ella y Otenski. Cuando llegamos a Otenski, todo estaba en movimiento

con un enorme ajetreo. El monasterio donde estaba el Cuartel General se encontraba en total ruina, le había caído encima una buena tanda de pepinazos, aunque lo cierto era que también habían caído por todo el contorno y en toda aquella zona, tanto en Otenski, como en varios kilómetros alrededor de Possad, Posselok, y hasta el Vischera, solo se veían los humos de los incendios que devoraban bosques y granjas. Un guripa me dijo que allí también habíamos tenido un buen montón de bajas y entre ellas los sargentos de la 3ª Sección de mi compañía, Emiliano Calama, el de Salamanca y Carlos Losada, también el soldado Gonzalo Ontiveros, el descendiente de Larra. El monasterio parecía hervir, al parecer se había recibido la orden de evacuar también Otenski y las posiciones avanzadas e intermedias, retirando todas las fuerzas de la zona hacia Shewelewo. Apenas si teníamos tiempo de dar agua a los heridos y enterrar a los muertos; pero lo hicimos todo lo rápido que pudimos y continuamos la marcha, más tarde nos enteramos que allí, al igual que en Possad, quedaron sin enterrar varios españoles porque el equipo de enterradores comenzó a ser hostigado por las avanzadas rusas con serio peligro de sus vidas.

Al llegar a Shewelewo, esperamos hasta la llegada de la noche y comenzamos a cruzar el río Voljov que estaba totalmente helado. Despacio, pero sin interrupción, hombres, caballerías y carros, y las pocas piezas de artillería que nos quedaban pasamos a la otra orilla. Mi batallón estaba diezmado, casi en cuadro otra vez, pero yo seguía viendo una firme decisión en los ojos de mis guripas. En los dos últimos días los de la segunda sección habíamos perdido a muchos amigos como los guripas Antonio Cardevilla, Manolo Miralles, Manolo Morales, Joaquín Camarmas, Joaquín Romero, y Gonzalo Ontiveros, entre otros buenos soldados. El Primer Batallón volvía a estar casi en cuadro ya que en este segundo Possad perdimos un buen número de camaradas y tuvimos cerca de cuatrocientos heridos. De los catorce sargentos de mi batallón que salimos vivos de Possad en los días de noviembre, solo quedábamos tras nuestra vuelta a ese pueblo, Benito Alonso, Luis Nieto, Santiago Teso, Tomatito, Santillana y yo; puede que uno o dos más cuyo nombre me pesa no recordar.

Nos enviaron a Miasnoy Bor para recuperarnos, y reorganizar en lo posible el batallón; las temperaturas seguían rondando los treinta y cinco y los cuarenta grados bajo cero, y así no había quien pudiera prestar atención a nada, claro que lo mismo le debía de suceder a los rusos porque sus ataques

parecían haber perdido intensidad. El día diez me comunicaron la concesión de la Medalla de Asalto de Infantería en Plata por las acciones de noviembre en Possad. Cuántos premios en tan pocos días por tan sólo querer sobrevivir.

Por la voz de Celia Jiménez nos enteramos que Alemania e Italia habían declarado la guerra a Estados Unidos al entrar ese país en conflicto con Japón que había bombardeado una base americana en el Pacífico. Los americanos volvían a entrar en una guerra continental cuando ya los bandos en conflicto estaban casi agotados, su potencial militar volvería a recorrer los campos de Europa en mayor cantidad de lo que ya lo estaba haciendo de tapadillo, y sus ejércitos de refresco entrarían a la brega aunque ya las fuerzas del eje se habían preparado desde hacía meses esperando tal acontecimiento. Según Celia, un portavoz del mismísimo Reischtag había hecho un comunicado triunfalista en el sentido de que eliminarían tantos barcos y aviones americanos que cuando los estadounidenses fuesen vencidos tendrían que volver a nado a su país. Recuerdo que pensé en la “gran cantidad” de tanques y aviones alemanes que nos habían apoyado en el Voljov y me dije que si esa era la fuerza que haría nadar a los americanos, habrían de pasar muchos años para ello.

La actividad del batallón quedó relegada a simples patrullas para evitar el paso de partisanos o de grupos de tropas por el Voljov helado, que intentaban aprovechar la continua oscuridad que nos envolvía las casi veinticuatro horas del día. Tomatito, Santillana, Benito Alonso y yo, estábamos alojados en una isba. Era digno de ver con la sonrisa con que nos cedían hasta la cama principal de la vivienda, mientras que ellos se iban a la cocina o a cualquier otra pieza menor de la casa y, en alguna ocasión, hasta a la cuadra o el granero. Muchas de las veces pudimos convencerles para que continuasen con su vida normal, al menos todo lo normal que es ver moviéndose por tu propia casa a unos extraños extranjeros vestidos de soldados con sus armas y equipos. En otras, creímos que ni forzando la voluntad del padre o el abuelo jefe de la familia, podríamos conseguirlo con facilidad, por lo que terminábamos ocupando las habitaciones que nos cedían aquellos campesinos rusos que siempre nos trataron muy bien y con los que nosotros correspondíamos ayudándoles en lo que podíamos y compartiendo nuestras raciones de alimentos.

Pero fue durante la noche del miércoles veinticuatro de diciembre, Nochebuena de 1941, cuando los rusos volvieron a hacerse oír y notar; ni

siquiera tuvieron la delicadeza de dejarnos pasar en paz ni la Nochebuena ni el día de Navidad. Fuertes bombardeos artilleros durante toda la noche que pararon un momento al amanecer para dejar paso a la aviación y luego continuar para volver a enmudecer a media mañana. Durante la hora de la comida, más aviones y más cañones, y así hasta la caída de la tarde. Como siempre, los campesinos rusos parecían olerse los ataques y desaparecían de sus casas para internarse en los bosques hasta que pasaba el temporal. Algunos de los nuestros insinuaban que eran los mismos partisanos quienes les avisaban.

Mientras esto nos sucedía a nosotros, el Segundo Batallón, el II/269 o Batallón Román, estaba desplegado ocupando Lowkowo, Udarmik y Gorka, con una pequeña posición entre Udarnik y Lowkowo, a la que habían bautizado como Posición Intermedia al igual que la que tuvimos entre Otenski y Possad. Esta Intermedia de la orilla oeste estaba protegida por una sección mandada por el alférez Rubio Moscoso y formada por dos pelotones de la 5ª Compañía, un pelotón de la 7ª y otro de ametralladoras de la 8ª.

Desde las primeras horas de la mañana oscura del sábado veintisiete de diciembre, entramos otra vez en danza. Todas nuestras posiciones fueron atacadas a la vez, intentaron flanquearnos con muchos efectivos, y nos costó Dios y ayuda parar el empuje soviético. Nuestros ojeadores y escuchas avanzados enviaban constantes avisos de grandes aglomeraciones de tropas al otro lado del Voljov, a lo largo de la orilla este, cuando un sargento de la sección del alférez Rubio llegó al Cuartel General del Regimiento, exhausto y con el inquietante informe de que varios regimientos rusos habían cruzado el río y que dos batallones estaban situándose para atacar su posición, dijo también que había salido de la Intermedia con un cabo de la 7º Compañía que se había dirigido a alertar al comandante Román a Udarnik. Se avisó al comandante Román que se atrincherase en Udarnik, y al capitán Temprano que lo hiciese en Lowkowo y que aguantase mientras mi batallón se acercaba hasta allí para reforzarlo. El comandante García Rebull envió un mensaje al comandante Román diciéndole que en cuanto asegurásemos Lowkowo iríamos a Udarnik en su ayuda.

A las seis de la mañana los rusos consiguieron romper la línea del comandante Román y entrar en Udarnik conquistando casi todo el pueblo y empujando a los de Román hasta las últimas casas donde aguantaron y, cuando los rusos ya se veían con la victoria y la eliminación de los españoles, los

nuestros, apenas ya dos docenas de hombres con su comandante a la cabeza, arremetieron contra ellos en un ataque a pecho descubierto con lanzamiento de granadas y el cuchillo bayoneta por delante. ¡Qué cojones! Los rusos, en gran mayoría numérica fueron retrocediendo hasta retirarse, pero volvieron una y otra vez.

Una vez rechazados los rusos en Lowkowo, cosa que no resultó fácil, y donde me hirieron a dos guripas de la sección, el comandante de nuestro batallón dejó allí a la 3ª Compañía con la primera sección de mi compañía y nos dirigió a las otras dos compañías de fusileros y al resto de la mía hasta Udarnik para unirnos al comandante Román que resistía en la Ermita con menos de veinte soldados casi todos en mal estado, heridos y agotados. Mi sección entró en Udarnik con la 1ª Compañía y allí ya estaban dos secciones de la 11ª del Tercer Batallón, y la Sección de Asalto del regimiento. Rompimos el cerco que los rusos tenían sobre la Ermita; después, junto a lo que quedaba allí del Segundo Batallón, realizamos un fuerte contraataque y conseguimos liberar el pueblo expulsando a los rusos hacia el Este.

Sin esperar ni un minuto, los del Primer Batallón y la Sección de Asalto fuimos a todo correr hasta la Posición Intermedia, donde estaba el alférez Rubio con sus hombres, pero ya era tarde. No quedaba nadie con vida, y si aquello ya era terrible de por sí, la forma de morir de aquellos muchachos lo era aún más. Solamente había que mirar un poco alrededor para hacerse una idea de la tragedia que allí se había desarrollado. Después de agotar toda la munición y defenderse con las bayonetas, las hachas, los picos y las palas, y hasta tirando piedras pues uno de los muchachos las tenía en sus dos manos agarrotadas y muertas; los nuestros habían sido sometidos, desnudados la mayoría de ellos y clavados sus cuerpos al suelo helado con sus mismas bayonetas, con sus hachas o sus zapapicos, algunos hasta con los picos largos de los rusos. El espectáculo me heló la sangre solamente un instante antes de que comenzase a hervir con fuerza al ver la cara de un joven guripa, casi un niño, que con un gran pico ruso clavado en el pecho y con la boca abierta como en un último grito de desesperación, era la estampa viva de quien siente un inmenso dolor mientras no entiende que eso le pueda estar pasando a él. A pocos metros del muchacho, otro soldado tenía un zapapico clavado en la boca, más allá otro con las dos piernas clavadas al suelo con bayonetas y uno más con un pico en el pecho; más allá…tres soldados a los que no les habían quitado nada más que las botas y los correajes, eran alemanes con los

distintivos negros de Ingenieros, y estaban amontonados encima de su sargento que tenía los brazos cortados a hachazos, al lado de ese grupo…Triste miércoles 27 de diciembre de 1941 que se me quedaría grabado para siempre.

¡Dios cómo se puede ser tan salvaje! El sargento Benito Alonso de la 1ª Compañía, recogió varios papeles que habían sido metidos en las bocas de algunos guripas y se los dio a su teniente.

—"Azules, hijos de puta, moriréis todos en Rusia" —leyó el teniente uno de los papeles—. "Miradlos, así va a morir todo camisa Azul" —leyó otro y se los devolvió a Alonso.

—¿Qué le parece, mi teniente? —le preguntó el palentino con la cara desencajada y la voz temblando de horror.

—Esto está escrito en perfecto español, llévaselo al comandante García —le respondió el oficial.

—Eso que ha leído el teniente lo ha tenido que escribir unos de nuestros rojos —dijo Santillana a Alonso, y un silencio de incredulidad pareció recorrer aquel campo de salvajismo.

—Hemos encontrado dos heridos, están muy mal, y sus heridas son feísimas —llegó gritando un guripa—. Uno tiene varios pinchazos de machete en las piernas y en la barriga y está medio congelado, y el otro tiene un pico clavado en el pecho y no creo que llegue a vivir lo que dura un Credo, mucho menos para llegar al hospital.

Los gritos y las voces de ¡Cabrones! ¡Hijos de Puta! Y otras parecidas surgieron con rabia y desesperación de muchas de nuestras gargantas. Uno de los guripas, un legionario, comenzó a gritar "carta blanca, mi comandante". A los pocos segundos las voces de "no prisioneros" y "sin cuartel" eran pronunciadas por la mayoría de los que allí estábamos. Uno de los legionarios echó a correr hacia el río y varios más lo siguieron. Mi comandante ordenó que las compañías saliesen detrás del grupo de los legías que ya corrían ladera abajo en la dirección en que se habían retirado los rusos que habían hecho aquella masacre. Mi sección también corrió pese al esfuerzo que suponía correr con nuestras MG-34 sobre los hombros, y ya empezaba a anochecer cuando llegamos al lugar donde se refugiaban los rusos, una antigua capilla rodeada por tres edificios que nos acababan de arrebatar matando o hiriendo a todos los de la sección del alférez Escobedo, él incluido con heridas en los brazos.

Agazapados y a rastras, los primeros del grupo de legionarios llegaron

hasta los mismos pies de los centinelas rusos que, tapados hasta las cejas por el frío no se esperaban lo que se les echaba encima. El asalto fue tan rápido que no les dieron tiempo a darse cuenta de lo que sucedía, con los cuchillos y las bayonetas, uno a uno fueron cayendo acuchillados. Cuando los de los edificios se dieron cuenta, intentaron salir corriendo para intentar escapar en la oscuridad, pero ya estábamos acostumbrados a mirar como gatos y una buena parte de ellos cayeron según iban saliendo. Algunos de los que escapaban se introdujeron sin darse cuenta en un campo de minas que ellos mismos habían instalado y poco quedó para recontar. Los que se dirigieron al interior y no se encaminaron al río fueron cazados literalmente entre la arboleda por los de la Sección de Asalto.

Pero una gran mayoría consiguieron escapar y corrieron hacia el Voljov intentando cruzarlo hacia las líneas rusas, pero sobre el río helado les dimos alcance, y ahí si que intervinieron las ametralladoras de mi sección. Las líneas de las trazadoras recorrieron todo el ancho del río marcando el tiro en la oscuridad y devolviendo desde el hielo un pequeño fulgor que casi era suficiente para ver las siluetas de los que huían intentando ponerse a salvo al otro lado. Murieron muchos bajo el fuego cruzado de media docena de ametralladoras y de cerca de trescientos fusiles, muchos, fueron muchos los que cayeron en aquella pista de hielo; alguien dijo poco después que cerca de mil. Yo me sentía hastiado de tanta locura y tanta carnicería, pero a la vez contento y satisfecho de haber vengado a aquél joven guripa y a sus compañeros. Cuando volvimos me contaron que el alférez Evaristo Suárez y el sargento Gómez Camacho de la 2ª Compañía habían muerto durante la refriega en la capilla; dos más que acababan de ser vengados.

También me contaron algunas cosas detestables que habían hecho un pequeño grupo de legías con los rusos que quedaron en la zona de la capilla, me dijeron que hasta habían cortado los dedos de los muertos para coger trofeos que iban mostrando sin avergonzarse; y, la verdad, yo no vi ninguna prueba de ello, aunque podía llegar a creérmelo. La guerra es así, y hasta yo me asombré al pensar eso, que la guerra era así y donde las dan las toman, y que…mientras que los rusos ya estuvieran muertos cuando lo hicieron…pues que no sentirían ningún daño; porque cuando la ira y la desesperación te ciegan los ojos…malo; el hombre más templado puesto en esa tesitura no atiende a Dios ni a razones.

Días después comentando aquellos hechos con algunos camaradas, al

tratar la posición del comandante García Rebull ante lo que sucedió, todos estuvimos de acuerdo en que tal era la angustia, el horror, y el ansia de venganza que la visión de los muchachos del alférez Rubio Moscoso había llevado a nuestras almas, que si el Jefe del Primer Batallón no hubiese seguido detrás de los legionarios en busca de los rusos, todo el batallón se le hubiese rebelado o insubordinado en ese momento, y toda la División hubiese sufrido un gran daño en su estructura disciplinaria.

Yo solamente saqué un malestar que me colmó el alma de una desazón sin límites y un estupendo SVT-40 que recogí junto al cadáver de un suboficial ruso caído en la acción de represalia

A lo largo de varias semanas continuamos rechazando los continuos intentos de atravesar el Voljov por parte de los rusos. Cuando no intentaban un empuje de fuerza en condiciones, lo hacían con pequeños grupos para dar golpes de mano en nuestras líneas, cosa que también hacíamos nosotros en las suyas.

Un día nos llegaron malas noticias. Grandes efectivos rusos, el 52 y el 59 Cuerpos de Ejércitos, habían presionado al Norte y al Sur de nuestras posiciones a lo largo de toda la línea del Voljov, mientras que entre Godorok y Dubowichy, el 2º Ejército de Choque del general Vlásov había conseguido romper las líneas alemanas y se estaba introduciendo hacia el oeste para colocarse a nuestras espaldas. Los alemanes reaccionaron y contraatacaron desde Dubowichy hasta Godorok cerrando el lugar del Voljov por donde se había producido la rotura del frente, y dejando un gran copo donde decenas de miles de rusos quedaron cercados.

El general Muñoz Grandes agregó tres batallones de infantería y cinco baterías de artillería a la 58 y a la 126 Divisiones alemanas que eran la fuerza principal en el embolsamiento de los rusos del general Vlásov. El Batallón Román fue el primero que intervino al lado de los alemanes que trataban de reducir a los rusos copados en aquel cerco, pero eso sería dos meses más tarde.

A primeros de enero, el nuevo capitán de mi compañía me dijo que yo había sido propuesto para la Cruz de Hierro de Segunda Clase, ya era la segunda vez y no había segunda mala, según se decía; pero el primero que me lo dijo murió antes de comunicárselo al escribiente, claro que tampoco había ya escribiente en Possad. Yo iría de rodillas por toda Rusia a recoger una por

una todas las cruces de hierro que habían entregado al "Jía", si con ello pudiera devolverles la vida a Calero y al escribiente.

Pero hay algo que me gustaría recoger para no olvidarme, y es una verdadera epopeya de nuestra Compañía de Esquiadores que salieron el día 10 para auxiliar a un batallón alemán sitiado en Wswad, cerca de Uschin en el sureste del lago Ilmen. Consiguieron atravesar el lago con temperaturas inferiores a 55 grados bajo cero, a pesar de tener grandes bajas por congelación que supusieron el 60% de los efectivos, hasta contactar con los alemanes sitiados y lanzarse al ataque junto a ellos para romper el cerco.

El veinticinco de enero me dijeron que solamente habían quedado 12 hombres en pie de los 250 que salieron para cumplir la misión. Misión cumplida, se decía. Porca miseria que dicen los italianos, yo no entendía hasta qué punto algunos podían considerar como una victoria el cumplimiento de una misión con más del 90% de bajas propias. Por menos de eso la historia se ha burlado de Pirro por ganar una batalla a los romanos con enormes pérdidas, lo que se conoce como victoria pírrica; y que cuando sus generales lo felicitaron por la gesta dijo aquello de: "¡Dioses del Olimpo!, otra victoria como ésta y estamos perdidos para siempre", o algo así. Creo que los supervivientes de la epopeya del lago helado, en algún momento y una vez desinflado el pecho tras los vítores, debieron de pensar algo parecido al recordar a tantos camaradas caídos y mutilados.

Porque el caso real de la hazaña del lago Ilmen, fue el de sus consecuencias para nuestros guripas, una vez pasada la propaganda y la aureola heroica, que en verdad merecieron por su coraje, sacrificio y resistencia ante el terreno y el enemigo. Con el devenir de los tiempos se recordaría a la hazaña, más que por el cumplimiento de la misión o por sus muertos, porque allí se produjeron gran cantidad de heridos por congelación con casi una veintena de hombres que se quedaron sin sus dos piernas.

Durante muchos años, y desde que a mi vuelta a España conocí todo lo que se publicó sobre la gesta de aquellos españoles y después de leer los informes de las comunicaciones de radio, entre sus oficiales y el mando español; me asaltaron varias preguntas aunque siempre había algún entendido en táctica y en estrategia que me las contestaba a su manera de distintas formas, siempre justificativas, pero que a mí nunca me convencieron: ¿No se conocía el lago ni su dificultad? ¿Tan mal funcionaba la inteligencia alemana?

¿No se conocía el mejor itinerario ni dónde estaban los rusos? ¿No se estudió la aproximación y el método? ¿En verdad no había en el ejército alemán medios para proporcionar un mejor equipo a aquellos hombres? ¿Se puede creer que no existiera ninguna unidad alemana más próxima que aquella compañía de esquiadores que tuvo que atravesar todo el lago helado y lleno de trampas naturales? ¿Se prefirió solicitar la ayuda española por la desmesurada dificultad de la misión? ¿Se hizo la solicitud porque era una misión desesperada que creían condenada al fracaso? ¿O fue porque los españoles estaban para eso, para emplearlos en los momentos y lugares difíciles? ¿Primó más la prisa de los españoles al aceptar la misión y querer demostrar a los alemanes que éramos los mejores? Puede ser que algunos de los que allí tuvieron que tomar decisiones, conociesen y pudiesen contestar una o varias de las preguntas, pero estoy seguro de que nadie en aquellos momentos estuvo en condiciones de responder a todas ellas. Es más, dudo que hubiera muchos que llegaran a plantease la mayoría de estas preguntas. No fue hasta 1969 cuando tuve la suerte de encontrarme con el general Bonet, uno de mis jefes de batallón, quien me aclaró mientras tomábamos café en franca camaradería, que no todo era tal como los divisionarios creíamos entonces y que nuestros sacrificios de Possad y del Ilmen, entre otros, habían tenido mucha más importancia y habían resuelto muchos más problemas logísticos, estratégicos y tácticos al ejército alemán de lo que los españoles siempre habíamos pensado.

Pero fuesen como fuesen los antecedentes de la gesta del lago Ilmen, la acción está ahí, y una vez dejado aparte su aparente escaso e insuficiente planeamiento y el absoluto desconocimiento del verdadero enemigo al que tenían que vencer nuestros hombres sin armas suficientes para ello, como era el propio lago helado; todo quedaba en un canto a lo imposible, a la superación humana, al triunfo de la voluntad sobre la carne, al sacrificio continuado y sin desfallecer, día tras día, para llegar a la meta ordenada y deseada. Así éramos y seguimos siendo los españolitos desde los tiempos de las Huestes de Castilla, de los Almogávares y de los Tercios de Flandes, y aquellos eran otros tercios, Los Tercios de Rusia ¡Qué se le va a hacer!

Algunos días después, Tomatito me contó que había oído decir que, aunque a los esquiadores los mandaba su jefe, el teniente Otero, al integrarse en la expedición varios tenientes, sargentos y soldados del Batallón de Exploración, alguno de ellos más antiguo que Otero, el general puso al mando a un capitán, el capitán Ordás de la 3ª Compañía de Antitanques. También supe

por Tomatito que el teniente Otero y un pequeño grupo de sus hombres tuvieron que soltar los caballos que arrastraban los trineos porque no podían avanzar por el hielo cubierto con nieve que les llegaba a la barriga, y que los hombres tuvieron que arrastrar con gran esfuerzo toda la impedimenta y el armamento durante muchos kilómetros; que se jugaron el tipo en condiciones de ambiente infrahumanas, con acciones de franqueamiento de grandes grietas, obstáculos y muros de hielo increíbles y que hasta se las tuvieron que ver con varios carros de combate rusos sin más armas que bombas de mano para poder detenerlos. ¡Qué gente!

Aquella acción de los esquiadores españoles en el Ilmen recorrió las rotativas de diarios y semanarios de todo el mundo, por la radio nos llegaban las noticias de que era comentada en todos los países como una magnífica y milagrosa gesta, tanto en los del eje como en los aliados y los neutrales. Al final, como siempre a lo largo de su historia, España es y será recordada por las hazañas de unos pocos de sus hombres que quisieron y supieron hacer posible lo imposible. Pero ese recuerdo será en el exterior porque dentro tendemos a olvidar y a tapar todo lo que signifique gesta militar.

Las acciones del Batallón Román también se comentaban como heroicas, y la verdad es que lo eran, porque si nuestro batallón había sufrido grandes pérdidas, el II Batallón del dos seis nueve se llevaba la palma y sus bajas eran tanto o más cuantiosas que las nuestras. Yo creo que por merecimientos propios era el preferido del general y eso, en esta profesión, te pone en camino de la gloria pero a la vez es muy perjudicial para la salud. El catorce y el quince de enero, en Teremez, después de un dificultoso avance con nieve hasta la cintura bajo el fuego enemigo, tuvo que combatir mano a mano con los alemanes, casa por casa, una vez y otra durante horas contra las fuerzas rusas, y tuvieron ciento cuarenta bajas, casi el setenta y cinco por ciento de los que entraron allí en combate.

En la zona de influencia de mi batallón, Chechulino y Witka, la situación a mediados de enero de 1942 era de continuos tira y afloja con los rusos, ellos empujaban a través del Voljov con ataques no demasiado fuertes pero con innumerables y continuos golpes de mano que intentaban por todos los medios romper el cerco del enorme cepo del oeste donde muchos miles de ellos se encontraban copados. Aún teníamos la noche casi perpetua y era un verdadero infierno cuando te mandaban a hacer una descubierta porque nunca sabías si tú

eras el cazador o la pieza, ya que con aquella medio luz medio sombra, nunca sabías si estabas allí o estabas acá porque, salvo la clara marca referencial del cauce helado del Voljov, todo se confundía y casi nunca eras capaz de asegurar si el enemigo era quien había entrado en nuestras líneas o en cambio habíamos sido nosotros los que nos habíamos metido en las suyas.

El día diez nos llegaron unos pocos soldados desde la península, se trataban de una pequeña tanda de reclutas que no formaban parte de ningún grupo de tránsito, dos de ellos portugueses, de los que llamaban "viriatos", Pedro Ponte do Almeida y Joao Gonsalves do Río, ¡Joder qué nombres! Por eso les llamábamos Puente y Gonza, pero claro, yo soy un "De la" y sin embargo me llamaban Verato. Allí no servían ni los von, ni los de, ni los del, ni los de la; allí solo valías lo que eras y lo que podías demostrar que eras. Había albañiles y pastores muertos y vivos con varias condecoraciones, y abogados e ingenieros muertos y vivos sin ninguna; en fin, si buscabas medallas solo tenías que rezar para que Dios te colocase en el lugar y la ocasión propicios y para que te hiciese responder como se debía, y las medallas llegarían porque son cosa de los hombres; otra cosa es que las disfrutases tú o que tuvieran que disfrutarlas tus familiares; en ese caso, ajo y agua camarada.

También volvió el teniente González-Caballos ya repuesto de sus heridas en Possad. Pero unos volvían y otros se iban. El Coronel Esparza se despidió del regimiento para volver a España, sustituyéndole en el mando el Coronel Rodrigo, segundo jefe de la división. En su marcha hubo de todo, alegrías por él, por los que nos quedábamos, y por quien nos llegaba como nuevo jefe. Siempre he considerado la figura del Coronel Esparza como la de una persona controvertida. Había que diferenciar entre su seco y desagradable trato hacia los oficiales y suboficiales durante el día a día cuartelero y su exigencia de total cumplimiento de las órdenes recibidas, también entre su carácter irascible que le llevaba a gritar y a abroncar al más pintado que se cruzase ante él o le llevase la contraria y su fama de hombre de hielo ante el fuego enemigo y el desarrollo de las operaciones. Su experiencia en la táctica de combate en los llanos del Garet y en los montes del Rif y su intento inicial de trasladar aquella experiencia de arrollar al enemigo con el empuje a los combates en aquellas tierras heladas del Voljov, y su choque con la realidad y las sabias variaciones que tuvo que efectuar volviendo al sistema de defensa por blocaos, típico español, con retirada activa y paulatina hasta un reducto

final donde se combate hasta el final. Muchas veces he pensado que él fue el verdadero artífice de la resistencia en las dos orillas del Voljov, aunque su empecinado empeño en cumplir las órdenes por encima de todo, aquél ¡clavados al terreno!, fuese la causa de que el número de bajas fuese tan importante en nuestro regimiento. Bajas tan importantes como mal aceptadas por todos y cada uno de los soldados que hasta le inventaron canciones a su coronel donde aparecía como culpable de las bajas y enterrador de los soldados de sus batallones. Lo cierto es que, en cualquier acción de guerra y más dentro de una confrontación tan cruel como la de la Campaña de Rusia, la visión del mando y la del soldado nunca tienen por qué coincidir, salvo en el afán y la voluntad de vencer; uno recibe sus órdenes y planea la acción sin preguntar la opinión de los soldados, como no puede ser de otra forma; y los otros realizan lo planeado por su jefe sin dudar de su mayor conocimiento y preparación y sin pensar en si puede haberse equivocado o no, lo contrario sería de un desgaste moral de terribles consecuencias. El resto lo ponen tu fe en la victoria, tu moral, tu fuerza y preparación, las del enemigo, y la suerte.

En la tercera semana de enero recibimos una serie de regalos del Estado Alemán, licores, tabaco, mantequilla, frutos secos, jabón de afeitar, grasa para el calzado y varias cosas que ya escaseaban hasta en los depósitos de víveres. Había unidades de la división que ya lo habían recibido a finales de diciembre, pero nunca es tarde ni tampoco seríamos los últimos en recibirlos. Pero si esto nos alegró un poco el alma, pronto vimos que nuestros paisanos españoles tampoco nos habían olvidado en aquellas fechas. Con un interminable goteo, a partir de finales de enero y hasta finales de febrero, comenzaron a llegar grandes cantidades de paquetes. Era el aguinaldo de Navidad enviado por el Estado, el Ejército, la Falange, la Sección Femenina, Las Cámaras de Comerciantes, la Asociación de Banca, los ayuntamientos, y un sin fin de entidades públicas y privadas. En las cajas, además de la felicitación navideña en una tarjeta, había de todo: tabaco, ropa de abrigo como jerséis, bufandas, calcetines y hasta unos gorros de lana que nos vinieron muy bien para debajo del casco; coñac, chocolate, medallas de la Virgen, periódicos nacionales y regionales, navajas de Albacete, raíces de regaliz que me trasladaron a mis tiempos de niño, barajas de cartas, y un sinfín de cosas a las que todos no tuvimos acceso pero que nos las íbamos intercambiando alegremente y sin que apenas existiesen casos de egoísmo ni acaparamientos,

aunque algunos sí que los hubo, así como un considerable aumento posterior de la venta y el intercambio de toda clase de productos en el mercadillo de trincheras

El tres de febrero nos trasladamos a la zona entre Germanowa y Kotowizy para relevar a un batallón del 424 Regimiento alemán. El día cuatro encargaron a nuestro regimiento el Sector Norte de la división, y a mi batallón le tocó el Subsector de Ugolki con dos antitanques y la Sección de Cañones de 150 de la 13ª Compañía.

El martes diez de febrero de 1942 el Segundo Batallón del dos seis nueve fue agregado a la 126 división alemana junto con la 9ª Compañía del regimiento dos seis tres y una sección de transmisiones. Se trasladaron a Osiya y Bol Samosche para preparar el levantamiento del cerco que, fuerzas rusas que habían presionado desde la zona de Leningrado, tenían puesto sobre la ciudad de Mal Samosche donde se encontraba un batallón alemán. Para intentar rescatar al batallón alemán, enviaron a esa zona a la 7ª Compañía de nuestro Segundo Batallón junto a la 9ª del Tercer Batallón del Regimiento 263. La marcha hasta allí fue de gran sacrificio, sin medios de remolque ni caballerías porque la nieve llegaba a la barriga de los animales y a la cintura de los hombres, pistas de arroyos helados cubiertos por la nieve que constituían una trampa que impedía el progreso de la marcha, con temperaturas de trece grados bajo cero y sin casi descanso por la premura de entrar en contacto con los rusos que cercaban el pueblo y que también les hostigaron a ellos durante casi todo el camino de aproximación, mediante patrullas de asalto y partidas de partisanos. El día trece por la noche tomaron contacto con la fuerza enemiga con la que entablaron fuertes combates sin casi refugio y cubiertos por la nieve. El día quince, los hombres de la agrupación española lograron su objetivo al conseguir romper el cerco haciendo muchas bajas al enemigo y consiguiendo evacuar a las fuerzas alemanas y a los heridos, junto a la población. Terminado el trabajo volvieron a Osiya donde, sin dejarles descansar, les enviaron de vuelta a Bol Samosche que había comenzado a ser hostigado. Si los días de la liberación de Mal Samosche fueron duros y sacrificados, aún les quedaba un mal trago a los del Segundo Batallón, pues los rusos parecían haber decidido la reconquista de toda la zona a cualquier precio. En Bol Samosche, los españoles se vieron fuertemente atacados hasta el punto en que temiendo por la pérdida de la posición, el comandante del

Segundo Batallón del dos seis nueve envió como refuerzos a las compañías 6ª y 8ª. Los combates fueron encarnizados y las bajas propias cuantiosas, pero los reconocimientos y recompensas fueron parejos al valor y al sacrificio de los hombres, un buen número de condecoraciones individuales y la Medalla Militar Colectiva para el Segundo Batallón, el Batallón Román.

Por el Cuartel General de la División, se puso en conocimiento de todo el regimiento, el reconocimiento y agradecimiento del general jefe de la 126 división alemana a la labor realizada y al gran sacrificio demostrado por el Batallón Román y la 9ª Compañía del 263.

El ocho de marzo cayó herido el capitán Carlos Fernández Vallespín y destinaron para el mando de su compañía, la 3ª, al teniente de mi compañía Francisco Escudero.

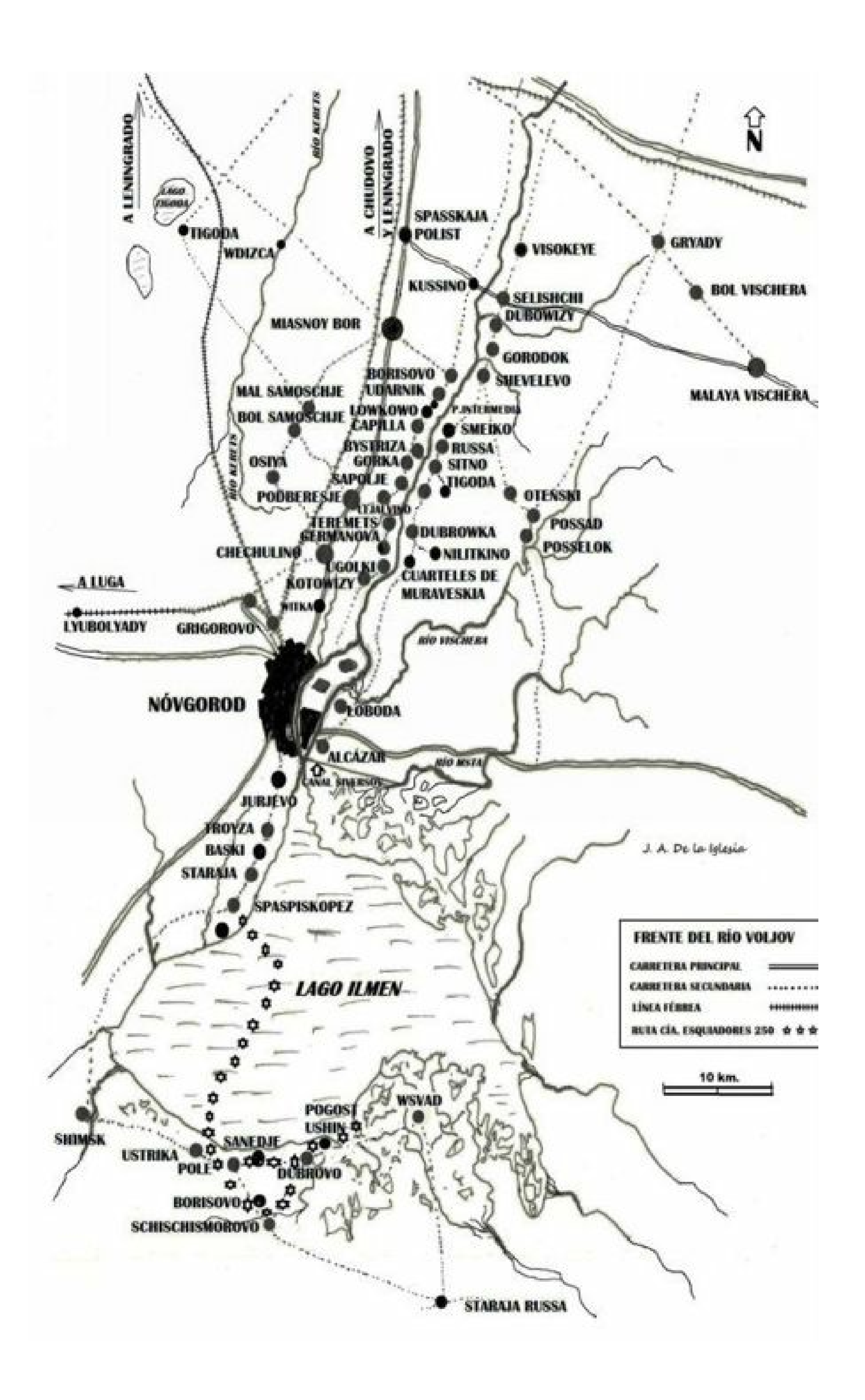
Apenas unos días después, dio comienzo una gran operación a la que pusieron el nombre de Depredador, y que intentaba eliminar la resistencia soviética del general Vlásov en el interior de lo que ya comenzaba a llamarse la bolsa del Voljov y que no era otra cosa que una zona infecta de alimañas, insectos y ciénagas, donde las familias rusas que vivían en su interior se encontraron con un fuerte dogal al cuello, con falta de alimentos, y con la pérdida de la mayoría de sus viviendas sin que obtuviesen ayuda por parte de sus propias fuerzas.

Aquellas familias encerradas en aquel infierno, no solo no podían ser ayudados por sus soldados que se encontraban imposibilitadas por las órdenes en contra de los comisarios políticos sino que, en algunas de aquellas órdenes, se inducía a los cientos de campesinos a entregarse a los alemanes para así retrasar su avance y molestar sus movimientos; lo cierto es que ancianos, mujeres y niños, pasaron innumerables calamidades y hambrunas.

Pero no solamente aquellos comisarios políticos enviaban a los campesinos hambrientos y medio desnudos hacia las líneas alemanas, sino que según contaban los propios aldeanos, también atenazaban a los comandantes de las unidades rusas y les amenazaban con la horca por traidores y con la deportación de sus familias en cuanto protestaban por la falta de municiones y de comida, o cuando alguno sugería la idea de una posible rendición.

En aquella inmensa operación con innumerables efectivos, intervinieron por parte española el Batallón Román y varias baterías que tuvieron que habérselas con un regimiento de tanques T-34 que los arrolló y a los que

solamente pudieron cerrar el paso gracias a las baterías alemanas de 88 y a la intervención de los tanques alemanes. Los resultados fueron, al principio, alternancias de cal y de arena con rupturas por parte de los rusos produciendo muchas bajas entre los alemanes y los españoles, y acciones de cierre y apriete de dogal por parte de éstos que produjeron muchas más bajas entre los rusos. Al final quedó asegurado el perímetro de la tenaza encerrando dentro a más de ciento veinticinco mil rusos con su general Vlásov. El Batallón Román, por el gran número de bajas, fue retirado a Nóvgorod para su reorganización.



A LENINGRADO
LAGO TIGODA
TIGODA
WDIZCA
RÍO KERETS
A CHUDOVO Y LENINGRADO
SPASSKAJA POLIST
VISOKEYE
GRYADY
KUSSINO
SELISHCHI
DUBOWIZY
BOL VISCHERA
MIASNOY BOR
GORODOK
SHEVELEVO
MALAYA VISCHERA
BORISOVO
UDARNIK
MAL SAMOSCHJE
LOWKOWO
P. INTERMEDIA
BOL SAMOSCHJE
CAPILLA
SMEIKO
BYSTRIZA
RUSSA
GORKA
SITNO
OSIYA
SAPOLJE
TIGODA
PODBERESJE
OTENSKI
TEREMETS
GERMANOVA
POSSAD
DUBROWKA
POSSELOK
CHECHULINO
NILITKINO
UGOLKI
KOTOWIZY
CUARTELES DE MURAVESKIA
A LUGA
NITKA
LYUBOLYADY
GRIGOROVO
RÍO VISCHERA
NÓVGOROD
LOBODA
ALCÁZAR
RÍO MSTA
CANAL SIVERSOV
JURJEVO
TROYZA
BASKI
STARAJA
J. A. De la Iglesia
SPASPISKOPEZ
LAGO ILMEN
FRENTE DEL RÍO VOLJOV
CARRETERA PRINCIPAL
CARRETERA SECUNDARIA
LÍNEA FÉRREA
RUTA CÍA. ESQUIADORES 250
10 km.
WSVAD
POGOST
USHIN
SHIMSK
SANEDJE
USTRIKA
POLE
DUBROVO
BORISOVO
SCHISCHISMOROVO
STARAJA RUSSA

En aquella inmensa operación con innumerables efectivos, intervinieron por parte española el Batallón Román y varias baterías que tuvieron que habérselas con un regimiento de tanques T-34 que los arrolló y a los que solamente pudieron cerrar el paso gracias a las baterías alemanas de 88 y a la intervención de los tanques alemanes. Los resultados fueron, al principio, alternancias de cal y de arena con rupturas por parte de los rusos produciendo muchas bajas entre los alemanes y los españoles, y acciones de cierre y apriete de dogal por parte de éstos que produjeron muchas más bajas entre los rusos. Al final quedó asegurado el perímetro de la tenaza encerrando dentro a más de ciento veinticinco mil rusos con su general Vlásov. El Batallón Román, por el gran número de bajas, fue retirado a Nóvgorod para su reorganización.

Aunque los días ya comenzaban a tener horas de luz suficiente para permitir una buena observación de las actividades del enemigo y para un buen planeamiento de las propias, aquella tierra rusa parecía haber sido creada por Dios para que los hombres no disfrutasen de ella; ya que acababa de entrar también en liza otro enemigo natural, el deshielo. La primera medida ante el incipiente deshielo fue acelerar la licuación total de las aguas del Voljov para impedir el paso a las fuerzas rusas y facilitar así la vigilancia de la orilla occidental del río con menos preocupaciones hacia las incursiones rusas desde la orilla oriental. Para ello se dinamitó la capa de hielo para acelerar su desaparición, misión que desempeñaron a la perfección los zapadores de la División.

Como el batallón estaba muy extendido, alguien del mando tuvo una gran solución, y a mediados de abril destinaron a otro alférez castrense, don Vicente Pérez, ya eran dos curas para repartirse la línea; el caso era que el ánimo y el alma no decayesen, los guripas ya iban escaseando para cubrir todos los puestos, pero de alma debían de estar bien; pan de alma para hoy y hambre de fuerza para mañana si no nos mandaban pronto unos refuerzos que, por su necesidad, ya deberían de estar en el frente desde hacía más de dos meses. Esta situación de dos sacerdotes en el batallón continuó por un mes, hasta que el Padre Larruy nos dejó el once de marzo para ir destinado a una compañía de zapadores.

Durante los meses de marzo a mayo, todo aquel manto blanco que nos había congelado durante más de cuatro meses se convirtió en una alfombra de verdor bajo la que se escondía uno de los mayores enemigos de cualquier ejército en movimiento, el que más impide su movilidad y el que le obliga a

emplear un buen número de efectivos en tareas de arranque, empuje y acarreo. El barro.

Si intentábamos mover los carros, las ruedas se hundían hasta por encima de los ejes. Si eran piezas de artillería, su peso podía llegar a enterrarlas en buena parte de su altura dentro de aquella plasta en la que se había convertido el suelo. Todo ello sin contar con el enorme esfuerzo que aquello acarreaba a hombres y caballerías que, con piernas y patas clavadas en el barro, tenían que redoblar su esfuerzo para mover el material o sacarlo, cuando se podía, de los fangales. Cualquier movimiento de material rodante, salvo el de cadenas y no siempre, implicaba la elección del itinerario de tránsito posible y no del deseable para la misión en que se habría de emplear; así como el pleno convencimiento de que si los caminos eran albercas de agua y barro, fuera de ellos podían encontrarse verdaderas gargantas encubiertas por la vegetación donde los hombres quedarían atrapados hasta cerca de su cintura y donde quedaría a medio enterrar el material que transportasen. Había que volver al sistema de soldado, fusil, y cantimplora, cosa que por otra parte hacían también los rusos; enclavando o moviendo lo menos posible el material pesado, y consiguiendo así mayor movilidad aunque con menor apoyo de fuego. Había comenzado la época que llamaban la rasputitza o de los terrenos sin caminos, donde al deshielo se sumaban grandes periodos de lluvias que convertían todo el norte de Rusia en zona impracticable. Parece mentira que un general tan inteligente como decían que era el general Vlásov se hubiese dejado encerrar en aquella zona de ciénagas sabiendo que se avecinaba la rasputitza, a no ser que creyese que el suelo ruso iba a respetar a sus soldados y tragarse a los invasores. Pero como todo en cuestión de meteorología pasa o cambia, con la llegada del otoño el suelo se habría drenado y los fríos comenzarían a helar los terrenos y vías de comunicación volviendo a hacerse transitables.

Mientras tanto, para organizar la defensa del frente del cauce del río Voljov y ayudar en caso de necesidad en el asunto de la bolsa en la línea que iba desde Volgowo a Godorow, cortando la carretera principal a Leningrado y pasando por Miasnoy Bor, se creó una Agrupación con la Plana Mayor Regimental y los batallones Segundo y Tercero del dos seis nueve, más dos compañías del dos seis dos.

Por fin comenzaban a llegar noticias de relevo y no fuimos pocos los que

deseábamos tanto el ser incluido en las primeras listas como no serlo y continuar combatiendo. En aquel momento fue cuando me di cuenta de que nadie es capaz de conocer el alma humana ni su verdadero deseo ante una gran encrucijada, que nunca era cierto que el hombre buscara siempre de forma inteligente la salvación inmediata, ni tampoco lo era que desease el sacrificio a ultranza en favor de otros. Las listas de repatriación se comentaban como los premios gordos de la lotería y, aunque fueron varios los que solicitaron su continuación en el frente, no fueron menos los que plantearon su inclusión en ellas por motivos familiares o de salud.

Una de las noticias que en esos días más me impactó fue la fea herida y la consecuente evacuación sufrida por el sargento Justino Medrano el día cuatro de mayo; también la muerte en la tarde del día cinco, a manos de francotiradores y partisanos, del Soldado Salvador López, excelente guripa y magnífico compañero; y del sargento Eusebio Aguado, el cabo José Murciano y los soldados Benito Martín, y Félix Marco, el día siete, en que otra media docena de jóvenes y buenos camaradas que fueron heridos.

—¡Que Dios los tenga en su Gloria! —dije una vez más aquella plegaria que era con creces la que más se oía cuando comunicaban las bajas mortales o alguien informaba de la muerte de un conocido.

—¿Cree usted que habrá un cielo para nosotros, mi sargento? —me preguntó al oírme, un guripa de Cuenca que era agricultor, Martín, el que apareció en Madrid con alforjas, faja y boina—. ¿De verdad cree que hay una Gloria para los soldados?

—Estoy seguro, muchacho, estoy seguro de que hay un cielo, porque si no lo hubiese todo esto sería un asco —le dije—. Y también creo en un cielo con barrios, donde se encuentra el Cielo de los Soldados, y en él, la Gloria de los Héroes.

—Si usted lo dice, mi sargento, que Dios los tenga en su Gloria y a nosotros nos proteja de esos jodidos francotiradores y de los partisanos que nos llevaban a mal traer —me contestó el muchacho, poco convencido.

Y el guripa tenía razón al menos en lo de los francotiradores y las partidas de partisanos porque, por más que eliminábamos más aparecían y con más ganas de hacernos la puñeta.

—Oiga mi sargento –volvió el mismo guripa—. ¿Y los rusos?

—¿Qué coño pasa con los rusos? —contesté con otra pregunta.

—¿Los soldados rusos también van al Cielo de los Soldados? —me

preguntó.

—Pienso que sí —le contesté-. Quiero creer que al Cielo van todos los han sido buena gente y cumplen con su deber.

—Estaría bueno que se juntaran allí nuestros muertos con los suyos a gozar de la Gloria después de matarse aquí entre ellos, ¿no cree usted? —dijo el muchacho—. Al menos, si es así, estarán mucho tiempo juntos y terminarán por conocerse y hablar un mismo idioma.

—Basta de tonterías —exclamó otro soldado malhumorado y destilando odio en su mirada-. Los rusos son comunistas y bolcheviques, y odian a Dios y a la Iglesia, no quieren ir al Cielo ni allí se les espera. Y perdone mi sargento, lo de la tontería no va por usted, pero me pone de los nervios oír que esos malditos que han matado a tantos españoles puedan gozar de Dios al lado de los nuestros. Allí solo están los españoles que se lo han ganado por sus obras en defensa de la religión.

Le miré a los ojos y me encogí de hombros, no era momento de entrar en discusión sobre si nosotros habíamos matado a nueve rusos o a diez por cada español que ellos habían matado, ni en si todos ellos eran comunistas anticristianos o no, y mucho menos en si todos los españoles muertos en Rusia tenían ganado por sus obras un puesto en el Cielo.

Cuando los dos guripas se fueron discutiendo sobre el asunto, pensé en que al principio, cuando llegamos, solo se hablaba de las familias, casas y novias; pasado el tiempo solamente de chicas guapas, complacientes y con poca ropa, y corrían verdaderas trolas sobre orgías que casi nunca existieron; después se pasó a hablar del asco del barro, nieve, mosquitos o falta de luz y sol; pero desde hacía un tiempo, todos entraban en conversaciones de ese tipo elevado haciendo que, opiniones encontradas como aquella del Cielo, fuesen frecuentes entre los soldados españoles. Aunque eso no les impedía partirse el pecho codo a codo, defendiendo una trinchera o ayudándose como hermanos contra el enemigo común. Una cosa era la devoción y otra cosa era el deber.

Varios de los que fueron concentrados para volver a España en el primer Batallón de Repatriación tuvieron un serio encuentro con unos soldados SS que transportaban a unos civiles rusos a los que habían pintado una señal blanca en la ropa por delante y por detrás. Al parecer a un guripa de artillería no le gustó la forma de tratar a empujones a aquellos prisioneros civiles y les gritó algo a los alemanes que no entendieron pero a lo que uno de ellos

contestó con una sola palabra “sigeoniar“, *zigeuner*, que los guripas tampoco entendieron por lo que el alemán dijo “roma, zingar, gitaniar“ que ya si que entendieron los guripas perfectamente y, como las sospechas de que estaban matando a judíos y gitanos cada día corría más por las trincheras, quisieron intervenir más activamente. El lío empezó cuando uno de los españoles les preguntó a uno de los SS que para qué se los llevaban y qué era lo que iban a hacer con ellos y el alemán riéndose de forma descarada introdujo su mano en la bolsa de costado y sacó una caja de grasa para las botas, poniéndola debajo de la nariz del guripa.

—*Sie sind fett, Spanisch* —le dijo provocador sin bajar la lata de la nariz del guripa—. *Schuhe*, zapaito limpia.

El artillero, que solamente entendió lo de limpia zapatos, le dió tal mamporro al SS que se lió una buena cuando el resto de alemanes en mayoría, intervinieron al igual que la docena de guripas presentes, en una batalla campal delante de los asombrados gitanos que no debían de entender qué era lo que estaba sucediendo para que dos grupos de soldados alemanes se sacudiesen por su causa. Unos cuantos disparos al aire, realizados por un oberfeldwebel, brigada, de la Feldgendarmerie, la policía militar, deshicieron la pelea. Mandó firmes en seco y duro alemán, y luego se paseó delante de alemanes y españoles, con dos de sus hombres detrás de él con sus MP-40 listas y apuntándoles. Fue observando moratones, labios y narices rotas en unos y otros; luego se dirigió al sargento alemán que mandaba el pelotón de vigilancia de los presos y, haciéndolo salir de la fila, le echó tal bronca, con aquellos secos y mordientes trallazos con los que en aleman se demostraba la autoridad represiva, que hasta los españoles se sobrecogieron. Si eso hacían con el jefe del grupo alemán, qué no harían con ellos, y más cuando vieron que el brigada ordenaba a los alemanes que continuasen su camino con los prisioneros, y se quedaba en la plaza con los españoles mientras que los SS marchaban riéndose de ellos. El brigada, seguido de sus dos gendarmes puso en marcha a la pequeña tropa española hasta salir de aquel lugar y llegar hasta una zona sin tránsito de personas, donde mandó alto y luego, de forma incomprensible para los españoles, ordenó volver sobre sus pasos a los otros dos policías militares que, aunque se miraron entre sí obedecieron a su jefe sin rechistar. Cuando el suboficial de la Feldgendarmerie se quedó solo ante los guripas, los miró y entonces fue cuando llegó el mayor asombro para ellos.

—Venga, volved a vuestra unidad, cabrones, ¿es que no sabéis cómo las

gastan los alemanes ante una rebelión como esta? ¿Estais locos? —dijo en perfecto español, y en tono de enfado y mala leche monumental.

—¡Un guardia! ¡Es uno de nuestros guardias! —gritó uno de los guripas —. ¡Viva la Guadia Civil! Nos había acojonado mi brigada, como no lleva el escudo en el brazo....

—Porque el capote es nuevo y no lo he pegado aún. Menos mal, porque si no, los alemanes no se hubiesen ido tan contentos —dijo el brigada—. Y ahora largo, antes de que alguno de mis policías, que sí saben que soy español, sospeche que quiero ayudar a mis paisanos que seguro que por sus miradas ya lo sospechan; aunque estos alemanes de la policía de campaña son unos chicos muy obedientes y nunca discuten una orden. ¿Pero no me habéis oído? ¡Largo!

A mediados de mayo salió el Primer Batallón de Repatriación al mando del coronel Pimentel, el del dos seis dos; mil cien camaradas que desfilarían orgullosos y triunfantes por las calles de Madrid ante decenas de miles de fervorosos madrileños, antes de que finalizase el mes.

En el Voljov, el goteo de bajas continuaba y, entre los malditos francotiradores, las partidas y golpes de mano de regulares y partisanos, raro era el día que no teníamos tres o cuatro de los nuestros heridos o algún muerto. El dos de junio dos francotiradores dejaron fuera de combate a siete soldados. Los dos rusos se encontraban situados en el interior de unos depósitos vacíos, oxidados y agujereados, desde donde ellos se repartían en dos amplias secciones la gran mayoría del terreno ocupado por nuestro batallón. Cuando los observadores pudieron localizarlos, mientras que nuestros tiradores de primera intentaron mantenerlos ocupados con los fusiles especiales GW-41, a los que llamábamos “geuves cuatro uno”, con teleobjetivo de cuatro aumentos que nos habían entregado los alemanes y que se encasquillaban de vez en cuando; los de antitanques emplazaron los dos cañones que teníamos y se dedicaron a disparar sobre las bases de los dos depósitos hasta que cayeron en un amasijo arrugado de chapa oxidada y vigas retorcidas. Cuando llegamos allí, los cuatro rusos, tiradores y observadores, habían pasado a mejor vida y nos hicimos cargo de sus prismáticos y de sus estupendos fusiles Nagant con visores muy feos pero muy funcionales de tres con cinco aumentos. Muchas veces me pregunté qué cosas podía haber realizado mi difunto amigo, el asturiano Paco Martínez, con aquellos fusiles geuves y nagants preparados con esos estupendos visores, seguro que pocos francotiradores rusos nos hubiesen podido molestar de haber estado él allí para evitarlo. También el SVT-40 que

cogíamos a los rusos era un fusil mucho más fiable que el GW-41 aunque yo prefería mi MP-40.

Día tras día, semana tras semana, continuamente nos veíamos envueltos en algún suceso que nos causaba dolor. El diez de junio, cuatro guripas de la 3ª Compañía murieron en un bombardeo; el veintiuno de junio un pelotón de la 1ª Compañía fue sorprendido en una emboscada al cruzar un bosquecillo; murieron dos españoles y otros tres resultaron heridos. Por nuestra parte, tampoco estábamos parados, y causábamos muchas bajas y pérdidas en material a los rusos en golpes de mano y en descubiertas para emboscar a sus avanzadillas. Esos días, la guerra para nuestra compañía se reducía a estar envueltos en escaramuzas constantes y en despliegue en búsqueda de partisanos. La verdad es que aunque a los batallones se les seguía exigiendo su actuación como eso, como batallones, en realidad muchos de ellos como los tres de mi regimiento apenas si hubiesen podido conjuntar entre todas sus compañías algo más que una de las compañías al completo de las del principio. Batallones que habían sido de ochocientos hombres se mantenían con doscientos cincuenta o trescientos, aunque se les seguía exigiendo el trabajo de los ochocientos; las compañías apenas si tenían la entidad de una sección, y en las secciones se unían los pelotones para poder identificarlos.

El III/262, Tercer Batallón del dos seis dos, junto al Batallón de Reconocimiento, una compañía de zapadores y varios antitanques, terminaron su trabajo en el asunto de la limpieza final de la bolsa del Voljov con cerca de trescientas bajas propias pero, aunque no llegué a enterarme de las listas de muertos nuestros o de los rusos, al parecer han capturado más de 5.000 prisioneros y un buen número de piezas de artillería. ¡Buen trabajo! Aunque en más de una ocasión se las hubieron con el mismísimo diablo abriéndoles las puertas del abismo, como en una en que alguien soltó en aquel amasijo de matorrales, árboles, ciénagas insectos, y miles de cadáveres a medio enterrar, una buena tanda de granadas de gases mortales, rusos o alemanes, ¡qué más daba! El caso es que una sección española del 262, se vio amenazada entre la cortina letal y una zona cenagosa e intransitable. El problema no lo hubiese sido tanto si la mayoría de los soldados, en vez de condecoraciones, fotos, botellines de licor, calcetines, dinero y otros objetos; hubieran llevado en el tubo que servía para guardar la máscara antigás, precisamente eso, la máscara antigás. Aquella costumbre muy arraigada entre los guripas, estuvo a punto de darnos otro día negro pero, como dicen que Dios aprieta pero no ahoga,

gracias a la gran humedad y a la falta de viento, el gas se movía muy despacio y pudieron atravesarlo con cinco o seis máscaras con el sistema de cinco salen con las cinco y uno vuelve con todas ellas.

Cuando menos lo esperábamos, al fin llegó el relevo y los primeros "mortadelas" se presentaron a lo largo de los días miércoles veinticuatro y jueves veinticinco de junio de aquel año de 1942. Lo de mortadela no sé quién lo inventó, pero les venía al pelo por el color de su piel aún clara y por lo tiernos que resultaban en aquellas lides donde al primer descuido te daban el pasaporte. Muchachos llenos de fervor y ganas de hacerse notar, rebosando tanta fuerza como falta de confianza y a los que lo primero que había que enseñar era la máxima más importante de la Infantería: Cuando tengas al enemigo a tiro, cuidado, tú también lo estás. Aquel apodo a los novatos se generalizó rápidamente y no se utilizaba únicamente para referirse a los nuevos soldados, sino que se extendía a todos los recién llegados de España, cuadros de mando incluidos. A mi compañía llegaron una veintena de guripas, el sargento Mateo Escarrer y otro sargento, dos oficiales, el teniente Benjamín Arenales que me relevaba en el mando de la 2ª Sección, la mía; y el alférez Antonio Vallejo que fue destinado a la 3ª Sección.

El día veinticinco me comunicaron que me habían concedido la Cruz al Mérito de Guerra con Espadas de los alemanes. También ese día, el veinticinco, cayó muerto en el sector de Lositowo el alférez navarrico recién llegado a la 1ª Compañía, Jesús Setuaín Aztaraín, un muchachote serio pero noblote, requeté de Pamplona, que hacía apenas dos meses que se había incorporado a la División. Fue en un golpe de mano en el que también cayó herido el alférez Ricardo Aguado y desaparecidos un cabo y tres soldados.

A lo largo de junio y julio continuaron saliendo y llegando los siguientes Batallones de Relevo, a los que llamábamos de Marcha si llegaban de España y de Repatriación si volvían a ella.

En el frente, las acciones se fueron complicando al tener que combatir en las ciénagas en que se habían convertido las zonas próximas a los cauces y las orillas de los ríos y lagos, convertidas en un inmenso pantano que se tragaba a personas y material. No era infrecuente el tener que caminar por aquellos inmensos bosques, rodeados de una maraña de árboles y matorrales, con un calor que nos calentaba el cerebro y una humedad que se nos metía en lo más hondo de los huesos; con barro hasta las rodillas de los hombres y los corvejones de las caballerías, que impedía el paso de los carros, los

antitanques y las piezas de artillería, lo mismo que había sucedido en los campos durante los meses anteriores por el deshielo. Pero sobre todo sufrimos la llegada de otro ejército enemigo más, los mosquitos, los malditos mosquitos, más largos que el ancho de un dedo y gruesos como fideos, que nos comían vivos durante el largo e interminable día de verano con hasta dieciocho horas de luz, y nos obligaban a ir cubiertos en cabeza, manos, y hasta en el menor resquicio que les sirviese de paso. Parecíamos apicultores con gasas y finas redecillas cubriéndonos la cabeza desde que nos levantábamos hasta que nos acostábamos, que también lo hacíamos con ellas puestas. La unión de los puños de la cazadora con los guantes de algodón o cuero, yo los fijaba todos los días con cintoplás del de arreglar las ruedas de las bicicletas, que solo despegaba en las pocas ocasiones en que me tenía que quitar la guerrera o los guantes. La forma de utilizar la malla mosquitera también tenía su cosa, si nos la poníamos por encima del casco, nos obligábamos a tenerlo puesto la mayor parte del día, porque durante el mínimo espacio de tiempo ocupado en rascarnos la cabeza, decenas de ellos disfrutaban de nuestra cara en un abrir y cerrar de ojos; si por el contrario nos colocábamos la malla por debajo del casco, se encontraba más cerca de la nariz, los labios, y orejas, con lo que a los mosquitos se les facilitaba el acceso a esas zonas. A pesar de ésas y otras prevenciones como cremas que olían fatal y dejaban la piel lastimada, o los pequeños fuegos controlados para hacer humo en el interior de las habitaciones o de los refugios; humo que más nos asfixiaba a nosotros que impedía el vuelo de aquellas enormes nubes negras constituidas por cientos de miles de mosquitos, que conseguían siempre el objetivo de llevarse nuestra sangre dejándonos, a cambio, aquellos dolorosos habones que picaban una barbaridad, a los que llamábamos los granos de Stalin.

En esas condiciones, los escasos y poco importantes encuentros que tuvimos con las fuerzas rusas durante el mes de julio, eran un verdadero suplicio, y no tanto por la dureza de los encuentros sino por lo penoso del ambiente en que se sucedían.

En los primeros días de agosto una nueva ofensiva rusa, esta vez sobre Teremez, causó una veintena de muertos y el doble de heridos en las filas españolas y más de un centenar de muertos en las de los rusos.

El sábado día quince, el jefe del batallón me comunicó que me habían concedido la Medalla de la Campaña de Invierno en el Este, la del casco, esa

que daban a los que nos habíamos estado muriendo de frío. Por mi parte, la quemadura de hielo de mi pierna se me había ulcerado y tenía muy mal aspecto, un campesino me dijo por señas que echase unos polvos y simulaba con sus dedos algo que parecía indicar coser con una aguja, después se señalaba su barriga y la pellizcaba una y otra vez haciendo ademán de untar algo en mi pierna. Santillana me aclaró que quería decir que me pusiese polvos cicatrizantes y grasa animal, ¡qué cosas! Quién me iba a decir a mí que un viejo pellizcándose su abultado vientre me estaba diciendo como aliviar mi pierna. También el día quince de agosto se produjo el relevo de mando del regimiento, cesando el teniente coronel De Miguel y entrando como nuevo jefe el coronel Rodrigo.

El dieciséis de agosto de 1942 comenzamos a salir de aquel infierno. La División, con excepción del Segundo Batallón del dos seis nueve que lo haría más tarde, se trasladaba al norte, a la zona de Leningrado, donde decían que se estaba cociendo un infierno aún peor, el asalto final a la antigua San Petersburgo. Nuestra misión inmediata era la de relevar a las unidades alemanas que ocupan el frente centro del cerco, ocupando la zona norte de Pushkin a Sablino y que llegaba hasta cuatro o cinco kilómetros de la ciudad de Kolpino que permanecía en poder de los rusos. Ya el día catorce, el Tercer Batallón fue relevado por unidades del 7º regimiento alemán y partió, la mitad en tren desde Grigorowo, y la otra mitad andando por el camino del centro que salía de Chechulino y que, pasando cerca del lago Tigoda, llegaba hasta Novolisino. El regimiento debía de acampar en la zona de Wirytza, antes de acercarse a Leningrado.

El lunes diecisiete, nuestro batallón fue relevado también por tropas 7º Regimiento Motorizado de la 20 División alemana y salimos de allí andando cuando aún no era media noche. La marcha la realizaríamos unos en tren, otros en camiones, y otros a pie. Las planas mayores del regimiento y los batallones, las baterías pesadas y algunos servicios, irían a Lyubolyady y tomarían el tren hasta Luga y desde allí seguirían por ferrocarril hacia la zona de Leningrado. Unos pocos irían en camiones, y los más por el camino del centro, detrás del tercer batallón, andando y con los carros de aprovisionamiento y las baterías cerrando la marcha; rápido, muy rápido, apenas si se descansaba. La columna se extendía varios kilómetros y parecía no tener fin. Detrás de cada grupo de marcha y al final de todo el regimiento, lo mismo que siempre que se movía cualquier unidad de la división, grupos de familias de campesinos nos seguían

como podían, en carros o andando. Unos porque habían encontrado en la División un medio para subsistir, otros por miedo a quedar en manos de los partisanos que los podrían acusar de traición y cooperación con el enemigo, y otros, por qué no, por afecto a algún divisionario o a nuestra forma de tratarles.

Durante el camino, Tomatito nos dijo que había oído que el capitán Miguel Ángel Muñoz Muñoz "Dinamita", volvía de España pero que no retomaría el mando de su 1ª Compañía ya que, al parecer, iría destinado a la 2ª Compañía del Regimiento 262.

Por fin nos concentramos en la zona de Wirytza, por debajo de Novolisino. En los alrededores de Wirytza ya estaban acampados los que habían llegado en los camiones por la carretera y en tren por la ruta Lyubolyady, Luga, Krassnogvardeysk y Novolisino. Los pueblos eran pobres pero limpios.

Los campesinos nos miraban con curiosidad y no dudaban en acercarse al ver a otros rusos entre nosotros realizando algunos trabajos que disminuían las tareas de los de cocina, intendencia, o hacían de "lleva esto o trae aquello"; la verdad es que nuestros rusos, los que siempre nos acompañaban, siempre estaban cerca de aquellos servicios de donde podían sacar algo, eran pobres pero no tontos.

Pero el caso es que ya estábamos muy cerca de Leningrado, y un no se qué distinto se apreciaba en las caras de aquellos campesinos locales que no nos miraban como los del Voljov, eran sufridos y acomodaticios como todos ellos pero en sus ojos había un cierto orgullo de pertenecer a la región de San Petersburgo, la ciudad del conocimiento y el pensamiento ruso.

Allí, en aquella zona, comenzaría la reorganización y el rearmado de la División con vistas a la preparación que se le iba a exigir antes de ocupar el lugar a que nos fuesen a destinar en la línea de frente de Leningrado.

Los mortadelas seguían llegando y ya casi estábamos al completo. Ya antes de llegar a Wirytza recibimos la noticia de que habían trasladado al alférez Vallejo a la 1ª Compañía, había estado poco tiempo con nosotros pero se había ganado a sus hombres; ahora pasaría a tratar con Tomatito, por lo que hablamos con él y nos dijo que dejáramos al alférez de su mano, que ahora era cosa suya.

Mi regimiento acampó el martes, día veintidós, ocupando la zona entre Myssa, Wendenskoje y el Gorki de Wirytza. El Tercer Batallón en Gorki de

Wirytza, el Primer Batallón entre Wirytza y Wendenskoje, y la Plana Mayor y las compañías 13 y 14 en Myssa.

Cuando creíamos que en aquella posición tendríamos unos pocos días de descanso, pronto salimos de nuestro error pues al día siguiente las órdenes de instrucción de armamento y combate nos estaban esperando al toque de diana.

Al parecer todos deberíamos de dominar, o al menos conocer lo suficiente para poder hacer un buen empleo de todo el material de la compañía, las ametralladoras y los morteros.

Hasta entonces, o eras de ametralladoras o eras de morteros, y tomabas contacto con el otro material cuando te agregaban o destinaban y pasabas de una sección de ametralladoras a la de morteros o al revés. Los ejercicios fueron interminables y apenas si nos sentábamos a descansar cuando los silbatos volvían a sonar ordenando la vuelta a la instrucción.

En aquellas circunstancias de continuo ajetreo casi se recibía como un alivio el que te nombraran para la Sección de Respuesta Rápida como protección del acantonamiento o para las Patrullas de Vigilancia que se adentraban en la zona e intentaban localizar grupos de partisanos.

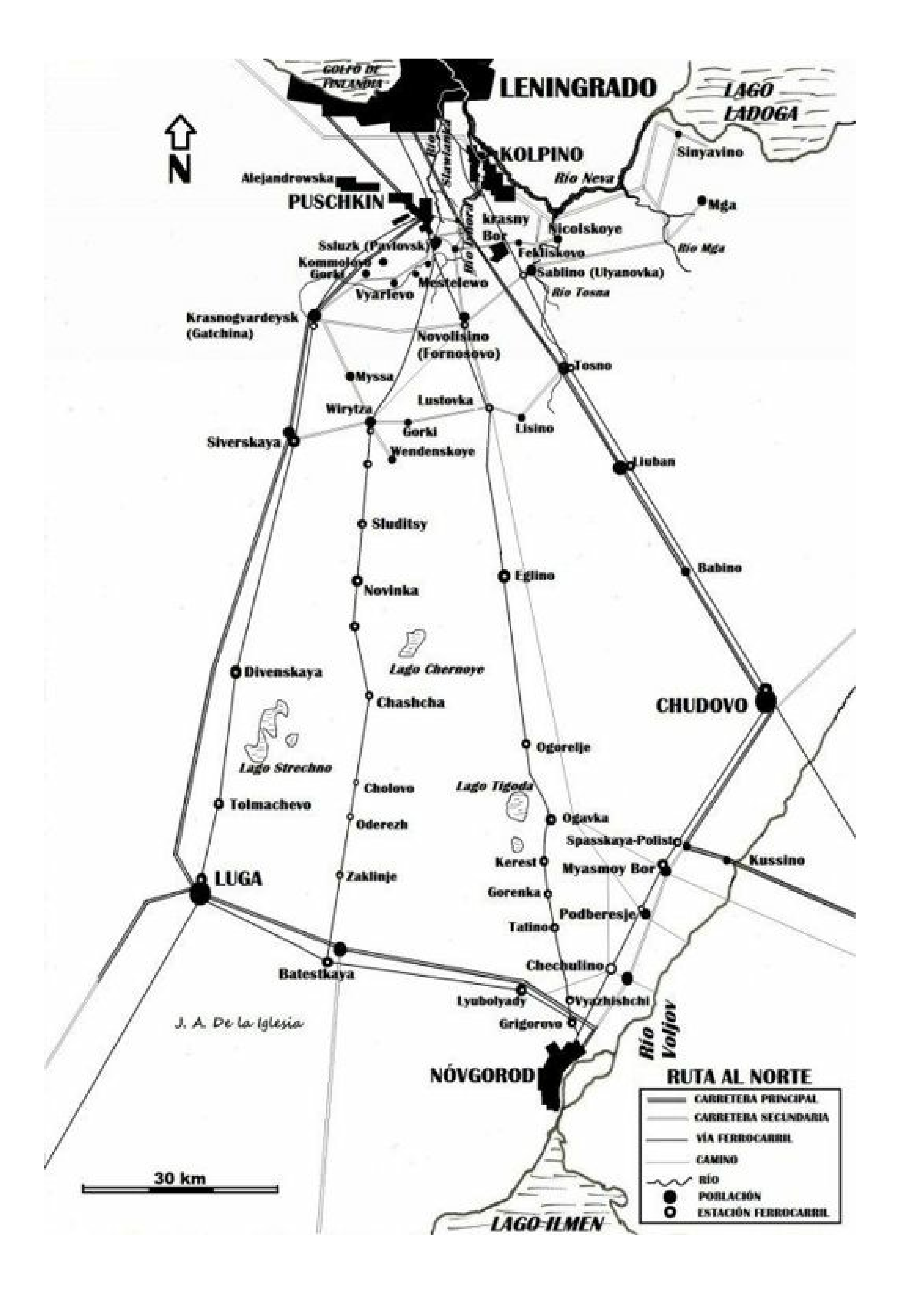
El veinticuatro se produjo una situación que podría haber sido de risa si no fuese porque nos aprestábamos a acudir a una fuerte confrontación en la toma de Leningrado.

Ordenaron formar los batallones y nos leyeron una comunicación que se había difundido por radio. Según comunicaba el general alemán, Herzog, el que mandaba las fuerzas del Voljov, el mismo día veinticuatro habíamos abandonado aquella zona dejando mil y pico de muertos y la admiración perpetua en las mentes de los camaradas alemanes que nunca nos olvidarían.

¡Manda huevos!, todo perfecto si no fuese porque ya hacía seis o siete días que nos habíamos largado de allí. Pensé en que tendría que hacerme con una copia del mensaje.

Durante esos días mi batallón continuó inmerso en un fuerte programa de ejercicios e instrucción con morteros y ametralladoras además de ejercicios y maniobras de asalto y golpes de mano. Fueron tan continuos y duros que todos estábamos agotados, los nuevos mortadelas asustados y los de la 4ª Compañía hasta las narices de cargar con las máquinas y los morteros de un lado a otro, emplazarlos, desemplazarlos y volver a cargar para salir a la carrera hacia otro lugar en que volvíamos a realizar el mismo ejercicio, y así una y otra vez hasta que todos los nuevos parecieron llevar haciéndolo desde agosto del 41.

El día veintiséis, después de observar las maniobras, el coronel pasó revista al batallón y a partir de ese momento dejamos de correr.


GOLFO DE FINLANDIA
LENINGRADO
LAGO LADOGA
N
KOLPINO
Sinyavino
Río Neva
Alejandrowska
PUSCHKIN
Mga
krasny Bor
Nicolskoye
Ssluzk (Pavlovsk)
Fekliskovo
Río Mga
Kommolovo
Gorki
Sablino (Ulyanovka)
Mestelewo
Vyarlevo
Río Tosna
Krasnogvardeysk (Gatchina)
Novolisino (Fornosovo)
Tosno
Myssa
Lustovka
Wirytza
Gorki
Lisino
Siverskaya
Wendenskoye
Liuban
Sluditsy
Babino
Eglino
Novinka
Lago Chernoye
Divenskaya
Chashcha
CHUDOVO
Ogorelje
Lago Strechno
Cholovo
Lago Tigoda
Tolmachevo
Ogavka
Oderezh
Spasskaya-Polist
Kerest
Myasmoy Bor
Kussino
LUGA
Zaklinje
Gorenka
Podberesje
Tatino
Chechulino
Batestkaya
Lyubolyady
Vyazhishchi
Grigorovo
J. A. De la Iglesia
Río Voljov
NÓVGOROD
RUTA AL NORTE
CARRETERA PRINCIPAL
CARRETERA SECUNDARIA
VÍA FERROCARRIL
CAMINO
RÍO
POBLACIÓN
ESTACIÓN FERROCARRIL
30 km
LAGO ILMEN

VII. MIGRACIÓN HACIA EL INFIERNO.

El veintisiete comenzamos a oír que por fin nos íbamos a acercar a la zona de Kolpino, que estaba en poder de los rusos y a las puertas de Leningrado; al parecer nos habían designado el lugar de honor en el cerco. Yo hubiese preferido el asalto a Moscú en lugar de San Petesburgo, al menos esa era la idea que traíamos cuando pensábamos que llegaríamos al Krenlim en dos o tres meses de la mano del poderoso y triunfal ejército alemán. ¿Dónde habían quedado aquellas prisas por llegar a Rusia antes de que la guerra se acabase? Al paso que íbamos era mejor pensar en poder llegar a ver su terminación, fuese la que fuese, y que Dios hiciera porque la victoria se decantase de nuestra parte.

El día veintinueve conseguí que el sargento de radio me facilitase una copia de la orden del día veinticuatro, la del mensaje de despedida, que decía así:

> *Orden General de la División Española de Voluntarios del día 24 de Agosto de 1942. Se traslada la Orden del General en Jefe del XXXVIIIº Cuerpo de Ejército/ K.H.Qu. del 23 de Agosto de 1942.*
>
> *El 23 de agosto de 1942, la División Española de Voluntarios 250 deja el sector mandado por este Cuerpo de Ejércitos XXXVIII. Durante nueve meses de encarnizadas batallas, se reforzó el vínculo fuerte entre la División y el alto Mando del XXXVIII Cuerpo de Ejército. Entre oficiales, suboficiales y tropa, 1.400 voluntarios muertos de la 250 División están yaciendo en los Cementerios de Héroes, a orillas del río Voljov, con sus camaradas alemanes. Todo el Cuerpo de Ejército admira con veneración a tanto heroísmo y tanto espíritu de sacrificio. Nunca jamás se nos olvidaran los grandes méritos de la División Española de Voluntarios para con este XXXVIIIº Cuerpo de Ejército. Todo alemán que junto a sus hermanos españoles ha mirado de hito en hito a la muerte, se acordará para siempre de esta comunidad de*

armas. Con el corazón lleno de gratitud no dejará nunca de venerar con admiración a los valientes soldados españoles como camaradas y compañeros en la lucha contra el bolchevismo. Victoriosa deja la División el campo de batalla imbuido de sangre a orillas del Voljov. Mantuvo sus posiciones contra todos los ataques, venciendo todas las dificultades del invierno. La Cruz de Hierro, como emblema de Honor, condecora ya a los más valientes de entre sus filas. Toda la División y su General en Jefe, tienen derecho a recordar con orgullo, sus éxitos y proezas de esta época.

Con gran pesar mío, esta excelente 250 División se desprende del sector que yo mando y le acompañan lo mismo mis gratitudes que mis plenos elogios. Para sus tareas futuras, junto con todo el XXXVIII Cuerpo de Ejército, les deseo éxitos constantes a los camaradas de la División Española de Voluntarios. Que la División cubra siempre de gloria sus banderas aguerridas en la lucha por doquier que sean empleadas. ¡Arriba la División Española de Voluntarios! ¡Arriba España! Firmado: el General en Jefe M.d.F.b. -HERZOG- General de Artillería.

El sargento de transmisiones me guiñó un ojo con picardía.

—Lo de Arriba lo ha puesto el Cuartel General, porque en el original decía Viva —me dijo sonriendo.

Cuando le miré sin comprender lo que quería decir me enseñó una copia del mensaje original, indicando el final del texto donde ponía "*Es lebe die 250 (Span) Div! Es lebe Spanien!*"

—Dice *lebe*, Iglesias, *lebe*. Eso quiere decir viva y no arriba, ¿lo captas? —me aclaró, guiñando otra vez un ojo a la vez que chasqueaba dos dedos delante de su sonriente cara de niño.

No pude menos que sonreír también, ante la dedicación de los del Estado Mayor y ante la frescura del sargento de transmisiones.

Pensé en que todo hacía indicar que, al parecer, el general alemán había tardado cinco días en darse cuenta de que ya no estábamos en el Voljov, por eso nos despedía cuando ya no podía ver nuestras caras angustiadas por todo lo que hemos dejado atrás; o podría ser que en un principio no estuviese en su mente la idea de hacer ningún comunicado de despedida y luego lo pensase mejor o fuese aconsejado para ello.

Al final, ¡qué más daba! Que él dijera lo que quisiera, yo lo único que sabía era que éramos una fuerza española, de soldados y mandos españoles y con nuestro propio Código de Justicia Militar y nuestra bandera de España; y eso es mucho más de lo que podían decir la mayoría de las fuerzas extranjeras que luchaban contra el comunismo al lado de los alemanes bajo mandos también alemanes, el código disciplinario alemán y algunos hasta con banderas alemanas o, como decía mi capitán, con sus componentes diciendo ser de naciones que solo podrían nacer y llegar a ser reales en caso de que ganasen los alemanes, pero que aún no existían porque eran simples departamentos o regiones de otra nación en liza. Nosotros sabíamos por qué estábamos allí y a lo que habíamos ido. Estábamos allí para gritar fuerte que no consentíamos que nadie viniese de fuera a minar los cimientos de nuestra casa hasta hacer que se desmoronase; que aunque la hubiesen estado construyendo malos albañiles, eran nuestros albañiles. Que no queríamos que volviesen ni deseábamos que se lo hiciesen a otros. Esa era la sola y única razón de que cuatro estudiantes, un herrero, un albañil, un pastor, un tendero, un maestro, un escribiente, un abogado y un legionario, formasen un pelotón que se movía como si su gente hubiese pasado junta toda la vida bajo las bombas y las balas.

Aún no se había desplazado toda la División hacia el Norte ya que en el Voljov todavía quedaban hombres de mi regimiento, el dos seis nueve. Todavía quedaban allí los del Segundo Batallón, el Batallón Román en misiones de limpieza de partisanos y de fortificación. No se había reunido aún con el resto de nuestro regimiento cuando nosotros comenzamos a movernos hacia nuestras futuras posiciones en la línea de frente.

En los primeros días de septiembre mi batallón se trasladó a Wirytza y desde allí a Myssa donde se reunió al resto del regimiento para encaminarse a la zona de Kolpino, al sur de Leningrado, donde los alemanes sitiaban la ciudad desde septiembre del año anterior. Una vez reunido el regimiento, continuamos la marcha por Krasnogvardeysk, otro pueblo llamado también Gorki, Kommolovo, y en la mañana del domingo día seis llegamos a Ssluzk donde, después de celebrar una misa de campaña que ofició nuestro don Vicente Pérez-Marañón, nuestro Páter, se dividiría el batallón. Allí quedaron en reserva la Plana Mayor Regimental y la 3ª Compañía, mientras que los demás seguimos hacia la primera línea del frente a cinco kilómetros de Kolpino. La División comenzó su despliegue entre Alejandrowska y Krasny

Bor, un frente de más de veinte kilómetros para nosotros solos. Mi regimiento relevó en el frente al regimiento 408 de la 121 División alemana, batallón por batallón, el mío al primer batallón alemán, el Tercero a su equivalente alemán, y entre los dos al Segundo Batallón alemán en la zona que después debía de ocupar el Batallón Román cuando llegase del Voljov y se desplegase en el frente.

Una tarde, cuando Santillana y yo salíamos de una reunión de mandos ordenada por el capitán Alberto Ferrando que mandaba la 4ª Compañía desde agosto; nos topamos con "El Cocinero" que llegaba a nuestra zona en su ruidosa moto con sidecar y a poco nos atropella con ella. Al vernos paró la motocicleta y se acercó corriendo.

—Bravo, *spaniers*, bravo mis amigos —nos dijo, saludándonos con simpatía y lanzándose hacia nosotros para estrujarnos con sus brazos de oso.

Nos contó, a su manera, sin dar importancia a sus palabras y como si fuese lo más normal, que los jefes de los batallones y regimientos alemanes estaban muy contentos cuando el alto mando les ponía al lado de una unidad de la Blaue Division, que éramos buenos y valientes soldados, pero que eso él lo había sabido desde el primer momento en que nos vio funcionar en Grafenwöhr.

Santillana me dio con el codo y no pude evitar una sonrisa, aún me acordaba de las broncas de "Dietafríe" poniendo en duda nuestras capacidades como soldados y su continua queja sobre nuestra *schlechte Einstellung*, mala actitud. El alemán, nos dijo que él había pasado a ocupar un destino en Inteligencia, y apenas si pisaba la primera línea aunque no parecía preocuparse por ello, no solo era un hombre de Inteligencia sino también un hombre inteligente.

Nos contamos nuestras experiencias y se quedó sorprendido por lo del asunto de Posselok y las granadas de a siete, que ha dicho que ellos llamaban algo así como "*jibaelté laden*", y que como no le entendíamos lo escribió en una libreta y nos lo enseñó con una amplia sonrisa.

—*Geballte Ladung* —leyó más o menos en alemán Santillana mientras buscaba en el diccionario que siempre llevaba encima, y que cuando logró traducir dijo que quería significar algo parecido a "carga sumada", "cargas acumuladas" o acumulación de cargas.

—*Ja, geballte Ladung* —repitió el Cocinero—. Carga explosiva grande por suma seis otras más.

Al despedirse, el Cocinero acercó despacio su cabeza a la nuestra para decirnos que pronto íbamos a tener unas nuevas armas antitanque para la infantería que serían capaces de parar a los tanques grandes.

Se fue haciendo ruido con su motocicleta y se perdió en la penumbra. Nos habían dicho que allí más al norte, las noches de invierno eran aún más largas, pero aunque con cada día que habíamos ido despidiendo de aquel verano parecía que iba oscureciendo un poco más; aún teníamos claridad suficiente para intentar ver las líneas rusas sin demasiado esfuerzo durante siete u ocho horas diarias.

Desde el primer momento de nuestra llegada a la zona de Kolpino, se formó una sección de asalto propia del batallón, fue idea del nuevo comandante, el capitán Bonet que se hizo cargo de nuestro batallón el día 16 de septiembre y que venía de mandar el Segundo Batallón que acababa de llegar a la zona y tomar posición en el frente. En eso de las secciones de asalto no éramos una excepción, ya que en los últimos meses lo habían puesto en práctica otros jefes de batallón. También se formaron varios grupos de reconocimiento en los que iban alternando unas secciones mixtas de distintas compañías de fusileros y de máquinas. Cuando tocó a nuestra sección, se formó un grupo de dos pelotones al mando del teniente Arenales, tres sargentos y doce guripas de mi compañía, que tendríamos que reconocer una zona junto a otro grupo de la 1ª Compañía al mando del alférez Vallejo. Instalamos nuestra base de partida en las pocas casas de un pequeño pueblecito a unos treinta kilómetros al Sur de Alejandrowska, donde nos repartimos por la docena de viviendas rústicas sin apenas protestas por parte de los aldeanos. La familia rusa que nos acogió a Tomatito, a dos soldados y a mí, estaba formada por seis miembros. El jefe de familia era el padre, que se llamaba Yuri; su mujer, Olga, era muy callada, y tenían dos hijas de diecisiete y catorce años, Anya y Katya; los abuelos también vivían con ellos y, a pesar de ser una de las casas más importantes de la aldea, parecían muy pobres aunque, si bien es verdad que escaseaban los bienes, nos trataban con deferencia y nos hacían partícipes de todo lo que tenían. Nos ofrecían cosas frescas que llevábamos a nuestros guripas y a cambio les dábamos jabón que les encantaba, ropa, calcetines, leche condensada, latas de conserva y hasta las cerillas querían con gran fiesta. Un día, Tomatito, después de cambiar unas palabras sacadas del manual de ruso con la señora, una mujer alta y delgada

como un junco y fuerte como un roble, le dio un chisquero de mecha y la pobre mujer nos estuvo haciendo reverencias durante media tarde.

La casa era muy grande, y tosca, con aquel sabor a cerrado y oscuro, y aquel olor característico de las isbas y casas del norte de Rusia, olor a humanidad, a humo y a especias. Ellos olían de forma distinta a nosotros con un olor penetrante, y no porque no se cuidasen físicamente, como decían muchos camaradas, ya que nosotros algunas veces estábamos más tiempo que los campesinos sin utilizar una buena jofaina de agua, sino porque su ambiente familiar y casero así lo producía.

Aquellas casas de madera pasaban muchos días semienterradas por la nieve sin que entrase el menor soplo de aire ni el más tenue hilo de rayo de sol, alumbradas con candiles de aceite o velas de sebo, con la única calefacción de las grandes estufas de paja o leña y el hogar de la cocina siempre encendido que, cuando el aire revocaba el humo o la nieve taponaba su salida, convertían la vivienda de campo en un sahumerio al que no ayudaba en nada las especias con que aderezaban cualquier cosa, animal o vegetal, que introdujesen en la olla. No existía agua corriente y los pozos estaban normalmente helados durante muchos meses al año, lavar las ropas de las camas y los vestidos era algo prohibitivo para ellos que, sin embargo y para quitar la razón a los que insinuaban que no se aseaban, sí que cuidaban su cuerpo con esmero, aunque de forma distinta a como lo hacíamos los españoles. Nosotros limpiábamos nuestro cuerpo arrastrando la suciedad disolviéndola con jabón, y ellos la sacaban fuera de cada una de sus células expulsándola mediante la producción de abundante sudor; un lavado posterior con un poco de agua y un manojo de hierbas aromáticas completaban la higiene de aquellos campesinos. Y la verdad es que era un buen sistema aunque muy lento, pero donde el tiempo es lo de menos porque en invierno sobraba y cualquier momento era bueno para aumentar las relaciones familiares, era un método tan bueno como cualquier otro, o mejor.

Es cierto que el carácter del campesino ruso no se parecía al español y que sus costumbres eran muy distintas a las nuestras, pero ni eran tan serviles como se decía, ni tan fanáticos religiosos unos, ni tan ateos otros, y ni siquiera su tan comentada promiscuidad y costumbres sexuales eran tan licenciosas como algunos pusieron siempre de manifiesto. Eran las suyas, las propias del ambiente y el terreno en el que vivían, y de la soledad en la que se encontraban en aquellos pequeñísimos núcleos agrícolas, ganaderos, o

cazadores; en aquellas tierras tan extensas, durante meses y meses sin poder moverse a más de veinte o treinta kilómetros de sus casas, y cuando la nieve o el viento se lo permitían.

Tenían una cabaña con paredes de piedra y troncos de madera con el techo también de troncos cubierto de un entramado de ramas forrado de barro. Estaba situada cerca de la casa, y allí se metían todos desnudos y tomaban baños de vapor. El segundo día, después de que nos lo insistieran repetidamente, la utilizamos Tomatito y yo y, al rato, nos llevamos un susto de muerte cuando se abrió la puerta y se metieron dentro Yuri y los abuelos, que se desnudaron con toda tranquilidad y se sentaron a nuestro lado sonriéndonos como si aquello fuese lo más natural del mundo y se pusieron a parlotear entre ellos como si estuviesen en la cocina de la casa.

—Joder, Verato, podían haber sido las *panienkas* —me dijo Tomatito nombrando a las chicas tal como se llamaba a las muchachas jóvenes en Polonia y que era el termino común utilizado por los guripas para referirse a las jóvenes campesinas rusas. Y mientras me hablaba, sonreía a Yuri con cara de estúpido y se tapaba sus partes a la vez que separaba un poco su cuerpo del de la abuela.

El caso es que utilizamos la casa de vapor en tres ocasiones distintas y en ninguna coincidimos con las muchachas, Yuri sabía confraternizar con nosotros en todo menos en lo que atañía a sus mujeres. En aquella casa, la tan esperada libertad sexual de las mujeres campesinas rusas brillaba por su ausencia, como en casi todas en las que yo había estado; aquella era más una voz en el viento que una realidad, y aunque a veces esa voz bajaba a tierra, puedo asegurar que yo nunca lo experimenté personalmente. El teniente Arenales nos dijo que él también utilizaba las cabañas de vapor y que le parecían algo extraordinario como método de limpieza y como sala de confraternización con el pueblo ruso.

Ese año, al menos en aquel lugar, las nieves comenzaron a tener entidad en la primera semana de septiembre. Salíamos en patrullas por las mañanas bien temprano y volvíamos a media tarde siendo relevados por la patrulla de la 1ª Compañía que retomaba la misión hasta el momento de cenar que lo teníamos tres horas más tarde que los campesinos. Un día que amaneció con una buena nevada, Yuri nos pidió permiso para acompañarnos porque tendríamos que pasar por sus campos, y después de una hora de camino llegamos a un pequeño asentamiento agrícola de tres o cuatro isbas, donde

Yuri se adelantó solo para hablar con los aldeanos pues no quería que lo viesen con nosotros. Desde un bosquecillo próximo, aunque todo el contorno parecía ser un bosquecillo próximo a aquel pequeño claro, pudimos ver cómo los campesinos gesticulaban y parecían nerviosos; y cuando Yuri volvió hacia donde nos encontrábamos nosotros, su cara parecía presentar una honda preocupación.

Señaló en la dirección que llevaba nuestra marcha y nos dijo simplemente

—*Niet!* —dijo escuetamente, dando fuertes sacudidas a su cabeza en sentido de negación.

—*¿Kapdilapasna?* —o algo así entendí que le preguntaba el teniente Arenales después de consultar su libro.

Pero Yuri no pareció entender lo que Arenales decía y el teniente tuvo que mostrarle lo que quería preguntar.

—Peligro, Yuri, Kap-dila-pasna, peligro, ¿entiendes? Mira, esto te digo —le dijo señalando en una hoja del libreto.

El ruso miró y sonrió moviendo la cabeza mientras pronunciaba aquella palabra en forma muy parecida a la pronunciación que había hecho el teniente pero con diferentes modulaciones y sonidos intermedios muy difíciles de pronunciar por nuestras gargantas.

—*Da, da* —dijo Yuri—. *Aposznistze. Partizsane*.

Aquella última palabra no necesitó de traducción y el teniente Arenales envió a uno de los cabos junto a Yuri para dar el aviso a la otra patrulla. Continuamos el avance en la dirección indicada por el campesino, un ojeador delante, dos triangulando detrás, y el resto en formación de rombo con los extremos derecho e izquierdo un poco más alejados del centro. Así continuamos durante algo más de media hora, entrando en un cerrado bosque, despacio, tan despacio como podíamos, sin hacer ningún ruido y sin dar ni un solo paso fuera de la cobertura de troncos y matorrales casi cubiertos por la nieve que había dejado de caer, pero mirando donde poníamos los pies. Cualquier descuido al pisar una rama nos ponía el vello como clavos.

Cuando el que iba de punta de lanza se acercó despacio para decirnos que había seguido un rastro de huellas y que los había localizado y estaban cerca, el teniente destacó a dos guripas para que cubriesen el camino de llegada de los refuerzos y esperamos sin hacer ningún ruido durante cerca de otra hora. Cuando llegó el grupo de la 1ª Compañía al mando del alférez

Vallejo en el que también estaba Tomatito, nuestro número aumento a la entidad de una sección y el teniente Arenales se adelantó con el ojeador. Cuando volvió nos dijo que había una veintena de rusos con dos ametralladoras. Aquello me alegró pues, aunque en muchas ocasiones los campesinos nos avisaban de los peligros, no es menos cierto que se habían dado casos de que en otras, algunos campesinos o las mismas panienkas que hacían de amigas o novias de nuestros divisionarios los utilizaban para obtener información e incluso venderles a los partisanos.

Benjamín Arenales sacó su libreta y tras de indicarnos la ubicación de los rusos y sus puntos de vigilancia, pasó al planeamiento de nuestra operación para su neutralización. Era muy claro, formó cuatro grupos de cuatro hombres que tendrían que retroceder para ampliar el arco de aproximación y luego posicionarse a una veintena de metros de los hombres que montaban guardia. El grupo principal, con la ametralladora que llevábamos, actuaría de frente, con sorpresa, intentando eliminar el mayor número de partisanos. El resto de ellos intentarían huir en direcciones opuestas al ataque, y ahí se encontrarían con los cuatro núcleos de espera.

Aquello me sonaba a las monterías que se hacían en Gredos, y a las que yo había asistido en algunas ocasiones como peón para azuzar a la reala, para hostigar la caza, o para recoger las piezas que mataban los cazadores situados a la espera en los puestos, después de que las realas se las llevasen hasta allí. El teniente Arenales, el alférez Vallejo, y Tomatito, formaban parte de la reala y a mí me tocaba uno de los puestos de espera.

Cuando mis tres guripas y yo llegamos a un lugar desde donde podíamos ver la hondonada en la que se encontraban los rusos, localizamos a un centinela situado a nuestra izquierda, sentado en una piedra y bastante despreocupado del entorno leyendo lo que parecía ser una carta, lo que me confirmó aún más la lealtad de Yuri hacia nosotros. Uno de mis hombres me indicó con un dedo alrededor de su cuello que aquella era una buena ocasión para quitarlo de en medio. A lo que me negué, cualquier ruido podía echar por el suelo todo lo demás.

Me arrastré un poco y observé atentamente las características del grupo de rusos, pude contar veintidós que con las guardias podrían sumar veintiséis o veintisiete. Un oficial ruso de uniforme era claramente distinguible entre el resto, que llevaban vestimenta mezclada o con prendas similares a las de los cazadores. Todos llevaban botas valenki, de las de fieltro de lana, una pistola,

y un cinturón bandolera con cartucheras para munición, los fusiles se encontraban apoyados en cualquier sitio pero siempre cerca y nunca en el suelo, si alguno se levantaba y se movía a otro lugar del campamento, recogía su fusil y lo llevaba con él hasta el lugar a donde se moviese. Había un pequeño fuego que apenas si hacía humo, cosa extraña en aquella zona tan húmeda. Aquellos hombres conocían su trabajo y el entorno en que tenían que desarrollarlo.

Como una gran mayoría de nosotros no teníamos reloj, y el que me dieron como a todos los suboficiales, hacía más de un mes que se quedó en Shewelewo destrozado por una bala que, gracias a Dios, solo me arañó la muñeca sin tocar huesos ni nervios; Arenales nos había puesto una señal horaria indicativa, marcando la posición solar más alta como presagio de su intervención. Intenté mirar al Sol entre las copas de los árboles pero apenas si se adivinaba su posición por los cambios de luminosidad de los reflejos que pasaban entre las hojas de aquella cerrada cúpula nevada. Cuando intuí llegada la hora, ordené a mis hombres retroceder una docena de metros y nos quedamos a la espera. Justo cuando un partisano casi albino relevaba al lector de cartas, oímos los primeros gritos y disparos, primero unos pocos, instantes después toda una sinfonía que atronó el bosque. Los primeros en caer en el cepo fueron los dos centinelas, el entrante y el saliente, que huyeron de su posición sin ni siquiera intentar comprobar lo que les sucedía a sus compañeros. Un golpe en la cabeza al que primero llegó a nuestro lado y una zancadilla al otro con rápida inmovilización con cuerda a la base de un árbol, apenas si nos dio tiempo para encarar a los seis o siete que ya se dirigían hacia donde nos encontrábamos corriendo por la nieve y disparando hacia atrás como demonios.

Muchas veces me había dicho mi teniente en los tiempos de nuestra guerra, en Majadahonda, cuando los de la Primera Bandera aguantábamos a los internacionales, algo así como: “La nobleza con el enemigo es lo primero que te puede poner en peligro de muerte y lo último que debes de perder, pues es lo único que, junto al amor a tu patria y las otras virtudes militares, diferencia a un soldado de un asesino”.

—*Estop, po-priesniemu!* —grité una de las frases que mejor me había aprendido en ruso, pero mi grito de ¡alto y quietos!, lejos de tener el resultado esperado les avisó de nuestra presencia y se volvieron hacia mi voz como un solo hombre disparando hacia la roca llena de líquenes helados tras la que me

encontraba, en un vano intento de mandarme al otro barrio; claro que yo jugaba con la ventaja de mis tres guripas apostados en abanico tras de mí y que no se hicieron esperar y soltaron la carga de sus fusiles sobre los que solamente tenían sus ojos y oídos tendidos hacia el lugar en que yo me encontraba. Tres de ellos cayeron y otros tres tiraron sus fusiles como si les quemasen las manos.

-*¡Niet, kommunist, niet kommunist! ¡Mi ni komunisti!* –gritaron casi a la vez intentando hacernos ver que ellos no eran comunistas, cosa que ya por aquellos tiempos de 1943 ya poco importaba cuando se había vivido en un combate continuo donde los rusos, tanto si eran comunistas como si no, decían no serlo al entregarse y donde hasta los ateos llevaban santos y vírgenes en sus carteras; nadie parecía ser lo que debería de ser.

Mientras les maniatábamos y los uníamos al grupo de los otros dos, continuamos oyendo disparos a lo largo y ancho del bosque que nos rodeaba.

—¡España! —oímos un grito a nuestra derecha.

—¡España! —contestó gritando uno de los guripas antes de que yo le indicase nada.

Cuando aquél grito sonó cinco veces, ordené a mis muchachos que azuzasen a los prisioneros en dirección a la hondonada.

Aquella era la señal de finalización de la caza, y según órdenes recibidas condujimos a nuestras presas hacia la hondonada donde habían estado asentados. A pesar de haber terminado de los primeros, fuimos los últimos en presentarnos por la fea herida en el cuello que presentaba uno de los rusos.

Once prisioneros intactos, siete heridos de diversa consideración, y seis muertos, sin contar una veintena de botas de fieltro, era el resultado de la operación que tan brillantemente había dispuesto Arenales. Por parte española, un guripa herido de un raspón de bala en un brazo y uno de los dedos del teniente Arenales, el índice de la mano derecha, dislocado por la patada de uno de los rusos.

—Lo que más me va a molestar es tener que dejar de escribir mi día a día por una temporada —dijo, mostrándonos el dedo doblado hacia atrás que él mismo se colocó haciendo un ruido como el del crujir de los nudillos y que yo sentí en mi espina más que en mis oídos.

A ninguno nos sorprendió, éramos muchos los que, cuando teníamos tiempo, poníamos por escrito de una u otra forma todo cuanto nos sucedía; y el teniente era uno de los que más escribían.

El alférez Vallejo envió a Tomatito en el camión con los prisioneros y los demás continuamos durante dos días más reconociendo aquella zona de retaguardia de nuestras fuerzas.

El trece de septiembre nos despedimos de Yuri y su familia. La mujer de Yuri nos llevó hasta la silla donde se encontraba la abuela quien, después de imponernos las manos en la cabeza a cada uno de nosotros, nos hizo la señal de la cruz en la frente, consiguiendo que más de uno se emocionase.

Al llegar al batallón, Santillana me dijo que Tomatito estaba arrestado en su compañía por calentarse en palabras con el brigada alemán que se hizo cargo de los rusos. Al parecer no le gustó aquella forma de trasladar prisioneros que tenían por costumbre utilizar los alemanes, con fuertes dogales de alambre en manos, cintura y cuello. No me extrañó nada, conociendo a Tomatito, su rebeldía ante aquella visión; y más al recordar el incidente que yo mismo tuve con un teniente alemán por una causa similar.

No sé lo que le diría el teniente Arenales al capitán Ferrando el caso es que el capitán me llamó y después de ofrecerme un vasito de coñac que me pareció un dedal pero me supo a gloria bendita, me regalo un reloj de acero de bolsillo, de los de doce horas de cuerda. Volvía a tener reloj. También conocimos que ese día trece, había llegado a la zona el Segundo Batallón y que en principio se iba a acantonar en Ssluzk junto a la Plana Mayor del Regimiento.

Nuestra compañía, como todas las de los demás batallones de los tres regimientos de infantería y los zapadores, estaba inmersa en fuertes trabajos de refuerzo de las defensas que nos habían dejado las unidades alemanas a las que habíamos sustituido en la zona, y que constaban de unos cuantos fosos con una línea triple de alambre de espino que al general Infantes, el segundo de Muñoz Grandes, no le gustaron nada; por lo que ordenó a nuestro coronel, el coronel Rubio, y éste a nuestro Jefe de Batallón, el capitán Manuel Bonet, que reforzase la línea defensiva con otra segunda línea triple de alambre de espino, caballos de frisa y la instalación de bastiones de posición fija con agrupaciones de pozos de tirador interconectados y puestos de ametralladoras para apoyo de fuego.

Hacia el este, en la zona de Krasny Bor, la zona centro oriental de nuestras líneas, había una red de trincheras que se entrelazaban y cruzaban entre sí, con un gran foso antitanques y un pequeño baluarte de tierra próximo a la carretera que habían sido realizados por los propios rusos.

En la primera quincena de octubre nos enviaron a siete nuevos mortadelas y les estaba enseñando un día a colocar una alambrada triple cuando un vehículo se detuvo a nuestro lado.

—¿El tercero del dos seis tres? —preguntó alguien con acento alemán a mi espalda. Yo, sin volverme, ni dejar de atender a lo que estaba haciendo, señalé hacia mi izquierda.

—Gracias hijo, ¿de dónde eres? —Me dijo otra voz, ésta claramente de un español.

Me volví y vi, asomado a la ventanilla de uno de esos kübelwagen con cadenas en las ruedas, conducido por un cabo alemán, a un oficial con gafas. Le miré y me sonrió sacando el brazo por la ventanilla y mostrándome el escudo de la Blau.

—Soy el Páter Fermín Zamorano y estoy a tu disposición —me dijo señalando con un dedo la cruz en su gorra.

—Gracias Páter —le dije, levantándome y saludando militarmente al sacerdote que no lleva hombreras con distintivos alemanes pero sí estrellas de las españolas en el pecho del uniforme.

—No has respondido a mi pregunta —me dijo sonriendo.

—Yo soy el sargento José de la Iglesia, del Losar de la Vera, Padre —le dije.

—Buen apellido tienes, hijo; buen sitio es Cáceres, y buen sitio La Vera —contestó asintiendo con su cabeza. Después volvió a lanzarnos una sonrisa y tras saludarnos llevándose la mano a la sien, le indicó al conductor alemán que continuase, mientras yo me quedé pensando en que me temía que el cura recién llegado iba a tener trabajo de sobra y no tardando mucho.

Los rusos no dejaban de incordiar día tras día, con ataques de mortero y antitanques, hasta el punto en que raro era el día que no teníamos algún herido o muerto.

El veinticuatro de octubre celebré mi cumpleaños en solitario, como ya iba siendo costumbre, me zampé yo solo una de las raciones de hierro a pesar de la prohibición que existía sobre utilizarlas fuera de momentos de alta necesidad. Me la comí entera con excepción de los panecillos galleta y del bote de crema de mantequilla dura y pastosa que nunca pude tragar, y complementé el festín con tres patatas que asé en un fuego dentro del refugio, y cuatro dedos de vino de Franken de Baviera que compré un poco caro al guripa que hacía de cosario.

Pocos días después, cuando radio macuto comenzó a difundir la noticia de que se había cancelado el asalto a Leningrado, a la mayoría de nosotros no nos sentó muy mal, ya llevábamos muchos meses de guerra y solamente deseábamos que se cancelase el tiempo suficiente para que pasase el invierno y saliese el sol aunque fuese de tapadillo. Así, con suerte, tendrían tiempo para llegar los tanques alemanes y más y mejores piezas de artillería; sentíamos a los rusos demasiado cerca como para hacer ascos a cualquier medida que pudiese aumentar nuestra tranquilidad.

Por mediación de un soldado que mantenía correspondencia con su familia y que incluía un sistema propio cuando debían de comunicarse noticias que pudiesen hacer saltar las alarmas de la censura postal, nos enteramos que un divisionario de vuelta en España había querido matar al general Varela y que lo habían fusilado en septiembre por orden del Generalísimo.

—No hay duda —dijo el guripa—. Pone, "al pueblo de Lareva Lareneg"; eso es al revés por sílabas, general Varela, lo del pueblo es ruido para disimular.

—¿Alguien ha oído a Celia Jiménez decir algo de esto? —preguntó Santillana.

—Ya hace muchos días que no cazo el programa de Celia, bueno ni ese ni ninguno, no sé qué pasa con Radio Berlín –dijo un cabo que tenía afición a la radio y poseía una de válvulas obtenida por "requisa oficial" y dos de galena cuyos componentes adquirió en el campamento alemán de Grafenwöhr.

Cuando quise indagar con mi capitán, el capitán Ferrando, me dijo que la noticia estaba en cuarentena, que él lo había sabido por los componentes del batallón de relevo que acababa de llegar, y que se había ordenado silencio sobre ello; pero quiso conocer la vía por la que había llegado hasta mí. Ante mi negativa a contestar, decidió que yo conociese algún dato más sobre el asunto. Al parecer, según él dijo saber, el atentado con granadas de mano fue la respuesta de unos exaltados a varios insultos hacia la falange proferidos en una misa carlista en la que se encontraba el general Varela, pero que en ningún caso iba dirigido a él. Que hubo muchos heridos y que las cosas hacia la División se estaban torciendo en España. Después de ordenarme silencio absoluto para no minar la moral de la tropa, se desentendió de mí y volvió a volcarse sobre el plano que estaba mirando cuando entré en su refugio.

Nuestro regimiento ocupaba el centro de la línea al norte de Ssluzk, el

dos seis tres se encontraba a nuestra izquierda y entre nosotros y ellos, algo más atrás, se situaba el Segundo Grupo de Artillería. El dos seis dos estaba situado a nuestra derecha, en Krasny Bor, entre la autopista de Leningrado a Moscú y la línea del ferrocarril, con el Batallón de Reserva Móvil 250 y la Compañía de Esquiadores; y entre nosotros y ellos estaba situado el Grupo de Exploración 250 Ciclista y el Tercer Grupo Artillero, con el Primer Grupo de Artillería justo detrás del Regimiento 262.

El Cuarto Grupo Artillero, se estaba situando detrás de toda la línea cubriendo todo el frente ocupado por la División. Más al este se encontraba la 4ª División SS-Polizei alemana, también dicen que más al sur, debajo de Krasny Bor se había emplazado una batería de costa alemana con cañones de 155 milímetros que tenía una compañía de infantería como apoyo. En cuanto a mi batallón, el I/269, Primero del 269, se encontraba más cerca de Kolpino y el Tercer Batallón del 269 más cerca de Puschkin, pueblo donde estaba situado, a su izquierda, el II/263, Segundo Batallón del 263.

El Segundo Batallón del 269, que había llegado a la zona el último y que se encontraba en Ssluzk desde mediados de septiembre, envió a varias de sus unidades para que entre los días nueve y doce de noviembre relevaran a otras de mi batallón en el suroeste de Kolpino. Así, el II/269 quedaba a nuestra izquierda y con su Plana a nuestra espalda: más allá estaba el Tercer Batallón, el III/269, cerca ya de Puschkin. Mi sección estaba emplazada a la derecha de las Compañías 5ª y 7ª del Segundo Batallón, en una pequeña loma desde donde podíamos ver a los del lI/269 y, más allá, a lo lejos, a los del III/269.

Pero el doce de noviembre nos ordenaron bajar como reserva a Ssluzk donde permanecimos una buena temporada realizando instrucción, guardias y fortificaciones en la segunda línea, además de emplear buena cantidad de tiempo y muchos hombres en la reparación de los caminos de tierra y los de troncos de la zona, así como en procurar la seguridad al Cuartel General de la División que se encontraba unos kilómetros más al sur en Prokovskaya, por encima de Vyarlevo que estaba en la curva amplia del Ishora, en la que también estaba Mestelewo, lugar donde se encontraban todos los servicios de la división como Sanidad, Farmacia, Veterinaria, Intendencia y Abastecimiento, etc.

El dos de diciembre, a la hora de cenar, me entregaron dos escritos del general Muñoz Grandes por los que se me concedían dos cruces del Mérito militar con Distintivo Rojo. Una, concedida por los méritos contraídos durante

el primer periodo de la campaña, y la otra por los del segundo; y, de buena gana, si no fuese por respeto a todos mis camaradas muertos, que ya iban siendo muchos, demasiados, las hubiera cambiado por una buena comida de matanza extremeña, aunque lo de matanza en aquel lugar sonase como a muy gafe.

La aviación rusa, la Parrala, no dejaba de aparecer ni un solo día y, cuando faltaba, suplían su trabajo los morteros, la artillería y los antitanques rusos. Algunos desearíamos que trabajasen únicamente durante las pocas horas de luz y nos dejasen las horas de oscuridad para descansar en condiciones, porque lo cierto era que casi todo el día era noche tenue con varias horas de noche negra como la boca de un lobo y otras, las menos, de noche clara; pero no, ellos no tenían esas delicadezas.

Pero no solo teníamos aquellos problemas con la aviación y la artillería rusa, que día a día nos saludaban como dándonos a entender que ellos aún estaban allí. Una de las peores espinas que sufríamos en nuestras carnes era que teníamos, como decían los castizos de Madrid, "enganchados a la chepa y mordiéndonos el morrillo", de forma casi continua, a un buen grupo de magníficos francotiradores rusos que parecían no descansar para nada más que para cargar sus fusiles. Las bajas que nos producían casi a diario consiguieron que fueran pocos los que se asomaran a los parapetos de las posiciones durante las horas claras.

Pero nosotros no nos quedábamos atrás, no teníamos aviones ni gruesas piezas de artillería en el batallón, pero los cañones repartidos del regimiento nos procuraban tres antitanques de 37 milímetros y dos piezas de campaña 75 milímetros, que eran las que contestaban, más de forma testimonial que efectiva, a las baterías rusas; y aunque no disponíamos de grandes francotiradores certificados, sí que teníamos algunos guripas y cabos especialistas en tiro de precisión y con su schützenschnur o cordón de tirador bien ganado en Grafenwöhr o en Hof, que manejaban bastante bien los fusiles con mira telescópica que nos habían dado los alemanes y los dos que les habíamos quitado a los francotiradores que los antitanques abatieron en el Voljov.

—¡Ay, si Paco el asturiano estuviese aquí! —dijo un día Santillana observando a un guripa madrileño del tercer batallón a quien habían cazado con un tiro en un muslo y había sido trasladado a Ssluzk.

—No eres solo tú quien lo ha pensado en más de una ocasión, maestro, y

con estos fusiles más —le dije, dándole un golpecito afectuoso en el brazo—. Pero si el cabo Paco Martínez volviese, me alegraría aunque ya no supiese tirar ni una simple piedra con un tirachinas.

Aquella era la temática diaria en aquella zona, donde conseguimos mantener una vigilancia muy bien triangulada y de señales en cascada, que nos avisaban con tiempo suficiente de cualquier incursión; con lo que así evitamos el problema de los golpes de mano. De los suyos que no los de los nuestros que con frecuencia, cuando la luz no era favorable a los francotiradores, cruzaban la tierra de nadie para capturar prisioneros, o destruir vehículos, nidos de ametralladoras o emplazamientos de morteros. Tanto la Sección de Asalto del regimiento, como las nuevas de los propios batallones, realizaron un gran número de incursiones a las líneas enemigas y hostigaron sin cesar a las filas rusas en las horas más incómodas para todos, las únicas en que podíamos descansar un poco.

El diez de diciembre la primera sección de mi compañía se trasladó al frente para relevar a una sección de ametralladoras de la 12ª Compañía del Tercer Batallón, mientras los demás seguíamos con las tareas de limpiezas de carreteras, en misiones de guardia, y fortificando la segunda línea, aquello nos indicó que el relevo como reserva estaba cercano y que pronto volveríamos a primera línea.

El sábado doce de diciembre se produjo otro hecho significativo durante nuestra estancia en la zona de Leningrado; el relevo del Mando de la División. El general Muñoz Grandes, nuestro “Orejas”, fue ascendido por Franco a teniente general y partió hacia Berlín siendo relevado en el Mando de la División Española de Voluntarios, la 250 Blau División, por el general Infantes. Algunos lo sentimos, lástima, ya nos habíamos acostumbrado a Muñoz Grandes, pero también tenía derecho a un descanso.

—A ver cuando nos toca a algunos —le dije a Santillana—. Que tú y yo llevamos desde el principio y nunca se acuerdan de nosotros.

—Es que dicen que a los solteros nos dejan para el final —me contestó, aun a sabiendas que cientos de solteros que habían realizado con nosotros el primer campamento, ya estaban dando paseos y luciendo sus medallas por las plazas de los pueblos en España—. Además dicen que no hay sargentos suficientes para hacer el relevo, que quedamos pocos aquí pero que en España se apuntan los justos.

En la toma de mando del general Infantes, para no variar, también hubo

duelo artillero y, cuando pararon empezaron los morteros ayudados por los francotiradores rusos que no dejaban de enviar muchachos españoles al hospital. La división continuaba en misiones de fortificación realizando pozos de tirador, líneas de trincheras, nidos de ametralladoras y unos refugios reforzados a los que llamábamos los bunkers aunque no fuesen de hormigón. A la vez, las secciones de asalto continuaban con golpes de mano que casi siempre solían tener éxito.

El día veintidós, mi compañía y la 3ª relevamos en la primera línea a las compañías 10ª y 12ª del Tercer Batallón que pasaron a la reserva en Ssluzk; y el día veintitrés el resto del batallón, las compañías 1ª, 2ª y la plana mayor, relevaron a lo que quedaba en primera línea del Tercer Batallón. Así nuestro batallón quedaba en el frente ocupando las posiciones que hasta entonces había ocupado el Tercer Batallón, cerca de Puschkin y desde el margen del río Slawianka hacia el Este, con nuestra compañía repartida entre las otras tres. A mi sección le tocó la parte centro derecha del frente del regimiento con el Segundo Batallón a nuestra derecha. Ese mismo día, el veintitrés. Los rusos nos saludaron con sus morteros y nos produjeron dos bajas, un muerto y un herido de mi compañía.

En el día de Navidad, el alférez Vallejo, de la 1ª Compañía, el que vino con Arenales y participó en la caza de aquella partida de partisanos; salió con un pelotón a dar un golpe de mano cubiertos por la nieve que caía a lo grande, y fueron descubiertos por una avanzadilla rusa que aguardaba a la espera de cualquier salida española, y que les preparó una mala emboscada. Como resultado de la encerrona, un soldado murió, y Vallejo y otro de sus hombres resultaron heridos de agujeros de bala en muslo y brazo que, según dijeron no era nada serio pero sí lo suficiente para tener que ser evacuados a Mestelewo durante una buena temporada. Los rusos también contaban y sabían hacer las cosas, eso ya lo sabíamos demasiado bien.

Durante todo el mes de diciembre y hasta entrado febrero, cuando los cielos estaban despejados podíamos ver en el cielo la estela de un cometa. Los guripas lo llamaban “El Contador” y decían que cuando terminase de contar los muertos rusos que necesitaba, nos enviaría de vuelta a España. Mientras que no lo hubiese mandado el Señor para contar los muertos españoles…

En la primera decena de enero ya teníamos casi terminadas las nuevas

defensas y los zapadores habían comenzado a colocar campos de minas contra tanques, cuando una noticia llegada del Este recorrió las líneas comunicando que los rusos habían atacado a las unidades alemanas en el sur del lago Ladoga y que los generales alemanes habían pedido una unidad de refuerzo al general Infantes.

Nuestro nuevo general continuó con la costumbre de enviar a los sitios comprometidos a nuestro Segundo Batallón, el Batallón Román, mandado en aquel momento por el capitán Patiño. Ya se decía a voces lo que yo muchas veces había dicho, que cuando se era el elegido, se recibían todos los halagos, pero también todas las tortas.

La salida de nuestra zona del Segundo Batallón, el sábado dieciséis de enero, hizo que los otros dos batallones del dos seis nueve tuviésemos que redefinir las líneas alargando nuestras posiciones. Ocupábamos toda la zona entre los ríos Ishora y Slawianka, con Ssluzk a nuestra espalda. Mi batallón se encontraba en la orilla Este de la vaguada del Slawianka, y mi sección era la más próxima al Tercer Batallón cuyo flanco oriental terminaba en Putrolowo.

También nos llegaron algunas noticias que recibimos con gran satisfacción. Por detrás de nuestras líneas se estaba situando la 212 División de Infantería alemana, a la vez que dos baterías también alemanas de piezas del 88 que aumentaban considerablemente nuestra capacidad artillera y antitanque. También se había sumado a nuestra artillería antitanque una batería noruega con cañones de 75 milímetros de los llamados Pack 40; y por la izquierda de nuestras posiciones, un regimiento estonio había acercado sus posiciones hasta casi entroncar con el 263.

En el frente, los duelos artilleros y las visitas de la Parrala continuaban inalterables y nuestros vigías hablaban de algunos movimientos y cambios de posición de unidades rusas frente a nosotros. Las noticias que llegaban del Ladoga nos decían que los alemanes no lo estaban pasando bien y que habían sufrido hasta lanzamiento de gases que les habían hecho mucho daño.

Lo que a nosotros nos llegaba de aquella zona eran malas noticias. Que los combates en el Ladoga estaban siendo crueles y encarnizados, y que el II/269, el Batallón Román, estaba sufriendo lo indecible. A pesar de que ellos estaban aguantando con muchas bajas en la zona de los altos de Sinyavino, a la línea de Kolpino llegaban noticias sueltas que decían que el Segundo había sido destruido por completo el día veinticinco, lo que nos llenaba de inquietud; pero el veintinueve recibimos con alegría la noticia de que había

vuelto, al menos lo poco que de él quedaba. Arenales nos dijo que habían comunicado cerca de 500 bajas de los 533 que partieron hacia el Ladoga. Allí había caído un batallón español al completo, o casi.

Cuando se hizo el recuento, solamente formaron al llegar un oficial, el teniente Soriano, jefe accidental de la 6ª Compañía, junto con seis suboficiales y una veintena de soldados. No fue hasta varios días más tarde cuando se comenzaron a conocer las terribles cifras de bajas y los heroicos actos de sus hombres. Atrás quedaban muertos y congelados ciento veinticuatro españoles que ya nunca volverían a ver a los suyos, y entre los que se contaba al capitán Masip de la 7ª Compañía; se habían sufrido más de doscientos heridos, más de medio centenar de afectados por congelaciones y la enfermedad de la tos del hielo, y casi cien desaparecidos. El capitán Aranda fue herido en los primeros contactos con el enemigo, y una gran mayoría de oficiales murieron o cayeron heridos al impactar un proyectil ruso de grueso calibre, en la mañana del día veintiséis, en el refugio que servía como alojamiento de oficiales.

Solamente se pudieron recuperar una treintena de cuerpos de entre todos los fallecidos en aquellos altos de Sinyavino, que fueron enterrados con los máximos honores militares, tras de lo cual se envió al Segundo Batallón a la reserva para recuperarse si es que, con lo que habían pasado y con las reservas actuales, se podría rehacer en poco tiempo todo un batallón después de tan terrible golpe. Mi regimiento, el 269, quedaba con solo dos batallones ya muy estirados en el frente centro.

Cuando comenzaron a llegar a nuestro conocimiento los detalles de algunos de los comportamientos de los hombres del Batallón Román, y la crueldad del "sin cuartel" con que atacaron los rusos aquella loma de no más de sesenta metros de altura, nos entraba un no sé qué que te hacía coger la piedra y afilar la bayoneta de forma inconsciente.

De entre todas las historias que circularon, la más impactante fue la de la muerte del capitán Masip quien, tras llegar con su 7ª Compañía a un punto en que otros camaradas estaban siendo desbordados, después de varias horas de marcha nocturna, y con las fuerzas agotadas, se encontró con que tendría que hacerse fuerte y al no tener ninguna trinchera ni abrigo natural ordenó la construcción rápida de parapetos con piedras, troncos, ramas y todo lo que pudo encontrar en el terreno, aprestándose a la defensa. Aguantaron varios asaltos de fuerzas enemigas muy superiores, y a pesar de estar la mayor parte de los miembros de la compañía muertos o heridos, entre ellos el capitán con varias heridas de consideración en cabeza, ojo y pierna, se retiraron para formar un cuadro resistente de última defensa donde aguantaron hasta el final, y donde halló la muerte Masip rodeado de los cadáveres de la gran mayoría de

sus heroicos suboficiales y soldados.

Casi un mes más tarde, una vez acabado todo, nos enteramos de que ya el veintidós de enero, el Batallón Román había resistido con serios apuros los primeros empujes. Había tenido grandes problemas en su toma de fuego en las lomas de Sinyavino, al sur del lago Ladoga, aunque había conseguido salir de una fuerte encerrona. Las comunicaciones y el boca a boca indicaron que aquel día se encontraba en el centro de una colina con el Regimiento 366 alemán a su derecha, el Regimiento 176 alemán a su izquierda; y con el Regimiento 162 alemán a su espalda. ¡Pero qué manía tenían los alemanes de poner a los nuestros siempre en el centro!

La orden de combate del Segundo había sido la siguiente: a la izquierda la 6ª Compañía con la 1ª Sección de Ametralladoras, en el centro la 5ª Compañía con la 2ª Sección de Ametralladoras, y en el flanco derecho la 7ª Compañía con la 3ª Sección de Ametralladoras; y detrás de la primera línea, la Plana Mayor. El empuje principal de los rusos recayó sobre la línea española y los nuestros tuvieron que retroceder, pero se rehicieron y volvieron a avanzar, para otra vez retroceder hasta llegar a enlazar con la Plana Mayor del Batallón desde donde, en un derroche de coraje, los pocos españoles que quedaban, apoyados por fuerzas alemanas del 162, arremetieron contra los rusos volviendo a empujarlos fuera de la loma y poniéndolos en huida.

—Oye, Pepe —me dijo Santillana, después de que escuchásemos juntos la epopeya de la 7ª Compañía, alrededor de un fuego en el que calentábamos un cazo con achicoria—. ¿Tú crees que en España todo este sacrificio será recordado por mucha gente? ¿De verdad lo crees? ¿No te das cuenta de que ya ni siquiera recibimos regalos ni sorpresas desde el Estado Español? ¿No te parece que nos están abandonando poco a poco?

—Yo ya no sé ni creo nada —le contesté de mala gana mientras comprobaba que a nuestro alrededor no pudiese haber alguno de nuestros soldados. No estaban los tiempos como para dar mal ejemplo.

—Pues a mí me lo parece, y no soy el único que anda refunfuñando por eso. Pero si hasta tenemos encima a la estrella de Belén en versión estalinista —dijo fingiendo un cómico escalofrío—. Joder, ¿tú crees eso que dicen de que los cometas llegan para anunciar desgracias?

Miré hacia el cielo donde, en uno de los pocos momentos en que era posible verlo, el cometa que los alemanes decían haber descubierto y al que llamaban Fedteke, apenas si ya se veía camino del punto en que volvería a

acordarse de nosotros y comenzaría un nuevo ciclo de acercamiento a la Tierra.

Volví la mirada hacia mi camarada y callé, me negaba a pensar en que lo que él sugería sobre nuestro abandono en aquellas tierras por parte de nuestra gente, pudiese ser cierto; aunque era algo que cada vez se oía comentar más en los círculos de conversación de los guripas y, a pesar de que los oficiales no suelen comentar sus desencantos con los suboficiales, no me cabía duda que también habría algunos de ellos con aquella idea que minaba y corroía la mente, ablandando el corazón y haciendo que más de uno se replantease si era cierto que estábamos allí por España.

Pero yo aún seguía viendo como las manos de los muchachos continuaban aferrándose con fuerza a los fusiles y que en sus miradas había una decisión tan fuerte como en los días de Posselok y Possad; sus caras eran la mejor demostración de que sabían que aún estaban allí y que no habían terminado su tarea; y me sentí orgulloso de ellos y por ellos.

Cuando creíamos que ya habíamos terminado los trabajos de fortificación, unos generales del Cuerpo de Ejército Alemán que llegaron a la zona de Kolpino a pasar revista a la División, después de estudiar nuestra línea de defensa, debieron de ver algo que no les pareció todo lo eficiente que debería de ser, porque volvimos a colocar más caballos de frisa, líneas de alambrada y a instalar más campos de minas, mientras que en la zona de Krasny Bor, el Batallón de Zapadores y el Grupo de Antitanques fueron a reforzar al Regimiento 262, a la vez que el Batallón de Reserva Móvil 250 y La Compañía de Esquiadores retrocedían para situarse detrás de él. También en esa zona se construyeron a lo largo del frente, nuevas líneas de trincheras y pozos de tirador en enclaves defensivos, aprovechando cualquier elevación del terreno.

A partir de esos días movidos, comenzamos a notar nerviosismo, mucho nerviosismo y mucho movimiento rápido y precipitado, como de última hora. Nadie quería comentar lo que veía o presentía pero estaba claro que algo se estaba cociendo, y al final iba a tener razón el teniente Benjamín Arenales, que decía que los españoles estábamos ocupando la línea del ferrocarril y la autopista a Moscú, y que eso era prioritario para los rusos. En todo caso, si fuese cierto que esa era la prioridad de los rusos, lo sentiríamos en nuestras carnes pero sobre todo lo sentiríamos por el Regimiento 262 que estaba

enclavado entre aquellas dos vías principales, la férrea y la carretera.

—Por eso lo deben de estar reforzando al dos seis dos y realizando más enclaves fortificados para núcleos de defensa —nos dijo un día Tomatito que pasaba de vez en cuando por nuestra compañía—. Porque se espera un fuerte ataque que coja de lleno esa zona estratégica e intente arrollar al 262; y no vamos todos los demás allí porque estos rusos son tantos y tan jodidos que son capaces de pasar por el sitio que dejemos libre y atacar por delante y por detrás la zona que les interesa cogiéndonos entre dos fuegos.

Si alguien había creído que aquella vez el alto mando alemán nos había puesto a los de la Azul en el sitio donde menos riesgos íbamos a correr, a aquellas horas ya estaba saliendo de su error. Las caras de nuestros oficiales indicaban su preocupación por la importancia estratégica de nuestras posiciones, y por los pocos abrigos y accidentes defensivos que teníamos. Mientras tanto todos los días seguían hostigándonos con fuego de mortero, antitanques y la Parrala. Y encima, casi todo el día a oscuras. ¡Cuánto me acordaba de la luz de mi Extremadura!

El viernes veintidós de enero llegaron nuevos mortadelas y noticias de que a uno de ellos, un soldado de reemplazo lo habían obligado a alistarse a la fuerza. Como ese tema ya se había comentado en alguna otra ocasión con las llegadas de anteriores relevos, decidí abordar ese muchacho cuando estaba comiendo con un grupo de compañeros.

—¿Quién le ha dicho eso, mi sargento? —me preguntó extrañado.

—Se dice que últimamente forman las compañías y el capitán va diciendo tú sí y tú no —le dije, intentando sacar algo en claro.

—Que yo sepa, no se ha obligado a nadie con eso de tú sí y tú no —dijo el muchacho—. Perdón, miento mi sargento, en mi caso si que el capitán fue diciendo tú sí y tú no, pero después de hacernos formar y preguntar si había alguien voluntario para venir a Rusia. Quince o veinte de la compañía dimos un paso al frente, y de ellos fue eligiendo el capitán a los solteros ya que solo dejó atrás a cuatro que estaban casados y a uno que no lo estaba pero era hijo de viuda. A mí, como verá usted sí que me dijo eso de “tú a Rusia”, fui uno de los elegidos, y aquí estoy. Que yo sepa, todavía no se está obligando a nadie, al menos en mi regimiento, porque aún hay listas de espera aunque ya no muy largas. Además, no sería una División de Voluntarios, ¿no cree usted, mi sargento?

Ese día aprendí una cosa y me reafirmé en otra, lo primero es que en

España alguien se estaba moviendo para desprestigiar a la División, y pensé si no tenía algo que ver la acción de aquellas bombas de aquellos falangistas en aquella iglesia donde se encontraba Varela o si, por el contrario, eran otros motivos más políticos, cobardes y torticeros; la segunda era que estaba claro que quien se deslizaba ante los guripas quedaba inmediatamente retratado, como aquel mortadela que había dicho con tanto orgullo que el había sido uno de los elegidos y que, como no podía ser menos, fue rebautizado para los restos como “Elegido”.

Pero como todo te tiene que llegar un día u otro, si aún estas allí para recibirlo, el día veintitrés de enero me llegó la comunicación que tanto había estado esperando desde hacía muchos meses. ¡No me lo podía creer! Con la llegada de nuevos mortadelas para engrosar y reconstituir los batallones, me llegó la comunicación de mi relevo; debía de presentarme en el Batallón de Repatriación, en Vyarlevo en el plazo de cinco días. Organicé mi tiempo lo mejor que pude, recibiendo y poniendo en buenas manos a cada uno de los mortadelas para que aprendiese todo lo posible cuanto antes, ante la inminencia de los problemas que se nos podrían venir encima en nada de tiempo. ¡Tiempo! Esa era la palabra terrible, ¡Tiempo! ¡En buen momento llegaban! No sabía si aquellos alegres muchachos comprendían en que forma iban a recibir su bautismo de fuego.

Me despedí de Santillana que me dijo que él estaba en la lista provisional del próximo Batallón de Repatriación, y después fui a despedirme de mi capitán, el capitán Ferrando, a quien pedí que me hiciese un certificado de combatiente en Rusia, no sabía que es lo que me esperaría a esas alturas en España y era conveniente llevar todo bien atado.

El capitán me dijo que se lo encargaría al escribiente de la compañía y cuando lo firmase el Jefe del Batallón, el capitán Bonet, me lo enviaría a Villa Relevo. Cuando le dije que no corría prisa, soltó una risita forzada y me dio una palmada en la espalda.

—Eso lo dices tú, Verato, pero en estos días que corremos, lo seguro es lo que no se deja para mañana, porque los de enfrente se están moviendo mucho y muy rápido, y lo mismo mañana ya no hay escribiente, ni capitán, ni comandante —me dijo, mirando pensativo hacia las líneas rusas—. Pero eso a ti, por suerte, ya no te toca. Para ti ha llegado el tiempo de hacer la maleta y tomar el tren. A tu sección le toca marchar esta noche con la 1ª Compañía para

acercarse al límite con el Tercero, todo parece que es por el Este por donde estará el mayor esfuerzo ruso y pueden hacer más falta nuestras máquinas y morteros.

Aunque aquellas palabras me llenaron el alma de inquietud, no supe que contestar, estreché la mano que me tendía mi capitán y salí de su refugio con la cabeza llena de siniestros presagios.

Llegué el día veinticinco al Batallón de Repatriación y algo en el ambiente me dijo que aquello no parecía un grupo de soldados salidos de una guerra, camino de la licencia perpetua. La intranquilidad se apreciaba en el ambiente, algo no estaba como debería de estar o allí se tenían noticias que en la primera línea no se conocían. El veintiséis llegó también Tomatito y los dos nos alegramos mucho de encontrarnos allí, preparando el camino a casa. Cuando llegué a Villa Relevo, apenas si comenzaban a formarse las compañías donde se iba a ir encuadrando todo el personal que regresaría a España. El jefe era el Teniente Coronel Robles, hasta entonces segundo jefe del regimiento 262, y tenía como segundo al mando del batallón al comandante Blanco del Primer Batallón del regimiento 263.

El Batallón de Repatriación se encontraba en Vyarlevo, que nosotros llamábamos, por aquello de la coña hispana, Villa Relevo, y en él se sentía un estado de tensión que no concordaba con su misión de organizar la vuelta a casa de los soldados; cosa que no ayudó a solucionar la orden de estado de alerta que nos llegó el día veintinueve. Se decía que los rusos estaban desplegando frente a la División grandes fuerzas de su infantería apoyadas por muchos carros de combate e innumerables piezas de artillería y morteros de gran calibre. ¡A que no nos iban a dejar marcharnos a casa! Algunos pensaron en que, para estar allí acuartelados en estado de alerta y sin casi armamento, era preferible volver a sus unidades, e incluso hubo oficiales que así lo plantearon al mando del batallón para que lo hiciese llegar al general. El teniente coronel ordenó a sus oficiales acallar las conversaciones que surgiesen sobre todo aquello que no fuese pensar en la vuelta a casa, y que mentalizasen a la tropa de que lo del estado de alerta era algo normal estando como estábamos tan cerca del frente.

Pero la monotonía del propio sistema del Batallón de Repatriación no ayudaba a mover las mentes para que desaparecieran aquellos malos presagios que la propia inactividad contribuía a aumentar. Como ya estábamos

encuadrados en compañías, hubo oficiales y suboficiales, entre los que se encontraba Tomatito, que intentaron mover a su personal con horas de instrucción, y con las clases de teóricas más peregrinas pero, los cada vez más frecuentes escaqueos de los soldados, terminaron por desanimarlos. El uno de febrero, un enlace me llevó, ya a una hora bastante tarde, el certificado que solicité al capitán de mi compañía, lo habían firmado él y el Jefe del Batallón, el capitán Bonet. Una nota en el sobre decía: "Suerte en España, Verato, reza por nosotros que esto no pinta bien pero, como tú dices siempre, para eso estamos y a eso hemos venido. A. Ferrando".

El enlace me dijo que cada vez había más emisiones de radio rusas y se veía más movimiento de vehículos al otro lado del frente. También me comunicó una desgracia, la muerte del alférez Altamira, de la 1ª Compañía, lástima era un buen chaval, simpático pero serio y que se llevaba muy bien con Tomatito. Cuando me quedé solo, abrí el certificado para ver qué es lo que ponía y pude observar que estaba escrito a mano y a tinta en una hoja de papel cuadriculado.

D. Alberto Ferrando López, Capitán del Feldpost Nº 18125 E del que es Capitán accidental D. Manuel Bonet Pérez:

Certifico: Que el Sargento D. José de la Iglesia Parras perteneció a esta Unidad de mi mando, desde su creación hasta el día de la fecha, tomando parte activa como Jefe de Ametralladoras en cuantas acciones intervino esta Unidad, tales como las de Possad, Posselok, Otensky, Schevelevo y Lubkovo y Tigoda, distinguiéndose en todas ellas por su valor y excelentes dotes de mando, demostrando gran iniciativa en el desarrollo de las mismas. Por su excelente actuación frente al enemigo, fue condecorado por la Superioridad, con la Medalla de la Batalla de Invierno en el Este, siendo propuesto además para la Cruz de Hierro de Segunda clase, Medalla de Asalto de Infantería en Plata, Cruz de Guerra y Cruz Roja del Mérito Militar.

Demostró en todo momento gran espíritu militar, elevada moral e intachable conducta.

Y para que conste, a los efectos oportunos y a petición del interesado, expido el presente en Campaña (Rusia) a treinta de enero de mil novecientos cuarenta y tres.

Había un sello en tinta azul con el águila y la esvástica en el que se leía Rg.269, una firma legible en la que se apreciaba el nombre de Alberto Ferrando, y un visto bueno con la firma legible del Capitán Jefe Accidental del I BON, en la que se podía leer MBonet.

No pude por menos de sonreír, por la falta de estar al día de la oficina de la plana de la compañía, cosa lógica habida la cantidad de

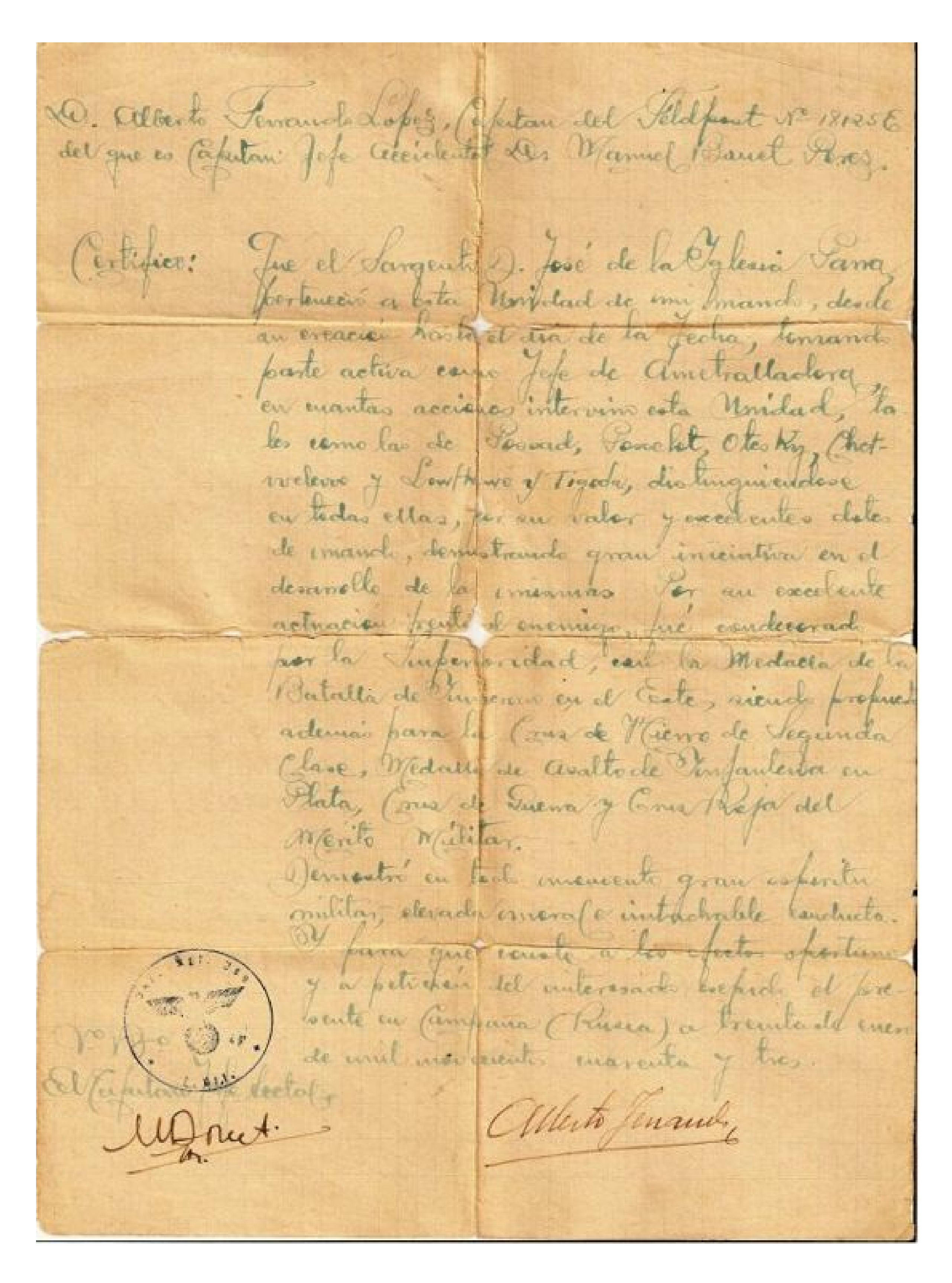
No pude por menos de sonreír, por la falta de estar al día de la oficina de la plana de la compañía, cosa lógica habida la cantidad de veces que habíamos perdido, en parte o en toda, nuestra documentación. Era cierto que, como indicaba el certificado, en Rusia me habían concedido la Medalla de la Campaña de Invierno, pero en mi cartera también tenía otras concesiones alemanas como la Placa de Asalto de Infantería en Plata y la Cruz al Mérito con Espadas; en cuanto a las españolas, se me habían concedido allí en Rusia dos Cruces Rojas y una Cruz de Guerra; total, un pequeño desfase entre la documentación que yo guardaba y la que debía de existir en mi expediente, si es que aún se mantenía entero mi expediente, que lo dudaba. Doblé con cuidado la hoja de papel cuadriculado y la introduje en mi carpeta de documentos junto a las concesiones, mi documentación militar, y algunas cartas recibidas desde España de mi padre y mis hermanos.

Cada día el sol parecía querer luchar un poco más para salir y calentar el ambiente, pero lo que en realidad lo calentaban eran las noticias que nos llegan del frente y que indicaban que algo estaba a punto de ocurrir. El día ocho ya no se oía a los rusos, habían ordenado silencio de radio y muchos camiones y tanques estaban situándose al alcance de los prismáticos de nuestros oficiales.

El día nueve se dio la alarma general en el Batallón de Repatriación y fuimos varios los que nos dirigimos al teniente coronel Robles para que nos diese permiso para volver a nuestras unidades, pero se negó en seco. Las órdenes eran de permanecer alerta y de nada más. Tomatito estaba nervioso porque decía que en su pelotón había mucha gente nueva, casi la mitad eran mortadelas, y llegue a temer que se escapase por su cuenta de Villa Relevo aquella misma noche.

Y no era el único, las miradas torcidas de algunos soldados parecían

querer indicar que así evitaban mirarte de frente para que no intuyeses sus intenciones de volver al frente con sus amigos. La inquietud general por aquellos camaradas a los que consideraban de su familia era tan grande que muchos habían olvidado que se encontraban allí, en Villa Relevo, para alejarse de todo aquel horror y volver a España con su familia verdadera.



D. Alberto Fernández López, Capitán del Feldpost Nº 18125 E del que es Capitán Jefe accidental D. Manuel [illegible] Pérez.

Certifico: Que el Sargento D. José de la Iglesia Parra perteneció a esta Unidad de mi mando, desde su creación hasta el día de la fecha, tomando parte activa como Jefe de Ametralladora en cuantas acciones intervino esta Unidad, tales como las de Posad, [illegible], Otensky, Chetvelevo y [illegible] y Tigoda, distinguiéndose en todas ellas, por su valor y excelentes dotes de mando, demostrando gran iniciativa en el desarrollo de las mismas. Por su excelente actuación frente al enemigo, fué condecorado por la Superioridad, con la Medalla de la Batalla de Invierno en el Este, siendo propuesto además para la Cruz de Hierro de Segunda Clase, Medalla de Asalto de Infantería en Plata, Cruz de Guerra y Cruz Roja del Mérito Militar.

Demostró en todo momento gran espíritu militar, elevada moral e intachable conducta.

Y para que conste a los efectos oportunos y a petición del interesado expido el presente en Campaña (Rusia) a treinta de enero de mil novecientos cuarenta y tres.

Vº Bº
El Capitán Jefe Accidental,
[signature]

Alberto Fernández

Certificado "de trinchera" del que habla José De la Iglesia Parras.

XIX. LA AZUL LLORÓ A LA AZUL, Y DESPUÉS SIGUIÓ ADELANTE.

Pero fue a la mañana siguiente, la mañana del miércoles diez de febrero de 1943 cuando, antes de las siete de la mañana comenzó el baile. Lo supe, no por haberme hecho una idea por la luz ya que aún era noche cerrada; sino porque casi nadie había podido dormir y cuando el bronco trueno y la visión del fulgor lejano comenzaron a llegar, miré el reloj, mi nuevo reloj, el que me dio el capitán Ferrando.

Primero, fue un volcán de artillería como yo nunca había visto ni oído. Desde Vyarlevo, por encima de una arboleda lejana, se podían apreciar los relumbrones y el ruido de los cañonazos; bueno, diré mejor aquél horrible ruido, continuo como un largo y terrorífico trueno, que duró lo que me pareció una eternidad; y el resplandor como de arco iris que ocupaba todo el horizonte alto por encima de las copas de los árboles. Allí se estaban empleando cerca de un millar de piezas de artillería. Cañones, obuses, y morteros de grueso calibre; después los cohetes Katyushas de los órganos de Stalin seguidos de la aviación, oleadas de cazas y bombarderos; más cohetes y más cañonazos, así hasta abrir las puertas del abismo. Sobre los nuestros estaba cayendo todo el hierro y el fuego que cualquier soldado avezado en eso de la guerra pudiese imaginar y se quedaría corto. Aún más que eso, por la radio nos decían que en la primera hora, la artillería rusa había machacando hasta la aniquilación a más de la mitad de la División.

—Los están eliminado casi por completo —gritó un sargento del 262, con la cara desencajada por la preocupación de lo que pudiera estar pasando a sus muchachos—. ¿Qué coño hacemos aquí? ¿Se puede saber qué coño hacemos aquí mirando sin hacer nada?

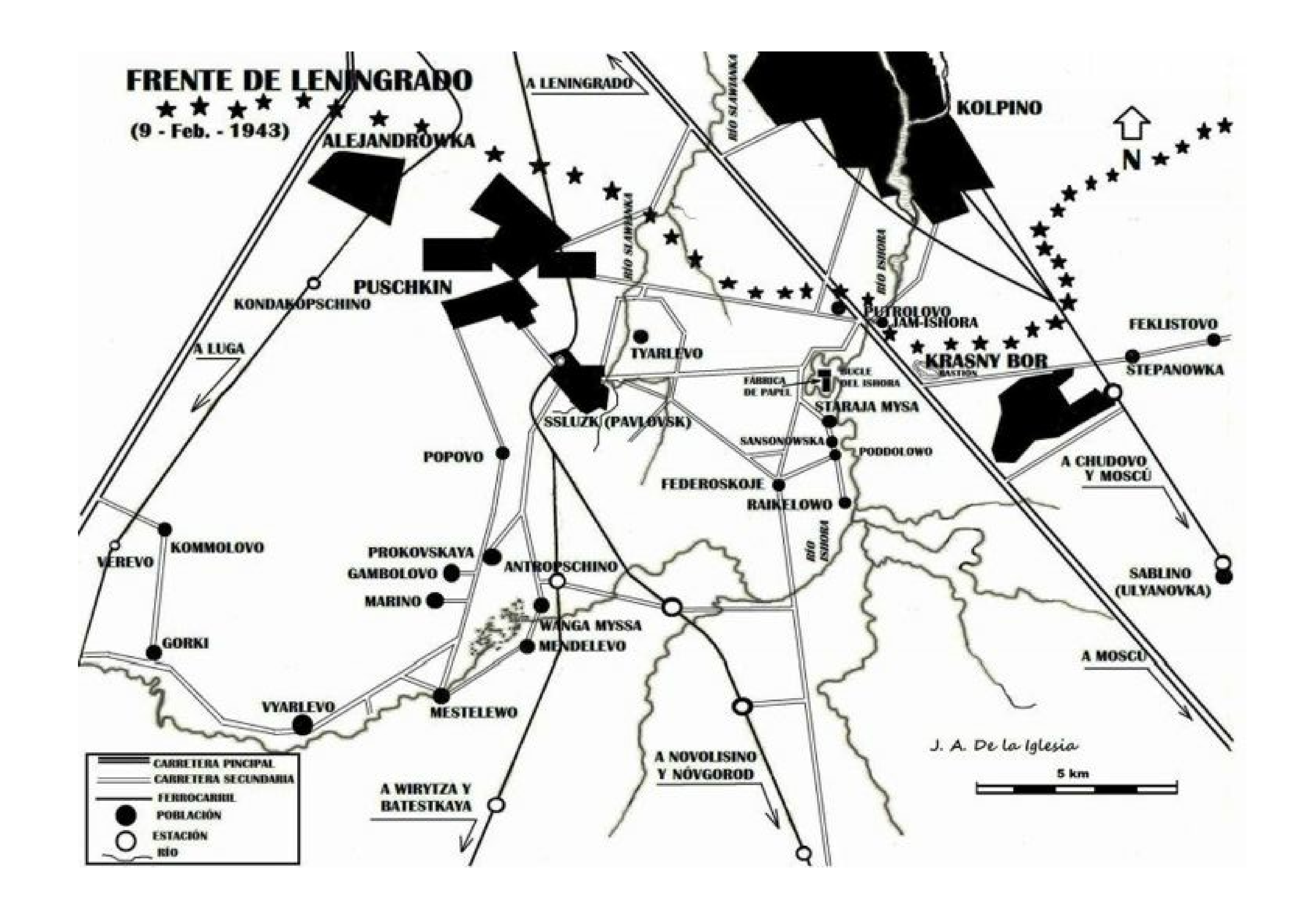
Los rumores de ese tipo, que amenazaban con un estallido y una deserción hacia adelante, comenzaron a correr de boca en boca en Villa Relevo y muchos de los oficiales no hicieron nada por sofocarlos; tal era el ambiente de impotencia y rebeldía que empezaba a apoderarse del batallón.

Cuando disminuyó la cadencia del fuego artillero, y por la radio oímos que la artillería rusa había comenzado a alargar el tiro, supimos que el ataque iba a comenzar. Miré al cielo rogando a Dios por mis compañeros. La radio

no paraba, todo indicaba que al 269 solo le llegaban algunos coletazos pero que quedaba al margen del esfuerzo principal; y que el ataque había comenzado hacia el Este, donde se encontraba el 262, que era donde se suponía que se iba a realizar. Nos llegaron noticias de que todo el regimiento 262 había sido destrozado por completo y de que la mayoría de sus hombres habían muerto.

Según nos fueron contaron, desde las primeras horas, todo el empuje soviético había caído sobre el Regimiento 262, cosa que, como he dicho, más de uno nos temíamos por su situación estratégica para los rusos. Pero también había recaído sobre el Batallón de Reconocimiento 250, el III y el I Grupo de Artillería y la Compañía de Esquiadores, llegando a poner en apuros al IV Grupo Artillero. Todo el sector centro había sido atacado y casi destruido.

Decían que algunos se defendían en la posición protegida del baluarte bastión, junto a la carretera, y que en el pueblo de Krasny Bor se estaba luchando casa por casa para reconquistarlo. La División no había caído aún, pensé en ese momento, la zona del Oeste estaba casi intacta, quedaban casi dos batallones completos de mi regimiento, el 269, y otros dos del 263, además de los batallones en reserva.


FRENTE DE LENINGRADO
(9 - Feb. - 1943)
ALEJANDROWKA
PUSCHKIN
KONDAKOPSCHINO
A LUGA
A LENINGRADO
RÍO SLAWJANKA
KOLPINO
N
RÍO ISHORA
PUTROLOVO
JAM-ISHORA
KRASNY BOR
FEKLISTOVO
STEPANOWKA
TYARLEVO
FÁBRICA DE PAPEL
BUCLE DEL ISHORA
STARAJA MYSA
SSLUZK (PAVLOVSK)
SANSONOWSKA
PODDOLOWO
POPOVO
FEDEROSKOJE
RAIKELOWO
A CHUDOVO Y MOSCÚ
KOMMOLOVO
VEREVO
PROKOVSKAYA
GAMBOLOVO
ANTROPSCHINO
MARINO
WANGA MYSSA
MENDELEVO
SABLINO (ULYANOVKA)
GORKI
A MOSCÚ
VYARLEVO
MESTELEWO
J. A. De la Iglesia
5 km
A NOVOLISINO Y NÓVGOROD
A WIRYTZA Y BATESTKAYA
CARRETERA PINCIPAL
CARRETERA SECUNDARIA
FERROCARRIL
POBLACIÓN
ESTACIÓN
RÍO

También nos enteramos de que se estaba preparando reforzar el frente en el cauce del río Ishora con una segunda línea para la que se iban a utilizar el Batallón I/263 y lo que quedaba de nuestro agotado y exhausto II/269 que estaban con las reservas, así como también las planas mayores de las unidades que se unirían al combate para engrosar los puntos de defensa.

—¿Pero qué pasa con los otros dos regimientos? —preguntó el sargento del 262 que se había convertido en adalid de la intervención.

—¡Cállese sargento! —Intervino un capitán—. ¿No se da cuenta de que eso es precisamente lo que esperan los rusos? Que abandonemos las posiciones en el frente para apoyar al dos seis dos, y así poder arrasar todas las líneas y coger a la División en medio de una tenaza ¿No se da cuenta de que el desbordamiento de Krasny Bor junto a la rotura del frente en Puschkin cogería a la División dentro de un cerco mortal?

—Pero nos están exterminando y no veo que estemos haciendo nada por evitarlo —protestó el sargento.

—¿Para qué cree usted que están los generales? —contestó el capitán—. Deje que ellos hagan su trabajo y usted espere a que le pidan el suyo.

Un teniente llegó corriendo y tras saludar al capitán le dijo algo en voz baja que hizo que éste saliese corriendo hacia la Plana Mayor.

Cuando volvió, nos miró con cara seria y dijo que la cosa era peor de lo que se creía.

—No sé por qué me da que ya no están ni los generales —dijo nervioso el sargento contestón del 262.

Ya no esperamos más, un grupo numeroso comenzó a moverse con nerviosismo y a formar corrillos de inconformes. Media hora más tarde, cerca de cincuenta, entre oficiales, suboficiales y soldados, nos disponíamos a salir hacia el frente sin decir nada a nuestro jefe, cuando la corneta tocó generala. Había llegado la orden del general Infantes de emplear como fuerza de reserva el Batallón de Repatriación; así que, aunque no teníamos armas ni vehículos suficientes, comenzamos a desplazarnos hacia el frente, de una u otra forma, y casi sin planificación alguna. Mientras gran parte de los componentes del Batallón de Repatriación siguieron con el teniente coronel Robles hacia la zona del cauce del río Ishora cerca de Krasny Bor, y varios oficiales se encaminaron al Puesto de Mando Avanzado de la División, entre Poddolowo y Raikolewo para recibir instrucciones y cubrir las bajas sufridas en las

compañías; un grupo de diez hombres que pertenecíamos al 263 y al 269 decidimos dirigirnos hacia el lugar en que se encontraban nuestros compañeros. Tres sargentos, y siete guripas. Tomatito no estaba con nosotros, se debía de haber unido al grupo del teniente coronel.

Subimos a uno de los camiones y cuando vimos que se dirigía al Cuartel General, en Prokovskaya, saltamos de él y continuamos a pie, siempre a la derecha pero con la vista al norte. En nuestro camino hacia la zona caliente, por dos veces tuvimos que tumbarnos en el barro por culpa de los "Ratas" rusos que pasaron volando bajo, haciendo la moto y ametrallando todo cuanto veían moverse. Cuando comenzamos a acercarnos oímos el ruido de los cañones 88 alemanes que nos alegró un poco el alma, imagino que no dirían lo mismo los carros soviéticos que ya debían de estar atacando a nuestros compañeros.

Si al principio la marcha fue más o menos rápida, cuando llegamos a la zona templada, entre Ssluzk y Poddolowo, por un camino rural por el que ya era imposible caminar entre tanto agujero y tanto barro helado en que se había convertido aquel campo que solo unas horas antes había estado cubierto por más de un metro de nieve; nos armamos como pudimos en los depósitos de una de las planas mayores cuyos hombres ya estaban ocupados en tapar las brechas que habían abierto los rusos, y continuamos hacia el norte, dejando Sansonowska a nuestra derecha y cruzándonos con grandes cantidades de heridos y algunos soldados enloquecidos, que llegaban del este y caminaban como sonámbulos o eran transportados hacia la retaguardia por algunos de sus compañeros. Caminamos sin descanso, sorteando o entrando y saliendo de la multitud de agujeros llenos de aquel oscuro barro producido por las explosiones y que se helaba a poco de formarse. Vimos a uno de los sargentos de la primera sección de mi compañía, estaba herido en una pierna de la que sobresalía un feo trozo de hierro astillado, negruzco y ensangrentado. Me dijo que había sido mala suerte que uno de los pocos melonazos que habían lanzado sobre nuestra compañía lo hubiese elegido a él. Me dijo que el batallón no se había movido que solo había cerrado filas con el Tercero, y me indicó el lugar aproximado donde debería encontrase mi sección.

Para llegar hasta allí tendríamos que dirigirnos directamente al norte, atravesar primero unas baterías alemanas de piezas del 88 y girar un poco a la izquierda hasta coger la carretera que unía Puschkin con Putrolowo. Alguien gritó algo que no entendí me volví y entonces lo oí.

—¡Cacereño! —me llamaban, y me acerqué.

Era el páter del III/263, quien con una estola encima de sus hombros, al igual que otros dos sacerdotes más, estaba ocupándose de un grupo de heridos. Vi que el sacerdote, con las gafas manchadas de barro y sentado sobre sus talones en medio de todo aquel lodazal, cerraba los ojos a un muchacho.

—Como esto siga así, puede que termine necesitando un arma, Padre —le dije—. Esos de enfrente no entienden de curas ni monjas.

—Ya llevo encima todas las armas que necesito, hijo —dijo mostrándome la estola—. Por cierto entre esos otros reconozco a algunos de los míos de verlos en Misa.

—Es que son de los suyos, Páter, del dos seis tres —le dije.

—¿A dónde vais con esas prisas, muchachos? —les preguntó con cara cansada y tensa pero llena de amabilidad.

—Estábamos ya con un pie en España pero volvemos a nuestros batallones —le contestó un cabo del 263—. No está bien abandonar a un amigo.

—No, no está bien —dijo el sacerdote—. ¡Dímelo a mí!

Fue en ese momento cuando comenzamos a oír unos enormes zambombazos, de los que no supe calcular el calibre pero eran muy grandes, y esos sí que estarían haciendo daño a los rusos. Estaba claro que los alemanes comenzaban a entrar en liza.

—Esos cañones parecen gordos —dijo don Fermín.

—Sí Padre, de los más gordos —le dije.

—Deben de ser los morteros gigantes del 450, esos que son franceses y que se mueven por ferrocarril —dijo el sacerdote.

—Nos tenemos que ir Páter —le dije mientras pensaba en que el cura parecía puesto en calibres y cañones, desde luego mucho más que yo—. Las cosas van mal y los caminos para llegar están peor.

—Mal, mal, hacia la derecha, al otro lado del río, por donde Krasny —dijo el cura con voz angustiada—. Por lo que dicen los que llegan, allí no debe de quedar nada, ni hombres ni caminos.

—Nosotros intentamos llegar a nuestras compañías, Pater —le dije.

—¿Necesitáis algo de mi ministerio para estar en paz antes de llegar allí a donde vais? —nos dijo mostrándonos otra vez su estola.

—No, gracias Padre, no tenemos tiempo, pero seguro que si usted reza por nosotros será lo mismo —le dije, un poco nervioso ya por la demora.

—Que Dios os proteja de lo que está cayendo —dijo él haciendo sobre nosotros la señal de la cruz.

—¡Con eso ya llueve menos, don Fermín! —dijo uno de los dos sargentos del 263, y nos apresuramos intentando sortear los cráteres de los impactos cuando podíamos o bajando y subiendo por aquellos enormes agujeros producidos por los obuses rusos.

Fuimos guiándonos por el ruido de los 88, los "Otto Otto", que habían avanzado sus posiciones y no cesaban de disparar; y que dejamos atrás hasta ver las primeras trincheras de los nuestros, y los primeros cadáveres de mi regimiento que habían sido retirados a retaguardia. Pasaba la una de la tarde y, desde que dejamos el camión, habíamos corrido al trote gorrinero durante cerca de cinco horas, sin más parada que el saludo al capellán.

Era imposible continuar más al oeste por lo que los cuatro del 263 se agregaron por propia iniciativa a la 3ª Compañía de mi batallón. Allí me indicaron que la 4ª Compañía se había adentrado aún más en la zona del Tercer Batallón porque se encontraba en el límite de la acción y le llegaban bastantes coletazos. Un cabo de la 1º Sección de la 4ª Compañía me indicó el lugar donde se encontraba mi sección, con la 1ª Compañía en el límite entre el 269 y la zona donde se estaba aún combatiendo. Llegamos sobre la una y media de la tarde, había muchos muertos, y los vivos me fueron saludando según les iba silbando para indicarles mi llegada, pero las posiciones estaban intactas a pesar de ser la zona más castigada del 269, que se mantenía con poco empuje hostil porque todo el afán ruso nos había pasado por la derecha. Me introduje seguido de uno de los guripas en un pozo de ametralladoras donde "Elegido", uno de los últimos mortadelas llegados a la sección me miró como si fuese un fantasma.

—¡Coño mi sargento, le hacía ya a usted paseando por el parque del Retiro! ¡Eh "Madriles"! ¡Que está aquí el Tanque!—gritó el muchacho hacia la derecha haciendo bocina con sus manos.

—¡De puta Madre, "Elegido"! Dile que es bienvenido y dale recuerdos —contestó desde aquel lado otro guripa de Madrid, mortadela, pelirrojo y con pecas.

"Elegido" se volvió sonriendo hacia mí pero mi cara no debió de gustarle y confundió mis sentimientos con otros que en ese momento no estaban por pasar por mi cabeza.

—Perdón, sin novedad mi sargento, aquí aguantamos, no nos han arreado

mucho, solo nos han saludado seis o siete veces los artilloskis y otras tantas la Parrala, más allá ya es otra cosa, ha sido horrible, se les ha caído todo a los rusos más allá, hacia la derecha, pasado el río y al sur y al este de la Plana del Tercero, ahora se oye un buen fregado allá por donde el baluarte, por el sitio de la izquierda del dos seis dos —dijo el mortadela, mientras con el brazo hacía un movimiento circular intentando abarcar todo el terreno a su derecha. Hace un rato que dos de nuestros pelotones se han ido con la 1ª Compañía más al este, con los de Reconocimiento, aquí solo queda nuestro pelotón y unos morteros que han enviado para cubrir huecos.

El guripa que me había acompañado me dio con el codo y me señaló un lugar donde dos cuerpos estaban colocados uno al lado del otro, se trataban de Santillana y otro de los últimos mortadelas.

Una rabia inmensa me llenó el pecho al ver al joven muchacho que era de quintas del último reemplazo, pero la cara de mi amigo el montañés, congelada como una barra de hielo, y blanca como la cera, llenó de dolor mi alma. Parecía dormido y no presentaba ninguna herida aparente. Me acerqué a él y acaricié su rostro. Pensé en que dijo que iba a volver a España dentro de un mes y me rebelé contra los designios divinos que abandonaban a un hombre justo cuando le estaban abriendo la puerta de salida del infierno.

—No parece herido —le dije a “Elegido”.

—Porque le he puesto un casco mi sargento, pero le falta todo el tejado de la cabeza que se le fue con el suyo —me dijo el muchacho con cara seria.

En ese momento oímos un tableteo de ametralladora y un grito resonó en el aire: ¡Rusos! ¡Ya están ahí! ¡Ahí vuelven!

El grito coincidió con una lluvia de proyectiles de mortero sobre nuestras líneas, mientras que a lo lejos, una oleada de tropa de infantería salió de nadie sabía dónde, y avanzaron hacia las posiciones que ocupaba el flanco del III Batallón del 269 donde se encontraba desplegada mi compañía, la 4ª del II/269, pero se detuvieron a menos de un kilómetro de nosotros y esperaron a que apareciesen varios tanques. Frente a nosotros se situaron cuatro T-34 y un KV-1, que según me dijo el chico con cara asustada, eran los primeros carros de combate que aparecían por allí.

—Ahora me parece que ya nos toca y vienen a por nosotros, mi sargento, nos vamos a ir por las patas abajo —dijo mientras abría la caja de la máquina con una tranquilidad que desmentía lo que sus palabras parecían indicar y comprobaba con mirada experta la situación de la cinta de munición, y todo

mientras silbaba La Cirila.

No pude reprimir una sonrisa nerviosa y pensé que si aquel valeroso mortadela tenía razón, eso significaba que la gran cantidad de minas anticarro que habíamos enclavado por delante de las posiciones cuando las fortificamos, estaban intactas o debían de estarlo si no les había caído encima ningún pepino.

Y lo estaban, gracias a Dios. Dos de los cinco carros sufrieron otras tantas minas aunque no sufrieron daños de consideración, pero el resto se detuvo, y ese fue su error; los cañones del batallón hicieron más ruido que daño pero los 88 alemanes guiados por nuestros propios cañonazos terminaron con los dos tanques adelantados antes de que se acercasen más a nuestras posiciones, los otros tres se dieron la vuelta haciendo que la infantería rusa dudase, pero después de ser espoleados por sus jefes con el sempiterno "¡*Dabay*!", "¡Vamos, Vamos, Adelante!", continuaron el avance hacia nosotros chillando como demonios sus "¡*urrahhs*!" o "¡Hurras!" o lo que chillasen, como si estuviesen borrachos o locos, o puede que las dos cosas a la vez.

Durante más de una hora, fuimos conteniendo un ataque tras otro, rechazamos línea tras línea de avance hasta que, con la oscuridad de la noche de aquel día oscuro, y no sólo por la continua falta de luz, todo se avino a una tensa calma, cortada solamente por el intercambio de fuego artillero entre nuestras baterías y las rusas. Entonces pensé en que ya era hora de intentar dormir un poco. Muchos rusos habían caído allí, delante de nosotros pero, ¿cuántos españolitos lo habrían hecho más a nuestra derecha en aquel asqueroso miércoles que Dios debió de borrar del calendario?

El "Elegido" me despertó a las seis de la mañana, era uno de aquellos amaneceres sin luz en el que, poco después, comenzó otra vez el fregado esta vez en dirección al cauce del Ishora. Uno de los ojeadores dijo que no había movimiento en las líneas rusas delante de nuestras posiciones, y aproveché para llevar a Santillana y al otro muchacho hacia el lugar en que estaban concentrando a los muertos y heridos del área, para enviarlos a la retaguardia. Saludé a don Vicente, el alférez capellán y le conté la situación en que se encontraba don Fermín, asintió con la cabeza y me preguntó si quería algo de su ministerio. Me confesé y me dirigí en busca de mi jefe de sección.

El teniente Benjamín Arenales, me saludó y me preguntó amistosamente por qué había vuelto, me dijo que los supervivientes de la 3ª de Zapadores y del II/262 que habían defendido la carretera y el baluarte bastión durante casi

todo el día, se habían escabullido por la noche hasta llegar a zona segura. Que durante la noche, nuestro pelotón de morteros se había movido más al este para unirse a los otros dos pelotones nuestros de ametralladoras que estaban con la 1ª Compañía, que él se había pasado por mi pelotón y que no me había despertado porque un guripa de los nuevos le dijo que yo estaba deshecho y agotado de correr desde Villa Relevo.

También me dijo que, aunque a nosotros solamente nos habían tanteado para tenernos ocupados, la cosa había sido muy seria en la zona de Krasny Bor y teníamos muchísimas bajas, pues sobre el ala oriental, la del 262, se habían abatido varias divisiones rusas. Cuatro divisiones con más de un centenar de tanques sobre unas fuerzas españolas de tres o cuatro batallones; al cambio podíamos decir que cuatro batallones casi barridos del todo por la artillería y la aviación, habían sufrido y aguantado después, con sus ilusiones, su coraje y sus muertos, el ataque violento y frontal de más de setenta u ochenta batallones rusos con más de cien tanques, mientras que un interminable fuego artillero y de aviación se empleaba a fondo en conseguir que no pudiesen actuar los refuerzos.

¡Y solamente habíamos cedido unos pocos kilómetros! ¡Que cojones habían puesto los guripas del 262! Los Tercios Españoles se habían reencarnado en ese regimiento y en los batallones y grupos que lo acompañaban; su heroicidad en Rocroi se había visto igualada o incluso superada aquel miércoles día diez de febrero en Krasny Bor. Como en aquella fecha fatídica en que la supremacía española en Europa se fue con nuestros muertos, cualquiera de los oficiales supervivientes en Krasny Bor podía haber contestado a la pregunta de ¿cuántos erais?, como lo hizo en aquella ocasión el Sargento Mayor del Tercio de Alburquerque cuando le dijo al general francés que se lo había preguntado: "Esto es un Tercio Español Excelencia, contad los muertos".

Según escribo esto, me llega a la memoria algo que me hace pensar en que los dos lugares en los que la sangre de los españoles se ha derramado con gran generosidad existe una constante que alude a su propio color; si en la llanura de Rocroi hay un paraje denominado Fuente Roja, Krasny Bor significa Bosque Rojo. ¿Simple coincidencia? Allí, en aquella fábrica de tumbas de carne helada ya nadie creía en coincidencias.

Al parecer, el margen del río Ishora en las curvas frente a la fábrica de papel, estaba consolidado y el I/263, el diezmado II/269, y los restos

agregados del 262 y el Batallón de Reconocimiento, junto con muchos hombres del Batallón de Repatriación, y los de algún Grupo de Artillería convertidos en infantes, habían conseguido asegurar la posición.

A las 11 de la mañana comenzaron a llegar las unidades de infantería alemanas y a tomar posiciones en la línea del frente. ¡A buenas horas! Ya el ataque a Krasny Bor parecía haberse estancado, los rusos habían asentado sus posiciones y todo hacía pensar que el frente se estabilizaba. A la hora de comer apareció otra vez la Parrala, eran nueve aviones, tres Policarpovs "Ratas" y tres Sturmoviks que iban acompañando a otros tres Petlyakovs, los bombarderos "Pedos". Dieron cuatro pasadas ametrallando y bombardeando a placer, ¿dónde narices estaría la Luftwaffe?

Por la tarde fui a ver a mi capitán.

—¡Por los Clavos de Cristo, Iglesia! ¿Qué coño haces aquí, Verato? —me dijo acercándose y dándome un abrazo como si fuese un amigo de toda la vida—. Cuando oí que los de Villa Relevo se habían apuntado pensé que tú no estarías muy lejos de algún fregado, pero no te hacía en tu sección.

Le conté lo sucedido desde que movilizaron al Batallón de Repatriación y el capitán Ferrando me dijo que, como la cosa se estaba tranquilizando, me quedase en su Plana por si había noticias sobre mi vuelta a Villa Relevo. Luego fui testigo de una conversación entre el capitán Bonet y el capitán Ferrando, uno el Jefe del Batallón y el otro el capitán de la 4ª Compañía, la mía. Bonet estaba preocupado porque la 1ª Compañía y la Sección de Asalto del Batallón habían sido enviadas al río Ishora, junto a la Sección de Asalto Regimental para reforzar la zona de resistencia, al mando del segundo jefe de nuestro regimiento, el teniente coronel Rodríguez-Cano, como Jefe del Sector de Resistencia. Según nos dijo, las informaciones sobre ellos eran escasas y contradictorias.

Mientras yo miraba los planos donde iban anotando los movimientos supuestos o previsibles por las pocas noticias que llegaban, oí decir a los dos oficiales que, según ellos, pese a la violencia inicial artillera y las primeras embestidas de la infantería rusa que dejaron a las unidades españolas del frente oriental en un diez por ciento de sus efectivos, con la mayoría de sus jefes y oficiales muertos; la valentía de los núcleos resistentes como el de Arozamena, Aramburu y Campos desde la carretera hasta el mogote de tierra al que llamábamos Baluarte o Bastión, así como los del gran meandro del Ishora que encerraba en su interior a la fábrica de papel y al que conocíamos

como el Bucle del Ishora; el del mismo pueblo de Krasny Bor, y otros grupos aislados más al este, como los de las compañías de Ruiz de Huidobro, Palacios y Oroquieta; habían enfurecido a los rusos hasta el punto de intentar dominarlos en lugar de dejarlos enquistados atrás y seguir su avance arrollando todo lo que encontrasen.

Los dos capitanes comentaban que ese error de los generales rusos había desgastado mucho a sus unidades y les había producido muchas bajas, dando tiempo a que las reservas de la División contraatacasen para cerrar las brechas hasta la llegada de las unidades alemanas. Bonet decía que el general ruso se había equivocado dos veces, primero porque no conocía a los españoles y creyó que seríamos aplastados como los rumanos en Sebastopol en menos que canta un gallo, y segundo por parar para merendar y tomar el té dando tiempo a que se organizasen nuestras reservas y llegasen las unidades alemanas.

Un comandante ruso prisionero y que olía a vodka que tiraba para atrás, había dicho que la idea era irrumpir en el Frente Centro de la división española para destruir todo el Frente Centro-Este en una o dos horas y atacar al Frente Centro-Oeste donde nos encontrábamos nosotros, los del 269 y el 263, en una tenaza entre dos fuegos, a la vez que el grueso del ejército de Leningrado bajaría hasta unirse con los cuerpos de ejército que romperían el Frente del Voljov y así, todo el Ejército Ruso marcharía hacia Alemania, eliminando todas las resistencias alemanas por el camino a Berlín.

El resultado había sido muy distinto, el Frente Centro-Este les había costado veinticuatro horas en lugar de las dos que pensaban que iba a aguantar; y solamente se había cedido una franja de tres kilómetros, cuando los rusos, desgastados por el aguante de los núcleos de resistencia españoles, pararon y tuvieron que estabilizar sus líneas ante el reforzamiento del frente de la Blau por las pocas reservas españolas y las unidades alemanas recién llegadas.

De la situación en Leningrado decía el oficial ruso que ahora se había abierto una línea de aprovisionamiento que había aliviado algo la situación pero que la población civil estaba desde hacía muchos meses en una situación desesperada y que meses atrás habían aparecido brotes de canibalismo.

En la tarde del doce salieron los nuestros del pueblo de Krasny Bor y se replegaron junto al resto de la división al oeste del río Ishora. Con aquel

repliegue, aquella zona de Krasny Bor convertida en un queso de agujeros por las bombas rusas, donde los españoles habían combatido y caído a miles, quedaba repartida ya entre rusos y alemanes.

El trece de febrero comenzaron a llegar las noticias reales, ya filtradas de todo tipo de exageraciones y tremendismos. Al parecer nuestras bajas eran muy elevadas, cara había pagado la División su afán de resistencia ante fuerzas tan superiores. El guripa radio de la Plana Mayor me dijo que en las transmisiones suena un número entre 2000 y 2500 entre muertos, heridos y desaparecido; entre ellos la mayoría de los oficiales y suboficiales, aunque era una estimación aproximada porque no se podían recuperar muchos cadáveres que quedaron en zona rusa y porque serían cientos los que estarían enterrados por la artillería de los ruskis. Aquella noticia, tan cruel y horrorosa, me encogió el corazón por tanto español que ya no vería el sol de su tierra.

También me dijo que le había dicho el sargento de radio del Cuartel General que el general Infantes estaba que echaba las muelas con el general Linndeman que, avisado de la inminencia del ataque, no había enviado refuerzos de forma inmediata cuando los rusos comenzaron a machacar con su artillería las líneas españolas; y que también decía nuestro general con gran enfado que la Luftwaffe nada más que existía sobre el papel y que solamente la debían de haber empleado para parar el ataque que estaban sufriendo en el Voljov, porque no había aparecido aún, tres días después de la masacre, y los bombardeos y las acciones de la aviación rusa continuaban como cada día, completando el machaqueo de su artillería.

Una cosa era segura, si las divisiones alemanas y su aviación, hubiesen actuado con la mitad de rapidez que algunas unidades de su artillería, la batalla hubiese dado un cambio radical.

Cuando aún nos sentíamos destrozados por fuera y rotos por dentro, amanecimos el día catorce con nueva canción artillera. Empezaron a las seis de la mañana y durante más de media hora no contestaron desde nuestras líneas. La cadencia era más pausada que la de las primeras horas del miércoles y parecía más un fuego testimonial enviado como saludo a nuestros artilleros de la sección del teniente Escasi Campos de la 13 Compañía de Cañones, quienes tarde, pero de forma continua, comenzaron a contestar con los dos 150 que no fueron a engrosar a los Grupos de Artillería, y a los que rápidamente se unieron los alemanes con los 88 y luego, a continuación,

pudimos oír como desde lejos les llegaba a los rusos el "buenos días" de los obuses gigantes franceses.

A media mañana apareció por fin la aviación alemana, dos BF109 y varios Stukas que pasaron sobre nuestras líneas batiendo las alas en señal de saludo y se adentraron en la zona rusa soltando todo lo que llevaban. Si hubiesen llegado cuando el 262 lo pasaba mal…, pero a pesar de ello les saludamos gritando y levantando nuestros fusiles

En el momento en que miraba al cielo para ver a los aviones alemanes que pasaban de vuelta a su pista de aterrizaje, el soldado Caparroso de la plana de la compañía, me dijo que el teniente Arenales quería verme. Una vez en el refugio del jefe de mi sección, Arenales me dio la orden de prepararme para ser trasladado a Villa Relevo. Parecía que otra vez íbamos a volver a formar el Batallón de Repatriación y a salir de la zona cuanto antes. Los primeros trasladados seríamos nosotros, los del 263 y el 269 con algunos de los que habían estado en el anillo del Ishora; después, los demás de la zona del Ishora y los de Krasny Bor, con idea de que el batallón estuviese formado y preparado para partir hacia Hoff a finales del mes de febrero.

Después de comer, dos camiones conducidos por alemanes que llegaban desde la zona del 263 con sus repatriados, los tres sargentos y tres soldados que el día diez vinieron conmigo hasta las posiciones del 269; nos recogieron a los cuatro del 269 que nos presentamos en el batallón el día diez en lugar de marchar con el teniente coronel Robles. Luego irían recogiendo gente por el camino para llevarnos a todos hasta Vyarlevo.

En un control de vehículos nos tuvieron parados sin dejarnos bajar del camión durante más de media hora, y media hora es mucho tiempo cuando se está sin moverse a 35 grados bajo cero y esperando que en cualquier momento apareciese la Parrala. Vi que uno de los que llevaban al cuello la golilla de la Feldgendarmerie, un sargento, tenía un buen bigote; me fijé en él y me di cuenta de que la funda de la pistola no correspondía al arma reglamentaria alemana, debía de ser un guardia civil que eran los únicos que conocía allí que llevaban otro tipo de pistola. Miré atentamente todos sus movimientos y, cuando se dio la vuelta conseguí ver los colores de España en su casco y en su brazo. Sí, era de la Guardia Civil.

—¡Eh, guardia! —lo llamé.

Él se dirigió a la caja de nuestro camión y me miró con atención.

—Hola paisano —me dijo con cara seria—. No es nada, tenéis que esperar a que lleguen otros tres camiones que irán con vosotros formando convoy, hay problemas con unas partidas de guerrilleros que están dando por saco.

—No es problema después de lo de estos días —le dije.

—¿De dónde eres? me preguntó.

—Soy del Losar de la Vera, en Cáceres —le dije.

—Sé donde está La Vera. Yo soy andaluz, de Sevilla —dijo él, y luego palmeó mi mano apoyada en el borde de la caja del camión, sonriéndome—. Con lo que se cuenta por aquí abajo de lo que ha caído estos días, cada vez que veo a un español me alegro un huevo.

Luego volvió a palmearme la mano y se giró para atender los requerimientos de un oficial alemán de la gendarmería. Cuando llegaron los otros tres camiones, un suboficial me dio varias voces haciéndome señas desde uno de ellos, era Tomatito que me indicaba que subiese a su camión. Como mi mochila se había quedado en Villa Relevo tenía poco equipaje y salté de la caja de mi camión subiendo a la del suyo en el que estaban solamente él y cuatro alemanes. Después de abrazarme, se entristeció cuando le comuniqué la muerte de Santillana.

—Joder, Pepe, yo me fui con los otros porque un alférez me dijo que mi compañía había sido enviada a reforzar a los del Primero del dos seis tres en el margen del Ishora y que íbamos a ir hacia allí. Luego resultaron ser los de nuestra sección de asalto los que estaban allí junto con los de la Sección de Asalto de nuestro regimiento, y ya no tuve más tiempo de buscar a los míos—. Me dijo.

—El miércoles por la noche fue cuando se movió tu compañía hacia el Ishora para reforzar al Batallón de Exploración. Todo ese día, desde que nació, fue un mal día para todos, pero peor para los muertos —le dije.

—Y que lo digas, Pepe, nunca había visto tantos muertos juntos, ni sumando todos los combates en los que he participado desde la Campaña Española —me dijo con la cara pálida como si fuese un muerto más de los que él hablaba—. A ver si va a ser verdad lo que decía Santillana sobre el mal fario del jodido cometa…

—Tranquilízate —le dije con una punzada de dolor cuando me recordó al montañés.

—Dicen que siete o más rusos muertos por cada español y ya llevábamos

anotados como casi seguros a más de mil de los nuestros, Verato, para llorar —continuó él mirando a ningún sitio con los ojos llorosos.

No quise decirle que en realidad se barajaban unas cifras muy superiores a las que él decía, y le palmeé la espalda.

—Me han dicho que han herido a mi capitán —dijo.

—¿Tu capitán? —le pregunté ya que en su compañía hacía varios meses que no tenían capitán.

—A mi capitán "Dinamita" —dijo—. Aunque ahora esté en la 2ª Compañía del Primero del dos seis dos, Miguel Ángel Muñoz Muñoz será siempre mi capitán.

Sonreí para mis adentros pensando en la buena relación que había sabido mantener el capitán Muñoz con sus hombres, y en la forma diplomática con que se deshizo de mí cuando llegué destinado a su compañía en Grafenwöhr.

El camión se movió. Varios SS alemanes estaban subiendo a las cajas de los camiones. Al nuestro subió un cabo segundo llevando una máquina MG-34, que empujó a Tomatito sin miramientos y se fue al fondo actuando sobre las correas para levantar una buena porción de la lona del techo. Sujeté a mi amigo que se levantó con cara de mala leche, no estábamos para broncas aunque aquel desagradable cabo necesitase un buen correctivo.

Dos horas después, para hacer proféticas las palabras del guardia civil, caímos en una emboscada rusa. En nuestro camión, un soldado alemán murió pero los SS se portaron muy bien y los partisanos también se llevaron lo suyo. Apenas si habíamos reanudado la marcha después de asistir a los heridos, y ya cerca de Vyarlevo, tuvimos la mala suerte de toparnos con dos aviones Yak-3 que no nos dieron tiempo a descender de los camiones y ocultarnos entre los árboles.

Cuando terminó el ataque del primer avión, que fue el que utilizó su cañón contra nosotros en la primera pasada, a mi alrededor solamente había sangre y humo, no veía a Tomatito e intenté buscarlo pero los aviones rusos estaban dando la vuelta y corrí a la arboleda. Desde otro camión alguien respondió a los aviones con una ametralladora, fue entonces cuando el segundo avión disparó su cañón ametrallador y soltó su bomba sobre los camiones, sentí como todo se oscurecía más de lo normal a mi alrededor y mis oídos dejaban de sentir el menor ruido. Cuando pude recuperarme del golpe me encontraba a diez metros de mi camión que estaba destrozado; toda la nieve de alrededor estaba llena de rosetones de sangre y cuerpos destrozados.

Oí, como si me llegase entre algodones y a cien metros de distancia, un grito de angustia y caminé como pude hasta el otro camión, el que había respondido a los aviones. Parecía tener menos desperfectos pero también estaba lleno de muertos. Vi a un muchacho español y me acerqué a él, justo a tiempo para ver en sus ojos su última luz de vida, y poder cerrárselos con el alma encogida. Un SS alemán, casi un niño, me agarró del bajo del capote y me pidió ayuda con la otra mano levantada, me acerqué a él y le cogí la mano que estaba rígida y helada, pero no la tenía levantada hacia mí sino que pertenecía a un brazo clavado en la nieve a su lado y que miré horrorizado con los ojos fijos en los pingajos de tela, carne y nervios que colgaban de él; lo solté como si me abrasase las manos y me fijé en el pobre muchacho; no, no era su brazo ya que ví los dos situados en su sitio, sino de cualquier otro soldado que lo había perdido en el ataque y había llegado volando hasta allí para clavarse en la nieve, me agaché al lado del joven alemán, y le levanté la cabeza.

—*Bitte helfen sie mir, Feldwebel* —me dijo con lágrimas en los ojos; algo así como "ayúdame sargento", y un fuerte acceso de tos le convulsionó la cara.

Tenía un agujero espantoso en el pecho y apenas si le coloqué la cabeza sobre una de las mochilas, se fue sin ningún ruido. Le hice la señal de la cruz en la frente y recogí su subfusil MP-40 que estaba a su lado, en la nieve. No veía a los míos ni a los del 263 y pensé que su camión debía de ser uno de los dos que escaparon de los aviones. Oí voces pidiendo ayuda en español detrás de los restos de mi camión me acerqué y vi a Tomatito, ¡Dios mío, me había olvidado de él!

Se encontraba en el centro de una zona de nieve teñida de rojo, y al verlo me hundí en un pozo de tristeza; mi pobre amigo había perdido una pierna a cuatro dedos por encima de la rodilla y tenía un gesto terrible, la cara blanca por la pérdida de sangre y estaba enloquecido por el dolor. Le quité el cinturón y le até el muñón del muslo con fuerza hasta que dejó de salir la sangre que corría muy despacio por el intenso frío que hacía en el lugar. ¿Dónde estarían los otros dos camiones?

Me puse a gritar, grité y chillé una y otra vez, sin descanso hasta enronquecer para que alguien me prestase ayuda pero, o no había nadie cerca, o tenían otros heridos entre las manos; miré otra vez la pierna de mi compañero y volví a clamar pidiendo ayuda a cualquiera que me pudiese oír pero allí solamente había muertos y gente en mal estado, casi todos alemanes,

un estonio, un holandés y tres españoles, además de mi amigo. Tomatito me tiró de la manga.

—Deja de chillar, Verato, que me vas a dejar más sordo de lo que me ha dejado ese puto avión —me dijo con una voz ronca y silbante que nunca le había oído.

Le dije que si con la cabeza y dí una vuelta para comprobar que los tres españoles ya no vivían, y que los otros parecían encontrase en las últimas, casi muertos. Como no podía atender a todos me decidí por Tomatito que para eso era español y nos conocíamos desde lo del campamento de Grafenwöhr. Mierda de fortuna que lo había hecho salir vivo del infierno de aquellos días para golpearlo cuando ya acariciaba la vuelta a casa.

Me lo cargué a la espalda hasta llegar a una isba abandonada que estaba próxima y allí vi una carretilla de las de transportar heno donde lo deposité. Volví a los camiones para recoger todos los capotes que pude de los cuerpos de los cadáveres y ya retrocedía hacia la casa cuando me acordé de las ametralladoras de los alemanes por lo que me acerqué a comprobar su estado comprobando que la MG-34 de mi camión se encontraba bajo dos cadáveres, y estaba retorcida.

—Tú, amigo, ya no empujarás a nadie —le dije al cadáver del cabo SS que había empujado a Tomatito, como si me pudiese oír, y me acerqué al otro camión.

Allí sí que había una máquina en condiciones, era una de las nuevas, una MG-42 que comprobé y vi que estaba en buenas condiciones, la cargué con una cinta llena y, después de comprobar que corría bien, la trasladé al carro donde estaba mi amigo, a quien cubrí con todos los capotes. Intenté tirar del pequeño carro pero las ruedas estaban soldadas al hielo y yo ya tenía pocas fuerzas. Estaba a punto de desistir cuando una mano me tocó el hombro.

Me asusté pensando en que me había descuidado y había sido enganchado por algún partisano. Mientras me maldecía a mí mismo por haber dejado la ametralladora y el subfusil en el carro, lejos de mi mano; me volví rápido mientras me agachaba a buscar el machete de mi bota de fieltro. Al mirar hacia arriba con la bayoneta ya en mi mano, vi que era un sargento alemán que, sin mostrar reacción alguna por mi movimiento, me dijo por señas, indicando las ruedas del carro, que lo dejase a él. Apuntó su MP-40 al suelo y disparó varias ráfagas alrededor de cada una de las ruedas, luego me indicó también por señas que él se encargaba de uno de los lados de la lanza y

que yo lo hiciese del otro.

Tiramos con todas nuestras fuerzas y conseguimos arrancar las ruedas, me volví para darle las gracias y entonces lo reconocí, lo había visto en el campamento de Grafenwöhr, era un hombretón alto y muy fuerte, de intendencia, el que nos había dado los equipos cuando llegamos, y al que sus compañeros apodaban "Goffhi" en Grafenwöhr; qué casualidad que los tres que allí estábamos hubiéramos coincidido en aquel lejano campamento.

Pude ver que tenía la otra mitad de la cara, la que yo no había visto, totalmente abrasada; le pregunté por señas cómo estaba y se encogió de hombros con un gesto de dolor. Miré su brazo y me percaté de que la manga de su capote estaba llena de sangre que le corría por la mano hasta el palo de la carreta, le indiqué su brazo y volvió a encogerse de hombros. Me ayudó tirando del carro por un camino helado durante una hora, hasta que cayó de rodillas y comprendí que estaba agotado por sus heridas, por lo que le tanteé hasta que hizo un gesto de dolor al tocar su hombro; le abrí el abrigo reversible, después el capote y la guerrera, y pude comprobar que tenía un fuerte y feo desgarro en la zona interior del brazo, por debajo del sobaco, que había dejado de sangrar por el frío. No podía dejarlo allí y menos después de haber intentado ayudarme, así que decidí echarlo en el carro junto a mi amigo.

Pero aquello era más fácil decirlo que hacerlo pues yo era, y sigo siéndolo, de poca altura —nunca me gustó la palabra "bajo"—; y aquel gigante me sacaba dos cabezas, pero lo conseguí, tardé una eternidad pero lo conseguí. Aquel carro que ya pesaba como una tonelada con Tomatito, llegó a ser algo casi imposible y odioso de mover con la suma de aquel gigante, pero tiré varias veces de él sin pensármelo dos veces y, al tercer o cuarto intento, las ruedas se movieron. Pude avanzar así ciento cincuenta o doscientos metros, me crucé con una ambulancia alemana a la que hice señas pero no me hicieron caso y pasaron a mi lado, casi atropellando al carro y de tal forma, que tuve que tirarme a la nieve, fuera del camino. Juro a Dios que me faltó poco para no soltarles, por muy ambulancia que fuese, todo el cargador de la pistola ametralladora MP-40.

Continué con mi carga hasta que llegó la noche del aquel día de continua noche en el que estábamos metidos, entonces saqué el carro del camino, y me introduje en un pequeño bosque. Los bajé a los, los coloqué debajo del vehículo y luego los cubrí con los capotes. Después arranqué ramas y tapé todo el carro con ellas como abrigo, pero también para ocultarlo de cualquier

patrulla partisana. Como colofón eché algo de nieve por encima de todo y me metí debajo del refugio entre los otros dos. Pasé despierto todo el tiempo, bajo el carro, con un frío que me helaba la sangre y con dos hombres que ya estaban llamando a la puerta de San Pedro. Ya no podía aguantar el lápiz con el que intenté pasar el tiempo escribiendo en mi diario, no sentía los dedos.

—¡Dios mío ayúdanos! —grité.

A primeras horas de la madrugada dí una cabezada, pero apenas si pude dormir entre los gemidos de los heridos y el frío que me hacía crujir los huesos cuando me movía. Cuando la oscuridad comenzó a convertirse en la penumbra que indicaba el nacimiento del día oscuro, salí de debajo del carro, encendí un buen fuego y los coloqué a su alrededor; ya daba igual que nos descubriesen o no las partidas de guerrilleros, si Dios no lo remediaba pronto solamente encontrarían tres trozos de hielo vestidos de soldado alemán.

Mantuve la lumbre hasta que, cuando ya la débil luz comenzaba a filtrarse entre los árboles y nuestros capotes comenzaron a echar un humo que no era el de la humedad al evaporarse, unos gruñidos sordos a mi derecha enderezaron de golpe todos los pelos de mi cuerpo. Al levantar la vista, vi como dos lobos me miraban con ojos tranquilos sin acercarse, tomé uno de los leños encendidos y se lo lancé a uno de ellos que dio un salto para evitarlo. Cogí el subfusil y me dispuse a hacer un disparo para ahuyentarlos, pero pareció que los animales reconocieron aquello que yo tenía en mis manos y salieron huyendo perdiéndose en la oscuridad. No esperé a que regresasen con más ayuda y volví a subir a mis compañeros al carro, que saqué otra vez al camino después de utilizar la técnica de “Goffhi” para liberar las ruedas. Continué como pude con mi carga, unas veces tirando de ella, otras veces empujándola otro centenar de metros, hasta que unos gritos desaforados me hicieron detener la marcha.

Se trataba de Tomatito. Su pierna herida, que ya no sangraba por el frío a pesar de no llevar el torniquete, tenía muy mal aspecto y olía como a dulce, muy mal. La temperatura había descendido bastante pero él ardía y no me gustaba nada el color de su carne. Lo bajé del carro y me senté en el suelo con su cabeza en mi pecho, lo abracé para darle algo de calor, y sus gritos fueron decayendo en intensidad. Su mano tanteó hasta encontrar la mía y entonces su voz se hizo casi inaudible, me indicó que acercase mi oído a su boca y me dijo que mirase en la lata de la máscara antigás. Abrí la tapa y no me sorprendí al ver que menos máscara, debía de haber de todo. Saqué un paquete envuelto en

trapos con sus condecoraciones y una cartera.

—Pepe, esto es para mi madre, dile que la quiero —me dijo cuando se lo mostré.

Luego dijo que mirase más, lo que hice, encontrando unos calcetines y una caja alargada de cartón como las utilizadas para guardar pañuelos y entonces él volvió a hablar.

—Para ti, Verato —dijo Tomatito con un hilo de voz, entregándome la caja con manos temblorosas.

Yo le dije que no quería nada, sin saber qué era lo que contenía la caja, y que también sería para su padre, pero el me dijo que no, moviendo la cabeza con sus ya agotadas fuerzas.

—Es para ti, es una cruz vieja, al fin de cuentas me la encontré escondida en un hueco del suelo de la casa de Yuri, el padre de la rusa guapa; no creo que tenga ningún valor pero es un bonito recuerdo —dijo, y con la otra mano se agarró a los solapones de mi capote que sobresalían por debajo del chaquetón reversible que llevábamos por la parte blanca.

—No me dejes para los lobos, Verato, por tu santa madre. Ya no siento ningún dolor, sólo un frío que me está durmiendo el alma. Cuando muera, reza un Padrenuestro por mí, y entiérrame si no puedes llevarme, no dejes que los lobos me coman —me dijo con mucho esfuerzo—. Abrázame amigo, adiós, te veré en el cielo de los españoles. ¡Madre! ¡Madre mía...!

Aquellas fueron sus últimas palabras. Me mantuve abrazado a él, llorando como un niño hasta que dejó de respirar; había visto miles de muertos y presenciado todo tipo de espantosas muertes, incluso había oído a muchos soldados que al morir llamaban desesperadamente a su madre; pero ninguno me había dicho como aquél tiarrón tan grande como una casa, que después de abrazarlo rezase por él y lo enterrase; ni siquiera pude hacerlo con el bueno de Santillana tan religioso él. Lloré y lloré como solamente puede hacerlo un soldado cuando se siente impotente ante la muerte de un camarada cuando el enemigo no está ante él y no lo obliga a pensar en su propia piel. Y lloré por Tomatito y por Santillana, y por García Noblejas, Esquiroz, Jado, Fructuoso, García, Paco Martínez, Calero, y los más de trescientos camaradas muertos más cercanos, que habían compartido junto a mí los días de hambre, miedo y valor; y por los miles de otros camaradas muertos entre el Voljov y Krasny Bor.

Pero no lo enterré allí, en pleno bosque nevado, decidí continuar y pocos

minutos después oí el ruido de un motor, cogí del carro la máquina y me dispuse a parar el vehículo, me daba igual que fuese alemán o ruso, la herida de mi pierna volvía a estar abierta y me parecía que se estaba volviendo a recongelar; ya llevaba el pie a rastras hacía muchas horas y no estaba dispuesto a dejar pasar otra oportunidad como hice con la ambulancia.

Era un coche pequeño, de los alemanes, uno de esos Kübelwagen que detuve amenazando con la MG-42 que ya me pesaba como un diablo y apenas si podía mantener derecha. El conductor era un cabo y a su lado iba un teniente de segunda del "Jía". El cabo comenzó a protestar a gritos con una retahíla de la que no entendí casi nada y aumentó las luces del camión, pero el oficial lo hizo callar con una seca orden. Me miró la manga y al fijarse en los colores de la bandera de España en mi brazo, me saludó muy serio.

—*Was geht, Feldwebel?* —me dijo y entendí que había dicho: ¿Qué ocurre, sargento?

Yo le señalé la carga del carro. Entonces el oficial, sin hacer caso del arma que yo mantenía levantada, bajó del vehículo tranquilamente y, tras mirar lo que ocultaban los capotes, él mismo, sin ayuda de su conductor, bajó al sargento alemán y lo introdujo en el coche, después me ayudó a cargar a Tomatito al que también metimos en el vehículo. Me preguntó cuál era mi destino y nos llevó hasta el Batallón de Repatriación donde entregué el cuerpo de mi amigo y compañero al páter. Rezamos, recogí sus condecoraciones y todo lo que pudiese recordar a su madre al hijo perdido en Rusia, y lo enterramos ese mismo día junto a los otros tres españoles muertos en los camiones, como correspondía a cuatro héroes de guerra, con una sección formada y un pelotón con salva de honores.

Solo me quedé con la cruz que me entregó y que dijo que había encontrado bajo una losa de la casa de Yuri. No sabía qué me depararía aquella guerra o el futuro si conseguía salir de ella, pero sabía que al ver aquella cruz siempre me acordaría de todos ellos. De Yuri y su familia, de la anciana y los niños que me proporcionaron las botas de nieve, de aquel viejo soldado ruso que levantaba su mano hacia mí mientras pedía ayuda a Dios, de todas las familias que nos acogieron y de las decenas de rusos que nos acompañaron siempre en todos nuestros desplazamientos intentando buscar nuestra ayuda a la vez que ofreciéndonos todo lo que poseían.

Maldita suerte la de Santillana y Tomatito sólo unos pocos días antes de que nos licenciasen.

El día diecisiete me encontraba en mi jergón, aún no me había repuesto y mi pierna sangraba de forma continua una mezcla de sangre, agua y suero. Había aprovechado el día para poner en orden mi diario y mis notas, y me había tirado un largo rato escribiendo. Tuve que sacar varias veces punta al lápiz de tinta que me quedaba del manojo que saqué de España, y al que apenas si podía mantener sujeto entre mis dedos de lo gastado que ya estaba. Me había esforzado en poner en claro todo lo que me había sucedido desde que nos volaron los camiones, entonces no era capaz de encontrar ni el lápiz.

Uno de los guripas del 263 que me acompañaron el día diez entró en mi sala y me dijo que había visto en una de las listas de bajas de días anteriores, la muerte de mi teniente Benjamín Arenales, el día quince, de resultas de un bombardeo aéreo. Me acordé de su cara de niño, de su buen humor, de sus órdenes siempre claras y acertadas, y pensé en que debía de haber muerto en las horas en que yo arrastraba el carro por el bosque; pero también me acordé de Tomatito y Santillana, y de tantos otros, y volví a llorar como un chaval.

Esa misma noche un comandante alemán con la chaqueta oscura de las unidades de carros, acompañado por el segundo teniente que nos trajo en su Kübelwagen y de otro soldado, se presentó en el barracón donde me encontraba en mi jergón con la pierna vendada pues la quemadura de nieve continuaba abierta y supuraba sin cesar. Después de cuadrarse y saludarme con exagerado respeto, el Mayor habló en alemán que el Soldado me fue traduciendo. Me dijo que acaba de llegar de Berlín y se había enterado de lo que había pasado y me dio las gracias por haber salvado la vida de su sobrino, el Feldwebel al que llamaban Goffhi y que se pondría bien gracias a mí y a que el frío había congelado la herida impidiendo que se desangrase; me alargó su mano y me dijo que siempre su familia estaría en deuda conmigo. Luego entró un fotógrafo y me hizo una fotografía que me dejó sorprendido, pero el Mayor alemán me dijo que era para que en su casa nunca se olvidasen de aquel día y que allí, en Trier, lo que nosotros llamábamos Tréveris, siempre tendría un lugar.

De pronto volví a acordarme de Santillana, Tomatito y los otros buenos hombres, oficiales, suboficiales, cabos y soldados, que había visto quedarse para siempre entre el hielo de Rusia, y las lágrimas salieron en tropel de mis ojos. Fue entonces cuando entre pucheros comencé a cantar El Camarada y rápidamente se me unieron el resto de los españoles del barracón:

Yo tenía un camarada.
!Entre todos el mejor!
Siempre juntos caminábamos,
siempre juntos avanzábamos,
al redoble del tambor…

Desde el primer momento en que captaron la música de la canción, vi que los tres alemanes se ponían rígidos y comenzaban a cantarla también, solo que en alemán y con su letra, que para eso fueron ellos los que la inventaron hacía más de cien años, según había oído

Cerca suena una descarga.
¿Va por ti o va por mí?
A mis pies cayó herido
el amigo más querido
y en su faz la muerte vi.

Me vino a la mente el recuerdo de las imágenes de la cara de aquel joven guripa asesinado salvajemente en la Posición Intermedia, la del mortadela de mi sección muerto el día diez en los coletazos del ataque ruso a Krasny Bor, junto a mi buen amigo Santillana; la de la cara asustada del muchacho SS alemán que me pedía ayuda el día en que hirieron a Tomatito y, con la letra de la canción, volví a revivir el terrible momento de angustia de mi amigo y camarada cuando me rogaba que no lo dejase como pasto para las fieras

Él me quiso dar la mano,
mientras yo el fusil cargué.
Yo le quise dar la mía
y en su rostro se leía:
¡Por España moriré!
¡Gloria! !Gloria!
¡Gloria y victoria!

Al terminar, el tío de Goffhi volvió a estrecharme la mano con afecto y luego me saludó muy rígido, a la manera militar prusiana, y salió de la sala.

Cuando se fue, me dí cuenta con pesar de que yo no había devuelto el saludo ni siquiera con un gesto de reconocimiento, y me sentí mal por no haber correspondido a la gentileza de aquel hombre. Al quedarme solo abrí la caja de pañuelos que me dio Tomatito y saqué la cruz de metal dorado cubierto por láminas de madera negra sobre las que se encontraba el crucificado que tenía bajo sus pies una calavera con dos tibias cruzadas. Me extrañó que siendo rusa tuviese forma latina pero apenas me detuve a pensarlo, la pena me embargaba por lo que decidí devolverla a la caja y me tendí en la cama intentando a revivir todo lo que me había sucedido desde el día de mi alistamiento en Cáceres.

Recordé la llegada a Alemania, el encuentro con los otros dos componentes de los tres mosqueteros, el bautismo de fuego en la cabeza de puente del Voljov, Tigoda, Posselok, Possad, Otenski, Shewelewo, Lowkowo, Udarnik, la Intermedia y todo lo sucedido en los alrededores de Leningrado; y, sin saber por qué, volví a llorar.

Dicen que los hombres no lloran, y que los soldados en pleno combate no tienen tiempo para llorar, pero yo no estaba en combate y mi alma me pedía llorar y lloré desconsoladamente en muchas ocasiones después de aquello, cuando estaba solo, cuando creía que nadie me podía ver en mis muchos días de aquella situación de salud que los médicos, ya en España, me dijeron que era depresión postbélica. Lo cierto es que a lo largo de toda mi vida, cada vez que leía un libro o veía alguna imagen donde aparecían sentimientos por la pérdida de soldados en alguna guerra, lágrimas incontroladas volvían a brotar de mis ojos sin que nadie lo entendiese, pero yo sí. Yo sí que conocía la causa.

Aquel día en Vyarlevo, después de llorar hasta que se me secaron las lágrimas, lo único que supe con certeza es que quería pasar durmiendo, los días que me quedaban de estancia en Rusia.

Transcurrieron los día de reorganización el batallón de repatriación con gente que iba y venía, pues varios hubieron de quedarse, vivos o muertos, y no volverían con nosotros mientras que otros, los menos, fueron sumados a la expedición. También hubo cambios importantes de última hora como el de jefe de batallón. El teniente coronel Robles dejaba el mando del batallón de repatriación por quedarse en Rusia como jefe del regimiento dos seis dos que hasta entonces había sido mandado por el coronel Sagrado quien, en cambio, se integraba al batallón de repatriación como jefe. Aquello que era raro de por sí, se enturbió aún más cuando el coronel Sagrado desapareció de la lista del

batallón de repatriación y fue nombrado Jefe de Transporte de Relevo, siendo designado como jefe del décimo batallón de repatriación el comandante Blanco que hasta ese momento era su segundo jefe y que iba de permiso a España. Así, aquel batallón de repatriación tendría un comandante jefe y un coronel jefe de expedición de transporte, por lo que no nos íbamos a quejar por falta de jefes. Muchos motivos de aquellos cambios corrieron de boca, pero eso no va con esta historia.

El lunes, día uno de marzo, por la mañana, antes de partir hacia Alemania salieron las listas definitivas del Décimo Batallón de Repatriación. Mi nombre constaba en la 3ª Compañía de Repatriación mandada por el capitán Ruiz Tutor y que constaba de tres oficiales, un maestro armero, nueve sargentos, sesenta cabos y ciento veinticinco soldados. A media mañana, formamos y nos comunicaron la orden de nuestra licencia de la División Azul, con fecha de aquel día.

Volvíamos a España dejando atrás, pero llevándolos en nuestros deseos y oraciones, a seis mil camaradas vivos y casi cuatro mil muertos entre todas las operaciones en que intervinimos.

X. EL REGRESO.

Llegamos a Hof el día diez, y entregamos el uniforme y el equipo alemán, recibiendo a cambio nuestro uniforme español y un recibo del *Dienststelle* del *Feldpost* 39502, que debía de ser algo así como Departamento de la Estafeta 39502, aunque con los alemanes nunca se sabía. Con ese recibo todo el mundo

sabría que yo ya no debía nada al “*Jia*”, y que había sido licenciado por orden de la Blaue Division del día uno de aquel mismo mes. Aquella misma noche, después de pasar la tarde en el campamento de instrucción saludando y dando ánimo a los nuevos mortadelas, que partirían para el frente de Leningrado al cabo de una semana, salimos en tren para Berlín donde llegamos al día siguiente por la mañana y donde nos dieron la sorpresa de tener un día libre. Apenas si había salido por la puerta de la estación cuando alguien me tocó en el hombro.

—Hola *Feldwebe*l —oí una voz de mujer que me recordaba a alguien que no conseguí identificar.

Me volví rodeado de un coro de silbidos de divisionarios y me quedé parado y sin saber qué hacer. Ante mí estaba una impresionante mujer, alta, me sacaba casi la cabeza, pelo moreno, ojos azules, y un cuerpo de espanto aunque, con el tiempo que llevaba sin ver a una mujer tan arreglada como aquella, cualquier otro cuerpo bonito de mujer, bien o mal vestido, me hubiera parecido una excelencia.

La miré incrédulo, mientras los silbidos y las frases jocosas y de envidia de los divisionarios que llegaban, y se quedaban haciendo un corro de caras sonrientes, se prodigaban alrededor de nosotros dos.

—¡Nada más llegar, buena puntería camarada!

—Joder, ¡qué suerte, mi sargento!

—¡Cómo está la tía!

—¡Vamos, llévatela ya y no pierdas el tiempo!

—¿Necesitas ayuda? ¡Me apunto!

Esas y otras frases me acompañaron mientras cogí entre mis manos la que la mujer me ofrecía.

—¿Frederika? —pregunté sin poder creer que fuese ella quien estuviese mirándome allí, en la estación de Berlín, con aquella imponente presencia y aquella preciosa sonrisa.

—Hola *Feldwebel* —me repitió, mirándome con un brillo burlón en sus ojos azules y sin aparentar molestia por la gran cantidad de barbaridades con que mis compañeros que pasaban iban celebrando algunas de las partes de su cuerpo—. O bien más Sargento José.

—Mis amigos me llaman Pepe —le dije y mi voz me sonó estúpida.

—Y yo me llaman a mí Frika —contestó sonriendo.

—¿Qué es lo que vamos a hacer, Frika? —le pregunté y seguí

pareciéndome estúpido.

—Los dos nosotros vamos —dijo ella, y echó a andar hacia la salida de la estación arrastrándome del brazo.

Me dejé llevar, sin ni siquiera preguntarme a mí mismo cómo era posible que ella estuviese allí como si esperase mi llegada, y caminé a su lado hasta que llegamos a un coche negro que estaba aparcado en la puerta. Me fijé en el banderín, rojo con un círculo blanco en cuyo interior había una esvástica; pertenecía al NSDAP, el partido nazi. Cuando Frederika se adelantó a hablar con el conductor observé que ella llevaba también un brazalete similar en la manga izquierda de la chaqueta de su traje sastre gris claro. También me fijé en que por la forma de inclinarse para hablar por la ventanilla del coche, y la tensión que produjo en la trasera de su falda de tubo, parecía decirme que ella seguía siendo la misma chica que, con aquel pantalón ancho y corto, se inclinaba a recoger hojas secas mostrándome la zona más rotunda de su espalda y sus estupendas piernas.

Pero no fui yo el único que se fijó en aquellas magníficas curvas, porque un coro de exclamaciones en español, la mayoría subidas de tono, acogieron su movimiento y su postura y lo acompañaron hasta que ella se irguió y se volvió sonriendo hacia mis compañeros haciendo una leve inclinación de agradecimiento con su cabeza que arrancó gritos de “guapa” “tía buena” “yo te daría…”, y otras lindezas parecidas, entre las más suaves que aquellos muchachos eran capaces de decir a una mujer guapa como aquella después de uno o dos años de guerra y penalidades sin fin.

Una vez en el coche, la miré interrogándola con mis ojos.

—Enero 1942 vine con familia a Berlín y apunté a partido alemán —me dijo, envolviéndome con aquellos ojos que me desnudaban por dentro, a la vez que alargaba la mano para quitarme la boina—. Bonita *rot Militärmütze*. *Ja, Ja*, sí recuerdo yo, gorra militar rojo —y sonrió al recordar nuestro encuentro antes de la partida hacia Rusia.

—Esto es una boina —le dije sonriendo y ella me devolvió la sonrisa de forma encantadora.

En aquél momento, al verla sonreír de aquella manera, me pareció lo más deseable que había pasado por mi lado en toda mi vida y algo en mi interior me dijo que no podía dejar pasar aquella ocasión. La miré con ojos de lobo hambriento mirando a carnero propicio, pero algo ví en los de ella que hicieron retroceder mis pensamientos y deseos turbulentos hasta un remanso

más tranquilo.

—¿Qué hacías precisamente hoy en la estación? —pregunté, intentando rehacerme, porque era cierto que lo último que pude llegar a pensar en ningún momento, era que alguien estuviese esperándome en la estación de Berlín el día en que llegase mi tren, y mucho menos en que fuese ella, de quien casi no me acordaba, la que me esperase justo el día en que llegó aquel tren, un tren que se había retrasado varios días.

—El otro español, el joven amigo de Ula, hermana mía, murió en año pasado —me dijo, y debió de notar algo en mis ojos porque se acercó y me besó en la frente.

—Él escribía mis hermanas Ula y Esperanza, mucho amigas suyas de guerra —me dijo y entendí que las dos muchachas habían hecho de madrinas de guerra de aquel joven artillero del que nunca conocí su nombre—. Alguna vez contaba tú bien y vivo. Luego verano siguiente de que vino con tú a mi casa, ya no escribe más. Después padre pregunta en OKW, sitio donde Mando de Wehrmacht, y sabe que él muerto.

Aquello me llenó de cierto dolor al saber que un muchacho a quien yo no había prestado atención, había puesto todo su interés en seguir mi estado de salud durante un año hasta que murió.

—Aquí en Berlín supe tú vivo en Rusia; en mayo año pasado un soldado vuelve a casa español, eso dijo; y ya solo preguntar a OKW y a OKH tú bien pero no sé nada, ellos dicen tu gente no desea decir páginas muertos, pero yo sigo siempre y sé que tú vivo en noviembre pasado. Mi padre dijo tú vienes a verme y hablar con mí después de guerra vuelves a España. Pero tú no puedes encontrar familia porque aquí en Berlín todos hace un año. Entonces hace medio año solo miro llegan trenes de Rusia Polonia y pasan Hof Baviera y Berlín para España con soldados. Entonces vengo a todos trenes repatriados españoles. Hoy te veo y yo contenta, mucho contenta. Yo amiga de guerra de tú, aunque no cartas de escribir a tú —dijo agarrándose fuerte de mi brazo y soltándome otro beso en la frente.

Sentí cierta vergüenza al pensar en que yo no cumplí aquella promesa hecha a su padre, es más, ni tan solo me acordé. Sonreía al conocer a aquella nueva madrina de guerra con la que no tuve contacto postal.

Ella volvió a besarme y al verla así, tan cerca de mí, y sentir su aliento por tercera vez en mi frente, sujeté su cara e intenté besarla, pero ella se separó con rapidez mostrándome al conductor y haciendo una seña de

negación con uno de sus dedos estirado por detrás del respaldo del asiento delantero.

—Parece que te va bien —dije, intentando sobreponerme de aquél fuerte impulso y del jarro de agua fría que acababa de recibir como respuesta, mientras hacía un gesto circular con la mano para señalar el vehículo.

—Mucho trabajo yo, y voy a mejor alto puesto y bien y deprisa —me dijo, enseñándome su brazalete y encogiéndose de hombros—. Ahora Ayudante Primera de Jefe Distrito de Partido—. Ahora vamos a sitio vive él.

Me pareció que decía aquello de una manera que me sonó algo rara, como si se excusase por ello.

—¿Tu novio, el teniente de ingenieros? —pregunté sin entonación alguna.

—Gerolf, *Hauptmann der Pioniere* —me aclaró ella que su novio, Gerolf, era capitán de zapadores—. Aún en Francia Gerolf, viene Berlín poco nada, pero mi noivio es ahora y matrimonia con mí cuando llegue mes siguiente junio.

Con asombro pude comprobar que una buena parte de Berlín estaba atestada de montañas de escombros producidos por los bombardeos ingleses que hacían que los vehículos tuviesen que dar grandes rodeos. Grupos de trabajo formados por veinte o treinta personas se distribuían por las zonas afectadas, limpiando las calles y amontonando los cascotes en montañas en las que luego jugaban los niños, subiendo y bajando por ellas sin ningún miedo al peligro que aquello podía acarrear, por la posibilidad de objetos punzantes entre ladrillos o trozos de yeso, sin contar con el riesgo de que quedase entre ellos alguna bomba sin explotar.

El coche se detuvo ante las puertas de un gran hotel, el Adlon, cuyas cornisas estaban repletas de banderas alemanas.

—Este sitio es —dijo ella alargándome la boina—. Ahora bajamos y vamos a habitación.

—¿No estará tu jefe? —pregunté pues lo último que hubiese deseado era encontrarme con uno de los capitostes del partido nazi cuando lo que quería era pasar un rato a solas con aquella estupenda muchacha.

—No, él en *München* toda semana —dijo, mirándome con todo un bagaje de promesas en sus sonrientes ojos.

Subimos hasta la habitación, una gran suite que constaba una amplia pieza recibidor en la que se encontraban una mesa, dos enormes sillones de esos de dos plazas, y varias sillas; al fondo se abrían las puertas de dos

dormitorios con un cuarto de baño de doble acceso entre ellos.

Dejé mi mochila de viaje sobre uno de los sillones y miré las paredes observando que los cuadros parecían de calidad.

—Todos escogidos —dijo ella—. No mí, sino él.

—¿Tienes una plancha? —le pregunté—. Me gustaría arreglar un poco mi uniforme para salir a dar un paseo.

—Mejor otra cosa —dijo Frika, tirando de mi mano en dirección a uno de los dormitorios donde abrió un gran armario y me mostró su contenido.

—Tú coges ropa —dijo—. Quita ropa militar mal arreglada y hotel hace de limpiar. Hasta ropa militar traigan, tú coge ropa aquí.

Miré entre la ropa que atestaba aquel ropero en el que se podía pasear entre dos hileras de barras de perchas y estanterías, de uniformes la de la derecha y de ropa de paisano la de la izquierda; y dos filas de botas altas y zapatos todos limpios y relucientes. Me olvidé de la hilera de uniformes grises, azules y marrón claro, y escogí un pantalón beige y una camisa azul celeste.

Cuando me puse aquella ropa no pude evitar una carcajada porque, aunque la complexión del dueño facilitaba que me quedase casi bien de ancha, los pantalones me arrastraban por el suelo más de una cuarta mientras que los puños de la camisa se escapaban otro tanto fuera de mis manos. Cuando al fin salí del dormitorio del nazi, ella me sonrió divertida pero solucionó con rapidez el problema con la ayuda de unas tijeras y cinta de esparadrapo.

Se había vestido con una falda amplia de color marrón tabaco con ancho cinturón blanco, una blusa también blanca de cuello amplio, y una fina chaqueta de lana del mismo color que la falda. Zapatos y bolso de mano blancos completaban su atuendo. Al verla tan bien arreglada y al pensar en la facha que debía de tener yo, sonreí.

—¿De qué tú ríes? —preguntó ella extrañada al ver mi expresión divertida.

—De que hacemos una magnífica pareja —le dije sin dejar de sonreír.

Ella me llevó ante un espejo y miró atentamente la imagen moviendo la cabeza con satisfacción.

—Sí dices tú bien. Buena pareja. Tú guapo y yo guapa. *Sind perfekt!* —dijo cogiéndome del brazo e imitando sobre el terreno unos pasos como si pasease por la calle—. *Ja*, sí. *Sehr perfekt!*

Recorrimos a paso tranquilo las mejores zonas del Berlín que aún no

había sido tocado por las bombas inglesas y en las que parecía que la guerra no había pasado por ellas. Me invitó a cenar en un local muy caro, lleno de mujeres hermosas vestidas de alta costura y hombres con magníficos trajes a medida o uniformes de todos los tipos y colores, y después tomamos un taxi y regresamos al hotel donde decidí que ya estaba bien de esperar y, en cuanto oí el ruido de la puerta a mi espalda, alargué mi mano y la pasé por su cintura, atrayéndola hacia mí sin que ella protestase. Su espalda quedó pegada a mi cuerpo y el calor de su contacto se me introdujo en el cuerpo y me recorrió la columna vertebral. Aguantó unos segundos sin realizar ningún tipo de movimiento, y luego puso sus dos manos sobre las mías haciendo un suave esfuerzo para abrir el dogal sin brusquedad.

—*Bitte, mein lieber* —me rogó, llamándome querido, pero utilizando un tono de voz que no dejaba lugar a dudas sobre su deseo de quedar libre de mis brazos.

La certeza de que allí no había nada para mí, al menos nada de lo que yo esperaba, cayó sobre mi cabeza como si hubiese recibido una ducha helada en uno de aquellos refugios de hielo que había dejado atrás. La solté y se separó con rapidez dirigiéndose a uno de los sillones donde se sentó y, después de sonreírme de forma embrujadora, golpeó varias veces con su mano en el asiento para que me sentase a su lado, lo que hice con la cabeza enturbiada sin saber qué cartas podía jugar y cuáles no. Cuando me senté me vino a la mente la figura del dedo que sujeta un yoyó y nota como el juguete se acerca hasta rozarlo volviéndose a alejar, una y otra vez, y sin que nunca quede unido de forma íntima y permanente a él.

—Tengo miedo —me dijo, levantando su cabeza y mirándome con ojos serenos pero húmedos por las lágrimas.

—¿Miedo tú? ¿Una luchadora que tiene de todo lo que se puede tener en estos tiempos? —intenté bromear.

—¿Por esto de hotel? —preguntó haciendo un movimiento de su mano para abarcar la habitación—. Esto solo forma para sacar cosas hacen falta.

Volvió a acurrucarse a mi lado y a poner su cabeza sobre mi hombro.

—La guerra no bien —dijo, limpiándose las lágrimas con rabia—. En el partido gente dice muchos jefes sacan de Alemania a Suiza, España, América Sur, mucho dinero, joyas, cuadros por si guerra termina mal. Dos días hace mis padres y Ula y Esperanza, camino ya Valencia de España.

—Me alegro por ellos —dije, aunque pensaba que no era agradable el

tener que marcharte de tu país dejando atrás todo lo que has conseguido con el trabajo de toda tu vida.

—¿Y sabes cómo podido tren y permiso pase policía fronteras? —se levantó mirándome con fiereza a través de las lágrimas—. Con esto de hotel. Acuerdo yo dos meses aquí. Yo vivo aquí ya un mes y consigo cosas esas buenas para familia y para mí.

Dijo lo último casi gritando y yo la miré, y vi asombrado su mirada de furia y odio, sus dientes apretados en firme decisión, entonces comprendí lo que ella hacía allí, en aquella gran suite de uno de los mejores hoteles de Berlín. Desde el primer instante en que pisé aquel escenario, yo había a intuido que se trataba de la amante de su jefe, el lobo nazi, pero ahora comprendía que se estaba vendiendo para conseguir, como ella decía, esas cosas buenas para su familia. En aquel momento deseé que todas las bombas inglesas cayesen sobre el desaprensivo.

Aquella noche intenté dormir sin pensar en que allí, en la habitación de al lado, dormía una de las mujeres más guapas, vistosas, y deseables que había conocido nunca. La blandura y comodidad del colchón y la suavidad de las sábanas, me resultaron un insulto para los millones de hombres que estaban en las trincheras de medio mundo rodeados de arena, barro, nieve y cadáveres de otros hombres. Estuve largas horas en una desasosegante duermevela, no me gustaba la oscuridad, bastante había tenido ya, por lo que decidí que estaría mejor con la luz de la sala de recibir encendida. Cuando por fin había conseguido caer en el sueño, me despertó un sexto sentido adquirido en mis años de campaña. Algo me decía que no estaba solo en la habitación. Me incorporé y la vi a ella a los pies de mi cama, desde mi posición me pareció alta, muy alta, al trasluz del recibidor; sus largas piernas desnudas sobresalían del pequeño y escaso pantaloncito de un fino y sugerente pijama.

—Hola —solo pude decir ante lo que estaba viendo mientras que un nudo me agarrotaba la garganta.

—¿Dejas yo contigo en cama? —me dijo, consiguiendo que mi corazón golpease con fuerza en mi pecho como si intentase romper las paredes de su celda—. Yo no duermo, hay miedo en mí.

Sin esperar a mi contestación apartó la ropa y se introdujo en la cama, ovillándose y estirándose como un gato mimoso, lo que hizo que hasta la última parte de mi cuerpo funcionase como un muelle.

En aquel momento, a pesar de la tensión sanguínea que me embargaba, no

supe que hacer porque comprendí que ella me había demostrado ser lo suficiente decidida como para tomar la iniciativa cuando deseaba algo. ¿Era aquella una muestra de su iniciativa y debía dar yo el siguiente paso? Me decidí. Todas mis privaciones de los últimos años se agolparon de repente en mis sienes pidiendo una reparación inmediata.

Ella se removió inquieta cuando puse mis manos en su cintura y la atraje con decisión hacia mí, pero no dijo nada. Cuando sentí el calor de su cuerpo que permaneció pegado al mío sin hacer ni un solo movimiento, pensé en que era el momento de dar otro paso e introduje una de mis manos bajo su pequeña camisa hasta que conseguí alcanzar sus pechos; los acaricié uno a uno y bajé una de mis manos por su vientre. Como si yo hubiese tocado una campana de aviso, ella se tensó como un parche de tambor y allí se acabó todo. No solamente no accedió a mis claras intenciones sino que se separó un poco de mí, quitando mi mano de su pecho y empujándome despacio, sin aspavientos pero con decisión, luego me miró con ojos húmedos y se volvió hacia el otro lado rompiendo a llorar de forma desconsolada.

Toda el ansia de poseer aquel precioso cuerpo, se me fue al igual que se marcha el agua por el sumidero de una pila. Me sentí desinflado y con un extraño dolor en toda el alma y en alguna que otra parte sensible de mi cuerpo. Estuve un largo minuto boca arriba, quieto, mirando a un punto indefinido del techo y respirando con profundidad, hasta que conseguí serenarme y volver a ser dueño de mis emociones; luego me giré hacia Frika y me pegué a ella acariciando su pelo con suavidad. Ella recibió mi contacto y la caricia con fuertes estremecimientos y una entrecortada secuencia de quejidos de aflicción tras los que aumentó la intensidad de su llanto. Al oírla llorar, algo dentro de mí se deshacía rápidamente dejándome hueco y sin saber qué hacer, pero me mantuve a su lado, pegado a ella, acariciando su cabello y besándole el hombro con delicadeza.

Poco a poco se fue calmando hasta quedarse dormida.

Cuando me desperté, ella no estaba en la cama. La busqué en su habitación y en el cuarto de baño pero tampoco estaba. Me dí cuenta de que mi ropa se encontraba limpia y bien doblada encima de la mesa del recibidor y asustado fui a buscar mi reloj, el que me dio el capitán Ferrando por intercesión del bueno del teniente Arenales. Apenas si faltaban dos horas para que saliese el tren que me llevaría a España y nos habían ordenado estar en la estación tres horas antes de la salida.

Me vestí echando en falta mi boina, pero no estaba en condiciones de perder el tiempo buscándola. Dí una última mirada a aquella habitación y salí a toda prisa. Cuando llegué a la puerta del hotel, un conserje me abordó dirigiéndose a mí en un aceptable español.

—Perdón, Señor —llamó mi atención colocándose ante mí—. La Señorita me ha entregado esta carta para usted y le ha dejado a la espera ese taxi, para que lo lleve a la estación de ferrocarril. Ya está pagado.

Le dí las gracias y subí al taxi que me trasladó a toda velocidad hasta la estación. Miré al cielo antes de cruzar las puertas y lo vi gris y sin sol; aceleré el paso para entrar en el andén y me preparé para recibir una de las últimas broncas que recibiría en Alemania.

Pero nadie pareció fijarse en mí, y menos para recordarme que había llegado una hora y media tarde; las noticias del rápido ligue con una preciosa alemana al llegar a Berlín habían corrido de boca en boca y eran muchos los que me palmeaban la espalda mostrándome su envidia con palabra y frases como: ¡Joder mi sargento, pareces un maniquí de limpio! ¡suertudo!, ¡vaya noche!, ¡joder que polvo tenía!, ¡vaya jaca grande!, ¿no te has perdido en ella?, ¡Yo que tú me hubiese quedado aquí con ella!, y cosas parecidas propias de soldados guasones e insatisfechos. No hice caso a las puyas de envidia ni a las alusiones que comparaban mi estatura con la de ella y que maliciosamente insinuaban que yo era poca taza para tanto caldo.

Le dije a un guripa que mirase a ver si alguien podía proporcionarme una boina, y me recosté en mi asiento del tren intentando ordenar los sentimientos contradictorios que me habían asaltado durante las últimas veinticuatro horas, a pesar de que, algunas horas después de la salida, aún continuaban acercándose a mí algunos compañeros en vano intento de indagar detalles de mi "desenfrenada noche con aquella maravilla morena".

Un soldado me trajo una boina roja con una estrella de seis puntas, ¿de dónde la habría sacado? Lo miré y se lo pregunté, pero él se encogió de hombros y dejó la boina sobre mis piernas. Quité la estrella y me la coloqué. Su anterior propietario tenía la cabeza un poco más grande que la mía, pero la boina no se colaba sola hasta las orejas. Miré al guripa y le dije que sí con la cabeza, y él sonrió palmeándome el hombro confianzudo. A aquellas alturas ya daba igual, volvíamos a casa y lo poco o mucho de educación militar que cada uno hubiese aprendido se había relajado en gran medida. Sonreí al pensar en lo que El Cocinero hubiese dicho de presenciar la escena: Schlechten

Einstellung. Pero no, no era en absoluto mala actitud, era la nuestra y la que correspondía a ese momento a quienes vuelven vivos a su casa después de tantos sufrimientos. Los alemanes nunca entendieron que nosotros los españoles teníamos una forma de ser y de comportarnos para cada momento. Cuando a luchar, como los mejores de entre los mejores; cuando a reír, con más fuerza que nadie y con más ganas; cuando serios, como un lobo cuando come; cuando alegres, como los arroyos de nuestros montes y los pájaros de nuestros campos; si piadosos, como las hermanas de la caridad; y si duros, como las mismas rocas de Gredos. Así éramos aquellos soldados españoles a los que los doiches no consiguieron entender nunca.

Cuando el tren abandonó Alemania, saqué la carta y, tras vencer mi primera idea de bajar la ventanilla y dejar que volase de vuelta hacia Frika, me dispuse a leerla. Abrí el sobre en blanco y saqué otro que se encontraba dentro de él y en el que tres palabras indicaban que yo era su destinatario: Para amigo Pepe.

Me di cuenta enseguida de que Frika había empleado mucho tiempo en escribirla, y en hacerlo lo mejor posible, poco debió de dormir aquella noche. En sus palabras y en las construcciones de las frases ví que se había esforzado buscando la máxima claridad y expresión.

"Amigo querido:

Perdona a mí por engañar a ti que yo era dormida. Pero verdad es que yo no era dormida, solo esperaba que tú ya dormido. Cuando tú dormido, yo levanto y escribo esta carta.

Ruego tu perdón por eso hecho por mí. Nunca mi deseo hacer sufrir tú, y pensé que con una más con hombre que no mi noivio, no pasaba malo nada, y tú eras contento de estar con mí detrás de guerra. Esa es verdad por qué fui tu cama, pero no puedo entonces hacer eso, juntar con tú. Tu buen hombre que no merece que yo junte con tú en esa forma que coges todo y después usar lo tiras, con gran mentira.

Perdona yo miento y digo que Gerolf en julio a Berlín para matrimonio. Eso yo digo para jefe no sepa yo intento. Tres días de antes que yo a ti veo en Berlín, ya yo decido ir a buscar Gerolf y

ya asiento tren Suiza comprado; cuando noche ayer yo en cama con tú yo ya solo pensando en marcha a buscar Gerolf, pero que también importaba a mí contentar a tú, pero que no pude hacer esa cosa mala a tú y luego tirar a tú y marchar a Suiza. Cuando chico hotel te da carta mía yo ya tren camino Suiza, luego Gerolf busca forma llegar Suiza.

Pequeña corta historia muy bonita, si fuera tiempo mayor de más conocer yo a tú y tú a mí…puede maravilloso. Perdona yo quedo tu rot militärmütze, sí, sí, tu gorra, tu boinía militar rojo. Quedo recuerdo bonito de historia bonita.

Küsse. Sie liebt… Frika"

Ahora ya sabía qué había sucedido con mi boina. Busqué el diccionario en el macuto y traté de encontrar el significado de las últimas palabras; cuando creí que había dado con su significado, sonreí con tristeza. *Küsse. Sie liebt*… significaba algo parecido a "Besos. Te quiere…".

En la ensoñación en que me habían envuelto aquellas palabras, intenté ver el mundo en el que podría encontrarme si Frika y yo hubiésemos llegado hasta el final. Pero para mi sorpresa llegué a la conclusión de que después de leer la carta era claro como el agua que todo hubiese seguido igual, yo camino de España satisfecho pero con posible disgusto por haber abusado de su confianza, aunque ella me hubiese entregado aquella confianza en un plato dorado puesto en mis propias manos; y Frika camino de Suiza intentando convencerse a sí misma de que con un engaño más o menos, un último "juntar con tú", su novio no iba a sufrir si no se enteraba de nada. Destruí la carta haciéndola trocitos y me asomé a la ventana desde donde comencé a soltarlos, uno a uno, intentando adivinar la dirección que cada uno de ellos tomaría por efecto del aire. "Ésta es mi hija Frederika" me decía uno de ellos al salir volando, "Mi noivio Gerolf" me dijo otro, "guapa como su abuela" parecía comentarme un tercero, "yo ya tren camino Suiza" soltó riéndose el cuarto, "*Sie liebt*" el quinto. La entrada del tren en un túnel me impidió oír lo que me decían los siguientes pedazos de la carta y abrí la mano dejando que el resto se escapase volando entre mis dedos.

No sabía si aquel tren atravesaría toda Bélgica y también Francia o si tendríamos que hacer transbordo en algún nudo ferroviario. La verdad es que me daba igual y cada hora que pasaba sentía unas ganas inmensas de poder

divisar los Pirineos. Pero ya estaba cerca y aunque seguía viendo el cielo gris me conforté pensando en que pronto cruzaría Hendaya y… al día siguiente, saldría el sol.

El martes dieciséis de marzo de 1943 pasamos la frontera de Hendaya con la mitad del dinero alemán encima porque no nos quisieron cambiar todos los marcos que llevábamos por pesetas. Ni ellos mismos querían su dinero a aquellas alturas de la guerra. Era una faena porque yo, del tercio que me quedaba y que no iba a casa de mi padre, apenas había gastado nada, por lo que llevaba varias monedas de plata y de otros metales más baratos y también unos cuantos billetes con varios ceros que mucho te asustaban al leerlos y más te desilusionaban al cambiarlos. Después de aquella contrariedad esperaba conseguir que me los cambiasen en España porque sería una pena que aquellos billetes con tantos marcos solamente sirviesen para el recuerdo, pero qué se le iba a hacer, y pensar que cuando comenzamos todo esto nos dieron unos pocos marcos para nuestros gastos y ahora era necesario multiplicar esa cifra por tres ceros para obtener el mismo valor. Pero ya estábamos en nuestra tierra, y eso era lo único que importaba; atrás quedaban dos años vividos con ansia segundo a segundo; con ansia y con la incertidumbre continua de si podría contar el siguiente segundo o llegar a cumplir un minuto más. Dos años que nunca olvidaremos los que de allí pudimos salir, y que nos marcarían para el resto de nuestra vida.

Cuando comencé a leer letreros en español sonreí.

—¡Y mañana saldrá el sol! —exclamé en voz alta consiguiendo que muchos en el vagón sonriesen mientras mi espíritu parecía reconfortarse por adelantado con la promesas de la luz y el sol de mi tierra, sus campos, gargantas y montañas, sus gentes y mi hogar, el hogar de mis padres en el que nací.

Pero la vuelta no fue tan aclamada como todos creíamos que iba a ser. En San Sebastián, donde la expedición se dividiría en otras varias que tomarían distintas direcciones, apenas si nos esperaban unos pocos militares y una veintena de personas. Aquello distaba mucho de las recepciones que contaban en sus cartas los que volvieron con los primeros Batallones de Repatriación. Allí no estaban aquellas chicas alegres de San Sebastián que con su ropa interior en la mano y al son de marchas militares iban saludando a los heroicos divisionarios en su vuelta a casa, como se exageraba jocosamente en las trincheras; ni recibimiento en olor de multitudes ni en cualquier otro olor, ni

banda de música, ni altas o medias personalidades del Estado, del Ejército o de la Falange, ni siquiera un pequeño grupo de chicas con toda la ropa bien puesta y en su sitio. Parecía como si nadie supiese que llegábamos esperando el cariño de nuestras gentes, como si ya no fuésemos noticia o que resultáramos una reseña de esas que se esconden en un rincón de la última página para dificultar su difusión.

Aquellas escasas manifestaciones de alegría que nos depararon los donostiarras por nuestra llegada, fueron repitiéndose hasta llegar a Madrid donde sin pena ni gloria se deshizo la parte del batallón que hasta allí había llegado. La alegría y el cariño de los madrileños al vernos caminar en formación por las calles de la ciudad contrastaba con la frialdad del recibimiento oficial en la Estación del Norte.

—Muchos de estos paisanos podrían haberse acercado a la estación para recibirnos —dijo un guripa, mientras saludaba con la mano a un grupo de gente que nos vitoreaba a nuestro paso.

—¿Estás seguro de que a los madrileños les han comunicado nuestra llegada? —preguntó un cabo, con un sarcasmo no exento de pena.

Muchos pensamos en sus palabras como en la losa que cerraba una etapa cuya pervivencia no interesaba que se mantuviese oficialmente viva. Ya no eran tiempos de Glorias, Vivas, ni Arribas, o al menos no lo eran de Vivas y Arribas con el mismo significado de hacía dos años. Habían comenzado los tiempos de que España estuviese a bien con los ya, casi con seguridad, presuntos futuros vencedores y de esconder en el baúl del olvido todo lo que la relacionase con los presumiblemente futuros vencidos.

El diecinueve me presenté en Cáceres, en la Jefatura de Milicias, y salí por la puerta una hora más tarde con un pase que me daba derecho a disfrutar de dos meses de permiso, enteros y sin discontinuidad, dos meses que me correspondían por el tiempo de campaña en Rusia. Allí me dijeron, que aquello del adelanto de escala seguro y de que dejaría de ser de Milicias, provisional, y sería inmediatamente convertido en sargento efectivo a mi vuelta de Rusia, pues que no era del todo cierto y que si quería seguir en la vida militar debería de cursar estudios en una academia militar para salir nombrado sargento efectivo o, por el contrario, ser degradado a cabo primero un grado militar instaurado cuando salí para Rusia. Aquello era el mejor ejemplo de eso que se decía de que había que prometer hasta meter y después de haber metido, nada de lo prometido.

¡Tener que hacer un curso de varios meses para aprender a ser sargento! ¡Yo que ya lo había sido durante los dos últimos años de nuestra terrible guerra civil! ¡Que después había combatido como sargento en una de las guerras más crueles de la historia a más de cuatro mil kilómetros de allí! ¡Que había ejercido, no ya de jefe de pelotón, sino de sección y hasta de compañía porque todos los demás estaban heridos o habían muerto! ¡Que en cinco años de combates había sufrido tres heridas de guerra y una congelación en una pierna que llevaba más de un año abierta! ¿Así nos pagaba España después de habernos incitado a ir tan alegremente al final del mundo a dar lo mejor de nosotros? ¿Esa era la clase de amor que tenía por aquellos hijos que habían luchado por indicación suya y de los que varios miles habían dejado su sangre y su vida lejos de ella pero pensando siempre en ella?

Cogí mi macuto y salí pitando hacia mi pueblo, donde intentaría gozar como si fuese el último, de cada uno de los segundos de aquellos dos meses de permiso. Mis hermanos y primos me esperaban fuera y juntos partimos hacia el Losar.

Me encantaba el estar por estar al lado de mis padres, de mis hermanos y hermanas, y de los pocos amigos de mi juventud que quedaban en el pueblo. Un día, a medio permiso, me decidí y realicé una gira de diez días por las tierras de mi España. Fui a ver la los padres de Tomatito, y de Santillana, y del cabo Paco Martínez, y también me presenté a la familia del mejor oficial que había tenido, el capitán Calero.

Meses después, mientras esperaba ese curso de “aprender a ser sargento”, me destinaron como Sargento Instructor al Campamento de Instrucción Premilitar Elemental de los reclutas de dieciocho a veinte años, en Navalmoral de la Mata. Por fin hice el curso en Madrid en enero de 1944, allí me volvía a encontrar con Santiago Teso y Benito Alonso del 269, conocidos de Rusia, amigos de esos que esperas tener al lado cuando estás bajo las bombas y los compañeros son tu única tabla de salvación y de esperanza; también estaban otros divisionarios como José Fernández Molina y Pantaleón Rodríguez. Juntos pasamos por aquel injusto condicionante, fuimos buenos chicos y aprobamos con buena nota. A mí me destinaron como sargento efectivo al Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Infantería de Xaüen número 6, en la ciudad de Chauen, en Marruecos, donde después de realizar otros dos cursos de perfeccionamiento para sargentos, pues “un sargento de

Infantería de Regulares debía de estar mejor preparado para alcanzar mayores cotas que cualquier otro", comenzaron a considerarme un verdadero sargento de infantería. ¡Cosas de España y de los militares españoles de entonces!

No me extrañaba que muchos de mis compañeros, sargentos provisionales de las milicias de Falange y divisionarios en Rusia, con las mejores condecoraciones de guerra de los dos ejércitos, abandonaran el Ejército Español desilusionados por el trato recibido a su vuelta, y por la falta de expectativas en el régimen de ascensos que se les auguraba en su carrera. Pero yo seguí, amaba al Ejército y seguí en él

XI. LOS REGULARES.

Durante los primeros años, la vida en Regulares fue dura, con salidas al campo en etapas de una semana o quince días, de forma que siempre había una de las compañías de un tábor pateando los montes y viviendo en el campo, haciendo ejercicios mientras se vigilaban las kábilas musulmanas. La falta de oficiales y suboficiales se solucionaba con ingenio por parte del coronel o el teniente coronel que mandase el Grupo. En los dos tábores de infantería nunca hubo problemas, los comandantes, de acuerdo con el Jefe del Grupo, encontraron la forma de enviar siempre la compañía de campo con su plantilla de mandos al completo e incluso aumentada en algunos casos. Cuando la compañía volvía de su periplo por los montes, ya les esperaba el pagador de su tábor con un adelanto de la paga. Cualquiera puede imaginar lo que hace un soldado cuando vuelve después de pasar quince días de penalidades y esfuerzos continuos, y más si se encuentra con un permiso de dos días y dinero fresco en los bolsillos. Varias horas después del comienzo del permiso, el alférez moro ayudante del coronel, se daba un paseo por todos los tugurios del pueblo. Después de citar en voz alta a aquellos que a su criterio estaban deshonrando el uniforme de Regulares, y para él todo el que tenía dos copas ya era reo de galeras, sacaba su libreta de notas y les apuntaba en ella.

—*Briguiada Ruis, tiniente Días, sarginto Iglisias…ya safi, sois apuntiados in mi cuadirno* —decía en voz alta con cara muy seria, y tras tomar nota de los nombres en su libreta, se encaminaba a otro bujío en busca de más clientes.

Ni que decir tiene que, dos o tres días después, aquella relación de

oficiales y suboficiales aparecían como sancionados en la lista de los que iban a formar parte de la próxima compañía de nuestro tábor que tuviese que salir al campo. De esa manera de "te doy cuerda y te ahorco con ella" se tenía siempre designada casi la mitad de los mandos de las compañías que salían al monte. No hace falta decir que mi nombre formó parte de esas listas, como sancionado, en más de una ocasión.

En Chauen trabajé mucho y bien, aunque como la mayoría de los profesionales de aquella época también tuve mis castigos y arrestos, y entre ellos me hice acreedor a dos de consideración. El primero en 1945, por participar en la víspera de Santa Bárbara en el asalto y robo de licores y putas a un convoy de artilleros que llevaban de todo lo necesario para celebrar como Dios manda su Patrona al estilo africanista. Dos tenientes, cuatro sargentos, y cinco soldados, uno de ellos musulmán que, tras perpetrar la felonía nos trasladamos con nuestro botín de alcohol y mujeres alegres a un tugurio que cerramos y al que solamente dejamos paso franco a la gente de Regulares. El teniente más antiguo salió mal parado, pagado con un mes de castillo, a mí y a Marcos Cruz, otro sargento divisionario, nos tocaron catorce días en sala de banderas. El segundo fue un día de julio de 1946 en que, tras de sufrir varios y continuados ataques verbales de un joven teniente recién salido del cascarón, que protestaba de que algunos llevasen un carro de condecoraciones y presumiesen de haber estado aquí y allá; y de que nos conminase a algunos sargentos a dejar de hablar a nuestros soldados de cómo eran los combates en Rusia y en la Guerra de España, y a trabajar más en el conocimiento de los pueblos de España y en la labor moral que teníamos con las gentes de aquellas tierras de África.

—¿Qué tiene usted contra la División Azul y contra nuestras condecoraciones? —preguntó al joven oficial el sargento Juan Senso, otro de los sargentos del Primer Tábor, cuando se le inflaron, salve sean, ciertas partes.

—De la División Azul solamente sé que fue un esfuerzo inútil y sin sentido que nunca se debió de emprender, y de las condecoraciones pienso que no se ha de presumir con tanto orgullo lo que me parece que se dio a porrillo a todos los que fueron —contestó él con patente deseo de molestar.

—Tú eres el más antiguo, Iglesias, ¿contestas tú a este gilipollas, o lo hago yo? —dijo Senso con cara de malas intenciones.

—Oiga usted, no le consiento… —comenzó a decir indignado el teniente.

Si no me hubiesen picado Senso y los otros, probablemente no hubiese hecho nada y me hubiese desentendido del asunto, haciendo oídos sordos, como lo había estado haciendo en los últimos tiempos; pero aquella forma de decir “si tu no tienes lo que hay que tener lo haré yo”, me llegó al alma y salté como una ballesta.

—No, mi teniente, quien va a oír es usted —dije interrumpiéndole y poniendo en el tono con toda mi mala baba—. Ya estamos hasta los mismísimos de que un listillo nos quiera imponer su idea del nuevo ejército nacional, de que diga que la experiencia en el combate es secundaria, y de que se ría de nuestras condecoraciones y de nuestras cosas de Rusia como usted dice, en lugar de ser humilde y aprender todo lo que pueda y que nosotros estamos dispuestos a enseñar sin pedir nada a cambio. En cuanto a lo concerniente a la División Azul, sepa usted que allí quedó muerto uno de cada diez españoles que fueron, y heridos, malparados, o prisioneros otros tres de los nueve restantes; lo menos que podías tener, tonto de los cojones, es un poco de respeto. Y no vuelvas a meterte con estas condecoraciones que tanto dolor nos han costado, porque puede que nos dé ya igual ocho que ochenta y sea peor para ti el remedio que la enfermedad. Ah, y si lo que te pasa es que tienes envidia y quieres alguna de ellas, gánatela con tu sangre y arriesgando la vida, como nos las hemos ganado nosotros.

El teniente quedó unos buenos segundos sin poder reaccionar, su indignación y su sorpresa por lo que acababa de ver y oír le impidieron actuar con prontitud mientras que su cara subía de color. No podía creer que un sargento le estuviese diciendo aquellas cosas a él, a un oficial.

—Es usted un maleducado y un mal militar que no sabe tratar a sus superiores, ¡pase usted arrestado! —contestó el teniente, con la cara roja como una amapola, mientras que con uno de sus brazos señalaba en dirección al edificio de mando.

—¡Jódete niñato de mierda! —le contesté ya fuera de mí, mientras me dirigía derecho, y sin esperar a que me lo indicasen, a la sala de banderas.

La cosa trascendió porque aquel cruce de palabras había sido presenciado por el alférez moro ayudante del coronel que tardó poco en poner al día al teniente coronel Moreno, Segundo Jefe del Grupo; mientras que el resto de suboficiales que lo presenciaron lo extendieron entre la totalidad de mandos. Al final todo quedó en setenta y dos horas de arresto para el oficial y otros catorce días para mí, como no podía ser de otra manera.

Durante aquellos días de sala de banderas, no me faltó de nada, mis compañeros, encabezados por Marcos Cruz y Juan Senso me proporcionaron todo lo que me pudiese apetecer. Buen hombre y magnífico camarada, Senso, con el que nunca perdí contacto, hasta el punto en que nuestros hijos se conocieron como alumnos militares aunque de distintos cuerpos, y continuaron su amistad hasta que el capitán de Ingenieros Juan Senso Galán, uno de los dos oficiales que crearon el Grupo Especial de Operaciones de la Policía, el GEO, falleció en acto de servicio.

Mi dedicación con los soldados de mi pelotón, o de la compañía cuando me tocaba semana de instrucción, difería notablemente de los gustos de algunos de los nuevos oficiales. Mientras ellos se esforzaban en las primeras teóricas por decir que fusil empezaba por *fu* y terminaba en *sil*, que había que aprenderse de memoria su número de serie, en cómo había que dar la palmada sobre él cuando se pasaba de sobre el hombro a firmes, y que el pincho que se sacaba de la vaina se llamaba machete bayoneta; yo intentaba hacerles ver que el arma de fuego era un elemento ideado para matar enemigos pero que podía matar a amigos y hasta a ellos mismos si se descuidaban, y al que había que cuidar mejor que a uno mismo; que cuidadito con los excesos porque una mano dañada al golpear con fuerza el cierre del mosquetón podría impedir una defensa y que el cuchillo bayoneta era una herramienta que bien afilada podía cortarles una mano y que, si se les escapaba de entre los dedos y les caía sobre un pie, se lo atravesaría.

Aunque la gran mayoría de los oficiales, y entre ellos mi teniente jefe de sección, eran de gran competencia en aquello de formar un soldado y enseñarle a serlo, y mantenían la misma opinión en cuanto a la instrucción de la tropa que la que tenían sus suboficiales, siempre hubo momentos de tensión y encontronazos entre nosotros y los oficiales más jóvenes, quienes enseñaban una cosa en los cuarteles mientras que, en las salidas continuas al campo, competían entre ellos y mostraban otra cara exprimiendo a los soldados y exigiéndoles en demasía, para hacer ver a sus compañeros y superiores su valía como conductores de hombres. En mi caso, siempre intenté evitar los choques con aquel teniente del fuerte encuentro, pero aún hubo alguno que otro de vez en cuando, pues me molestaba ver la suficiencia con que se conducía y se manifestaba ante la tropa y la forma en que hacía sufrir a los hombres sin necesidad alguna. Fuera por esa causa, por la situación de la herida de mi pierna que nunca llegó a cerrarse del todo, o por cualquier otra, el caso es que

me trasladaron a la Compañía de Destinos del Grupo y pasé a mandar la Sección del Tejar, donde se fabricaban todo tipo de tejas y ladrillos para las obras de la Comandancia de Obras del Alto Comisariado.

Ese cambio de cometido, que en principio me supuso un castigo por separarme de mi pelotón de infantería y de mis compañeros sargentos divisionarios, al final resultó ser un estupendo regalo pues allí tuve el honor de mandar a aquel grupo de magníficos soldados que, entre los tejadores y albañiles de la Compañía de Destinos y los castigados por mala conducta del Grupo, constituían la tropa de aquella especializada Sección de Soldados Obreros del Tejar, buena gente y trabajadores como el que más y a los que caí bien desde el momento en que llegué. Cuando veo las fotos de ese tiempo del tejar con el grupo de soldados trabajadores apiñado a mi alrededor, con sus caras sonrientes y despreocupadas y aquel aspecto de total desaliño en el vestir con que más parecíamos una tropa de vagabundos que una sección de soldados, no puedo dejar de sonreír al pensar que formábamos parte de una de las mejores unidades del Ejército, la que tenía a gala su especial vestimenta y la exacta forma de llevarla. Aquella menor exigencia en la uniformidad, cosa lógica por la propia naturaleza de los trabajos que realizábamos y los calores que en pleno verano nos veíamos obligados a aguantar a pleno sol y a espina doblada, rellenando los moldes de ladrillos y tejas, trajo consigo una menor exigencia en la utilización de las botas y, por tanto, una ligera mejoría en el comportamiento de la herida por congelación de mi pierna, hasta el punto en que durante una buena temporada la úlcera se cerró con una fina tela de piel, dejando de sangrar. La necesidad de ponerme el uniforme con las botas altas, de vez en cuando, para rendir cuentas al coronel de los trabajos del tejar, hacía que se volviese a abrir aquella herida, vieja amiga que me servía de recordatorio de tiempos difíciles, a pesar de las vendas que continuamente llevaba puestas.

Ya nunca volví a salir al campo en aquellas salidas de maniobras vigilantes en las que a los europeos nos costaba un serio esfuerzo seguir el paso de los soldados musulmanes que se movían al son de su interminable y monótona cantinela aderezada con el sonido de sus chirimías, y sus karkabas, las castañuelas metálicas de doble cazo; que aderezaban con su rápido clac clac la melodía y el canto, y que parecía poner serrín en las mentes y alas en los pies de forma automática. Así, caminaban y caminaban los regulares moros kilómetros y kilómetros sin apenas mostrar cansancio, por lo que las paradas

de marcha eran más para descanso nuestro que de ellos. ¡Ay si nosotros hubiésemos podido caminar de esa forma en nuestra marcha a Rusia cuando lo del Español Errante!

Fue gracias a aquel destino, en que yo era el virrey de la teja y el ladrillo, como me decían mis compañeros del Tabor, donde comencé a tener contactos con Julio Hernández, Maestro de Obras de la Comandancia Militar, que en aquellos días estaba construyendo el Parador de Chauen. A través de él, tuve la suerte de conocer a su hija Luisa Hernández, con la que me casé en mayo de1947.

En 1950 fui destinado a la Compañía de Destinos del Grupo de Regulares de Larache número 4 por lo que me trasladaron a Tetuán donde permanecí hasta 1953 en que pasé a la Agrupación Temporal para Servicios Civiles.

Aunque siempre he sabido y asumido mi naturaleza de carácter sanguíneo que me ha hecho saltar en muchas ocasiones a bote rápido ante cualquier ofensa o situación que me disgustase y en la que me considerase con la razón, también es cierto que en condiciones normales siempre he sido un hombre dócil y tranquilo poco dado a meterme en camisas de once varas. Me siento orgulloso de haber pertenecido a la División Española de Voluntarios que, independientemente de las razones justas o equivocadas de la oportunidad y justificación de su creación, fue espejo en todo el mundo de los valores del soldado español y ejemplo de las más altas cotas de sacrificio y heroísmo.

Un encuentro en la Capitanía de Madrid en 1969 con el capitán jefe de mi batallón en Rusia, Manuel Bonet, que había ascendido por entonces a general de brigada y que me invitó a desayunar, me sacó de algunas de mis dudas ya que, durante el desayuno, cuando le hice partícipe de todas las que solían asaltarnos a los ex divisionarios sobre el empleo de la división por parte del OKH alemán; él me miró sonriendo y me dijo que también lo había sentido en muchas ocasiones mientras estuvo en Rusia y después en España, pero que había datos estratégicos que se habían conocido después y que indicaban que los esfuerzos en la defensa de Possad y de los alrededores de Nóvgorod por parte de la división habían sido fundamentales para defender las vías de comunicación de las carreteras que subían hacia el norte desde Possad a Alejandrowskaya, Paporotno y Gryady, y desde allí por la de Malaya Vischera a Chudovo, donde enlazaba con la que iba por la orilla este del Voljov desde Nóvgorod, Podberesdje, Miasnoy Bor, hasta Chudovo, y desde

allí por la de Moscú hasta Lyuvan, Tosno, y Leningrado; así como el camino que unía Nóvgorod con Luga y con la carretera de Ostov a Krasnogvardeysk, Puschkin y Leningrado. El corte de estas tres vías de comunicación por parte de los rusos hubiese dejado a los ejércitos alemanes del Frente Norte y parte de los del Centro, empeñados en Leningrado y en la Operación Tikvin, sin rutas de abastecimiento logístico, y sin posibilidad de reposición de hombres y materiales. En cuanto a la acción de los esquiadores en el Ilmen, era del todo cierto, en contra de los que pensábamos los españoles, que no existía en muchos kilómetros a la redonda ninguna unidad alemana de esquiadores por lo que la nuestra era la única que podía realizar la misión; y si es bien cierto y asumido por todos que su epopeya y su sacrificio ya fueron de por sí heroicos más allá de la capacidad y la resistencia humana, no lo es menos que los resultados excedieron de la misión encomendada de enlazar con el batallón alemán cercado en Wswad; ya que en su desviación de itinerario se aproximó a Ustroka, Schischimarovo, Borisovo y Nagovo, donde se encontraba el flanco de un fuerte contingente ruso en las proximidades de la ciudad de Staraja Russa. Con ello nuestra compañía de esquiadores llegó a tener contacto con el flanco de un regimiento de esquiadores rusos y, en sus escaramuzas contra ellos, consiguieron sin saberlo, que los soviéticos, temiendo un ataque alemán por ese lado, abriesen el cerco y aflojasen la presión sobre Staraja Russa por lo que la ciudad pudo ser salvada por las fuerzas alemanas. Esa fue la verdadera razón del reconocimiento y el agradecimiento que los generales rusos expresaron a los héroes del Ilmen por su hazaña, y no solo por el salvamento de una pequeña unidad alemana, que también. Al tener conocimiento de todo ello, mi orgullo aumentó por haber participado en aquello, con todas sus luces y con todas sus sombras; tiempo habrá dentro de cien años, cuando su paso eche en el olvido las rencillas y resquemores que aún persisten, y se pueda disponer de los datos que atañen a la División Azul existentes en todas las naciones intervinientes; en que alguien esté en verdaderas condiciones de atenuar luces y aclarar sombras para dar a la Azul la verdadera dimensión de aquel sacrificio y heroísmo incuestionable.

También me siento muy orgulloso de haber servido en Regulares, cuna de héroes y unidad más condecorada del Ejército Español, la de los soldados valientes, austeros y sufridos, y la de los mandos de Infantería mejor preparados y de mayor competencia, si no que los demás, sí como los mejores de entre los demás.. De los años allí destinados obtuve grandes amigos,

grandes satisfacciones profesionales, prestigio, tres Cruces Blancas del Mérito Militar, dos de ellas pensionadas, la Medalla de África y la Cruz de la Constancia en el Servicio. He tenido tres hijos. En 1959 ingresé en la Jefatura Provincial de Tráfico de Madrid donde presto mis servicios y donde espero continuar hasta la edad de jubilación de los funcionarios del Estado. Nunca volví a saber de Frika o de su familia, nunca fui a Tréveris a ver a Goffhi ni a su tío, tampoco volví a Alemania ni por supuesto a las tierras de Rusia. Dios me ha dado una buena mujer, un hijo y dos hijas, y me siento completo.

Hoy, en Madrid, domingo quince de julio de 1973, treinta años después de mi vuelta de Leningrado, en el día en que mi hijo obtiene su despacho de Oficial del Ejército, doy por terminada la recopilación de los recuerdos de aquellos años, desde 1936 a 1943 y sus secuelas. Son recuerdos de un viejo soldado, contados bajo la perspectiva de quien, ya desde esta altura de la vida, ve con lejanía el momento pasado en que dejó de guardar odio por nada ni por nadie, y ruega a Dios que ninguno de los que pudieron sufrir por su causa se lo sigan guardando.

XII EPÍLOGO.

El sargento de la División Española de Voluntarios, José de la Iglesia Parras, escribió durante su permanencia en la División Azul, un diario de

guerra que fue publicado por fascículos, sesenta y nueve años después de su vuelta a España, en el boletín de la Hermandad de la División Azul de Alicante, y al que él puso por título:

“De España a Rusia. Diario de un Soldado de los Tercios Españoles de Rusia. Cómo me inscribí en la División Española de Voluntarios, fui a Rusia, lo que allí vi y lo que me contaron”.

En ese diario, solamente hay dos puntos oscuros que intrigan a cualquier historiador que lo lee, lo mismo que intrigarán a cualquier entendido en temas de la División Azul que lea este libro de sus memorias: el primero es el pertinaz interés en ocultar los verdaderos nombres de sus compañeros Tomatito y Santillana hasta el punto en que su propio hijo, estudioso de su figura militar, ha llegado en varias ocasiones a dudar de la verdadera existencia de esos dos como sargentos compañeros de su padre en Rusia; el segundo es la contradicción que presenta al situar en Posselok a la 3ª Compañía del Primer Batallón del 269 cuando el diario de operaciones de ese batallón la sitúa con su capitán, Fernández Vallespín, en el monasterio de Otenski; contradicción máxima cuando lo que sí está manifiestamente demostrado con exactitud mediante documentación y declaraciones de testigos es que, la 2ª Sección de la 4ª Compañía con el Sargento José de la Iglesia al mando de uno de sus pelotones, fue la sección de apoyo en Posselok y que él mismo protegió la retirada hasta Possad. Cada vez que su hijo intentó indagar sobre estos puntos solo recibió de él una triste sonrisa y en una conversación con Miguel Trallero Rivas, comandante de Ingenieros que fuera sargento en el Batallón de Transmisiones de la División Azul y que llegó a conocerle en los tiempos de aquel infierno, al comentar este asunto recibió la siguiente respuesta de forma cortés aunque un tanto airada: ¿Quién está seguro de que no fue así, cuando había hojas que se escribían semanas después? Yo no. ¿Y quién dice que no quiso poner a amigos como Nieto, Vallespín o Blanco junto a él en aquellos trágicos momentos en que se jugó la vida por sus compañeros y por eso lo escribió así, porque quiso y para sí mismo? Yo no. Él si estuvo allí, lo sufrió y lo vio, eso no tiene vuelta de hoja, muchacho, y es lo que a mí me vale.

En el énfasis que Miguel Trallero puso en sus palabras se traslucían sentimientos muy profundos, por él guardados durante mucho tiempo y que inundaron al joven teniente hijo del protagonista con una gran fuerza e intensidad.

Desde su vuelta de Rusia, siempre fue reacio a revivir los sucesos por él allí vividos, hasta el punto en que, cuando la úlcera de su pierna, la producida por congelación y que le duró hasta el día de su muerte, volvía a abrirse, decía que había sido una quemadura de motocicleta. Ni tan siquiera su hijo mayor consiguió que enlazase más de una historia con otra, de una u otra guerra, sin que él dijese que ya era bastante, y cambiase de conversación de forma tajante.

Su negativa a comunicar sus recuerdos llegaron al punto anecdótico de que su propio hijo hubo de enterarse de los hechos y acciones en las que estuvo inmerso durante la Campaña de Rusia, por mediación de algunos de sus compañeros divisionarios de la Hermandad de la División Azul o de la de Excombatientes a las que su padre pertenecía, aunque no se prodigaba en exceso, salvo en la asistencia a la concentración anual de las hermandades de excombatientes que se celebraban todos los años en el Valle de los Caídos, y a donde llevó siempre a su hijo hasta que sus estudios se lo impidieron.

Solamente cuando su hijo decidió tomar como profesión la carrera militar, le quiso hacer partícipe de sus recuerdos y, hasta en esos momentos, más de treinta años después de los sucesos que relataba, sus lágrimas se escaparon de sus ojos, de forma incontrolable, en varias ocasiones.

Cuando hablaba con el nuevo aprendiz de militar de la idiosincrasia de la profesión y de la crueldad de la guerra, en repetidas ocasiones le dijo:

"Dios no enviará el Cielo a la Tierra hasta que los hombres hagamos desaparecer de nuestros labios y de nuestras mentes el recuerdo de la palabra guerra y su terrible significado, solo en ese momento los soldados habremos dejado de tener un sitio al lado de nuestros vecinos y tendremos que cambiar nuestras herramientas por las suyas; pero, mientras que eso no suceda, recuerda siempre mis palabras: La nación te necesitará y te dará unos hombres para que les enseñes y eduques en la profesión, los emplees en el combate, y los guardes para sus padres, mujer e hijos. Edúcalos siempre, y piensa en que hasta de tus propios errores podréis aprender juntos; empléalos cuando la situación o el deber te lo exijan y siempre que no puedas hacer otra cosa para salvar vuestro honor de soldados de España con todo lo que eso significa; y guárdalos siempre y en todo momento mejor de lo que tú guardarías tu propia vida".

En otra ocasión en que comentaban algunos sucesos acaecidos en España en febrero de 1981, le dijo: “El militar que desea que se le conozca y se esfuerza en que se le considere en tiempo de paz, como aquel otro que desea demostrar en cada momento lo que puede hacer en cualquier conflicto donde el Ejército no debe intervenir, no son válidos para aquello que la patria les solicita. Los militares no son ni se les puede utilizar políticamente como arma arrojadiza, ni como fuerza de orden público, porque solamente están para “por si acaso”, y su misión consiste en guardar las armas de la nación de forma que no se observen salvo para disfrute del pueblo, sin que los españoles les sientan, oigan, ni vean salvo como institución, hasta que necesiten de esas armas y de esos soldados. Hasta ese momento, y ojalá pases toda tu vida militar sin conocerlo, vuestro trabajo debe de ser lento, callado, tapado y sin descanso; como el de las buenas obreras de un panal, educándoos y educando a vuestros hombres en la actualidad de la profesión y del manejo de las armas lo mejor posible; y así estar preparados para cuando el pueblo y la nación os soliciten vuestra intervención. Pero llegado ese fatídico momento, deberéis de salir con decisión y fuerza de vuestros cuarteles y tomar las armas que os han encomendado. Habréis de desplegar orgullosos las banderas de los que os precedieron en la defensa de España; y entonces, solo entonces, os aprestaréis en cuerpo y alma, dispuestos a dar todo lo que un hombre de bien puede dar por su gente”.

Unos años antes de su jubilación le fue otorgada la Cruz de Carlos III que serviría de broche a su palmarés de premios y condecoraciones.

El teniente honorífico de infantería, José de la Iglesia Parras rindió su alma a Dios en su domicilio de la calle Hermanos García Noblejas de Madrid, a la una de la tarde del sábado veinte de Noviembre de 1993, de resultas de un infarto cerebral sufrido mientras veía en la televisión el desarrollo de la concentración que las Hermandades de Excombatientes de España realizaban aquél día ante la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, en Cuelgamuros; y a la que ese año no había podido asistir por encontrase indispuesto. En el interior de su mamo derecha, cerrada y depositada sobre la mesa en que inclinó su cabeza por última vez, su esposa encontró el Distintivo de Permanencia de Regulares y la Medalla de la Vieja Guardia. En la mano izquierda, que descansaba sobre uno de sus muslos, el Cristo Pirata como él lo llamaba, una cruz latina de bronce, cubierta con placas de madera negra, en la

que un crucificado tenía a sus pies, al estilo ruso, una calavera bajo la cual se cruzaban dos tibias. Siempre dijo que en su vida solamente había querido ser un buen soldado español, buen marido y mejor padre. Si como él siempre afirmó, existe el Cielo de los Soldados, es seguro que allí se encontrará en compañía de todos sus compañeros y camaradas, los amigos y, por qué no, los enemigos que le precedieron.

Este es el Fin.



Fotografía de José de la Iglesia Parras realizada en marzo de 1944, siendo sargento alumno del III Curso de Transformación de Sargentos Provisionales

en la Academia de Transformación de Infantería, Valdelatas (Madrid).